

DE LA AUTORA DE LOS 100, BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*



AÑOS

LUZ

KASS MORGAN

AÑOS LUZ

ACADEMIA INTERGALÁCTICA

KASS MORGAN

Traducción de Wendolín Perla


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para mi padre, Sam Henry Kass, el mejor dramaturgo en la galaxia.
Gracias por hacerme escritora*

Capítulo 1

CORMAK

La escotilla se abrió con un silbido y Cormak salió disparado en su motocicleta a través del aire abrasador teñido de rosa. A medida que avanzaba por el agrietado suelo rojo, respiraba moderadamente para asegurarse de que su máscara de gas funcionaba bien. Luego exhaló y aceleró, inclinándose hacia delante para que su cuerpo fuera lo más aerodinámico posible. Era un alivio estar al aire libre tras haber pasado toda la noche haciendo entregas de H₂O en las torres de lujo del Sector Vivienda 2. Aunque el aire de las torres se filtraba cuatro veces, por alguna razón era mucho más sofocante que la atmósfera tóxica del exterior.

En Deva, el agua era estrictamente racionada y la mayoría de los pobladores apenas tenía suficiente para beber, mucho menos para bañarse más de una vez a la semana. No obstante, por un precio elevado, cualquiera que estuviera dispuesto a arriesgar el pellejo podía comprarla en el mercado negro a gente como Sol, el jefe de Cormak. Durante dos años, Cormak había hecho entregas en las torres de lujo y, sin embargo, los ricos residentes aún lo miraban con recelo, como si fuera una partícula que el sistema de filtración no hubiera logrado capturar. Había aprendido, a la mala, a no mirar por mucho tiempo o con anhelo cualquier cosa dentro de sus departamentos: ni la fruta que crecía en sus terrarios, ni las películas que se reproducían en sus monitores, ni mucho menos los libros que almacenaban en cajas transparentes para protegerlos del aire corrosivo. Si había algo de lo que la gente rica desconfiaba más que de un polvoriento devano, era de uno que encima gustara de leer.

El día estaba bastante despejado y, a la distancia, las torres del Sector Vivienda 23 se alzaban por encima de una débil neblina rosa. Cormak vivía en el piso treinta y uno de la Torre B, una de las seis enormes estructuras de cemento que conformaban su pintoresco *hogar-dulce-hogar*. Con suerte podría dormir un par de horas antes de que Sol lo llamara para programar una nueva serie de entregas.

Cormak encendió el radio de su casco, golpeando el costado con su mano enguantada unas cuantas veces hasta que la estática desapareció.

“... los funcionarios dijeron que catorce mineros murieron en la explosión. Y ahora, vamos con el reporte del clima —trinó una alegre voz—. Son las 27:40 de la mañana. Las condiciones de tráfico aéreo son subóptimas debido a una tormenta en la mesósfera. La temperatura máxima del día será de

212 centis y la mínima de 199 centis. De acuerdo con las lecturas atmosféricas, respirar el aire sin filtrar te matará en dos minutos y cuarenta segundos. ¡Que tengas un bonito día!”

Cormak maldijo tras caer en un bache. Las entregas le ocasionaban serios daños a su moto, pero no tenía de otra. Hacer estos recorridos para Sol era mejor que pasar catorce horas al día en una de las pocas minas que quedaban, aunque eso significara trabajar para el mayor imbécil de Deva.

Enderezó las piernas y se estiró para ver mejor. El camino por delante parecía despejado, excepto por los restos de maquinaria minera que yacían abandonados en el lugar: quedaban algunos taladros oxidados, enormes barriles en pedazos y las únicas piezas de los tanques que no habían sido saqueadas por los carroñeros después de que la mina se secara.

Una alerta interrumpió el zumbido de la radio.

—Llamada entrante de... *Cormak, más te vale que aceptes esto o ya verás lo que te espera...* ¿Acepta?

Cormak suspiró y masculló:

—Aceptar.

—¿En qué demonios pensabas? —ladró una voz familiar—. Nunca se les habla mal a los clientes.

—¿De qué hablas, Sol? —Cormak preguntó con cansancio.

—La forma en que le hablaste a Rella Hewitt fue inaceptable. Ni qué decir de robarle parte del producto que ella pagó.

Cormak optó por no mostrar su descontento. De camino hacia el edificio de los Hewitt, se había topado con una chica exhausta que trapeaba el piso, una situación bastante común en Deva, donde los jóvenes muchas veces abandonaban la escuela cuando sus padres estaban demasiado enfermos para trabajar. Cormak le había ofrecido un trago de H₂O, lo suficiente como para que no colapsara antes de que terminara su turno. Había olvidado que Rella Hewitt, una mujer metiche y aburrida, a menudo veía los videos de seguridad de su edificio, con los cuales monitoreaba a sus vecinos incluso a la mitad de la noche. Cuando llegó a su puerta, ella pasó aproximadamente unos cinco minutos gritándole antes de que Cormak pusiera fin a su diatriba con unas cuantas palabras cuidadosamente elegidas.

—La verdad, Sol, es difícil sentirse mal por la gente rica a la que le importan más sus plantas que los pobladores.

A diferencia de los pobladores, cuyos ancestros habían llegado a Deva desde hacía varias generaciones, la mayoría de la gente rica había arribado recientemente desde Tri, el planeta capital de la Federación Cuatra.

—Ahora no me vengas con que es un problema moral, cabrón. Tu trabajo consiste en entregar cosas y mantener la boca cerrada. ¿Está claro?

—Clarísimo —gruñó Cormak.

—Tienes suerte de que mi naturaleza sea amable y comprensiva. Te voy a dar otra oportunidad. Tengo un trabajo para ti esta noche. Debes recoger un pedido en 29° 22' Norte, 99° 48' Oeste... No escucho que te hayas detenido para anotar lo que te digo.

—29° 22' Norte, 99° 48' Oeste —repitió Cormak, aburrido—. Entendido, jefe.

Siempre recordaba las coordenadas. Le gustaban mucho los números: podía visualizarlos en su mente, los reacomodaba en todo tipo de combinaciones que le permitían resolver ecuaciones complejas en cuestión de segundos. No es que esto le haya ayudado mucho en la escuela; sus maestros

siempre asumían que hacía trampa, pues le era imposible salir bien en los exámenes de matemáticas. Esto había hecho enojar a su hermano Rex, pero a Cormak no le había importado mucho. Las buenas calificaciones solo le importaban a la gente como Rex, esa rara especie de estudiantes que eran lo suficientemente inteligentes como para llamar la atención de los instructores, y lo suficientemente agradables como para justificar el interminable papeleo, los favores y los sobornos necesarios para conseguirle un lugar a un devano en una universidad o en un programa de entrenamiento fuera de su planeta. Aunque, a final de cuentas, ni siquiera Rex había logrado salir de Deva.

—Si lo echas a perder, te vas a arrepentir. Lo digo en serio, Cormak.

—Lo tengo bajo control. Ahí estaré en la noche.

29° 22' Norte, 99° 48' Oeste se encontraba en el Sector 22, donde Sol tenía un contacto que importaba nanotecnología robada de Tri. Mientras que el agua constituía gran parte del negocio de Sol, también incursionaba en el comercio de armas y era un apasionado del criptocomercio interestelar. Existía un rumor de que incluso había hackeado el Banco Tridiano.

—Mierda —gruñó Cormak cuando su moto cayó en otro bache y voló por los cielos. Se las arregló para mantener la moto firme, pero aterrizó con tanta fuerza que las vibraciones reverberaron por todo su cuerpo. Miró al piso para ver si sus pantalones seguían metidos en sus botas, pues el aire tóxico podía filtrarse por los poros de la piel expuesta y matar a cualquiera en cuestión de horas.

Deva era naturalmente tóxico para los humanos. El planeta estaba cubierto por una espesa nube de gas, una combinación de nitrógeno, dióxido de carbono y el oxígeno suficiente para ser filtrado y entubado dentro de edificios sellados al vacío. También era rico en terranio, el metal que alguna vez se utilizara para construir la mayoría de los edificios en Tri.

Hacía cien años, los dueños de las minas y los exportadores de Tri llegaron a Deva, deseosos de reclamar su parte del pastel. Construyeron enormes burbujas alrededor de sus cómodas casas para protegerse de la atmósfera tóxica y se transportaban al trabajo en aeronaves personalizadas con sistemas de respaldo de filtración de oxígeno. Después construyeron torres para los cientos de miles de trabajadores que atrajeron a Deva con la promesa de un salario alto y un nuevo comienzo. Las torres estaban bastante cerca de las minas, por lo que los trabajadores podían irse a pie y atravesar la tóxica neblina rosa con las máscaras de gas provistas por la compañía. Por supuesto, estas máscaras no tenían sistemas de respaldo.

Luego, hacía unos veinte años, los desarrolladores descubrieron un metal mucho más resistente en Chetire, el firón, y el mercado de terranio tocó fondo. Muchas de las minas fueron clausuradas, pero, por desgracia, el tiempo que los mineros pasaron bajo tierra bastó para corroer sus órganos. El padre de Cormak falleció a la madura edad de treinta y nueve años, había acumulado más tumores en los pulmones que monedas en el bolsillo.

Más adelante, algo brillaba cerca del horizonte. Era un poli en una aeronave. Cormak maldijo y viró bruscamente a la derecha, saliendo del camino hacia los eriales plagados de baches y zanjas. No había hecho nada ilegal, al menos nada que pudiera detectarse desde el aire, pero los polis detenían a quien les diera la gana. Si le pedían que se orillara y encontraban el agua robada, estaría frito. La mayoría de las personas que arrestaban en Deva no recibían multas ni eran sometidas a juicio. Simplemente, nunca se volvía a saber de ellas.

Cormak aceleró e inclinó la moto en dirección a la ruta más directa hacia el cañón, que estaba

conformado por una serie de canales que los mineros crearon hacía mucho tiempo. Era un camino muy estrecho como para que la aeronave lo siguiera y demasiado oscuro como para que el mecanismo de reconocimiento facial lo identificara a la distancia.

Por encima del rugido de su motor se escuchó el distintivo zumbido de la aeronave del poli. Cormak tuvo que estabilizar su respiración, pues la máscara solo podía filtrar una cantidad definida de aire en un momento dado.

—Deténgase y descienda del vehículo —una voz fuerte y monótona se escuchó desde arriba—. Usted ha entrado en una zona restringida y debe mostrar una identificación.

Qué zona restringida ni qué nada, pensó Cormak. El cañón no había sido una zona restringida desde hacía más de dos décadas. Esta no era sino una excusa de mierda que los polis utilizaban para registrar a alguien cuando no tenían un motivo claro para hacerlo. Cormak empujó su moto todavía más, instándola a que acelerara más. Un polvo rojo se revolvió a sus costados y cada vez que pasaba por encima de una roca o algún hundimiento en el camino, la moto volaba por los aires.

La entrada al cañón se alzaba frente a él, una ranura angosta en la colina de polvo rojo. No había forma de que la aeronave cupiera a través de ella. Si Cormak lograba llegar ahí a tiempo, el poli tendría que darse por vencido y abandonar la persecución.

—Deténgase y descienda del vehículo —demandó la voz—. Esta es su última advertencia.

El cañón estaba a cien mitones de distancia. Ahora noventa. Cormak aceleró todavía más. Setenta. Miró por encima de su hombro y maldijo. ¿Por qué seguía ahí la aeronave? ¿Por qué no emprendía la retirada?

La entrada al cañón se hizo más grande. Ahora estaba a cuarenta mitones de distancia. Treinta. El cañón solo medía unos siete mitones de ancho, apenas la suficiente amplitud como para que dos motos condujeran lado a lado, mucho menos una aeronave. Muy pronto el poli tendría que detenerse. *Tenía* que hacerlo.

Una súbita corriente de aire caliente estuvo a punto de tirar a Cormak de su moto. La aeronave había descendido más cerca del suelo y ahora conducía a su lado.

—Oríllese —gritó el poli.

En respuesta, Cormak se encogió todavía más en su asiento y pisó el acelerador a fondo. Se dirigió hacia la entrada del cañón y contuvo la respiración, rezando para que el poli no intentara rebasarlo y bloquearle el paso, lo que resultaría en la muerte de ambos.

Se precipitó hacia las sombras mientras las paredes del cañón se elevaban a sus costados. Luego miró por encima de su hombro y alcanzó a ver cómo la aeronave viraba bruscamente a la izquierda. Unos segundos después, escuchó un crujido metálico seguido de un ruido sordo.

Cormak frenó tan fuerte que perdió el control de la moto y chocó contra la pared del cañón. Por un momento permaneció ahí, desplomado sobre el suelo, jadeando y con un dolor sutil en las costillas. Pero en cuanto vio emerger la sombra del poli de su golpeada aeronave, exhaló con alivio. Ya no había forma de que ese tipo lo alcanzara ahora. Se enderezó y encendió el motor, sonriendo al ver que este sonido ahogaba el eco de las maldiciones del poli.

Era casi mediodía cuando Cormak regresó a la Torre B, lo cual significaba que solo podría dormir un par de horas antes de salir otra vez. En cuanto la escotilla se cerró con un silbido tras él se quitó el casco, lanzando gotas de sudor por todas partes. Guardó su moto y, antes de siquiera preocuparse por revisar si ya habían reparado el elevador, comenzó a subir los treinta y un pisos lentamente.

Logró llegar a su departamento sin encontrarse con ninguno de sus vecinos, gracias a Antares. Había pasado demasiado tiempo desde la muerte de Rex como para que le dieran el pésame, pero Cormak percibía que tampoco se sentían cómodos haciéndole plática banal. Resultaba difícil pensar que en un lugar como el Sector 23, donde el dolor circulaba día a día junto con el aire filtrado, la gente no supiera cómo manejarlo. No se le ocurría una sola familia que no se hubiera visto afectada por la tragedia.

Como siempre, la pequeña sala de estar se veía vacía y desordenada al mismo tiempo. Las envolturas de los paquetes de nutrición estaban esparcidas por todo el piso y sobre el sillón raído, y la ropa sucia colgaba de los respaldos de las sillas. Es cierto que cuando Rex aún vivía el departamento estaba en mal estado, pero impecablemente limpio. Aunque solo era tres años mayor que Cormak, Rex había sido más como un padre que un hermano. Tras la muerte de su padre, Rex se encargaba de negociar la renta, lidiar con la delicada estufa de gas para cocinar alimentos calientes de vez en cuando y motivar a Cormak para que terminara su tarea incluso mucho después de que sus maestros perdieran el interés en él.

Cormak cerró los ojos y se dejó envolver por esa nube de dolor que le era tan familiar. Ni siquiera sabía que Rex trabajaba en la mina de los Eriales de Hobart hasta que le notificaron el accidente. Su hermano tenía un trabajo seguro como conserje en el puerto de lanzamiento de aeronaves y estudiaba por las noches para los exámenes de admisión de la escuela de pilotos. ¿Por qué habría sacrificado todo eso por un trabajo temporal en la región más insegura de Deva? Solo la gente más desesperada se iba a trabajar a los eriales, un enorme cráter propenso a sufrir terremotos que derrumbaban minas y con numerosas grietas que expulsaban un vapor caliente desde la tierra.

Durante los primeros días, Cormak no se preocupó mucho. Rex a menudo aceptaba turnos extra y no era raro que pasaran días sin que ambos coincidieran en casa. Pero después del cuarto día, Cormak comenzó a angustiarse. Y al séptimo día, recibió la noticia que le partió el corazón en mil pedazos: Rex había muerto. Cormak nunca volvería a escuchar su risa boba y escandalosa, el único sonido capaz de ahogar el incesante silbido del sistema de filtración de aire. Nunca más se exasperaría al escuchar las terribles imitaciones que Rex hacía de sus vecinos, cuyas voces sonaban exactamente igual. Nunca más se sentiría reconfortado por Rex cuando éste posaba su larga mano sobre su hombro y le decía: “Todo va a estar bien”. Pero aquellas palabras que siempre lo consolaron resultaron ser mentira.

Cormak presionó su mano contra la pared y se obligó a respirar hasta que el dolor amainara. Necesitaba dormir unas horas antes de realizar su siguiente entrega. Cansado, caminó unos pasos y sintió que el estómago le gruñía con rabia. Las entregas de hoy iban a ser brutales si no comía algo antes de salir, pero la cocina estaba completamente vacía. Para su enorme frustración, tuvo que remplazar una de las velocidades de su moto el día anterior: solía hurgar en la basura para encontrar las partes, pero tras días de buscar infructuosamente, acabó por desembolsar y ahora no tenía dinero para comprar comida. Necesitaba algo que vender y ya había empeñado todos sus objetos valiosos en

el transcurso de los últimos meses: el reloj que le heredó su padre, la moto *vintage* de su abuelo y la única pieza de joyería que le perteneció a su madre, quien murió poco después de que Cormak naciera. El único cuarto que no había saqueado era el de Rex.

Miró fijamente la puerta que no había abierto desde la muerte de Rex. La idea de hurgar entre las cosas de su hermano hacía que se le encogiera el corazón, pero Rex se pondría furioso si supiera que Cormak pasaba hambre por evitar vender sus pertenencias.

Se forzó a caminar hacia la puerta y luego entró en la minúscula recámara. El aire se sentía pesado y estancado, como el de una tumba, y Cormak notó que contenía la respiración. Todo estaba en perfecto orden excepto por un par de botas que yacían en el suelo a unos pocos centímetros de la puerta. Lo golpeó una nueva ola de dolor mientras esquivaba los zapatos con cautela, procurando no rozarlos. Algo en su disposición se sentía vital, activo, como si la persona que se las quitó estuviera por regresar en cualquier momento.

Por supuesto, la cama estaba tendida. La última vez que se levantó, Rex ajustó las sábanas cuidadosamente bajo el colchón. ¿Acaso una pequeña parte de él sabía que se dirigía hacia su muerte y, por ello, había tenido más cuidado en dejar todo ordenado?

Cormak caminó hacia el vestidor y dejó que sus dedos flotaran por encima de la manija del primer cajón antes de abrirlo. Ahí se encontraba la colección de aviones miniatura de su hermano, con la que siempre lo dejaba jugar. También había un montón de camisetas viejas: pasó su dedo por encima de la que se encontraba hasta arriba y sintió un escalofrío.

Cerró el primer cajón con suavidad y abrió el segundo. Estaba vacío, al igual que el cajón de hasta abajo. Cormak sintió una extraña mezcla de frustración y alivio mientras miraba alrededor de la habitación, y estaba a punto de irse cuando algo en la almohada de Rex llamó su atención. Se acercó un poco y observó que eran dos cosas: una identificación y un maltratado enlace portátil.

Primero tomó la identificación y se estremeció al ver el rostro sonriente de su hermano, pues no tenía muchas fotos de Rex. Pero, ¿por qué habría dejado esto? La volvió a colocar sobre la almohada y tomó el enlace portátil. Rex se sintió tan orgulloso el día que compró el aparato usado... en un punto eran inseparables, y era difícil verlo sin el enlace atado a su cinturón. Pero la recepción en Deva era tan mala que con el tiempo dejó de llevarlo consigo. Para sorpresa de Cormak, la luz que indicaba que había mensajes sin leer aún parpadeaba.

Presionó la pantalla y ésta se encendió con gran esfuerzo. Algunos de los mensajes eran basura: descuentos para viajes en nave que Rex nunca pudo pagar y anuncios de “emocionantes oportunidades laborales” en compañías fuera del planeta que no habían contratado a nadie de Deva en cincuenta años. Había algunos mensajes de viejos amigos y conocidos que quizá no se enteraron de la muerte de Rex, y otros que *sí* se enteraron, pero que le escribieron a manera de despedida.

Cormak estaba a punto de cerrar el enlace cuando vio algo que le heló la sangre. Era un mensaje sin leer con el asunto: “Para Cormak”. Con las manos temblorosas, Cormak logró abrir el mensaje y comenzó a leer.

C:

Perdón por irme sin avisar, pero no quería que te preocuparas por mí. Este trabajo en los eriales solo dura diez días y no vas a creer lo mucho que nos pagarán. Si todo sale de acuerdo con el plan, nunca tendrás que leer esta carta. Estaré de vuelta antes de que empieces a hurgar en mi cuarto. Pero se me ocurrió que debería dejar algo, por si acaso.

Probablemente te preguntes por qué me apunté para este trabajo. Bueno, pues hay otra cosa que aún no te he dicho. Me aceptaron en la Academia de la Flota Cuatra. Qué loco, ¿no? No te dije que solicitaría porque que me aceptaran era una posibilidad muy remota. Por eso estoy aquí. Estoy juntando dinero para que tú también te vayas de Deva. Puedes ir a la universidad en Tri o a la escuela de entrenamiento de pilotos en Chetire, lo que quieras. Sé que nunca me has creído, pero eres un maldito genio, C. Eres mucho más inteligente que yo y puedes hacer lo que se te antoje. Así, ambos nos iremos de este maldito planeta. No nos quedaremos aquí para acabar como papá.

Este trabajo no es tan peligroso como todos dicen y realmente dudo que algo pueda salir mal. Pero si estás leyendo esto, supongo que algo pasó...

Por el amor de Antares, espero que no estés leyendo esto.

Si no regreso a casa, hay algo que puedes hacer por mí: quiero que tomes mi lugar en la academia. Dejé mi identificación sobre mi almohada. Eres mucho más inteligente que todos esos tridianos juntos y tengo ganas de que un devano como tú los ponga en su lugar. Porque te estaré observando, C, aunque no sepamos exactamente desde dónde.

Okey, tengo que detenerme, porque esto me está poniendo muy sensible y no quiero que llegues a casa y me encuentres alterado. Nunca vas a leer esto. Sé que no lo harás. Regresaré a casa en unos días. Pero, solo por si acaso, cuídate mucho, Cormak. Te quiero.

—Rex

El mundo desapareció en una explosión de dolor ardiente y Cormak se dejó caer al suelo. Rex fue a los eriales por él; prefirió arriesgar su vida por él que dejarlo solo. Cormak trató de respirar, pero sentía como si sus costillas se hubieran colapsado, como si huesos dentados atravesaran su corazón.

—No —susurró mientras abrazaba sus rodillas al pecho—. Rex, no.

Cerró los ojos y reprodujo en su cabeza las últimas horas que pasó con Rex: su última cena juntos, su última ronda de escalonbol —un juego que inventaron hacía mucho tiempo—, sus risas tan escandalosas como cuando eran niños. Este recuerdo había sido una fuente de consuelo durante los últimos meses, pero tras descubrir el secreto que Rex guardó por tanto tiempo, la memoria se corrompió.

Si tan solo hubiera encontrado el enlace antes. Si hubiera revisado las cosas de Rex antes, cuando recién desapareció, tal vez hubiera podido hacer algo al respecto. Podía haber pedido aventón o robado un vehículo para ir a los eriales y obligar a Rex a que regresara a casa. Podía haberle salvado la vida a su hermano.

Sus manos aún temblaban cuando Cormak leyó el mensaje por segunda vez. En esta ocasión, una sensación de orgullo emergió más allá del dolor. No podía creerlo: Rex había entrado a la *Academia de la Flota Cuatra*. Era la escuela más prestigiosa del sistema solar, famosa por entrenar a los oficiales más legendarios de la Flota Cuatra. Hasta hacía muy poco, solo podían asistir los habitantes de Tri. Cormak se enteró del cambio en esta política, pero no prestó mucha atención. La idea de que un devano asistiera a la academia era demasiado descabellada. Y sin embargo, Rex lo había conseguido.

Qué más daba convertirse en piloto, ¡Rex podía haber sido un maldito oficial!

Pero ahora eso nunca sucedería. Porque así es como funcionaban las cosas en Deva. Sin importar qué tan duro trabajaras o la buena suerte que tuvieras, algo siempre acababa por arruinar tus planes. Cormak sintió que la frustración le ardía en las venas. Rex, la persona más amable e inteligente que conocía, consiguió la oportunidad de su vida, pero esa vida fue interrumpida. Extendió su brazo hacia atrás y aventó el enlace por los aires; el aparato se estrelló contra la pared, emitiendo un satisfactorio *crac*.

Cormak exhaló poco a poco e inhaló otra vez, relajándose a medida que el oxígeno alcanzaba sus pulmones. Lentamente se puso de pie y, con las manos temblorosas, se estiró para tomar la identificación que estaba sobre la almohada. Cormak miró fijamente el rostro sonriente de su hermano y pensó en lo que Rex le dijo en su mensaje. *Si no regreso a casa, hay algo que puedes hacer por mí: quiero que tomes mi lugar en la academia.* Eso era una locura. Cormak no podía tomar el lugar de su hermano así como así. La ubicación de la academia era ultrasecreta... no había manera de que un impostor entrara como Pedro por su casa con una identificación falsa. Si lo atrapaban, lo enviarían a la prisión de la federación (o algo mucho peor) y, si por casualidad lograba entrar, se estaría codeando con los jóvenes más inteligentes del sistema solar en un mismo salón de clases. No pasaría mucho tiempo antes de que alguien se diera cuenta de que Cormak no encajaba.

Deslizó su dedo a lo largo de la foto de la identificación. Conocía tan bien esa sonrisa, que le costaba trabajo aceptar que nunca más la volvería a ver en la vida real. Era la sonrisa que debió dibujarse en la cara de Rex mientras escribía: *Eres mucho más inteligente que todos esos tridianos juntos y tengo ganas de que un devano como tú los ponga en su lugar.*

Era muy arriesgado, prácticamente una misión suicida. Miles de cosas podían salir mal y la idea de que el hermano de Cormak, la persona más responsable y apegada a las reglas, lo alentara a cometer fraude de identidad, era cómica, absurda. Sin embargo, de alguna manera eso le imprimía cierta urgencia al asunto. Tanto quería Rex darle esta oportunidad a su hermano, que estuvo dispuesto a ponerlo en peligro. Su probabilidad de éxito era mínima, pero si *lograba* tener éxito, esto le cambiaría la vida. Quizás incluso le salvaría la vida.

Esta era la oportunidad de Cormak para irse de Deva. Si se quedaba, sería solo cuestión de tiempo antes de que los tumores invadieran su cuerpo o lo agujerearan las balas de los polis. Por primera vez en ocho meses, Cormak sintió algo más que una mezcla de enojo, tristeza o desesperación, algo que nunca pensó que sentiría otra vez: esperanza. Quizá no podía devolverle la vida a Rex, pero sí podía, de alguna manera, cumplir el sueño de su hermano. Iba a ser un motivo de orgullo para Rex, sin importar el costo que esto pudiera tener.

Capítulo 2

ARRAN

—¡Espera! ¡No te comas eso!

Arran levantó la mirada y vio que una chica de pelo chino con rayitos morados lo observaba con alarma. Él la miró, sorprendido tanto por su aparición repentina como por el tono de preocupación en su voz. Arran llegó casi una hora antes al puerto de lanzamiento de aeronaves, por lo que se sentó a esperar en una de las bancas acolchadas. Por cuestiones de seguridad, ese día se cancelaron todos los vuelos comerciales; las únicas personas que tenían permitida la entrada eran los cadetes de la Flota Cuatra y sus familias. El atrio circular estaba casi vacío y en silencio, excepto por el chirrido del robot de saneamiento que limpiaba los pisos y las animadas voces que salían de los monitores. Los anuncios se transmitían con tanta frecuencia que Arran podía repetirlos todos de memoria.

*¡Lánzate al viaje de tu vida! ¡Las montañas de Urud te esperan a tan sólo un pársec de distancia!
¡Siempre está soleado en Lús, el planeta más cercano al sol!*

Cada tres o cuatro minutos, remplazaban las fotografías de viajes exóticos con una imagen pacífica del espacio, con música relajante que acompañaba el titilar de las estrellas. De pronto la música se tornaba estridente y urgente, al tiempo que una procesión de enormes naves espaciales aparecía en el fondo, una tras otra. En cuanto la primera nave ocupaba toda la pantalla, soltaba una tormenta de bombas explosivas.

Los espectros se acercan. ¿Dejarás que nos invadan sin pelear? ¡La Flota Cuatra te necesita!

Aunque habían pasado dos años desde el último ataque —aquel que tuvo a Chetire, el planeta de Arran, como blanco—, todos sabían que era cuestión de tiempo antes de que los espectros regresaran. Esta vez, Arran no se escondería en casa, sino que se prepararía para pelear.

Arran se dio cuenta de que la chica del pelo morado aún lo observaba y bajó la mirada para ver el panecillo que su madre le había guardado en su mochila esa mañana.

—¿Por qué no?

—Porque vas a vomitar en cuanto alcancemos la velocidad de escape.

—Ah, claro —dijo Arran, sonrojándose mientras envolvía el panecillo en su servilleta de tela favorita, la de las flores azules. Se preguntaba si su madre la habría escogido a propósito, para despedirlo con un pedacito de su hogar.

—No te preocupes —sonrió la chica con amabilidad—. Yo tampoco me he subido a un transbordador, solo he investigado mucho sobre viajes interplanetarios.

Arran se puso de pie y se pasó las manos por el cabello, un tic nervioso del que nunca había logrado desprenderse.

—Buena idea —dijo, aliviado por saber que no sería el único novato mareado a causa del viaje espacial. Ni siquiera había salido del territorio F —la provincia más remota de Chetire—, mucho menos del planeta. Él venía de una familia de mineros y, cuando recibió su carta de aceptación a la academia, estaba a pocos días de firmar un contrato por diez años con la compañía minera. Diez años de trabajar doce horas al día a más de cuatrocientos mitones bajo tierra congelada. Aún no podía creer su buena suerte. Acabar en las minas era su mayor miedo, pero, sin importar cuánto lo intentara, no se le ocurría ninguna alternativa. Nadie nacido en Chetire salía de ahí.

Hasta ahora.

Solo deseaba haber investigado más por su cuenta. Arran estaba acostumbrado a ser un sabelotodo: no podía contar el número de veces que lo golpearon a la salida de la escuela por hacer “preguntas estúpidas” que impedían que el hastiado profesor los dejara salir temprano. En una ocasión, mientras su madre le aplicaba un ungüento sobre su ojo morado, le sugirió con gentileza que tal vez sería una buena idea reservarse sus preguntas para la biblioteca, pero él sabía que eso nunca funcionaría. Cuando algo despertaba su curiosidad, de inmediato se apoderaba de él y consumía todos sus pensamientos... incluyendo la facilidad con que le aparecían los moretones.

Una chica pálida se acercó a Arran y a la chica del pelo morado.

—¿Ustedes también van a la academia? —preguntó un poco ansiosa.

—Sí. —Inclinó la cabeza, la forma correcta de saludarse entre iguales en Chetire—. Soy Arran.

Ella le devolvió el gesto.

—Mhairi.

Una vez que la chica de cabello morado se presentó como Sula, Mhairi miró preocupada por encima del hombro a un hombre y una mujer que merodeaban cerca de la pared, aún envueltos en sus harapos cubiertos de nieve.

—Creo que debo ir a despedirme de mis padres. No quiero que todo el mundo sepa que vinieron conmigo.

Sula sonrió.

—Los míos hubieran venido si pudieran costearlo. No todos los días sale el primer grupo de chetrianos hacia la Academia de la Flota Cuatra.

—Parece como si leyeras un fragmento de tus memorias —dijo Arran, procurando mantener su tono ligero para que no pensara que se burlaba de ella. Porque Sula tenía razón. Aunque sonara presumido decir algo así en voz alta, la realidad era que estaban haciendo historia. Él solo esperaba no defraudar a nadie.

Por milenios, Tri fue el único planeta habitado en el sistema solar. Sin embargo, a medida que la tecnología avanzó, los tridianos terraformaron los primeros asentamientos en el planeta tropical Lus

y algunas colonias mineras en Deva, un lugar sumamente tóxico, y Chetire, cuyo territorio estaba cubierto de nieve. Los pobres tridianos que emigraron para trabajar en estos planetas recibieron el nombre de “pobladores”, así como sus hijos y nietos. Algunas generaciones después, el número de pobladores excedía por mucho al de los empresarios tridianos, y los primeros comenzaron a exigir su autonomía; lanzaron campañas por su independencia, que terminaron infructuosa pero pacíficamente en Lus, pero derivaron en guerras violentas en Chetire y Deva.

Como resultado, la Federación Cuatra estableció reglas estrictas para evitar futuros levantamientos. Los pobladores no tenían derecho a votar, ir a universidades tridianas, abrir negocios, ni a emprender acciones legales contra ningún tridiano. Y aunque podían enlistarse en la infantería, no podían ocupar ningún otro cargo en la Flota Cuatra, mucho menos solicitar el ingreso a la academia.

Sin embargo, el año pasado el comandante de la Flota Cuatra causó revuelo al implementar una nueva política que permitía a cualquier poblador de entre dieciséis y dieciocho años de edad solicitar el ingreso a la academia. La idea de que el comandante de pronto se volviera de mente abierta fue motivo de burla entre los cínicos en Chetire, ya que argumentaban que los ataques de los espectros simplemente crearon la necesidad de más oficiales. Pero Arran creía en lo que el comandante Stepney dijo en aquel famoso discurso: que los soldados confiarían más en sus líderes si sus oficiales al mando fueran de su país de origen, y que había reservas de talento sin aprovechar a lo largo del sistema solar.

Sin embargo, eso no bastaba para sumar el apoyo de todos. En Tri la oposición fue numerosa, especialmente cuando se anunció que, tras siglos de solo admitir tridianos cada año, ahora la academia aceptaría cadetes de cada uno de los cuatro planetas. El oponente que más había protestado era un almirante llamado Larz Muscatine, un conocido fanático quien afirmaba que abrir la academia a los pobladores debilitaría a la Flota Cuatra.

Arran quería demostrarle cuán equivocado estaba.

En el transcurso de la siguiente media hora, llegaron los demás cadetes chetrianos. Algunos vivían en Hángard, la ciudad capital, pero era claro que muchos de ellos habían viajado una distancia considerable para llegar al puerto de lanzamiento. Un chico temblaba de forma tan violenta que los demás pensaron que tenía congelación y lo cubrieron con sus abrigos, aunque al final resultó que solo estaba nervioso.

—¿Sabes cuándo nos asignarán nuestras funciones de escuadrón? —Mhairi preguntó desde la banca en que se desplomó, rodeada de sus maletas.

Arran sintió un cosquilleo de emoción. Mucho antes de que Arran soñara con asistir a la academia, escuchó historias acerca del torneo, una intensa competencia entre los cadetes. Los estudiantes eran divididos en escuadrones de cuatro personas, a quienes se les asignaban funciones a partir de un examen de aptitud notoriamente riguroso: capitán, piloto, oficial de tecnología u oficial de inteligencia. El escuadrón ganador siempre aparecía en comunicados de prensa alrededor del sistema solar, en donde se les vendía como la nueva generación de héroes que entrenaban para pelear contra los espectros.

—No estoy segura —dijo Sula.

Por primera vez desde su llegada, se escuchaba un poco nerviosa.

—Pero, definitivamente, quiero ser piloto.

—¿En serio? —dijo Mhairi impresionada—. ¿Y alguna vez has volado?

Sula negó con la cabeza.

—No, pero creo que después del examen de aptitud...

Un chico pálido de cabello castaño hasta los hombros la interrumpió resoplando.

—Considérate afortunada si *terminas* el examen de aptitud.

Era el único de los presentes que tenía un enlace portátil y no levantaba la mirada al hablar. Arran contempló pedirle al chico si podía enviarle un mensaje a su madre, solo para avisarle que había llegado a Hángard sano y salvo. Pero después de escucharlo hablar, Arran lo pensó dos veces.

—¿Perdón? —dijo Sula alzando las cejas.

—No es nada personal —le dijo, al fin levantando la vista—. Pero debemos aceptar los hechos: todo esto nos rebasa. Estos chicos tridianos se han preparado para este examen de aptitud desde que *nacieron*.

Algunos de los cadetes intercambiaron miradas nerviosas, pero Sula no se dejó intimidar y fulminó al chico con la mirada, lo que cimentó la opinión favorable que Arran tenía de ella.

—No puedes prepararte para el examen, mide aptitudes naturales.

—¿En serio? —dijo el chico en tono de burla—. Entonces, en ese caso, ¿cómo es que los tridianos más ricos contratan instructores de la academia para educar a sus hijos? Mi tío trabajó en Tri y vio esto de primera mano. No tienen ni idea de lo que estamos por enfrentar.

—Habla por ti —dijo Sula alzando el mentón—. Personalmente, estoy emocionada de poner a esos esnobs de Tri en su lugar.

Casi todos los demás murmuraron en señal de acuerdo y, a pesar del nudo de ansiedad que sentía en el estómago, Arran asintió. No podía dejarse intimidar. No después de lo mucho que trabajó para llegar ahí, estudiando hasta altas horas de la noche mientras su madre limpiaba pisos catorce horas al día para mantenerlo.

Con la diferencia horaria, ahora mismo sería de noche en el territorio F. Arran se imaginaba a su madre sola en su pequeño departamento, sosteniendo una taza de té para calentarse las manos mientras el molesto radiador esparcía más ruido por la habitación que calor. ¿Qué había cenado? El corazón de Arran se encogió al imaginarla poniendo la mesa para una sola persona: un plato, un tenedor, un cuchillo y una servilleta de tela perfectamente doblada. ¿Qué haría durante el resto de la noche sin nadie con quien hablar? Nunca intimó mucho con sus vecinos, pues trabajaba como personal de limpieza en la sede corporativa de la compañía minera Fyron, y sus largos turnos no le permitían socializar mucho. Arran no podía recordar un momento en el que su madre no se viera cansada. Sin embargo, cuando Arran sugirió rechazar la beca para quedarse en casa, los ojos de su madre se volvieron más feroces que nunca.

—No —dijo con un ligero temblor, posando su mano sobre el brazo de Arran—. Tienes que ir. Te mereces algo mucho mejor que esto.

Hizo un gesto con la mano para señalar cada rincón del pequeño departamento que, aunque era impecable, tenía muy pocos muebles.

—Pero, ¿qué hay de ti? ¿No te sentirás sola?

—Estaré bien —dijo forzando una sonrisa—. ¿Cómo puedo sentirme sola cuando tengo tantas cosas maravillosas a mi alrededor? Lo único que tengo que hacer es mirar al cielo e imaginarte en la

academia, aprendiendo a ser un héroe.

Arran miró a la multitud de nuevos cadetes. Algunos se veían nerviosos; otros se mostraban indiferentes e incluso imperturbables ante la posibilidad de abordar un transbordador rumbo a la ubicación secreta de la academia; y otros se mantenían de pie, bien erguidos y con los hombros echados para atrás, como si aguardaran una inspección. Algunos de ellos *probablemente* se convertirían en héroes cuando pelearan contra los espectros, pero otros se sacrificarían

—Arran contuvo un escalofrío—, sumando un nombre más a la lista de víctimas.

—¿Ese quién es? —preguntó Sula muy quedito, señalando a un chico que hablaba con un hombre que vestía un uniforme de la Flota Cuatra al otro lado del puerto de lanzamiento, el cual se encontraba casi desierto. El chico asintió y luego se dirigió hacia donde estaban los demás.

—Ya somos doce aquí —aclaró Sula.

En las noticias se habló mucho sobre los doce chetrianos que iban camino a la academia, aunque no revelaron ninguno de sus nombres.

—Tal vez lo aceptaron de último minuto —dijo Arran.

Pero en cuanto el chico se acercó, se hizo evidente que no era chetriano. A diferencia del resto de los nuevos cadetes, quienes miraban el puerto de lanzamiento ya sea con asombro o falsa indiferencia, él parecía estar totalmente relajado. Y en lugar de usar capas de ropa de lana y piel, portaba una delgada chamarra negra de termapiel —un material cien veces más caliente que la piel y como mil veces más caro. La única vez que Arran vio a alguien usarla fue al dueño de la mina local durante su visita anual desde Tri.

Arran automáticamente se puso rígido, preparándose para recibir esa dosis de desdén que asociaba con la mayoría de los tridianos, pero, para su sorpresa, el chico sonrió cálidamente cuando se acercó al grupo. Tenía la piel blanca, el cabello suave y oscuro y los ojos de un color verde profundo, algo que Arran notó cuando el chico se detuvo junto a Sula.

—¿Todos van para la academia? —preguntó el chico.

—Sí —dijo Sula con una sonrisa, aunque se veía más desconfiada que antes.

—Ah, muy bien. Pensé que había llegado tarde. Soy Dash.

—Sula.

Sula empezaba a inclinar la cabeza cuando Dash le extendió la mano. Sula la miró fijamente, sorprendida por el gesto.

La amigable sonrisa de Dash se desdibujó un poco, pues la reacción de Sula lo confundió. Arran recordó que las costumbres eran distintas en Tri, donde la mayoría de la gente no pasaba días enteros hasta los codos en lodos tóxicos, un derivado del firón y el gas que permitía a los mineros extraerlo del suelo.

—Soy Arran —dijo, tomando la mano del chico.

—Mucho gusto —dijo Dash.

Volvió a sonreír y se le iluminaron los ojos verdes, lo que provocó que Arran sintiera un leve cosquilleo en el estómago. No estaba acostumbrado a que los chicos como Dash le sonrieran de esa manera.

—¿De dónde eres? —preguntó Sula.

Era claro que quería mostrar una curiosidad genuina, pero no pudo disfrazar la sospecha en su

voz.

—Soy de Evoline, en Tri —dijo Dash con alegría—. Vine a entrenarme para ser piloto. Hay una escuela en los eriales chetrianos.

Miró al grupo y, cuando nadie respondió, continuó.

—Hay menos tráfico aéreo aquí.

Algunos de los chetrianos intercambiaron miradas nerviosas, mientras que el chico del enlace portátil sonrió con aire de suficiencia, satisfecho por haber tenido la razón.

—¿Pensaste que te adelantaría al resto de nosotros? —Sula preguntó.

Dash sonrió tímidamente, revelando hoyuelos en sus mejillas, y Arran sintió que el cosquilleo del estómago se le extendía al pecho.

—No estoy seguro de que cuente como un adelanto. Pasé tres semanas ahí y nunca logré aterrizar sin que mi instructor tomara los controles. No sabía que usaban tantas groserías en Chetire.

Sula trató de mirar a Arran con exasperación, pero él fingió no darse cuenta.

—¡Buenos días, cadetes! —resonó una voz profunda. Un hombre delgado y de pelo blanco que vestía un uniforme de la Flota Cuatra se acercó a ellos —era el oficial con quien Dash conversaba hacía algunos minutos.

—Soy el sargento Pond, uno de los rectores de la academia. Yo los acompañaré en el transbordador.

Arran se irguió un poco más y de reojo vio cómo casi todos los demás hicieron lo mismo. El momento había llegado. De ahora en adelante, todo lo que dijeran o hicieran sería evaluado. Solo algunos cadetes entrarían como oficiales a la Flota Cuatra cuando se graduaran dentro de dos años. Al final de su primer año, transferirían a un programa de entrenamiento menos competitivo cualquiera que tuviera calificaciones regulares o un mal desempeño en el torneo. Pero el futuro de Arran no era el único que estaba en juego: de esta primera clase de cadetes chetrianos dependía demostrar que se merecían un lugar en la academia y entre los rangos superiores de la Flota Cuatra.

El sargento Pond jugueteaba con una pulsera que tenía en la muñeca hasta que un cuadro de texto color naranja traslúcido apareció en el aire: se trataba de una lista de nombres e imágenes holográficas. El corazón de Arran comenzó a latir con fuerza. Esto en verdad estaba sucediendo. Realmente iba camino a la academia.

—Bien, veamos a quién tenemos por aquí... —dijo Pond, agitando su dedo en el aire para desplazarse por la lista de nombres—. Cadete Trembo.

Sula dio un paso al frente.

—Presente.

Pond la miró primero a ella y después el holograma de su rostro, luego deslizó el dedo por encima de su nombre y el texto se puso de color azul.

—Cadete Feng.

Un chico bajito de hombros anchos levantó su musculoso brazo.

—Presente.

De nuevo, la mirada de Pond pasó del holograma al cadete, confirmando su identidad.

—Cadete Korbet.

Arran se aclaró la garganta.

—Presente —dijo, su voz un poco más aguda que de costumbre.

En lugar de ver el holograma, Pond mantuvo su mirada fija en Arran. Arran comenzó a moverse en su lugar, inquieto y preocupado, sintiendo cada vez más nudos en el estómago. ¿Acaso había algún error? ¿Y si su carta de aceptación en realidad era para alguien más?

Pond lo evaluó con la mirada.

—Interesante... así que este es el chetriano que obtuvo la calificación más alta en el examen de admisión. Te vigilaré muy de cerca.

Pond sonrió y Arran sintió que el nudo de preocupación que tenía en el estómago se le aflojaba un poco, dando paso a una sensación a la cual no estaba acostumbrado: el orgullo. Pero luego se sonrojó al sentir las miradas curiosas del resto de los cadetes. No quería que los otros pensaran que era engreído. Convertirse en un cadete iba más allá de obtener un buen resultado en el examen.

Pond continuó con el resto de los cadetes, se saltó a Dash, quien se había presentado con él antes.

—Muy bien, cadetes, es momento de partir. Acompañenme —dijo Pond.

Los cadetes se colgaron sus mochilas al hombro y siguieron al sargento Pond a través del atrio hacia una puerta flanqueada por dos mujeres uniformadas. Ellas lo saludaron y se hicieron a un lado, al tiempo que la puerta se abrió con un silbido.

—Entonces, ¿cuánto sacaste en el examen? —le preguntó Sula, siguiéndole el paso.

Arran miró a su alrededor antes de decir la cifra en voz baja.

—Dos veintitrés.

Los susurros cesaron y reinó un silencio tenso.

—*Doscientos veintitrés* —repitió Sula después de un rato—. Vaya.

La cabina del transbordador era circular, con unos veinte asientos distribuidos a lo largo del perímetro.

Arran eligió el primer asiento que encontró, ansioso por escapar de los murmullos de los otros cadetes, guardó su mochila en el compartimento ubicado debajo de su asiento y aseguró el arnés.

La hebilla rebotó fuera del cierre y Arran se abstuvo de emitir cualquier sonido que revelara su frustración. Lo intentó nuevamente, aún sin éxito, mientras se preguntaba cuál de los otros pasajeros sería el primero en darse cuenta de que el chico que sacó doscientos veintitrés en el examen no sabía cómo asegurar un arnés.

Algo suave rozó su brazo.

—La hebilla se mete aquí —dijo Dash, jalando los dos tirantes de los hombros y asegurando el cinturón en el cierre a la altura de la cintura de Arran.

—Gracias —dijo Arran.

A pesar de sentirse aliviado, el calor en sus mejillas se intensificó.

—No hay problema.

Dash regresó a su asiento y aseguró la hebilla de su cinturón en un movimiento fluido.

A través de los altavoces se escuchó un suave *ding*, seguido de una voz femenina pregrabada.

—Hola y bienvenidos a bordo del transbordador intersistema a... destino clasificado.

Algunos de los cadetes se miraron con emoción.

—Disfruten su viaje.

Arran sonrió y sintió que su nerviosismo se evaporaba poco a poco. Se obligó a mantener los ojos

abiertos durante el despegue, incluso cuando fue tan brusco y ruidoso que lo hizo sentir como si le sacudieran cada hueso del cuerpo. Fue difícil no cerrar los ojos cuando el transbordador salió disparado de la atmósfera de Chetire, lanzando a Arran fuera del planeta por primera vez en su vida.

En la ventana frente a él vio encogerse el horizonte nevado de Hámsgard. La tundra estéril se extendía interminablemente en todas direcciones, escasamente punteada por alguna casa o instalación minera. Arran sintió un dolor en el pecho al pensar en su madre sentada en casa, en su pequeña cabaña, a tres días de distancia. Se la imaginaba bebiendo su té, mirando el cielo gris por la ventana, tratando de vislumbrar el transbordador.

De pronto, el transbordador dejó de sacudirse y todo permaneció extrañamente inmóvil y en silencio. Por las ventanas ya no se veían remolinos de nieve y nubes, sino miles de estrellas.

Arran comenzó a flotar en su asiento, sintiendo cómo los tirantes del arnés se le encajaban cada vez más en los hombros. La cabeza le daba vueltas a causa del violento despegue y la gravedad cero lo hacía sentir muy extraño. Pero había algo más... El nebuloso planeta gris se hizo cada vez más pequeño hasta que se convirtió en una figura más entre las estrellas y, de repente, Arran entendió lo que realmente significaba vivir en el planeta más remoto del sistema solar.

Por el rabillo de su ojo, Arran miró a Dash; tenía los ojos cerrados y una expresión pacífica en el rostro.

Arran sonrió al descubrir que, por primera vez en su vida, se sentía completamente ingrátido.

Y totalmente libre.

Capítulo 3

ORELIA

—*Dirígete al auditorio. La orientación de los estudiantes de primer año comienza en diez minutos. Con base en tu ubicación actual, el tiempo estimado de traslado es de ocho minutos.*

Orelia se sobresaltó al escuchar esta voz cerca de su oído. Al llegar a la academia, todos los nuevos cadetes recibían un enlace portátil que, además de transmitir los datos comúnmente utilizados, también ofrecía instrucciones personalizadas.

Era el aparato más ridículo que Orelia hubiera visto en su vida. No cabía duda de que alguien con la suficiente inteligencia como para ingresar a la academia podía sobrevivir el día a día sin que una máquina le dijera qué hacer.

Orelia jaló su chamarra, una prenda extrañamente apretada que tenía dos hileras de botones, y luego miró la insignia ubicada del lado derecho de su pecho. *O. Kerr. Escuadrón desconocido. Rango desconocido.*

El pasillo estaba bien iluminado y lleno de cadetes uniformados. Los estudiantes de tercer y cuarto año, todos provenientes de Tri, sonreían de oreja a oreja mientras se abrían paso entre la multitud para alcanzar a sus amigos. Los estudiantes de primer año caminaban en silencio en grupos de tres o cuatro, manteniéndose cerca de sus nuevos compañeros de cuarto, todos con uniformes grises e insignias con un espacio en blanco como la de Orelia.

A pesar de estar rodeada de gente, Orelia nunca se había sentido tan sola. Pudo haber ido a la sesión de orientación con sus compañeros de cuarto, pero no tenía ninguna prisa de poner en práctica su falso acento lusiano. Desde el momento en que se subió al transbordador, había evitado pronunciar más de uno o dos enunciados.

A pesar de sus años de preparación, todo lo relativo a la academia le parecía desconcertante: desde las llaves que dispensaban un rocío desinfectante en vez de agua, hasta los asistentes robóticos que recorrían los pasillos con voces asombrosamente humanas que contrastaban con sus suaves e inexpresivos rostros de metal. Ni siquiera podía caminar por el pasillo sin sentirse incómoda. La academia estaba construida en una estación espacial rotatoria con gravedad artificial que era mucho más fuerte que la gravedad de su planeta de origen. Por lo que, a pesar de todo el acondicionamiento físico que realizó para incrementar su fuerza y resistencia, se sentía exhausta después de unas cuantas

horas de caminar por la academia.

Cuando llegó al auditorio, se sentó en el primer asiento que encontró e intentó recuperar el aliento. El salón era redondo y tenía enormes ventanas por todos lados; a través de ellas pasaban zumbando enormes trozos de hielo que luego eran desviados por los escudos de la academia. Cuatrocientos cadetes de primer año ocuparon los asientos frente a un escenario donde dos hombres y una mujer se encontraban de pie platicando en voz baja.

Al mirar por la ventana, Orelia tembló de la emoción. *Lo logré*, pensó. *Realmente estoy aquí*. En el transbordador que tomó en Lus, las ventanas se oscurecieron poco después del despegue. Los propios cadetes no tenían permitido conocer la ubicación exacta de la academia.

Entonces vio entrar al resto de los cadetes de primer año al auditorio. Algunos estaban tan emocionados que prácticamente brincaban por el pasillo mientras buscaban un asiento vacío; otros se movían con más titubeo y miraban con inquietud entre una silla y otra, como si aquello fuera un examen para el cual no estaban preparados. Una chica visiblemente nerviosa sintió la mirada de Orelia sobre ella y le sonrió, pero Orelia no le imprimió ninguna emoción a su rostro y se alejó.

La mujer que se encontraba en el escenario dio un paso al frente y el ruido de fondo desapareció.

—Soy la almirante Haze, superintendente de la Academia de la Flota Cuatra, y tengo el gran honor de darles la bienvenida. Hoy comienza una de las transiciones más significativas de sus vidas. Ya no son civiles; de ahora en adelante, pertenecen a la mayor fuerza de élite en el sistema solar. En el transcurso de los últimos siglos, la Flota Cuatra ha explorado nuestros mundos, organizado las primeras poblaciones y garantizado una nueva era de paz y prosperidad.

A su lado, algunos cadetes se miraron con suspicacia. Orelia asumió que eran pobladores de los planetas externos que, de acuerdo con sus tutores, no experimentaron mucha paz o prosperidad. Se suprimieron las rebeliones en Chetire y Deva con una violencia implacable.

—Pero ahora se les encomienda la tarea más importante de todas: proteger a nuestra especie de aquellos que desean destruirla.

El corazón de Orelia comenzó a latir con furia, pero, tras respirar profundo, su pulso regresó a la normalidad. Durante años practicó técnicas de relajación justamente para este propósito.

—Sabemos que el siguiente ataque es inminente y *ustedes* son nuestra mejor línea defensiva. El próximo comandante de la Flota Cuatra se encuentra en algún rincón de este salón, así como el ingeniero que diseñará las armas necesarias para ganar la guerra. Todos desempeñarán un rol en la lucha contra los espectros, aunque éste puede variar después de un tiempo. Al final de su primer año, evaluaremos su desempeño y determinaremos cómo sacarles el mayor provecho a sus habilidades. Algunos de ustedes regresarán a la academia por un segundo año para entrenarse como oficiales, mientras que a los demás se les reasignará a los programas que mejor se adapten a sus fortalezas.

Entre la multitud se escucharon algunos susurros nerviosos. La almirante Haze se aclaró la garganta bruscamente y los susurros cesaron.

—Las clases empiezan mañana, inmediatamente después del examen de aptitud. Con base en los resultados de este examen, se les asignará un escuadrón, cada uno con un capitán, piloto, oficial de tecnología y oficial de inteligencia. Entrenarán en simulnaves y, durante cada periodo escolar, su escuadrón competirá en un torneo diseñado para poner a prueba su inteligencia, creatividad, temperamento y habilidades de liderazgo. Cada semana se enfrentarán a un escuadrón distinto, y el

ganador pasará a la siguiente ronda.

La almirante Haze continuó.

—Al final del periodo escolar, el escuadrón que resulte ganador tendrá el privilegio de realizar una misión en una nave de ataque en vez de un simulador. También estarán exentos de pasar por el proceso de revisión y tendrán pase automático para continuar su entrenamiento como oficiales en la academia.

A su alrededor, el resto de los estudiantes de primer año intercambiaron miradas ansiosas y emocionadas. Pero, para Orelia, la idea de sobresalir ante los líderes de la flota no significaba nada. Y si las cosas salían como ella quería, *ningún* cadete en este salón se convertiría en oficial.

—Su desempeño en el torneo es importante, pero también su desempeño académico, por lo que resulta crucial dedicarle tiempo y esfuerzo tanto a sus estudios como al entrenamiento con su escuadrón.

Orelia miró alrededor del abarrotado auditorio, encogiéndose un poco al imaginar que muy pronto estaría atrapada durante horas en una minúscula simulnave con otros tres cadetes.

—Una vez concluido esto, es un privilegio presentar a nuestro invitado especial. Por favor, démosle la más cordial bienvenida a Horace Stepney, comandante de la Flota Cuatra.

Los aplausos llenaron el salón cuando el mayor de los dos hombres en el escenario dio un paso al frente.

—Gracias, almirante, y bienvenidos, cadetes. Es un placer estar aquí en esta ocasión tan especial. Después de quinientos años de formar a algunos de los mejores oficiales tridianos en la historia, la academia ahora tiene el privilegio de entrenar a cadetes de los cuatro planetas del Sistema Cuatra.

Hizo una pausa y sonrió un poco al escuchar expresiones de júbilo provenientes de algunas secciones del auditorio.

—Nos hemos aferrado a tradiciones anticuadas por demasiado tiempo y, al hacerlo, miles de individuos talentosos han perdido la oportunidad de servir a la Federación Cuatra. Es por eso que me llena de orgullo estar aquí frente a ustedes, la nueva generación de líderes de la flota de Tri, Deva, Lus y Chetire.

Se escucharon más aplausos y el comandante Stepney asintió.

—Todos han trabajado increíblemente duro para llegar aquí y los felicito por su logro.

Hizo una pausa y su expresión se endureció.

—Pero el verdadero reto apenas comienza. Muchos de ustedes están acostumbrados a ser los mejores estudiantes en sus comunidades. Sin embargo, ahora se encuentran entre iguales, gente tan inteligente y ambiciosa como ustedes, y sus instructores son líderes en su ramo. No están aquí para consentirlos, sino para retarlos, llevarlos al límite de sus capacidades mentales y físicas, de modo que puedan alcanzar su máximo potencial. Lo más importante que deben recordar es que la gloria individual no tiene cabida en la academia. Están aquí porque los veinte mil millones de habitantes en nuestro sistema solar nos han confiado la supervivencia de nuestra especie.

De pronto, todas las ventanas del auditorio se oscurecieron y opacaron. Las estrellas se esfumaron y una serie de imágenes comenzó a parpadear en las pantallas: Evoline, la ciudad capital de Tri, cubierta de humo mientras su famoso horizonte ardía en llamas; una pequeña niña en Chetire mirando una gigantesca astronave acechando en la lejanía; montañas de cuerpos en las calles de

Hánsgard y Plío. El murmullo de los cadetes se extinguió y el salón se cubrió de un silencio denso e incómodo.

Orelia sintió una mezcla de miedo y desprecio que le revolvió el estómago. El momento había llegado. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a esta situación, pero nunca pensó que sería en su primer día.

—Han pasado dos años desde el último ataque, pero sabemos que el regreso de los espectros es solo cuestión de tiempo. Nuestro enemigo proviene de un sistema solar difícil, a un par de años luz de distancia, donde los recursos están severamente limitados. Solo les importa la supervivencia de su especie y no escatiman esfuerzos para asegurar los recursos que necesitan, incluso si esto implica sacrificar a su propia gente en el intento. Con toda seguridad no les importa a cuántos de *nosotros* tengan que destruir. Pero la próxima vez que los espectros nos ataquen, estaremos preparados para enfrentarlos. Esa es la razón por la que están aquí. Después de tres años de entrenamiento intenso, estarán listos para entrar a la flota como oficiales y unirse a la lucha para proteger a nuestra gente.

Las espeluznantes imágenes desaparecieron y las ventanas recuperaron su nitidez. Aunque esta vez, las titilantes estrellas parecían más amenazantes que bellas.

—Bueno, creo que he hablado lo suficiente. Además, ya casi es hora de cenar. ¿No es cierto, almirante Haze?

Ella asintió brevemente.

—Pueden retirarse.

Orelia se puso de pie y siguió a los otros cadetes que salían de su fila, uniéndose a la multitud que emprendía el camino de regreso a los dormitorios. El estado de ánimo era muy distinto; quienes hablaban, lo hacían en voz baja.

—Odio cuando muestran esas imágenes —murmuró un chico alto de piel oscura y expresión seria.

De reojo, Orelia vio que el compañero del chico apretó la mandíbula.

—Creo que deberían mostrarlas todos los días. Todos se dejan llevar por las clasificaciones y el torneo, y se olvidan de que no estamos aquí para ganar trofeos, sino para aprender a matar espectros.

Asesinos, la palabra atravesó la mente de Orelia con tal intensidad que le sorprendió que no le hubiese perforado el cráneo.

—Hola, Orelia —dijo una chica, siguiéndole el paso. Era Zuzu, una de sus compañeras de cuarto, proveniente de Lus.

—¿Vas a ir al cuarto para cambiarte?

Zuzu le jaló un poco la manga del uniforme.

—Me alegra que no tengamos que usarlos para la cena. Esto no se me ve nada bien. ¿Qué platillos crees que servirán? Espero que no sea esa rara comida tridiana, porque no hay manera de que sobreviva a base de gelatina cristalizada de cangrejo durante tres años. ¿Quieres que nos vayamos juntas?

—No voy a ir —dijo Orelia con cautela.

Odiaba usar su acento falso frente a verdaderos lusianos.

—No tengo tanta hambre.

Zuzu se mostró decepcionada, pero Orelia se rehusó a sentirse culpable. No estaba aquí para

hacer amigos, sino para cumplir su misión.

Orelia se dio media vuelta y comenzó a caminar en la dirección contraria, exhalando a medida que se alejaba el sonido de los pasos y las conversaciones de los cadetes. Era hora de ponerse a trabajar. Si no empezaba ahora, su misión sería en vano. De pronto, se sintió abrumada al pensar en todas las personas que confiaban en ella y en lo que pasaría si fallaba. *Cálmate*, se dijo a sí misma, luego colocó una mano sobre la pared para sostenerse e intentó respirar profundo.

—¿Estás bien?

Una cara masculina la observaba con atención. Su visión aún estaba demasiado borrosa como para ver su expresión, pero pudo distinguir una pizca de preocupación en su voz.

—Sí... estoy bien... —dijo con cautela, esperando que su acento sonara lo más natural posible para no levantar sospechas.

—¿Quieres que te acompañe a la enfermería? Quizá solo necesites recostarte un momento. Estos vuelos interplanetarios pueden ser brutales.

El chico aún la miraba fijamente, como si la escaneara para detectar algún padecimiento.

—Estoy bien —repitió, deseando que su voz no sonara temblorosa.

No le gustaba la forma en que este chico la veía; como si tuviera algo que ocultar.

—Tienes razón, fue un viaje largo desde Lus.

Rezaba por que el chico fuera de alguno de los otros planetas, que no empezara a preguntarle cosas sobre su supuesto hogar.

Para su alivio, él asintió y después dijo:

—Trata de descansar un poco. Verás que muy pronto te sentirás mejor.

Orelia forzó una sonrisa y la mantuvo hasta que el chico se alejó, luego dejó escapar un largo suspiro y cerró los ojos. Había memorizado muchos datos sobre Lus, pero no tenía las más mínimas ganas de ponerlos a prueba. Porque Orelia no era de Lus, ni de Tri. Ella era de un planeta llamado Silván, aunque ni Zuzu, ni nadie en el Sistema Cuatra reconociera ese nombre.

A pesar de todo el discurso sobre su enemigo, los cuatranos no sabían nada sobre los espectros. Ni siquiera reconocían a la que vivía entre ellos.

Capítulo 4

VESPER

Por el pasillo se escuchaban las pláticas nerviosas de los cadetes, quienes se dirigían hacia la colmena para presentar su examen de aptitud, pero Vesper sentía que el corazón le latía demasiado rápido como para entablar cualquier conversación. El examen estaba diseñado para evaluar habilidades naturales, lo que significaba que, técnicamente, no había forma de estudiar. Sin embargo, a fin de asegurar una codiciada posición como capitán, tenía que demostrar profundidad y amplitud de conocimiento, razón por la cual toda la gente que conocía, incluida ella misma, recurría a un tutor. Pero, a diferencia de sus colegas tridianos, Vesper no solo *quería* ser capitana: todo su futuro dependía de ello.

Cuando los cadetes ingresaron a la colmena, un enorme salón ubicado en el centro de la academia, sus conversaciones se redujeron a susurros. Había cientos de estaciones de trabajo, todas equipadas con pantallas brillantes que iluminaban el oscuro salón sin ventanas. Las insignias de los cadetes también empezaron a brillar y Vesper se puso rígida, preguntándose quién sería el primero en reconocer su apellido. Pero, para su alivio, todos parecían estar demasiado ocupados en elegir una estación de trabajo como para notarlo.

Has hecho cientos de exámenes de prueba, se dijo a sí misma, y se sentó en un asiento desocupado. *Todo va a salir bien*. Excepto que para ella lo “bueno” no sería suficiente. Vesper cerró los ojos y escuchó cómo aquellas palabras que la atormentaron durante meses se hacían cada vez más fuertes.

No fuiste lo suficientemente buena.

Las primeras horas tras haber recibido su carta de aceptación a la academia fueron las más felices de su vida. Tantos meses de estudiar y practicar para el examen de admisión valieron la pena, y estaba un paso más cerca de cumplir su sueño de ser una oficial de la Flota Cuatra, al igual que su madre, la almirante Haze, quien tuvo una carrera legendaria en la fuerza expedicionaria antes de convertirse en la superintendente de la academia. Pero aquella noche, su madre la llamó a su estudio y, con su acostumbrada franqueza, le explicó que en un principio no la aceptaron y que ella utilizó sus influencias para anular la decisión del comité de admisiones.

—No fuiste lo suficientemente buena —dijo la almirante Haze de manera casual.

Vesper se encontraba de pie frente a ella, tratando de respirar mientras sentía que el mundo se colapsaba a su alrededor. De algún modo, logró mantener la compostura cuando su madre le advirtió que no volvería a interceder por ella.

—Si no obtienes buenos resultados para pasar al segundo año, no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Me esforzaré más —Vesper le dijo, procurando que su voz no sonara temblorosa. Nada le molestaba más a la almirante Haze que las lágrimas.

—Demostraré que me merezco un lugar en la academia. Yo... Yo conseguiré la posición de capitana.

Su madre asintió.

—Bien. Porque si no te mantienes en el camino correcto, eso me va a dejar muy mal parada. Una cosa es utilizar mis influencias para alguien con potencial y otra cosa es hacerlo para alguien que no da el ancho.

—Cadetes, por favor, siéntense. El examen comenzará dentro de dos minutos —anunció una voz femenina automatizada.

Vesper respiró hondo e hizo círculos con los hombros un par de veces. El momento había llegado. Si conseguía la capitana, su madre no tendría ningún motivo para dudar de ella y entonces dejaría de sentirse como un fraude.

Las tenues luces del techo se apagaron y el salón quedó en completa oscuridad, excepto por el brillo de los monitores de cada estación de trabajo, aunque la colmena estaba diseñada para evitar que la gente pudiera ver las pantallas de los demás cadetes. Sin embargo, Vesper no tenía ningún interés en lo que los demás hacían: esta era una competencia consigo misma.

Un aviso en la pantalla le pidió que colocara su dedo pulgar sobre el monitor. *Cadete identificado: Vesper Haze.* Y luego comenzó la prueba.

El examen mezclaba todos los temas y los adaptaba a cada cadete, con el fin de generar una película completa de sus capacidades. Si mostrabas potencial en un área, entonces el examen arrojaba más y más preguntas hasta que fueran demasiado difíciles de responder, y de esta manera medía el alcance de tus habilidades y conocimientos. Así que, entre más durara el examen, mejor, porque esto significaba que demostrabas un buen manejo de muchos temas de distinta índole.

Vesper superó los primeros retos rápidamente: cálculo multivariable simple, una prueba geométrica y una actividad que simulaba el aterrizaje de una nave de ataque en medio de una tormenta anticiclónica.

De reojo, Vesper percibió un ligero movimiento y el fragmento de una conversación.

—Siéntate y empieza de inmediato —una voz susurró con urgencia—. Ya tienes cinco minutos de retraso.

Eso fue suficiente para distraer a Vesper. ¿Quién llegaría tarde al examen de aptitud? En la oscuridad, podía vislumbrar la figura de un chico que se veía un tanto nervioso.

—Lo siento. Me perdí. ¿Está bien si me siento aquí?

—Sí —dijo la voz entre dientes—. Y empieza ya.

Vesper volvió su atención a la pantalla cuando apareció un nuevo reto y, durante las próximas dos

horas, se olvidó del chico. Estaba vagamente consciente de la gente que se iba tras terminar el examen, pero sabía que era mejor no voltear a ver cuántas personas quedaban en el salón. Después de identificar verbos en un idioma inventado, decodificar un mensaje encriptado y calcular la velocidad de escape para Chetire, sintió que la colmena se vaciaba. Se escuchaban menos personas tosiendo o exhalando frustrados. Miró alrededor del salón y para su alegría, vio un mar de asientos vacíos, todos excepto uno: el chico que llegó tarde aún estaba ahí.

Vesper ignoró su molestia y pasó los siguientes diez minutos calibrando un láser de largo alcance que fue hackeado por el enemigo. El chico no importaba. Había hecho suficientes exámenes de prueba como para saber que le estaba yendo muy bien, sin duda lo suficientemente bien como para asegurar un lugar como capitana de un escuadrón.

Terminó sus cálculos, presionó el botón de *completar* y las palabras *fin del examen* aparecieron en la pantalla. Entonces dejó escapar un suspiro de alivio.

Vesper dudó antes de examinar el salón. ¿Y si el chico duró más tiempo que ella? Levantó la vista de la pantalla y sonrió: estaba completamente sola.

Vesper sonrió al entrar a la sala común de los estudiantes de primer año. En un extremo de la pared había ventanas redondas que dejaban ver miles de estrellas, mientras que del otro lado colgaban cuadros con escenas de victorias famosas de la Flota Cuatra. La habitación era a la vez acogedora y elegante, con sillones tapizados y sillas acomodadas en grupos. Un asistente llevaba tazas humeantes de té de espinamora y delicados discos de azúcar de distintas tonalidades de un extremo al otro de la sala. ¡Parecía algo tan de adultos! La sala común de su antigua escuela preparatoria en Tri siempre estaba repleta de envolturas de botanas y equipo deportivo, y las sillas cubiertas de manchas que desafiaban cualquier explicación.

Casi todos los cadetes se paseaban nerviosos, sin saber dónde sentarse o con quién hablar, mientras aguardaban los resultados del examen que les revelaría su número de escuadrón y sus funciones dentro del mismo. Por suerte, Vesper se iba a encontrar con algunos de sus antiguos amigos, incluyendo a su novio, Ward. Algunos cadetes miraron a Vesper con más atención cuando leyeron el apellido que aparecía en su insignia, pero por educación o timidez no dijeron nada.

—¡De este lado, Vee! —dijo una voz.

Vesper volteó y vio que Brill le hacía señas desde uno de los sillones. Por lo general, Vesper trataba de limitar el tiempo que pasaba con la hipercompetitiva Brill, pero era agradable ver una cara conocida, aunque no del todo reconfortante.

Brill ni siquiera esperó a que Vesper se sentara para comenzar a interrogarla.

—¿Fuiste la última en terminar? —le preguntó.

—Creo que sí —dijo Vesper con ligereza.

—Qué gran sorpresa —dijo Brill en la voz melosa y dulce que siempre le ponía los pelos de punta.

Aunque, por una vez en su vida, Vesper estaba de buen humor y no dejaría que Brill la perturbara. Además, era difícil envidiar a Brill por sentirse agraviada.

Todos los chicos en Tri crecían soñando con asistir a la academia, conseguir el puesto de capitán y llevar a su escuadrón a la victoria en el famoso torneo.

Vesper le sonrió a Brill y se encogió de hombros, esperando haberlo hecho de forma casual.

—Ya veremos. No creo que sea sano preocuparse demasiado por estas cosas —dijo con falsa indiferencia, algo que sabía enloquecería a Brill.

De pronto, se escuchó una risita y Vesper volteó para encontrarse con un chico sorprendentemente guapo de piel morena oscura, pómulos pronunciados y una sonrisa reluciente.

—¿Ah, sí? —dijo Frey, acomodándose en una de las sillas ubicadas junto al sillón. ¿Y qué me dices de la vez que me sacaste de la pista cuando parecía que te iba a ganar durante las prácticas?

—Eso es difamación, Frey —dijo Vesper con una sonrisita—. Aumentaron la potencia del aire ese día. Lo que te sacó de la pista fue una ráfaga carmín.

—Una *ráfaga carmín*. Sí, como no. Entonces, ¿por qué me salió un moretón con forma de codo en las costillas al día siguiente?

—Frey, ¿cómo te fue? —Brill interrumpió, como solía hacerlo cuando la conversación se desviaba de ella.

—Creo que no lo hice tan mal —dijo Frey, recargándose en su silla con una sonrisa de satisfacción—. Recibí un poco de ayuda.

Brill entrecerró los ojos.

—Espera. ¿Acaso...?

—Shhh —Frey miró por encima del hombro y luego bajó la voz—. Aquí no.

—¿Tenías y no me dijiste? —alegó Brill indignada, sin preocuparse por hablar en voz baja.

—¿Tenías qué? —preguntó Vesper, mirando primero a Brill, luego a Frey.

Frey cerró los ojos y se frotó las sienes.

—En serio, aquí no podemos hablar al respecto.

—¿Hablar sobre *qué*? —susurró Vesper. Sabía que su actitud era molesta, pero odiaba que Brill supiera algo que ella desconocía.

—Está bien —dijo Frey resoplando—. Me di un empujoncito antes del examen de aptitud. No es nada grave, hace mucho que lo hacemos.

—Polvo de la estrella Vega —aclaró Brill, aún sin preocuparse por bajar la voz.

Vesper los miró fijamente mientras le daba vueltas a lo que acababa de escuchar. ¿Hacía tiempo que consumían *polvo de Vega*? Ella siempre sentía que las cosas le costaban trabajo, ¿acaso era por esto? *Claro* que nunca podía estar al nivel de los demás, competía contra personas que consumían sustancias para mejorar sus habilidades.

Frey debió notar la cara de sorpresa de Vesper, porque sonrió y dijo:

—Aunque debo admitir que, esta vez, funcionó mejor que nunca. Fue como si mi cerebro trabajara en hipervelocidad.

—No puedo *creer* que no nos hayas ofrecido un poco —dijo Brill, agitando sus rizos rubios en señal de enojo.

Frey miró a Brill alarmado.

—Más vale que guardes silencio o no te compartiré de lo que me sobra.

Sintió la mirada de Vesper y sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Mira, ya escandalizamos a la pobre Vee. No te preocupes, capitana Haze, no pasa nada si lo usas de vez en cuando.

—¡Saludos, compañeros cadetes! —resonó la voz de Ward.

Antes de que Vesper supiera lo que pasaba, Ward la levantó del sillón y la llevó a uno de los sillones con él.

—¡Este lugar es increíble! No puedo creer que ya estemos aquí.

—Ward —Vesper lo reprendió, tratando de zafarse, pues dos chicos se les quedaron viendo. Vesper quería hacerse un nombre como una de las promesas entre los cadetes de la academia, no como la chica que siempre estaba sentada en el regazo de su novio.

—Ahora no.

—¿Cuál es el problema, Vee? —preguntó, un poco herido—. Corrí hasta acá para que estuviéramos juntos durante el anuncio de nuestras funciones y escuadrones. Quiero ver tu expresión cuando consigas la capitania.

La confianza en su voz fue suficiente para que Vesper olvidara su disgusto. Sabía lo mucho que había trabajado y cuánto necesitaba conseguirlo. Vesper le apretó la mano suavemente.

—No hay problema. Es que la gente nos está mirando.

—No sé si los llamaría *gente* —dijo Brill, antes de voltearse y llamarle al asistente que se deslizaba por ahí—. ¿Me podrías traer un jugo de espinamora?

—No seas así, Brill —dijo Ward con una mezcla de exasperación y entretenimiento.

Brill sacudió sus rubios rizos por encima del hombro.

—Solo digo que no debería importarte lo que piensen de ti unos bordeadores de los planetas externos.

—Brill, no digas eso —alegó Vesper, primero se encogió ante la mención de la palabra despectiva para referirse a los pobladores, después miró a los cadetes que se encontraban en el sillón cercano — un chico y una chica que veían con nerviosismo el pizarrón donde aparecerían los resultados del examen de aptitud, pero que ahora se encontraba vacío.

A pesar de que vestían el mismo uniforme que Vesper y sus amigos, con tan solo mirarlos podía notar que eran de Deva. El cabello extremadamente corto de la chica y la piel reseca del chico eran evidencia de que ambos provenían de un planeta con una severa escasez de agua.

—Pueden escucharte.

—Relájate, Vee —dijo Brill con exagerada calma—. Creo que tienen cosas más importantes de las cuales preocuparse en este momento.

—Sí, como sus hábitos de higiene —susurró Frey con una sonrisa, indicando con la cabeza al otro sillón.

—Deberías ir a saludarlos, Frey —dijo Ward, mientras abrazaba a Vesper—. Creí que habías dicho que querías salir con un poblador. ¿No deberías estar buscando a tu próxima conquista?

Brill se estremeció ante la idea y sus rizos rubios se agitaron frente a su rostro.

—No podrías pagarme lo suficiente como para salir con un poblador.

Frey levantó una de sus cejas perfectamente arqueadas.

—¿Y qué hay de aquella vez que todos fuimos de vacaciones a Lus?

—Eso es diferente y lo sabes —dijo Brill, sonrojándose.

En ese momento, el asistente llegó deslizándose con el jugo de Brill. Ella sonrió agradecida, claramente feliz de tener una excusa para recomponerse, y tomó un traguito antes de hablar otra vez.

—Los lusianos no quieren asesinarlos mientras dormimos.

—Tampoco los chetrianos o los devanos —dijo Vesper—. Dash acaba de pasar seis semanas en Chetire y dijo que todos fueron muy amables.

—Eso es porque la última rebelión chetriana fue hace cientos de años —dijo Ward—. Si hubiera entrenado en Deva, no pensaría lo mismo. Tan solo el *año pasado*, una familia tridiana fue asesinada.

—¿Sabemos a qué hora van a publicar las funciones de cada escuadrón? —preguntó Vesper, ansiosa por cambiar de tema antes de que la conversación derivara en una discusión acalorada.

De pronto, los ojos de Frey se enfocaron en la pantalla que comenzaba a encenderse.

—Parece que ahora.

Vesper se levantó de un salto, su corazón le golpeaba el pecho con fuerza. El momento había llegado. En tan solo unos momentos, sabría si se había redimido al conseguir la posición de capitana o si se vería obligada a escuchar aquellas aplastantes palabras —*no fuiste lo suficientemente buena*.

En la pantalla aparecieron líneas cuadrículadas que formaban una tabla con las palabras “Escuadrón 1” en la parte superior. Unos segundos después, algunos nombres comenzaron a poblar las celdas debajo del título.

El salón estalló en murmullos de placer y frustración. De reojo, Vesper vio que una chica gritona abrazaba a su amiga, quien sonreía a pesar de sentirse ligeramente aturdida, mientras que, muy cerca de ella, un chico se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Qué piensas? ¿Inteligencia o tecnología? —susurró Ward, moviendo la cabeza en dirección al chico.

Por razones que nadie podía explicar del todo, los cargos de oficial de inteligencia y oficial de tecnología se consideraban menos prestigiosos que los de piloto o, por supuesto, capitán.

Pero Vesper no podía desperdiciar más que una mirada en el chico antes de volver su atención a la pantalla. En cualquier momento su nombre aparecería, cimentando su futuro.

—Gracias a Antares —dijo Frey en voz baja cuando su nombre apareció bajo el Escuadrón 3, seguido de la palabra “piloto”. La insignia en su pecho comenzó a brillar y se actualizó.

F. Glint

Piloto

Escuadrón 3

—Felicidades —susurró Vesper, tratando de mantener su voz firme a pesar de que su pulso se aceleraba a causa de los nervios y la emoción. Si bien nunca estaría conforme con otra posición que no fuera la de capitana, sabía que esto era lo que Frey quería.

Respiró profundo e intentó saborear el momento. Toda carrera militar famosa comenzó de esta manera, con cadetes desconocidos amontonados frente a la pantalla de la sala común, ávidos por la oportunidad de probarse a sí mismos.

El primer nombre apareció bajo el Escuadrón 2. Brill gritó con entusiasmo cuando vio su nombre junto a la posición de capitana.

—Bien hecho, mi querida Brill-ante —dijo Frey, aún sonriente y jubiloso por su propio nombramiento.

Ward tomó la mano de Vesper y le dio un apretón.

—Tú serás la próxima.

Momentos después, el nombre de Ward apareció bajo el Escuadrón 13, junto a la posición de capitán. Ward dejó escapar un grito de alegría y soltó la mano de Vesper para alzar sus puños en el aire.

—¡Sí!

—¡Eso es genial!

Vesper trató de abrazar a Ward, pero éste no paraba de saltar de arriba abajo con tremendo entusiasmo. Ella le sonrió, orgullosa de la ridiculez e inteligencia de su novio, y rezó por que ella estuviera a pocos momentos de celebrar así.

Minutos después, el Escuadrón 20 apareció en la pantalla.

Arran Korbet—Oficial de tecnología

Orelia Sylvo—Oficial de inteligencia

Apareció el tercer nombre y, junto a Vesper, Ward maldijo en voz baja. Pero ella apenas lo escuchó. No podía escuchar nada. Ni siquiera podía respirar. Era como si alguien hubiera abierto la escotilla, creando un vacío en la sala común.

Vesper Haze—Piloto

Sintió que el estómago se le hundía y enredaba en un nudo. *No*, pensó, rogando por que fuera un error. Le había ido tan bien en el examen. Esto tenía que ser un error del sistema.

Rex Phobos—Capitán

Ward trató de abrazarla, pero ella se alejó en cuanto la cabeza comenzó a darle vueltas. Trató de respirar muy profundo, pero algo parecía obstruir el paso del aire hacia sus pulmones. *No*, pensó otra vez. *Esto no puede estar sucediendo*. Después de todo su arduo trabajo, los meses y meses de entrenamiento constante, aún no era suficientemente buena y nunca lo sería.

—No sé qué pasó —dijo Vesper, esforzándose por mantener su voz firme—. Me sentí muy bien en el examen.

Al otro lado del escritorio, su madre la examinó con una expresión inescrutable. Vesper se movió en su incómoda silla, pero no dijo ni pío. Había aprendido, a la mala, a no llenar el silencio con un parloteo nervioso.

La oficina de la almirante Haze era mucho más impresionante —y mucho más intimidante— de lo que Vesper imaginaba. Los estantes estaban llenos de las medallas que su madre había recibido como parte de la Flota Cuatra y había una enorme caja de cristal con varias armas antiguas, incluyendo un hacha chetriana y un hermoso y anticuado pulso láser con una empuñadura ornamentada. Aunque el objeto más llamativo de todos era el holomapa del Sistema Cuatra que flotaba encima del escritorio.

Justo cuando Vesper pensó que tendría que ceder y hablar primero, la almirante Haze rompió el silencio.

—No estoy segura de qué debo decir, Vesper. Me aseguraste que harías hasta lo imposible por

conseguir la capitanía.

—Creí haberlo hecho —dijo Vesper en voz baja.

En cuanto se enteró de que su madre intervino en su aceptación a la academia, Vesper se sometió a un régimen de entrenamiento mucho más estricto que incluía dos horas de acondicionamiento físico seguido de seis horas de clases de cosmofísica, ingeniería mecánica y álgebra abstracta avanzada. Pero al parecer no fue suficiente.

—Fui la última en salir de la colmena —continuó Vesper, procurando no mostrar demasiada emoción o ponerse a la defensiva —dos características que la almirante Haze detestaba—. Pensé que eso significaba que...

—Suficiente. Ahora ya no tiene importancia —la expresión de su madre se endureció—. Para pasar al segundo año, necesitarás sacar excelentes calificaciones y tu escuadrón tendrá que sobresalir en el torneo. El comité de admisiones te aceptó como un favor hacia mí, pero ahora tendrás que demostrarles que te mereces un lugar como futura oficial.

—Lo sé —dijo Vesper, sin poder controlar el temblor en su voz.

Soportar la decepción de su madre era mucho más difícil que su ira.

—No volveré a defraudarte.

—Asegúrate de que así sea —le dijo su madre—. Ahora, si me permites, tengo una junta y no puedo llegar tarde.

Vesper se levantó de su silla y salió de la oficina sin otra palabra. De camino a su cuarto, juró que le demostraría a su madre y al resto de la gente en la academia que se merecía un lugar entre ellos, que merecía convertirse en una oficial —y el primer paso para lograrlo era ganar el torneo.

Capítulo 5

CORMAK

Esto fue un grave error, pensó Cormak al caminar por el pasillo desierto. Hacía tan solo unos minutos, había estado abarrotado con los cadetes que salían de la sala común tras publicarse los cargos de cada escuadrón. Pero ahora casi todos se dividían en grupos y se dirigían a la cantina, las simulnaves o lo que fuera que hicieran los chicos para divertirse durante sus horas libres antes de la cena. Ahora todos se dispersaron y se quedó solo para explorar el lugar.

Era el segundo día de Cormak en la academia. Tras descubrir el mensaje de su hermano Rex, buscó en su enlace portátil y encontró instrucciones para tomar el transbordador en Deva. Tras empacar algunas cosas en una mochila, se montó en su moto y se dirigió al puerto de lanzamiento de aeronaves a toda velocidad, llegó segundos antes de que se sellaran las puertas. Rex y él se llevaban tan pocos años y se parecían tanto que nadie podía notar que eran dos personas completamente distintas en la foto de la identificación. Aun así, Cormak no podía creer que estuviera aquí, y ciertamente no entendía cómo todos los demás hicieron amigos tan pronto. Las clases aún no empezaban y apenas conversó con sus compañeros de cuarto; vio a una chica de Chetire y a un chico de Lus una sola vez, y a un chico tridiano que, por sí solo, parecía inofensivo, pero cuyos viejos amigos eran un grupo de idiotas que pensaban que era divertido preguntarle cosas como qué papel jugaban las máscaras de gas en los “rituales de apareamiento” en Deva.

Pero Cormak no iba a dejarse intimidar por unos patanes de Tri. Bajó la mirada hacia la insignia de su uniforme donde se encontraba la palabra “capitán” y sonrió. No sabía qué esperar del examen de aptitud que mencionó la almirante Haze durante la orientación, pero, después de un pequeño contratiempo que lo hizo llegar tarde, le sorprendió cuán fácil le resultó todo. Y ahora era capitán de su escuadrón que, al parecer, era un gran logro en la academia. Si tan solo lo pudiera ver la gente de Deva ahora: los maestros que pensaron que no era más que un chico problemático o los esnobs en las torres de lujo que se burlaban de su ropa empolvada. Incluso Sol, que solo lo veía como un simple repartidor. Quizá Rex tenía razón, tal vez era más inteligente de lo que la gente creía.

Cormak dio un paso hacia atrás para admirar su obra. Después de manipularlo un poco, logró reprogramar al asistente para que limpiara trastes en vez de servir tragos. Sonrió al ver cómo la maltratada y ligeramente oxidada máquina desinfectaba diez vasos en menos de un minuto, y así Cormak estaba libre para atender a los clientes. Mientras pusiera al asistente en modo de reposo antes de irse a su casa a descansar, nadie se daría cuenta.

Rex utilizó sus influencias para conseguirle a Cormak este trabajo, una opción mucho más segura que otras disponibles para alguien que abandonó la escuela como él, y que casi cubría la mitad de la renta. Pero en vez de dejar que Cormak sirviera los tragos —y recibiera las propinas que tanto necesitaba— la dueña del bar, Ineke, lo obligaba a limpiar los vasos con la excusa de que costaría mucho dinero reprogramar al asistente que servía los tragos desde hacía diez años. Cormak se ofreció a hacerlo él mismo, pero Ineke le advirtió que mantuviera sus sucias manos lejos de su posesión más preciada.

Durante algunas semanas acató sus reglas, frustrándose cada vez más al ver cómo los clientes se quedaban con el cambio que podía haber sido suyo. Si él y Rex no pagaban la renta atrasada este mes, los sacarían de su departamento.

—¿Tú hiciste eso?

Cormak volteó para ver a un hombre al otro lado del bar haciéndole un gesto al asistente. Era calvo, con cejas pobladas y una piel inusualmente suave, como si no pasara mucho tiempo a la intemperie con una máscara de gas atada a su rostro. Algo en su expresión le resultaba vagamente familiar, pero Cormak no estaba seguro de lo que era.

—¿Hacer qué? —Cormak preguntó con falsa confusión.

—No quieras tomarme el pelo, muchacho. Es evidente que un amateur reprogramó a ese asistente —aunque un amateur muy talentoso.

Cormak miró por encima de su hombro al asistente, quien ahora apilaba los vasos limpios.

—A mí me parece que funciona bien.

—No tiene los accesorios adecuados para limpiar. Apuesto a que nunca has visto un verdadero robot de saneamiento, ¿o sí?

—¿Puedo traerle algo de beber? —preguntó Cormak, ansioso por cambiar de tema antes de que llegaran los clientes frecuentes.

—Un licor de nitro doble.

Cormak preparó el trago y lo dejó frente al hombre.

—Son cuatro cieloros.

El hombre colocó unas monedas en la barra.

—Quédate con el cambio.

—Gracias —dijo Cormak, y se guardó la moneda extra.

El hombre evaluó a Cormak con la mirada.

—Sabes, me serviría tener a alguien como tú de mi lado; alguien que resuelva problemas y que no les tema a los riesgos. Ganarías mucho más dinero del que te pagan en este lugar de mierda.

Cormak se emocionó. Si la paga era tan buena, entonces quizá Rex podría renunciar a su trabajo y al fin dedicarse a estudiar.

—¿Qué es lo que haría, exactamente?

—Un poco de esto, un poco de aquello —dijo el hombre con una sonrisita—. Entregas, básicamente. Necesito a alguien ágil y que pueda proponer soluciones creativas, sobre todo cuando los polis están cerca.

La emoción de Cormak se esfumó y en su lugar quedó una sensación mucho más familiar: la decepción. Esa era la razón por la que el hombre le parecía tan conocido. Era Sol Fergus, el traficante de H₂O del mercado negro. Trabajar para él era lucrativo, pero era inaudito ver cuántos de sus repartidores acababan en prisión o peor. Y, sin embargo, no importaba cuántos de sus empleados fueran arrestados, los polis nunca lograban atraparlo. Si Cormak estuviera solo, quizá se la jugaría. Pero de ninguna manera se arriesgaría a dejar a Rex por su cuenta. Ambos eran la única familia que les quedaba y eso valía más que cualquier sueldo que Sol pudiera pagar.

—Gracias por la oferta —dijo Cormak, tratando de sonar lo más amigable posible. Por lo que había escuchado, Sol no era alguien a quien convenía ofender—. Pero creo que me quedaré aquí.

—Como quieras, muchacho —Sol se terminó su bebida y puso el vaso vacío sobre la barra—. Si cambias de parecer, puedes encontrarme aquí—. Le pasó una tarjeta de presentación que no tenía ni nombre ni dirección, solo un número.

—Así lo haré —dijo Cormak, colocando la tarjeta en su bolsillo con la certeza de que se desharía de ella lo más pronto posible. Si los polis lo detenían esta noche, el simple hecho de tener el número de Sol en su bolsillo sería motivo suficiente para arrestarlo.

Durante las horas siguientes, el bar se fue llenando cada vez más y los bolsillos de Cormak empezaron a hincharse de monedas. Si mantenía este ritmo, quizá podría pagar la renta atrasada a tiempo para evitar un desalojo. La idea de llevarle tanto dinero a Rex le alegraba el corazón; lo que más quería era que su hermano se tomara un respiro de todas sus preocupaciones.

Para la hora en que comúnmente limpiaba antes de cerrar el bar, éste se encontraba vacío excepto por una pareja de tridianos, un hombre y una mujer que parecían no percatarse de que eran las últimas personas en el lugar. Lo que era incluso peor, no dejaron propina en toda la noche, explicando que eran amigos de Ineke y que ella les había dicho que nunca tenían que preocuparse por eso.

—¿Les puedo traer algo más? —preguntó Cormak a propósito.

—Estamos bien —dijo la mujer con una sonrisa tensa antes de voltear a mirar a su compañero.

Cormak contuvo un suspiro y fue a poner al asistente en modo de reposo. Como Ineke solo iba al bar por la mañana para llevar la contabilidad, nunca se daría cuenta de las mejoras que había hecho Cormak. Se acercó para alcanzar el botón de encendido, pero, en vez de apagarse, el asistente dio un giro y aceleró en dirección a la barra.

—Mierda —dijo Cormak en voz baja al ver que el robot servía vasos de licor de nitro desenfrenadamente.

Debió haber cometido un error durante el recableado. Presionó el botón de encendido otra vez, pero esto solo provocó que el asistente se moviera más rápido.

—Mierda, mierda —dijo otra vez. Necesitaba abrir el panel de la parte trasera para anular el programa manualmente, pero eso requería una herramienta especial que se encontraba en la oficina de Ineke.

Por suerte, la pareja de tridianos parecía no darse cuenta de que el asistente les había servido veinte vasos de licor de nitro y que no mostraba ninguna intención de detenerse. Solo tenía que actuar rápido y todo saldría bien. Cormak corrió a la oficina de Ineke, tomó la herramienta y se precipitó hacia la barra.

Un grito atravesó la noche y Cormak llegó a la barra justo a tiempo para ver cómo la mujer tridiana se ponía de pie, con una expresión iracunda en su rostro enrojecido.

—¡Esa estúpida máquina me acaba de vaciar toda una botella de licor de nitro! —le gritó a Cormak.

—Lo siento —dijo sin aliento, mientras se lanzaba sobre el asistente para abrir el panel trasero y arrancar el cable.

El asistente se quedó quieto y la botella que sostenía en su mano se estrelló contra el piso. Cormak suspiró y

luego se dirigió hacia la mujer. La parte delantera de su fino vestido blanco estaba empapada con el líquido verde pálido.

—Lo siento mucho —dijo otra vez—. Creo que hay algo de H₂O en la parte trasera del bar. ¿Quiere que se la traiga?

—¿H₂O? —escupió—. Mi vestido está arruinado. ¿Qué demonios sucedió?

—No lo sé... el asistente debió haber fallado —dijo él.

—Esto es ridículo. Le voy a llamar a Ineke —dijo el hombre, manipulando con su enlace portátil.

—No, por favor. No es necesario. El H₂O quitará esa mancha sin problema. Solo denme oportunidad de...

—¿Ineke? Soy Dobb. Fíjate que estamos en el bar y tu asistente se volvió loco. Primero estaba limpiando los vasos y, de la nada, comenzó a derramar licor de nitro sobre Leesa... ¿Qué? Sí, aquí está... Espera un momento.

El hombre extendió su mano hacia Cormak.

—Ineke quiere hablar contigo.

Cormak sintió un nudo en el estómago y, por más que buscaba, no se le ocurría una explicación convincente. Pero antes de que tuviera la oportunidad de hablar, la voz de Ineke resonó desde el enlace portátil del hombre.

—Te dije que no te metieras con mi propiedad. Estás despedido, imbécil. Y más te vale dejar todas tus propinas en la caja fuerte antes de que te vayas o de lo contrario haré que te arresten por robo.

—Pero yo...

—Llegaré en diez minutos y, si sigues ahí, llamaré a los polis.

El hombre sonrió satisfecho al ver que Cormak se alejaba hacia la oficina de Ineke sin decir una palabra, temblando de ira y vergüenza. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? Rex pidió innumerables favores para conseguirle este trabajo y él no hizo más que defraudarlo. Si ni siquiera iba a tener suficiente dinero para pagar su parte de la renta, cubrir la renta de Rex estaba fuera de toda realidad. Iban a acabar en la calle y todo era culpa suya.

Se metió la mano en el bolsillo para sacar el dinero y luego se detuvo cuando sus dedos rozaron la tarjeta de Sol. Casi olvidó su encuentro inesperado. Tal vez no sería tan grave. Quizá podía apoyarlo con algunas entregas hasta que se pusiera al corriente con la renta. Miró en dirección a la puerta para asegurarse de que los tridianos no lo observaran, tomó el enlace portátil que se encontraba sobre el escritorio de Ineke y marcó el número.

—¿Quién habla? —dijo Sol, irritado.

—Soy Cormak. Me conociste esta noche en el bar.

—¿Qué quieres?

—He reconsiderado tu oferta.

Hubo una larga pausa y, cuando Sol volvió a hablar, Cormak casi podía escuchar la sonrisa en su voz.

—Todos siempre lo hacen.

—¿Estás perdido?

Cormak volteó y vio que una chica bonita de piel oscura y ojos color ámbar lo miraba. Apenas se estaba acostumbrando a ver chicas sin máscaras de gas y, por un segundo, no pudo sino maravillarse ante sus gruesas pestañas y los lunares dorados que tenía en la nariz.

—¿A dónde quieres ir? —le preguntó amablemente.

—No estoy seguro —le dijo él, aún demasiado nervioso como para inventar una mentira que no lo hiciera parecer un perdedor—. Supongo que solo me paseaba por el lugar.

—Eres de primer año, ¿verdad? —le preguntó ella.

Cormak asintió.

—No te preocupes. Toma tiempo acostumbrarse a este lugar. Aunque... —sus ojos se clavaron en la insignia de su uniforme y sonrió—. Parece que empezaste con el pie derecho, capitán.

Cormak sintió que el calor le subía por las mejillas.

—Las clases empiezan mañana, así que trata de divertirme mientras puedas —continuó—. ¿Has ido a la sala de gravedad cero?

—¿Hay una sala de *gravedad cero*? ¿Dónde? —¿Y por qué, por el amor de Antares, los demás cadetes perdían el tiempo en la sala común cuando podían *flotar*?

—Solo pídele indicaciones a tu enlace portátil.

Cormak se llevó la mano al oído, en donde le colocaron el enlace portátil el día anterior. Hasta el momento, no le resultaba de gran utilidad.

—Dirígeme a la sala de gravedad cero —dijo, sintiéndose un poco consciente de sí mismo.

—*Estás funcionando por debajo de tu capacidad debido a falta de sueño. Te aconsejo regresar a tu dormitorio. Para mayor información, di ciclos de sueño saludable.*

—Dirígeme a la sala de gravedad cero —dijo otra vez, sintiendo cada vez más calor en las mejillas.

—¿Te está dando lata tu enlace portátil? No te preocupes —le dijo la chica con una sonrisa—. Yo voy hacia allá. Si quieres, te llevo. ¿Cómo te llamas?

—Cor... —se detuvo justo a tiempo antes de echarse de cabeza—. Soy Rex.

—Mucho gusto, Rex. Soy Ellee. Ahora, sígueme. Te va a encantar.

Después de alcanzarla, Cormak miró por la ventana, reparando en las estrellas que Rex no tuvo oportunidad de ver, y pensó en todo lo que sacrificó para darle esto. Su hermano mayor aún cuidaba de él, como siempre lo había hecho.

Diez minutos después, Cormak ajustaba la correa de su ridículo casco, parte del equipo de seguridad requerido para la sala de entrenamiento de gravedad cero. También se puso rodilleras, coderas y espinilleras. Apenas podía caminar y sabía que se veía ridículo, pero eso no importaba. En tan solo unos momentos, *flotaría*.

Luego de que un deslumbrante asistente —el primero que no se veía oxidado— confirmó que Cormak estaba debidamente equipado, abrió las puertas selladas. El espacio al fondo era oscuro y aparentemente vasto, aunque era difícil de precisar. Se escuchaban ecos de gritos y risas provenientes de todas direcciones. Había una agarradera grande a cada lado de la entrada, probablemente para que los cadetes se sujetaran mientras se acomodaban.

—¿Algo que deba saber? —Cormak le preguntó al asistente.

—*Procura no vomitar. La gente suele ser quisquillosa cuando se trata de los fluidos corporales de otras personas.*

—Gracias por esa imagen —dijo, preguntándose a quién se le habría ocurrido la grandiosa idea de programar a las máquinas con una dosis de sarcasmo.

Cormak respiró profundo, se sujetó de las agarraderas, se balanceó sobre sus talones para agarrar

impulso y luego se lanzó a la oscuridad. Mierda, estaba *volando*. Extendió sus brazos, incapaz de contener un grito de alegría mientras flotaba por el aire, completamente ingrátido. *A Rex le hubiera encantado esto*, pensó, preparándose para sentir la inevitable punzada de dolor.

De pronto, sintió que su hombro chocaba contra algo. No, contra alguien.

—¡Perdón! —dijo Cormak alegremente.

—Ten más cuidado, imbécil —respondió una agresiva voz masculina.

—Pedí *perdón* —contestó Cormak, molesto.

—Perdón, repitió otro chico, acortando sus vocales para imitar el acento devano de Cormak.

Cormak se sujetó de una de las agarraderas y volteó para ver a dos chicos tridianos que flotaban hacia él.

—Déjenlo en paz —dijo una chica, más por aburrimiento que preocupación.

—¿Dejarlo *en paz*? —dijo el segundo chico por encima del hombro—. Pero, ¿no dijiste que querías ver a qué olían los devanos de cerca?

—*Definitivamente* no dije eso.

—No seas tímida, Keeli —dijo el primer chico—. Estoy seguro de que a nuestro amigo no le importará.

Al acercarse a la pared, los chicos extendieron sus brazos para agarrarlo. Cormak los esquivó y se sujetó de otra agarradera.

—¿Qué no tienen nada mejor que hacer, pendejos?

Aun en la luz tenue, Cormak pudo ver cómo se endureció el rostro de uno de los chicos.

—¿Qué nadie te ha enseñado lo que les sucede a los bordeadores que no cuidan sus modales?

—No, pero con gusto te *enseño* lo que se siente que te revienten la nariz —alzó sus puños, esperando que los chicos fueran demasiado estúpidos como para saber que no se puede dar un buen puñetazo cuando hay gravedad cero.

—*Vamos*, chicos —dijo Keeli—. No quieren que los expulsen en su primer día.

—Más te vale que aprendas algunos modales, basura espacial —dijo uno de los chicos en voz baja.

Cormak lo ignoró y se impulsó hacia la pared. Unos momentos después, ya estaba en el aire otra vez. Miró a su alrededor, pero no podía ver con suficiente nitidez como para detectar a alguien. La vasta sala también parecía más silenciosa que antes; ya no escuchaba ni gritos ni golpes.

Cormak decidió aprovechar el espacio extra para intentar hacer un salto mortal en la gravedad cero. Se impulsó desde la pared, pegó sus rodillas al pecho y casi logró una vuelta perfecta cuando de pronto dejó de ser ingrátido y empezó a caer. Presa del pánico, agitó los brazos, desesperado por sujetarse a una de las agarraderas, pero estaba demasiado lejos de la pared y caía a toda velocidad. Era como si un imán lo jalara hacia el piso.

Aterrizó con un *crac* que le sacudió todos los huesos del cuerpo.

—Mierda —murmuró. No sabía si estaba lastimado y a qué grado. El golpe le sacó el aire y no podía respirar, mucho menos moverse. Comenzó por mover los dedos de los pies y después los de las manos. Luego, aunque sentía un martilleo en la cabeza, lentamente se puso de pie. Todo le dolía, pero nada parecía haberse roto, gracias a Antares. ¿Qué demonios pasó?

—*Impacto detectado* —dijo su monitor—. *Permanece en tu lugar mientras evaluamos los daños.*

—Ahora no —gruñó Cormak, emitiendo un quejido al ponerse de pie.

—*Evaluación de daños interrumpida. Por favor, no te muevas.*

—Desactivar —dijo con cansancio, sabiendo que no funcionaría.

Cojeó hacia lo que parecía ser una puerta de servicio que daba a un pasillo estrecho. Maldiciéndose a sí mismo, encontró su camino de regreso al pasillo principal donde, para su desgracia, estaban parados los chicos tridianos.

—¿Todo bien? —le dijo uno de ellos mientras el otro sonreía.

—¡Vete a la mierda! —dijo Cormak, preguntándose por qué nadie más en la sala de gravedad cero se había caído.

—*La evaluación de daños falló. Repórtate al centro médico de inmediato.*

—Supongo que aún no ves la *gravedad* de la situación —dijo el chico.

Tenía el pelo rubio y el tipo de cara que, sin importar lo que dijera, se antojaba golpear. Podía haberle ofrecido mil cieloros a Cormak y *aun así* querría pegarle en la nariz.

A pesar de su fuerte dolor de cabeza, Cormak tuvo una epifanía.

—¿Encendiste la gravedad en la sala? Podía haberme matado, pendejo.

—*Quédate donde estás. Enseñada alguien irá a ayudarte.*

Los dos tridianos se rieron.

—Y eso, sin duda, hubiera sido una gran pérdida —dijo el otro chico.

Antes de que Cormak pudiera responder, dos asistentes se acercaron sosteniendo una camilla.

—Esperen —dijo Cormak—. Estoy bien. Puedo caminar al centro médico por mi cuenta.

—No se puede anular una orden una vez que ha sido despachada —dijo uno.

—Oh, vamos —se quejó Cormak—. Pueden acompañarme hasta allá, solo no me obliguen a subirme a esa cosa.

—Negarse a seguir instrucciones resultará en medidas disciplinarias.

Cormak suspiró. Sin duda, ser arrastrado frente a la almirante Haze no aliviaría mucho su dolor de cabeza.

—Está bien —dijo entre dientes, ignorando las risas de los chicos de Tri mientras se recostaba en la camilla.

Cormak estaba en el centro médico, de pie junto a un escáner de cuerpo completo.

—Creo que esto es una exageración —le dijo a la doctora, una mujer joven de cabello rojo.

—Necesito escanearte rápidamente —dijo ella, manipulando un panel de control en la pared—. Los sensores en tu uniforme no podrían detectar una conmoción cerebral. Ahora métete, por favor.

Cormak entró en el escáner y, un momento después, una imagen tridimensional de su cuerpo apareció en la pantalla junto a la doctora. Sus huesos se mostraban en un color verde brillante y parecía que sus órganos también estaban clasificados por colores.

—¿Qué es todo eso? —preguntó, mientras en una barra lateral se desplegaban largas líneas de información.

—Son tus signos vitales: ritmo cardíaco, niveles de hierro, contenido de oxígeno en la sangre,

niveles de anticuerpos.

—¿No que ibas a revisar si tenía una conmoción cerebral?

—El escáner recopila estos datos de manera automática —dijo la doctora—. Ahora, puede que sientas un piquetito. El aparato va a tomar una pequeñísima muestra de sangre para realizar un análisis genético.

—Claro, porque quizá tenga una predisposición genética a las conmociones cerebrales —dijo Cormak con cansancio.

—Ahora veamos... No veo ningún signo de conmoción cerebral, por lo que parece que estás bi... Ah, espera... eso está raro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó, sintiendo una punzada de miedo.

En Deva, solo era cuestión de tiempo antes de que tu cuerpo se rebelara ante el aire tóxico. Chicos mucho más jóvenes que él se convertían en masas andantes de tumores. Qué suerte la suya si, tras haber logrado salir del planeta, descubriera que ya era demasiado tarde para él.

—Dice que tu ADN no concuerda con el expediente médico que tenemos en nuestros archivos —la doctora se acercó más a la pantalla y entrecerró los ojos para tratar de ver mejor.

El corazón de Cormak se estrelló contra su caja torácica y después se aceleró.

—¿Cómo es que tienen mi expediente? —intentó permanecer calmado, pero la pregunta salió más como un grito ahogado.

Ella lo miró por encima del hombro, confundida.

—Lo tenemos por el examen físico obligatorio que te hicieron en Deva.

Cormak sentía que la cabeza le daba vueltas. *Por supuesto que Rex tuvo que presentar su expediente médico. ¿Cómo es que no se me ocurrió?*

La doctora suspiró.

—Vamos a tener que contactar a la clínica médica del Sector 23 y pedirles que nos manden el expediente *correcto*. No creía que fuera posible cometer un error de esta naturaleza, pero supongo que así son las cosas en Deva —sonó un pitido y la doctora volteó a la pantalla con el ceño fruncido—. ¿Estás bien? Tu ritmo cardíaco se aceleró significativamente.

—Estoy bien —dijo Cormak, tratando de mantener su voz firme a pesar de que todo el cuerpo comenzaba a temblarle—. ¿Ya me puedo ir? —puso un pie afuera del escáner sin esperar su respuesta.

—Sí, puedes irte. Contactaré a la clínica para arreglar esta situación.

Cormak asintió y se obligó a caminar con normalidad, pidiéndoles a sus piernas que resistieran hasta que se alejara lo suficiente del centro médico. Cuando llegó al pasillo desierto, respiró con dificultad y luego extendió su brazo sobre la pared para recuperar el equilibrio. Cuando en la academia recibieran su expediente médico —o, más bien, el de *Rex*— se percatarían de que la discrepancia en el ADN no era un error y descubrirían la verdad: Cormak era un impostor que había ingresado ilegalmente en las instalaciones hipervigiladas de la Flota Cuatra. El castigo por entrar sin autorización eran veinte años en una prisión de máxima seguridad en Chetire. Pero Cormak no solo ingresó ilegalmente; suplantar a Rex podía constituir una traición a la patria, cuyo castigo era la muerte.

Cormak recargó su cabeza en la pared, maldiciendo en voz baja. Nadie como él lograba salir de

Deva. Fue un idiota al pensar que se merecía algo mejor y ahora iba a pagar el precio.

Capítulo 6

ORELIA

—¡Orelia, quédate ahí!

Orelia se petrificó. Se resguardó bajo la mesa cuando las paredes comenzaron a crujir, pero tenía miedo y quería estar junto a su madre. Faltaba la mitad del techo y la habitación rápidamente se llenaba de humo.

—¡Mamá! —exclamó.

—No te muevas —le ordenó su madre, cada vez más ronca por inhalar el humo.

A través del remolino de humo y ceniza, Orelia podía distinguir la figura de su madre recostada sobre el sillón. Tenía la mano puesta sobre su estómago, pero esta no era lo suficientemente grande como para cubrir la mancha color carmín que florecía en su blusa.

—Estás herida —dijo Orelia—. Déjame ayudarte.

—Orelia, tienes que permanecer en donde estás —le dijo su madre en un tono brusco que no reconoció—. Esto aún no termina.

Las paredes comenzaron a sacudirse otra vez, tal y como Mamá lo anticipó. Porque la madre de Orelia lo sabía todo; sabía exactamente en qué noche florecerían las rosas lunares o cómo echarse un clavado en el lago desde la saliente más alta sin salpicar, pero, sobre todo, siempre sabía lo que le molestaba a Orelia, incluso cuando ella misma no encontraba las palabras para explicárselo.

Orelia abrazó sus rodillas al pecho cuando los crujidos se intensificaron y sintió que el suelo estaba a punto de engullir su casa. El gran agujero en el techo le permitía ver el cielo, aunque éste tenía un extraño color gris oscuro con vetas de color rojo, como un pedazo de piel de animal desgarrada. En algún lugar cercano, una mujer gritaba.

Hubo un destello de luz y el suelo tembló otra vez, incluso con más fuerza que antes.

—Yo me acercaré a ti —susurró su madre.

Con un quejido, se deslizó del sillón y comenzó a gatear en dirección a Orelia, quien aún sujetaba su estómago con una mano.

—Mamá —dijo Orelia, acercándose para ayudarla. Se estiró tan lejos como pudo, pero las puntas de sus dedos no eran lo suficientemente largas como para alcanzar a su madre. Orelia comenzó a arrastrarse por debajo de la mesa, pero su madre negó con la cabeza.

—No —le suplicó—. Orelia, tienes que quedarte ahí.

Hubo otro destello de luz que abrió un agujero mucho más grande en el cielo. Miles de pedacitos de metal caliente

y trozos de techo se precipitaron sobre ellas.

—¡Mamá! —gritó Orelia a medida que la habitación se llenaba de polvo y humo.

Esta vez, nadie le dijo que permaneciera debajo de la mesa, pero, aun así, Orelia abrazó sus rodillas al pecho. Era lo que su madre quería que hiciera y ella siempre tenía la razón. Cuando el humo al fin se disipó, Orelia salió de su escondite para tocar la mano que quería alcanzar.

Pero ya estaba fría.

—¿Hay alguien sentado ahí? —dijo un chico, señalando el asiento junto a Orelia.

Después de que la pregunta la sacara de su ensimismamiento, Orelia negó con la cabeza, esperando que el chico no intentara continuar la conversación, al menos no hasta que sacara de su mente la visión sombría del ataque cuatrano a Silván. Ese recuerdo que intentó olvidar durante años le despertó una furia inesperada.

Orelia llevaba tres días en la academia y, en un principio, todo había salido de acuerdo con el plan. Unos hackers silvanos habían creado un dossier con documentos lusianos falsos para que la aceptaran y nada de eso parecía haber generado confusión o sospecha. Ella disponía de total libertad para perseguir su principal objetivo: obtener las coordenadas de la ubicación ultrasecreta de la academia y transmitir las a los militares de Silván.

A partir del primer ataque no provocado hacía quince años, los cuatranos bombardeaban Silván con mayor frecuencia. Era claro que la única manera de vencerlos —y de evitar que destruyeran a todos los habitantes del planeta— era erradicar a la siguiente generación de líderes militares. Entonces, una vez que el oficial al mando de Orelia recibiera las coordenadas, los silvanos atacarían el corazón de las operaciones militares de los cuatranos: la academia.

Sin embargo, poco después de su llegada, Orelia se había percatado de que el transpondedor que supuestamente le serviría para comunicarse con la base silvana había sido bloqueado por el sistema de camuflaje que utilizaba la academia para ocultar su ubicación. Solo los enlaces portátiles provistos por la academia podían transmitir mensajes salientes, por lo que, aunque podía recibir mensajes de Silván, no podía responderlos, mucho menos capturar las coordenadas de la escuela. Tendría que pensar en otra solución.

Mientras tanto, el objetivo de Orelia era actuar como una cadete normal. A los estudiantes de primer año se les había asignado un puesto dentro de un escuadrón el día anterior y el tema estaba en boca de todos. Irónicamente, a Orelia la habían nombrado oficial de inteligencia, la posición encargada de la planeación estratégica y el monitoreo de amenazas externas, como los espectros.

El chico se inclinó frente a ella.

—No puedo creer que el teniente Prateek sea nuestro *instructor* —susurró, señalando con la cabeza en dirección al escritorio vacío que se encontraba al frente del salón—. Él es quien frustró el ataque sobre Evoline el año pasado.

Orelia no estaba segura de cómo responder. La conversación banal no era algo que hubiera practicado mucho con sus tutores. Por suerte, el chico no parecía interesado en recibir una respuesta.

—Supuestamente es aterrador. Es muy joven; creo que se graduó de la academia hace apenas

unos años, pero ya se ha ganado un montón de medallas —el chico continuó en una voz que mezclaba el asombro con el temor—. Nadie sabe por qué dejó el campo de batalla para dar clases. ¿Cuál es tu teoría?

Que le será muy difícil frustrar el próximo ataque de los espectros, pensó antes de dar con una respuesta más apropiada. Por fortuna para ella, el instructor entró poco después, poniendo fin a las conversaciones de los cadetes.

—Bienvenidos a la clase de contraespionaje avanzado —dijo el instructor mientras caminaba hacia su escritorio al frente del salón—. Soy el teniente Zafir Prateek, pero, para ahorrar tiempo, llámenme Zafir.

El instructor era realmente joven o al menos a Orelia le parecía joven. Tenía el cabello rizado y oscuro, piel suave de color beige y unos ojos intensos, casi negros, que escaneaban el salón mientras hablaba. Por un momento, su mirada se detuvo en Orelia y ella sintió un ligero bochorno en la piel. Era el chico del pasillo, el que se detuvo para ayudarla con su mareo después de la orientación.

—Hoy están aquí gracias a su calificación en el examen de aptitud, pero eso no es ninguna garantía de que *permanecerán* en esta clase. Si en algún momento se vuelve evidente que están fuera de su elemento, serán transferidos al curso introductorio. El contraespionaje requiere una combinación especial de habilidades y, a final de cuentas, podría resultar que su tiempo y talento son de mayor utilidad en otro lado.

Zafir se apoyó en su escritorio y estiró las piernas. Entre el dobladillo de su pantalón y su zapato perfectamente boleado, había un guiño de metal; la varilla de una pierna biónica que Orelia no había notado durante su breve encuentro. Su pose era relajada, pero había algo en él que sugería un poder contenido.

—Pasaremos buena parte del semestre hablando sobre técnicas de recopilación de información y cómo aplicarlas a la estrategia militar, pero durante las siguientes semanas me gustaría que nos concentráramos en los espectros y en lo que sabemos sobre su tecnología y cultura.

Zafir presionó un botón en el escritorio que redujo la intensidad de la luz y proyectó un holomapa en la pantalla detrás de él.

—La especie a la que denominamos “espectros” proviene de un sistema solar a casi seis pársecs de distancia. Cada planeta en el sistema tiene una órbita elíptica pronunciada que sugiere fluctuaciones dramáticas de temperatura y, al haber evolucionado en un ambiente tan extremo, es probable que los espectros hayan desarrollado rasgos dramáticamente distintos a los nuestros.

Orelia reprimió una sonrisa. Las diferencias fisiológicas entre su gente y los humanos eran muy pocas, ellos tenían una capacidad pulmonar ligeramente mayor y más glóbulos rojos, lo que les permitía contener la respiración más tiempo. Así es como los antiguos silvanos sobrevivían durante los veranos, cuando los océanos cubrían casi todo el planeta.

—Aunque nunca pongamos un pie en el planeta del enemigo o capturemos a uno de ellos con vida, todavía hay mucho que aprender de los espectros. La herramienta más poderosa que tienen...

—Zafir dejó de hablar y levantó una ceja—. ¿Sí? ¿Tienes una pregunta?

Una chica de cabello largo y oscuro bajó la mano.

—Solo me preguntaba... ¿Alguna vez hemos intentado comunicarnos con los espectros?

Zafir asintió.

—Esa es una muy buena pregunta, una que vamos a discutir a fondo la próxima semana, pero la respuesta corta es sí.

Después comenzó a hablar sobre drones de comunicación, pero Orelia apenas escuchó su explicación; estaba demasiado distraída por lo que Zafir acababa de decir. ¿A qué se refería con que *si* los cuatranos alguna vez ponían un pie en su planeta? Durante años habían orquestado ataques violentos sobre Silván. Miró alrededor del salón en busca de alguna señal de confusión por parte de sus compañeros cadetes, pero ninguno parecía haberse dado cuenta.

—Por supuesto, el contacto directo sería ideal —continuó Zafir— pero, dado que los espectros nos atacaron sin la menor provocación, tenemos que asumir que no apreciarían mucho recibir una visita inesperada.

A pesar de la furia que se acumulaba en su interior, Orelia hizo un gran esfuerzo por mantenerse callada, algo que perfeccionó durante años. En realidad, habían sido los *cuatranos* quienes habían atacado a los silvanos sin la menor provocación. Hacía diez años, el ejército silvano había detectado una sonda extraña que recolectaba muestras de firón en el planeta, por lo que la destruyó. Pero, tal parecía que la sonda había logrado transmitir toda la información que los cuatranos requerían. Algunos meses después, tres naves de guerra habían oscurecido el cielo de la capital y habían soltado una bomba enorme. Medio millón de silvanos murieron al instante y casi doscientos mil sucumbieron a causa de sus heridas a lo largo de las semanas siguientes. Habían regresado al año siguiente, aunque en aquella ocasión el ejército silvano había estado preparado para recibirlos: destruyeron dos de sus naves y obligaron a la tercera a emprender la retirada. La inteligencia silvana había resuelto que los atacantes provenían del Sistema Cuatra, que estaban tras del firón en Silván y que renunciaron a la diplomacia en favor del genocidio. Con el fin de salvar a su especie y a su planeta, los silvanos comenzaron a lanzar ataques por su cuenta, principalmente sobre blancos militares y algunas ciudades con valor estratégico y simbólico.

¿Acaso era posible que los ciudadanos cuatranos desconocieran esto? ¿Que sus líderes los hubieran convencido de que el primer ataque de los espectros había sido una masacre sin motivo aparente y no una venganza justificada? Si los cuatranos se salieran con la suya, masacrarían a todos y cada uno de los silvanos, y luego destruirían lentamente el planeta con la precisión de un cirujano sádico. Los silvanos tenían una obligación moral de defenderse, de someter a los cuatranos por cualquier medio.

Algunos cadetes miraban nerviosos entre Zafir y la chica que lo había cuestionado, pero el instructor parecía imperturbable.

—Planteas un punto interesante sobre la diferencia entre la observación y la conjetura, lo que nos lleva a nuestro primer ejercicio. Nos dividiremos en pares y escribiremos inferencias sobre nuestras parejas basándonos en observaciones específicas. Todos pónganse de pie y encuentren una pareja.

Orelia se puso de pie con el resto de la clase, pero no se movió de su escritorio. Su mente aún se recuperaba ante la revelación de que el gobierno cuatrano le mentía a su gente sobre los espectros. Para cuando alzó la vista, los otros cadetes ya tenían pareja. Por un segundo, se sintió aliviada. Tal vez, como el número de estudiantes era impar, podría saltarse este ejercicio. Pero luego, muy a su pesar, Zafir caminó hacia ella.

—Tú y yo podemos ser compañeros para este ejercicio —dijo tras jalar una silla y sentarse en un

movimiento fluido—. ¿Cómo te llamas?

—Orelia —contestó, feliz de que no la reconociera por lo del otro día. Lo último que necesitaba era llamar la atención de uno de los oficiales más celebrados de la Flota Cuatra.

—¿Te gustaría empezar? —preguntó él. Era lo más cerca que había estado de un humano desde su llegada a la academia, y su corazón no dejaba de acelerarse. Afortunadamente, él no podía escucharlo—. O si prefieres, puedo arrancar yo.

—No, yo lo haré —dijo ella con voz ronca. Se mordió el labio inferior y lo miró otra vez. De cerca, sus ojos oscuros eran mucho más profundos. Estaba bien afeitado, pero una ligera sombra aún se aferraba a su mandíbula afilada. Ella comenzó a sonrojarse y, sin pensarlo, cerró los ojos y respiró profundo. Un aroma placentero le llenó la cabeza, una combinación familiar de sal, arena y los minerales únicos del mar—. Te gusta nadar en el océano.

Cuando Zafir no le respondió, Orelia abrió los ojos para ver su cara de sorpresa.

—¿Cómo lo supiste?

No, no, no. Había hablado demasiado rápido, olvidó que los silvanos evolucionaron para desarrollar un mayor sentido del olfato que los cuatranos, un mecanismo de supervivencia necesario en un planeta donde aventurarse muy cerca de algunas flores tóxicas durante el verano podía matarte en el acto.

—Eh... por tus músculos deltoides —dijo Orelia, pensando en una excusa—. Parece que nada muy seguido... en condiciones difíciles.

—Ah, ya veo —dijo él, mirándola de una manera que hacía poco por calmar su ansiedad—. Bien hecho. Okey, es mi turno.

Solo mantén la calma, se ordenó a sí misma, cuando Zafir clavó su mirada sobre ella. *Estás vestida como cadete. Te han entrenado para hablar como lusiana. Si eres cuidadosa, él no notará tu acento.* Pero *sí* notaría su nerviosismo y lo último que necesitaba era hacer sospechar al experto en contraespionaje.

Después de una pausa, él sonrió.

—*Infiero* que tienes un umbral del dolor alto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella, imitando el tono ligero y despreocupado de Zuzu.

—Porque no traes puesto tu enlace portátil y sé, por experiencia propia, que duele mucho quitárselo uno mismo.

Instintivamente, Orelia se llevó la mano a la oreja. Se había quitado el enlace portátil la noche anterior para poder explorar la academia sin que nadie rastreara sus movimientos.

—No le diré nada a nadie... en esta ocasión —dijo Zafir con una sonrisa que sugería que disfrutaba conocer esta información—. Solo asegúrate de utilizarlo mañana o la gente sospechará que ocultas algo.

Está bromeando, Orelia se dijo a sí misma. Pero, esta vez, sus técnicas de respiración no ayudaron a frenar su corazón acelerado. ¿Lo habría hecho sospechar de ella? Quizá Zafir estaba entrenado para detectar detalles que otros pasaban por alto.

—Okey, clase, terminemos para que podamos hablar sobre su tarea de mañana.

Zafir se puso de pie y comenzó a caminar hacia su escritorio, luego miró a Orelia por encima del hombro.

—Me da gusto ver que ya te sientes mejor.

Orelia sintió que la sangre se le hizo hielo, como si fuera una de las culebras de nieve que hibernaban en Silván. Zafir la reconoció del pasillo el otro día. Era demasiado tarde para pasar desapercibida. Ya había llamado la atención de la persona más peligrosa en la academia; la persona mejor equipada para descubrir a la espía entre ellos.

Capítulo 7

ARRAN

Arran se detuvo frente al laboratorio de ingeniería para recomponerse. Hasta ahora, se había sentido un poco nervioso antes de todas sus clases, pero esta era diferente. Él iba a ser el oficial de tecnología de su escuadrón, lo que hacía que su desempeño en la clase de ingeniería fuera aún más importante.

—*Se ha detectado una elevación en el ritmo cardíaco. Considera descansar y respirar profundo. Para mayor información sobre técnicas de relajación, di relajación. Para mayor información sobre trastornos cardiovasculares relacionados con estos síntomas, di diagnóstico.*

—Ignorar —dijo Arran en voz baja, examinando el pasillo abarrotado. Aunque sabía que el resto de los cadetes no podía escuchar lo que decía su monitor, de todos modos lo sacaba de quicio.

—*Para mayor información sobre...*

—Detente —dijo Arran—. Por favor, no tengo tiempo para esto.

—*Para mayor información sobre estrategias de administración del tiempo, di administración del tiempo.*

—Cancelar. ¡Silenciar! —susurró Arran y unos cadetes que pasaban cerca voltearon a verlo.

—Di *descartar* —sugirió una voz profunda. Arran volteó para encontrarse con Dash, quien parecía disfrutar de todo el espectáculo.

—Descartar —dijo Arran en voz baja, luego sonrió tímidamente—. Gracias.

—De nada.

Dash asintió en dirección a la puerta del laboratorio.

—¿También estás en esta clase?

—Sí —dijo Arran, esperando que su rostro no delatara su emoción. —Llevaba días esperando encontrarse con Dash y su decepción aumentaba cada vez que entraba a un nuevo salón sin verlo. Pero luego lo invadió un pensamiento desalentador. ¿Y si Dash no recordaba haberlo conocido en el transbordador? A diferencia de Arran, Dash seguramente no había recordado su interacción cien veces durante los últimos tres días—. Soy Arran.

Dash lo miró perplejo, como si no supiera si bromeaba o no.

—Sí, lo sé. Estuvimos juntos en el transbordador. Soy Dash.

Arran se sonrojó.

—Sí, *yo* lo sé. Pero no estaba seguro de si *tú* te acordarías.

En cuanto pronunció estas palabras, deseó no haberlo hecho.

—Ah, ya veo —Dash asintió pensativo—. ¿Debería preocuparme el hecho de que pienses que sufro de pérdida de memoria a corto plazo?

—No. Eso no fue lo que pensé. Es que yo...

Arran dejó de hablar. No había manera de explicarle a Dash que había pasado los últimos años tratando de ser invisible. Era la única forma en que alguien como él podía sobrevivir en Chetire. Cuando le iba bien en un examen, la gente lo tachaba de presumido. Cuando se quedaba en casa para estudiar en lugar de ir a las fiestas en donde sus compañeros se emborrachaban mientras esquiaban con raquetas de nieve, lo llamaban apretado.

Dash sonrió y Arran se sonrojó no solo por la pena cada vez mayor, sino por algo más.

—¿Entramos?

Arran lo siguió al interior del salón y, por un momento, lo único que pudo hacer fue mirar con asombro. Hasta ahora, cada uno de los salones en la academia le parecía más espectacular que el anterior, pero nada lo preparó para éste. El laboratorio era de un blanco brillante con estaciones de trabajo distribuidas en todo el espacio. Encima de cada escritorio flotaban modelos holográficos; esquemas de armas y vehículos que Arran desconocía. Caminó unos pasos al frente para ver la simulación de una aeronave aerodinámica dando vueltas de horquilla por un cinturón de asteroides.

—Tomen asiento, por favor.

El sargento Pond, el instructor que los había acompañado desde Chetire, estaba parado en medio del laboratorio con su uniforme, inspeccionando a los nerviosos cadetes. Del otro lado del salón, Sula saludó a Arran y le hizo un gesto para que se sentara en el asiento vacío junto a ella. Arran miró para ver dónde se había sentado Dash, pero su estación de trabajo ya estaba ocupada. A pesar de su decepción, se dirigió hacia Sula y la saludó con una sonrisa.

—Bienvenidos a la clase de ingeniería avanzada —dijo Pond, caminando de un lado al otro del salón mientras hablaba—. Antes de ahondar en el temario, me gustaría probar sus habilidades de ingeniería mecánica, así que vamos a empezar con un simple ejercicio. Formarán equipos de dos personas y diseñarán el prototipo de una moto que pueda circular por las tres lunas de Deva.

Pond le dio un golpecito a su enlace portátil y, por encima de cada estación de trabajo, apareció el esquema básico para construir una moto.

—Esto les ayudará a empezar.

Sula miró a Arran y él asintió, aliviado de no haberse quedado sin un compañero. Pond debió advertir que otros cadetes hacían gestos similares, porque dijo:

—Y los voy a dividir en grupos de dos al azar. Entre más rápido empiecen a trabajar juntos, mejor.

Manipuló su enlace portátil y, de pronto, aparecieron unas letras brillantes en cada estación de trabajo.

—Encuentren a la persona que tenga la misma letra que ustedes.

—Yo soy F. ¿Tú qué eres? —preguntó Sula, asomándose al escritorio de Arran—. Bueno, pues —dijo resignada cuando vio una brillante letra K. Se paró para encontrar a su pareja y, un momento después, alguien más se sentó en su silla. Era Dash.

—Al parecer somos compañeros —dijo Dash, extendiendo su mano—. Soy Dash. No sé si lo

recuerdes, pero nos conocimos hace como tres minutos.

Arran le dio un apretón de manos y se rio.

—Creo que tengo un vago recuerdo.

—Bueno, veamos... las lunas de Deva... hay una que está cubierta de hielo, ¿cierto?

—Esa es una de ellas, sí —dijo Arran con una sonrisa.

—Y luego está la que tiene un océano subterráneo, ¿no?

—Esa es la misma que la que está cubierta de hielo, Victorine. Luego está Kalú, que está tapizada de volcanes, y Rola, esa extraña luna roja que tiene un alto contenido de hierro.

Dash inclinó la cabeza y evaluó a Arran con la mirada.

—Muy impresionante, 223.

—Estoy seguro de que cualquier niño de ocho años en el sistema solar podría nombrar las lunas.

—Hmm... te quitaré diez puntos por tu actitud. De ahora en adelante, serás conocido como 213.

Arran asintió y contuvo una sonrisa.

—Entendido y anotado.

—Y vamos a empezar por hacer esto...

Dash movió los dedos ágilmente por el escritorio y, un momento después, el esquema antes transparente para su moto se tornó de un brillante color rojo, excepto por el número 213 pintado a un costado.

Arran se rio y luego agachó la cabeza cuando sintió que otros lo miraban.

—Creo que nuestra moto no está diseñada para misiones encubiertas, ¿no?

—Estoy seguro de que al menos una de las lunas de Deva es de color rojo. ¡Esta moto es perfecta!

Dash sonrió, revelando los hoyuelos que habían obsesionado a Arran en los últimos tres días. Un sentimiento desconocido se apoderó de él. En el pasado, cuando algo le aceleraba el corazón —un vistazo al pecho tonificado del chico que le gustaba o una sonrisa de complicidad compartida— tenía que recordarse a sí mismo que todo era producto de su imaginación. Que nadie nunca se enamoraría de un chico torpe, estudioso y solitario como él.

—Le gustas a Jandro —dijo Evie, sin molestarse por hablar en voz baja.

Ese año, la escuela no había encontrado un maestro de física avanzada, por lo que su clase la impartía un asistente defectuoso y oxidado que había sido programado para dar lecciones y calificar exámenes, pero que era incapaz de procesar la voz humana. Su "instructor" no solo no podía contestar preguntas, sino que tampoco notaba si los estudiantes le ponían atención, por lo que la mayoría se la pasaba haciendo el tonto con sus amigos.

—¿De qué hablas? Es ridículo —dijo Arran en voz baja y con un falso desinterés que ocultaba las mariposas que sentía en el estómago.

Jandro era nuevo —su familia se había mudado al Sector F— y, aunque era serio y estudioso en clase, fuera de la escuela había empezado a llevarse con Mace, Grover y los otros chicos que atormentaban a Arran por gusto cuando no encontraban nada mejor que hacer.

—Es en serio —insistió Evie, ignorando la película que el asistente proyectaba en la pared del salón —un diagrama animado que explicaba la fuerza centrífuga—. Le gusta que eres inteligente y que te importa tu futuro.

—Entonces, ¿por qué no me habla él? —Arran susurró, deseando que Evie también bajara la voz.

Aunque en el cavernoso salón —construido en una antigua fábrica de taladros— se escuchaba el eco de risas, nunca se sabía quién podía estar escuchando.

—Él es tímido. Tú sabes algo sobre eso, ¿no?

Arran ignoró la indirecta mientras pensaba en su respuesta. Evie y él realmente no eran amigos, pero, tras cuatro años de tomar las mismas clases avanzadas, la conocía bastante bien. Era entrometida, chismosa y no muy amable, pero nunca la había descubierto mintiendo.

—¿A ti te gusta? —Evie insistió.

Arran bajó la mirada y la posó en su escritorio para que no lo viera sonrojarse. La verdad es que sí le gustaba Jandro. A pesar del monótono robot instructor, la clase de física se convirtió en su favorita, pues le permitía observar al nuevo estudiante. Le gustaba la forma cuidadosa en que Jandro tomaba apuntes y cuán pensativo se veía cada vez que alzaba la mirada.

—¿Qué más da? Tengo trece años, soy muy joven para tener novio —dijo Arran, repitiendo las palabras de su madre.

Evie puso los ojos en blanco.

—No tiene que ser tu novio para que se diviertan juntos. ¿Qué no quieres besar a alguien en algún punto?

Arran abrió la boca para responder con indignación, pero luego suspiró y la cerró de nuevo. Ocultar esta información no tenía ningún sentido. En el Sector F, todos conocían la vida privada de todos. No podía tener una vida amorosa secreta y salirse con la suya.

—Por el momento, tengo otras cosas de qué ocuparme.

—Como quieras. Yo solo te digo lo que él me dijo. Yo le dije que, si quería hablar contigo, debería ir a la biblioteca saliendo de la escuela. Supongo que vas a ir más tarde, ¿cierto?

Arran negó con la cabeza.

—No puedo. Le prometí a mi mamá que les daría de comer a las patas de hierro.

—Es tu decisión —dijo Evie encogiendo los hombros—. Aunque, si no estás ahí, quizás él pensará que lo estás evitando y se sentirá demasiado avergonzado como para intentarlo otra vez.

Arran pasó el resto del día sintiéndose cada vez más ansioso mientras decidía qué hacer. Miró a Jandro cuidadosamente, pero nada en su comportamiento confirmaba o contradecía la información de Evie. No podía ser cierto, hasta donde Arran sabía, nadie nunca se había enamorado de él, mucho menos un chico popular, recién llegado y de ojos expresivos. Aunque había una primera vez para todo. Y, ¿qué podía perder? Podía alimentar a las patas de hierro después, su madre lo entendería.

Para cuando la escuela se vació, Arran era una masa de nervios y emoción, pero hizo su mejor esfuerzo por actuar con normalidad cuando se dirigió a la biblioteca, una bodega que tenía un enlace portátil viejo pero funcional y algunos libros donados o desechados. Como siempre, la biblioteca estaba vacía cuando Arran llegó, pero no dejó que esto lo desalentara. Aún había tiempo suficiente para que llegara Jandro.

Empezó a trabajar de inmediato, pues no quería que pareciera que estaba esperando a Jandro. De manera autodidacta, estaba aprendiendo cirilia, un dialecto que habían hablado los primeros pobladores de Lus. Arran planeaba aprender lo básico, pero, como le pareció tan fascinante, continuó estudiándolo y ahora podía leer con bastante fluidez. Retomó sus estudios donde los dejó y, para cuando alzó la mirada de sus libros, habían pasado casi cuarenta minutos.

La decepción se le asentó en el estómago, aunque al mirar por la ventana oscurecida, ese sentimiento se convirtió

en culpa, pues se imaginó la confusión de las patas de hierro por la ausencia de su cena. Emitió un ligero quejido al ponerse de pie, estiró los brazos por encima de la cabeza y empezó a empacar sus cosas cuando el estridente aullido de una sirena lo hizo brincar.

Aunque los espectros llevaban casi diez años sin atacar Chetire, aún tenían simulacros de emergencia con regularidad. Cuando sonaba la alarma tenías cinco minutos para ingresar al búnker más cercano y escanear tu enlace portátil o de lo contrario te cobraban una multa enorme. Con un suspiro, Arran se dirigió hacia el búnker de la escuela, sabiendo que estaría solo. Ninguno de los profesores humanos, ni qué decir de los estudiantes, se quedaban un minuto más de lo obligatorio.

¿Por qué había simulacro ahora? Apenas hacía dos semanas habían tenido uno y normalmente se realizaban cada cinco o seis meses. Arran deslizó su identificación sobre el sensor y luego descendió por los escalones de metal. Para su confusión, la puerta se cerró tras él. Eso era extraño. Se suponía que las puertas no debían cerrarse durante los simulacros —solo cuando se trataba de ataques reales.

El miedo comenzó a recorrerle la espina dorsal. ¿Y si esto no era un simulacro? ¿Y si era un ataque de verdad? Volvió a subir las escaleras y presionó su oreja contra la puerta. No se escuchaba nada, ni explosiones ni gritos de pánico. Pero eso no necesariamente significaba algo. El último ataque había sido en Hånsgard, a más de cuatrocientos mitones de distancia. En el Sector F no habían escuchado nada, pero todos habían visto con horror las columnas de humo negro que se alzó y revoloteó como los fantasmas de los edificios destruidos.

El corazón le dio un vuelco cuando imaginó a su madre buscándolo frenética, gritando su nombre desde la puerta del departamento. ¿Y si salía a buscarlo en vez de encontrar un lugar donde resguardarse? Arran se estremeció del dolor. Si algo le pasaba a su madre, nunca se lo perdonaría.

Justo cuando las lágrimas amenazaban por salir de sus ojos, Arran escuchó voces al otro lado de la puerta. Estaba a punto de gritar para pedir ayuda cuando escuchó un sonido familiar que lo hizo contener la respiración: la risa de Mace. El sonido que lo había acompañado durante cada humillación que había sufrido en los últimos años.

—¿Crees que esté ahí? —alguien preguntó. Su voz se asemejaba a la de Grover, un amigo de Mace.

—Probablemente. Es un gallina, ¿crees que se saltaría un simulacro?

—Pero, ¿cómo sabes que está en la biblioteca?

—Te garantizo que está aquí —dijo Evie con jovialidad—. Hubieran visto la cara que puso cuando le dije lo de Jandro.

No. La palabra resonó en todo su cuerpo y aceleró su corazón.

Mace se rio y, aun a través de la puerta sólida, Arran se estremeció al escuchar ese terrible sonido.

—No sé por qué todos piensan que es tan inteligente. Como si a Jandro pudiera gustarle alguien como él. Jandro fue el que descifró cómo aislar la alarma a la biblioteca, tengo que ir a decirle que funcionó.

—¿Y qué hacemos con Arran? —preguntó Evie, un poco menos emocionada que antes.

—Alguien lo encontrará mañana.

—No sé si sea buena idea. ¿Y si algo le pasa durante la noche?

—Si estás tan preocupada, podemos encerrarte con él y ambos se pueden cuidar.

Evie debió haber accedido porque, poco después de eso, las voces desaparecieron.

—No —dijo Arran y se le quebró la voz—. ¡Esperen! ¡Regresen!

Pero ya era demasiado tarde. Estaba atrapado solo en el vacío, oscuro y silencioso búnker, donde lo único que se escuchaba era el sonido de su respiración y la fractura de su corazón roto.

Arran aprendió, a la mala, a no dejar volar su imaginación. Sin embargo, al ver la cálida sonrisa de Dash, se permitió preguntarse si tal vez las cosas podían ser diferentes en la academia.

Pasaron el resto de la clase acondicionando la moto a su gusto con llantas que podían navegar la superficie escarpada de Kalú y avanzar a través del terreno polvoso de Rola, pero aún no descifraban cómo hacer que funcionara en Victorine.

—¿Quizás es una prueba? —dijo Dash, frotándose las sienes de una forma que a Arran le pareció extrañamente encantadora.

—Claro que *es* una prueba —dijo Arran con una sonrisa—. Una prueba de nuestras habilidades ingenieriles.

—Sabes a lo que me refiero —Dash sonrió—. Tal vez Pond quiere evaluar nuestra habilidad para lidiar con situaciones imposibles.

—Definitivamente, esta no es una situación imposible —dijo Arran, entrecerrando los ojos mientras miraba el esquema—. ¿Sabes una cosa? Si utilizamos una forma de propulsión que no requiera hacer contacto con las superficies lunares, no tendremos que preocuparnos por adaptar la moto a los distintos ambientes.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—No, creo que ya sé cómo —dijo Arran mientras se acercaba a la moto para ajustar el motor—. Podemos hacer que la moto levite usando ventiladores tubulares en donde haya suficiente atmósfera, como en Victorine, y podemos usar imanes de repulsión en Rola. Si polarizamos los imanes y los colocamos debajo de la moto, reaccionarán contra el metal.

Trabajaron rápido para rediseñar la moto. Aunque Dash fingía ignorancia, podía hacer cálculos a la velocidad de un rayo, algo que hacia el final de la clase Arran consideraba mucho más atractivo que sus hoyuelos. Tras agregar los ventiladores tubulares y los imanes, probaron el vehículo en las tres superficies. Funcionó de maravilla todas las veces.

Dash le dio una palmadita en el hombro.

—¡Eres un genio, 223!

Arran se sonrojó.

—No, qué va.

—¿Te *apena* que te lo diga?

El tono de Dash era más incrédulo que burlón, pero eso no impidió que Arran se sonrojara aún más. No sabía que era posible sentirse apenado por sentirse apenado.

—Escúchame, ser modesto no te va a servir aquí. Tienes que aceptar el hecho de que eres un genio.

Pond se acercó a su estación de trabajo para ver la moto en acción.

—Bien hecho —dijo con un guiño antes de ver su reloj—. Okey, eso es todo por hoy. Si no terminaron, les sugiero reunirse con sus compañeros de equipo antes de la próxima clase.

En ese momento Arran deseó que Dash y él no hubieran terminado la tarea tan rápido, para tener un pretexto de verlo más tarde. Pero, ¿tal vez no necesitaba un pretexto? Tal vez Dash sugeriría que pasaran tiempo juntos más adelante, solo para divertirse. Arran sintió mariposas en el estómago e

intentó encontrar una respuesta que no mostrara demasiado entusiasmo.

—Buen trabajo, 223 —dijo Dash después de que Pond despidiera a la clase mientras caminaban hacia la puerta—. Nos vemos luego.

—Ah... —dijo Arran, tratando de ocultar su decepción—. Sí, luego nos vemos.

Se obligó a sonreír, aunque sentía como si alguien lo hubiera apuñalado en el pecho con un picahielos.

Dash dio unos pasos, luego se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Quieres que nos veamos para cenar al rato?

—Sí.

La palabra escapó de su boca antes de que pudiera fingir indiferencia.

—Perfecto —dijo Dash con una sonrisa que le erizó cada centímetro de la piel—. Nos vemos al rato.

Mientras veía a Dash alejarse, Arran exhaló y sonrió.

—*Se ha detectado una elevación en el ritmo cardíaco. Considera...*

Arran cerró los ojos y se rio.

—Descartar.

—¿Qué sucede?

Arran se dio media vuelta y vio que Sula lo miraba con preocupación.

—Nada. Estoy bien. Solo una pequeña falla en mi monitor.

Ella miró de un lado al otro y luego bajó la voz.

—¿Qué no sabes quién es el chico con el que trabajabas?

—Sí. Es Dash, del transbordador. Al parecer es mucho más amable que los otros tridianos, ¿no?

Solo algunos tridianos habían sido abiertamente hostiles con los pobladores, pero ellos tampoco habían sido los más hospitalarios.

Sula frunció el ceño y lo jaló hacia el pasillo, esperando a que pasara un grupo de chicas risueñas antes de hablar otra vez.

—Exacto. Dash *Muscatine*.

—¿A qué quieres llegar con esto?

Sula lo miró incrédula.

—Su padre es Larz *Muscatine*.

—Eso es imposible —dijo Arran rápidamente—. *Muscatine* es un apellido muy común en Tri. Ese señor no puede ser el padre de Dash.

—Créeme, es él. El hombre que quiere revertir la nueva política y cerrar la academia para los pobladores.

Arran sintió que el calor que se había instalado en su estómago se congelaba, esparciendo un terror frío por todo su cuerpo.

—No... Eso no puede ser...

—No me di cuenta cuando estábamos en el transbordador, pero ya he escuchado a mucha gente hablar sobre él, incluso a algunos instructores.

—Pero se ve tan *amable* —dijo Arran débilmente.

Su cerebro se esforzaba por procesar esta información, pero no podía desenmarañar sus

pensamientos.

—Recuerda cómo es su padre. Lo has visto en los comunicados de prensa: nunca alza la voz, nunca deja de sonreír. Parece tan encantador y educado que, por un momento, casi te olvidas de que nos tilda de parásitos y criminales.

Tenía que haber un error. Dash había coqueteado con él, incluso lo había invitado a cenar. ¿Por qué, en el nombre de Antares, haría eso si fuera un maldito racista?

A menos que...

Arran se estremeció al pensar en una idea dolorosa. ¿Y si Dash coqueteó con él para contárselo a sus amigos y reírse de él después? O, lo que era aún peor, ¿para decirle a su padre que los pobladores eran mucho más estúpidos de lo que cualquiera imaginaba?

Se sonrojó y esquivó la mirada de Sula para ocultarle su dolor. No importaba que hubiera obtenido el mayor puntaje en el examen de admisión. No importaba que fuera un oficial de tecnología en la Academia de la Flota Cuatra. Aún era el chico de diecisiete años que nunca había besado a nadie. Aún era el chico que nunca sería el favorito de nadie.

Capítulo 8

CORMAK

Desde que había salido del centro médico el otro día, Cormak había vivido en un estado que fluctuaba entre el terror y la náusea. Era cuestión de tiempo antes de que la academia descubriera su verdadera identidad y fuera tras él. Necesitaba salir de ahí. Pero, ¿cómo? ¿Como polizón en una nave de carga? ¿O incluso a bordo de una nave *robada*? Claro que el castigo por estas ofensas seguramente era más severo que el del allanamiento de la propiedad privada. Pero ya se preocuparía por ello después. En cinco minutos tenía que estar en la primera sesión de práctica de su escuadrón y no quería llegar tarde y llamar más la atención.

En el pasillo se escuchaban los gritos y las pisadas de los cadetes que se apresuraban para alcanzar a sus compañeros de escuadrón. Sin embargo, en cuanto llegaron a un pasillo más oscuro y angosto, todos dejaron de reírse y comenzaron a hablar en voz baja. La única luz provenía de los números que brillaban sobre las puertas de las simulnaves y la multitud se reducía a medida que entraban en cada una de ellas.

Cuando Cormak llegó al número 20, puso su mano sobre el escáner —como observó a los demás hacer— y se abrió la puerta deslizante. La habitación era pequeña, oscura y redonda, parecida a la cabina de una nave de ataque. Había tres sillas posicionadas frente a varios paneles de control y, tras ellas, en el centro del cuarto, un solo asiento: el del capitán.

Sobre los paneles había una ventana envolvente. No, no era una ventana, Cormak descubrió. Sería imposible que un cuarto tan pequeño en medio de la academia tuviera ventanas por todos lados. Era la pantalla de la simulnave, con tan alta definición y dimensiones, que resultaba difícil creer que la vista no fuera del espacio exterior.

Esto es increíble, pensó Cormak con entusiasmo, aunque después lo invadió la ansiedad. Esperaba que la sesión de práctica no fuera muy larga. Entre más pronto terminara, más pronto podría idear un plan de escape. Miró alrededor de la simulnave vacía con una mezcla de confusión e irritación. Era un poco extraño que fuera el primero en llegar. Nunca en su vida había llegado temprano a ningún lado. Pero luego se sorprendió al ver que la punta de una cabeza asomaba por encima de la silla del capitán.

—Disculpa, creo que estás en mi asiento —dijo con falso regodeo.

Entre más natural actuara, mejor.

La silla giró, revelando a una chica de cabello largo y negro, un puñado de pecas en sus altos pómulos... y la mirada más fría que Cormak había visto en su vida.

—Perdón —dijo rápido, elevando sus manos en señal de rendición—. Era solo una broma.

Ella le ofreció una sonrisa tensa.

—Muy chistoso —le dijo en un acento tridiano.

Para Cormak, los tridianos no eran más que una bola de esnobs sin sentido del humor. Y, hasta el momento, no habían hecho mucho por cambiar su opinión. Luego los ojos de Cormak se posaron sobre la insignia de la chica y entonces lo entendió todo. Ella era Vesper, la hija de la almirante, la cadete de la que todos los tridianos hablaban. Al parecer, su madre estaba sumamente enojada por el hecho de que Vesper había conseguido la posición de piloto y no la de capitán.

—Escucha, sé que esto debe resultarte incómodo. Si te hace sentir mejor, la capitania no significa nada para mí —dijo.

No iba a estar mucho tiempo en la academia. Si para esta chica ser capitana significaba tanto, entonces le dejaría su lugar.

Ella lo miró fijamente, como si intentara decidir si era un idiota o simplemente cruel. A Cormak se le pusieron los pelos de punta. Él tenía muchos defectos, pero ser idiota o cruel no era ninguno de ellos. Con esa actitud, ni ganas le quedaban de intercambiar papeles con Vesper. Claramente, ella era otra chica consentida de Tri que estaba acostumbrada a obtener lo que quería. Esto sería bueno para ella.

La puerta se abrió y dos personas ingresaron a la simulnave, un chico larguirucho de cabello chino oscuro y despeinado, y una chica rubia con el cabello severamente restirado.

—¡Bienvenidos al Escuadrón 20! —dijo Cormak con el mayor entusiasmo posible a pesar del nudo que crecía en su estómago. Al ser el capitán, le pareció apropiado tranquilizar a los demás.

—Soy Arran.

El chico bajó la cabeza, luego la levantó y extendió su mano para dársela a Cormak. Tenía un marcado acento chetriano, pensó Cormak.

La chica rubia estaba de pie, extrañamente rígida, y sus ojos se movían entre Cormak y sus dos compañeros de escuadrón. Hubo un silencio prolongado antes de que hablara.

—Soy Orelia.

Cormak la saludó de lejos con la mano.

—Rex —dijo con una sonrisa, esperando que la chica encontrara este saludo menos intimidante que darle la mano.

Ella asintió.

—Orelia —dijo otra vez.

—Sí, creo que eso ya lo entendimos —Vesper aplaudió una sola vez—. Bien. Ahora, a trabajar. Lo primero que...

—¿Qué no vas a presentarte? —preguntó Cormak, disfrutando la mirada de frustración en el rostro de Vesper.

Tenía la esperanza de que todos los tridianos fueran tan fáciles de fastidiar: si pudiera darles un baño de humildad a estos esnobs antes de partir, su peligroso viaje a la academia habría valido la pena.

—Vesper —dijo ella, esforzándose por sonar educada.

—Es un placer conocerte —dijo Cormak extendiendo la mano.

Ella lo ignoró y continuó.

—La primera batalla es la próxima semana y, si no nos va bien, será muy difícil remontar en la tabla de posiciones más adelante. Ahora bien, ¿ya todos conocen las responsabilidades de cada rol?

Cormak se aclaró la garganta.

—Estoy casi seguro de que, por ser el *capitán*, me toca hacer preguntas como ésa.

Una expresión de dolor cruzó su rostro y, por un breve momento, Cormak consideró pedirle perdón. Pero luego ella le sonrió. O lo que hubiera contado como una sonrisa si no la hubiera acompañado con un comentario condescendiente:

—Muy bien, capitán. Adelante.

Arran lo miró expectante. Orelia no hacía contacto visual con nadie, algo que Cormak prefería mucho más que la mirada desconfiada de Vesper, quien parecía temerosa de ver qué ridiculez haría después.

—Bueno —dijo Cormak, haciendo tiempo porque en realidad no tenía nada que decir.

De pronto se atenuaron las luces y los paneles de control empezaron a brillar.

—*Hola, Escuadrón 20* —dijo una voz femenina que Cormak reconoció de su enlace portátil—. *Bienvenidos a su primera sesión de entrenamiento. Por favor, tomen sus asientos.*

Vesper giró sobre sus talones y marchó hacia la silla del piloto. Sin esperar más instrucciones, comenzó a ajustar los controles con movimientos bien coreografiados.

—Ese probablemente es el asiento del oficial de tecnología, ¿verdad?

Arran hizo un gesto para señalar una silla que se encontraba frente a una pantalla que brillaba con un esquema del motor de la nave.

—Bien —dijo Cormak, pensando que tenía un cincuenta por ciento de probabilidad de hacerlo bien.

En completo silencio, Orelia se acomodó en un asiento que se encontraba frente a una gran pantalla de radar, luego puso las manos sobre su regazo, aparentemente a la espera de más instrucciones.

Cormak se acomodó en el asiento del capitán y sonrió a pesar de la ansiedad que le revolvía el estómago. Tenía que admitir que esto se sentía muy bien.

—*Existen tres tipos de misiones* —continuó la voz—. *La primera es exploratoria, donde el objetivo es reunir información sobre un lugar en específico sin alertar al enemigo sobre su presencia. La segunda es de rescate, donde el objetivo es salvar a alguien que ha quedado varado o que ha sido capturado. La tercera es de combate, donde se enfrentarán a un enemigo empeinado en destruir su nave.*

—¿Todos lo entendieron? —preguntó Cormak.

Arran miró a Cormak por encima del hombro y asintió. Orelia asintió sin voltear a ver a nadie. Y, para su deleite, Vesper se giró para lanzarle una mirada feroz.

—Okey, perfecto —dijo él.

—*El día de hoy realizarán una misión exploratoria. Se ha detectado la presencia de un asteroide que podría contener minerales invaluables. Su objetivo es: ubicar el asteroide, aterrizar en la superficie para recolectar muestras de suelo y regresar a su base. Su calificación será determinada con base en su velocidad, aprovechamiento del combustible*

y condición de su nave.

—¿Muestras de suelo? —repitió Cormak—. ¡Yo quería destruir espectros!

Le estaba agarrando el gusto a esto de ser capitán, así que pensó que debería disfrutarlo mientras durara.

De reojo, vio que Orelia se estremeció. ¿Qué les pasaba a estas chicas?

—*Su misión comienza en 5... 4... 3.*

—Okey, chicos, estamos listos —dijo Cormak—. Orelia, ¿qué tan lejos está el aste...?

—A 143,817 mitones de distancia —lo interrumpió.

—Qué eficiente, me gusta. Y Arran, ¿cómo se ve la zona de aterrizaje?

—*Iniciar misión.*

Las estrellas en la pantalla aparecieron con mayor nitidez que antes. Realmente se sentía como si estuvieran en medio del espacio. Era increíble.

Arran sacó un esquema del asteroide.

—Veamos... el asteroide es más bien pequeño, lo que significa que la gravedad baja va a ser todo un reto. Va a ser difícil no rebotar.

—Podemos usar un empuje inverso —dijo Vesper sin voltear—. Eso funcionará.

—De acuerdo. Adelante, piloto —la animó Cormak.

Vesper jaló la palanca del acelerador hacia atrás y la simulnave se tambaleó hacia delante. Arran exclamó sorprendido y Cormak sujetó con fuerza los descansabrazos de su silla. No sabía cuán reales eran estas simulaciones.

—El asteroide se localiza en el borde más lejano del cinturón de asteroides Peel —anunció Orelia, aún con la mirada clavada en la pantalla de radar—. La ruta más segura es darle la vuelta y acercarse desde atrás. Así habrá menos obstáculos.

—Pero gastaremos mucho más combustible —dijo Arran, frunciendo el ceño.

—Tal vez sería prudente optar por la opción más segura, al menos para nuestra primera misión —dijo Cormak mirando el espacio, aún hipnotizado por el paisaje estelar—. ¿Qué piensas, Orelia?

—*Tú eres el capitán.*

La hostilidad de Orelia tomó a Cormak por sorpresa, pero estaba acostumbrado a que la gente le contestara de esta manera, así que decidió enfocarse en cuán respetuosa había sido al dejarle la decisión a él.

—No tomaremos la vía larga —dijo Vesper mientras encendía un interruptor en el tablero con una mano y giraba un mando con la otra—. Es una pérdida de tiempo.

Bueno, ya fue suficiente, pensó Cormak.

—No estoy de acuerdo. En esta ocasión, creo que es mucho mejor irnos por la vía segura.

Toma eso, princesa.

—Por favor, mándale a Arran las coordenadas de tu nueva trayectoria para que pueda calcular cuánto combustible necesitaremos para la ruta más larga.

Por unos minutos, el silencio reinó en la simulnave mientras todos se enfocaban en sus respectivas tareas; Orelia vigilaba el radar, escaneando la zona para evitar obstáculos, Arran monitoreaba los motores de la nave y los sistemas de soporte vital, y Vesper piloteaba.

Arran se aclaró la garganta.

—Vesper, ¿recibiste bien las coordenadas?

—Sí.

—Okey... —dijo Arran un poco ansioso—. Porque al parecer aún estamos tomando la ruta más directa.

—Es correcto.

—Vesper —dijo Cormak, empleando el tono lento y condescendiente que ella había utilizado con él hacía unos minutos.

Antares, esto iba a ser muy divertido.

—¿Qué no te pedí que tomaras la ruta más larga?

—Sí lo hiciste, capitán.

—Entonces, ¿eso quiere decir que estás desobedeciendo mis órdenes?

—La sección 4 de la doctrina de la Flota Cuatra, párrafo B —Vesper recitó— dice que la tripulación tiene la autoridad legal y moral de anular las órdenes de un oficial al mando en circunstancias excepcionales incluyendo incapacidad mental, física y gran incompetencia.

—¿Cuál de esas opciones es mi caso? —preguntó Cormak, tratando de ocultar la diversión que le causaba todo el asunto.

La simulnave tembló violentamente cuando unos pedazos de roca comenzaron a rebotar en las ventanas. *Hielo simulado*, Cormak recordó cuando la nave se volvió a sacudir.

—¡Ahora es demasiado tarde para volver! —Vesper dijo con entusiasmo mientras conducía la nave hábilmente alrededor de los pedazos irregulares de hielo que se precipitaban sobre ellos, algunos incluso de mayor tamaño que la simulnave.

Cormak no tenía mucha experiencia en esta área, pero parecía que viajaban a una velocidad alarmante.

Orelia murmuró algo en voz baja cuando Vesper apenas esquivó un trozo de hielo y luego se desvió en la dirección contraria, sorteando el obstáculo por un pelo.

Entonces apareció la superficie del asteroide, un tramo infinito de picos escarpados y grietas aparentemente peligrosas que crecían a medida que Vesper descendía. *Vamos*, Cormak instó a pesar de sí mismo.

—¿Cuál de esos cráteres es mejor para aterrizar? —preguntó Vesper.

Orelia presionó algunos botones rápidamente y los cráteres en su pantalla se pusieron de distintos colores.

—Ese que es largo y angosto.

—¡Cuidado! —gritó Arran cuando una enorme corriente de gas salió disparada de una de las grietas en la superficie del asteroide.

En un movimiento fluido, Vesper puso la nave en posición horizontal, lo que hizo que a Cormak se le subiera la sangre a la cabeza, y luego regresó a la posición original.

—Bien hecho —dijo Arran con voz ronca.

De alguna manera, Vesper se las arregló para encontrar una planicie entre las crestas de las montañas. Arran desplegó el taladro para recolectar la muestra de tierra y, unos minutos después, regresaban por el terreno minado del cinturón de asteroides a toda velocidad.

—*Misión cumplida* —la voz de antes anunció—. *Calculando su calificación final. Su puntuación es de...*

87.

Vesper se puso de pie con una sonrisa. Para sorpresa de Cormak, no se parecía a la chica tensa y rígida que lo había saludado al llegar. Su rostro lucía radiante y sus ojos oscuros brillaban triunfales. Ella sonrió al ver la calificación en la pantalla, sin percatarse de los mechones sudorosos de cabello que se aferraban a su sonrojado rostro.

—¡Buen trabajo, equipo!

Cormak se inclinó sobre su silla y puso las manos detrás de su cabeza mientras estudiaba a su escuadrón con una sonrisa.

—¿No te alegra que hayamos tomado la ruta corta? —preguntó Vesper.

—Supongo que depende de si nuestro puntaje es bueno. ¿Qué tan bueno es un 87?

Vesper se echó el cabello detrás del hombro.

—Sí, un 87 es *mu*y bueno —respiró profundo como si tratara de controlarse—. Buen trabajo, equipo.

—Nada mal —dijo Arran, claramente satisfecho—. Entonces, ¿ahora qué?

Vesper pareció relajarse.

—Propongo celebrar nuestra victoria dando una vuelta alrededor de la sala común —dijo con una sonrisa—. ¿Quién se apunta?

—Yo estoy más puesto que un calcetín —dijo Arran.

Cormak sabía que era mezquino, pero tenía ganas de ver la cara de esos pendejos de Tri cuando supieran lo bien que lo hicieron.

—Supongo que podría ir un rato —dijo Cormak.

Tenía que aprovechar esta oportunidad de presumir su talento antes de largarse de ahí.

—¿Orelia? —preguntó Cormak.

—Necesito estudiar —dijo con brusquedad.

Salieron hacia el pasillo y caminaron en silencio hacia el pasillo principal que conducía al centro de la academia. Cormak estaba a punto de despedirse y escabullirse cuando Arran inhaló bruscamente. Cormak se dio la vuelta para ver que Arran tenía la mirada clavada en algo escrito sobre la pared, un mensaje que no estaba ahí cuando habían llegado.

Lárguense a casa, bordeadores.

A Cormak lo invadió un sentimiento de ira y odio. Claro que no era la primera vez que escuchaba esa horrible palabra, pero esto era diferente. Esto iba dirigido a él, a sus compañeros de escuadrón y a todos los pobladores. No era un insulto improvisado: era una amenaza.

—¿Quién... quién haría esto? —dijo Arran con la voz carrasposa.

—No lo sé —dijo Vesper, apretando la mandíbula—. Pero no se van a salir con la suya.

Por supuesto que no lo harán, pensó Cormak mientras se imaginaba las caras engréidas de los chicos que le habían jugado esa broma cruel en la sala de gravedad cero. Si no hicieron esto, entonces otros pendejos eran responsables. Los tridianos no podían seguir saliéndose con la suya. Cormak quizás estaba a unos días de ser arrestado por traición, pero eso no significaba que no pudiera pelear hasta el final.

Capítulo 9

ORELIA

En los pasillos de la academia se escuchaban las conversaciones nerviosas de los cadetes mientras Orelia regresaba a su cuarto. Al parecer, la noticia sobre el grafiti se había esparcido como fuego. El acto cobarde de vandalismo confirmó todo lo que Orelia había escuchado y sospechado sobre los cuatranos. Sus tutores no le habían enseñado mucha jerga cuatrana, así que no estaba completamente segura de lo que significaba la palabra “bordeador”, pero, a juzgar por las expresiones de Arran y Rex, claramente era un insulto. Si así era como los cuatranos se trataban entre sí, no era casualidad que sus líderes no tuvieran ningún reparo en aniquilar a una población extranjera en un planeta lejano.

Cuando Orelia había salido del pasillo que llevaba a las simulnaves, un pequeño grupo se había reunido para mirar el mensaje con estupefacción, a pesar de que los instructores se esforzaban por mantener a todos circulando.

—La administración está investigando esta infracción —uno de los instructores le había dicho a un trío de lusianos ansiosos—. Quienquiera que sea el responsable se enfrentará a una acción disciplinaria.

Esto no había parecido convencer a los lusianos y tampoco a Orelia. La Flota Cuatra le mentía a la población sobre sus ataques secretos en Silván, era difícil imaginar que alguien se exaltara por ver un mensaje ofensivo garabateado en la pared de la academia.

—Has salido de la simulnave más pronto de lo esperado. Considera utilizar este tiempo extra para realizar acondicionamiento físico. Para obtener direcciones hacia el gimnasio, di direcciones.

—Descartar —dijo Orelia un poco molesta.

Pasó los últimos tres años entrenando doce horas al día para esta misión. Probablemente estaba en mejor forma que cualquiera en la academia. Pero eso no le ayudaría en la siguiente fase de su plan: tenía que encontrar otra manera de capturar y transmitir las coordenadas de la escuela. Cuando el transbordador despegó en Lus, las ventanas se habían oscurecido por cuestiones de seguridad. Sin embargo, las ventanas de la academia eran transparentes y, si Orelia lograba recolectar suficiente información sobre la posición de las estrellas, entonces podría utilizarla para triangular su ubicación. Después ya solo tendría que encontrar la manera de transmitir esa información a Silván. Era un plan mucho más complicado que el original, pero encontraría la manera de realizarlo. Ya había recibido

dos mensajes de su oficial al mando pidiéndole un reporte sobre sus avances. Orelia esperaba que el comandante Greet le diera el beneficio de la duda y se percatara de que la tecnología que le habían dado no había funcionado.

Orelia presionó la palma de su mano sobre el escáner que se encontraba fuera de su habitación y la puerta deslizante se abrió. Para su sorpresa, Zuzu se encontraba en la sala de estar.

—Ah, hola —dijo, sonriéndole a Orelia por encima del hombro—. ¿Te importa si cuelgo esto aquí?

Zuzu se paró de puntitas para colgar un tapiz de seda color púrpura en la pared.

—No —dijo Orelia sin detenerse.

—Ah, muy bien. Este cuarto necesita un poco de vida. Y no creo que a los chicos les importe. De todos modos, Karrl pasa casi todo su tiempo libre con sus amigos tridianos.

A los cadetes se les asignaban cuartos en grupos de cuatro, con una sala de estar compartida y un baño comunal. Además de Zuzu estaba Karrl, un chico de Tri a quien solo había visto dos veces, y un chico de Deva llamado Quint que pasaba casi todo su tiempo con dos devanos que vivían al final del pasillo.

Zuzu terminó de ajustar el tapiz de la pared y luego volteó para sonreírle a Orelia.

—¿De qué parte de Lus me dijiste que eras? —preguntó Zuzu.

Hazlo tal y como lo practicaste.

—Soy de las afueras de Usgard, en el cuadrante noroeste.

El rostro de Zuzu se iluminó.

—¿De verdad? Ahí viven mis primos. ¿En qué sector vives?

—Cuarenta y dos —dijo Orelia y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

¿Por qué no creó una identidad falsa del planeta Chetire? Los chetrianos parecían hacer menos preguntas.

—Es muy bonito allí. ¿Tienes fotos? Me encanta ver a la gente con sus familias.

—No —dijo bruscamente.

Orelia nunca había tenido amigos o familiares con quienes tomarse fotos. Sus padres habían muerto en el primer ataque cuatrano cuando tenía cinco años y luego la habían enviado a un orfanatorio estatal donde hizo pocos amigos. Cuando los directores se dieron cuenta de que tenía un don para las matemáticas y los idiomas, la enviaron a una base militar para entrenarla como agente especial. Había otros como ella, pero los mantenían aislados para que no intimaran mucho. Era duro haber crecido así, pero Orelia entendía la lógica. El hecho de no tener a nadie que le importara facilitaba la tarea de renunciar a todo ... especialmente cuando no había ninguna garantía de que regresara.

—No importa —dijo Zuzu tentativamente—. Podemos tomar fotos la próxima semana. ¿Ya sabes qué te vas a poner?

Esto es ridículo, pensó Orelia. Tenía que concentrarse en su misión; no podía perder el tiempo platicando de cosas frívolas con Zuzu. Una parte de Orelia deseaba ignorar la pregunta e irse directamente a su cuarto, pero no quería levantar ninguna sospecha. Tenía que mezclarse y eso significaba aparentar ser amable.

—¿Qué ponerme para qué?

Zuzu se emocionó.

—¡El baile formal de primer año! ¿No has oído hablar sobre él? Por lo general, se organiza hacia el final del año escolar, pero al parecer la academia estaba preocupada por nuestra “convivencia”, entonces lo organizaron antes.

—¿Un baile formal? O sea, ¿es como una fiesta? —preguntó Orelia.

Entonces recordó las palabras escritas en la pared de la sala común: “Lárguense a casa, bordeadores”; presentía que la academia iba a necesitar más que una fiesta para hacer que todos se llevaran bien.

—¡Sí! ¿Quieres que te preste algo de ropa? Yo traje de sobra, considerando cuánto tiempo pasamos en uniforme. ¡Ven a ver!

—No es necesario. La verdad no soy muy *fiesterera* —dijo Orelia, percatándose de que nunca en su vida, en ningún idioma, había pronunciado esa palabra... hasta ahora.

—Solo echa un vistazo y luego decides.

Zuzu tomó a Orelia del brazo y la jaló hacia su habitación.

El minúsculo cuarto de Zuzu era del mismo tamaño que el de Orelia, pero tenía por lo menos cuatro veces más objetos. Cada superficie estaba cubierta de ropa, productos de cuidado personal y varias baratijas.

—Mira —dijo Zuzu, hurgando entre una de las montañas de ropa en su silla—. Tengo un vestido verde que resaltaré tus ojos.

—¿Que resaltaré mis ojos? —repitió Orelia con escepticismo.

Trató de imaginarse una prenda que viniera equipada con un dispositivo de aumento o alguna otra herramienta para mejorar la visión.

—Totalmente. ¡Mira!

Zuzu extrajo algo que se encontraba al final de la montaña de ropa, la cual colapsó rápidamente y se desparramó de la silla al piso. Le mostró la prenda a Orelia para que la admirara.

—Tienes que probártelo.

Resignada, Orelia aceptó el vestido verde de Zuzu y luego fue a su cuarto a cambiarse. La falda era tan entallada que Orelia se vio forzada a dar pasos más cortos, lo cual le parecía una tontería. Se suponía que la ropa debía *mejorar* tu cuerpo, protegerte de una lluvia de hielo, magma líquido o bacterias carnívoras. ¿Cuál era el punto de usar algo que dificultaba caminar?

Volvió a la habitación de Zuzu, esperando que su compañera de cuarto opinara lo mismo que ella. Pero en cuanto Orelia entró, Zuzu aplaudió y gritó:

—¡Es perfecto! Te ves *increíble*.

—No estoy segura... —dijo Orelia, tratando de bajarse el dobladillo que le llegaba más arriba de las rodillas.

Orelia se dio media vuelta y miró su reflejo en el angosto espejo que se encontraba detrás de la puerta del clóset de Zuzu. El color esmeralda profundo ciertamente era interesante, aunque Orelia no entendía por qué alguien usaría una prenda que parecía diseñada para llamar la atención. ¿Y si tenías que esconderte de tus enemigos? ¿O de un hambriento jaguar de pico afilado?

—Me queda chico —dijo Orelia, señalando la tela que le abrazaba las caderas.

—¿Estás bromeando? —dijo Zuzu riendo—. Daría lo que fuera por verme como tú en ese

vestido.

Como la mayoría de las humanas que había visto en la academia, Zuzu era mucho más delgada que Orelia, cuyas caderas más redondas y pechos más grandes servían como depósitos de energía para sobrevivir el invierno de su planeta, que duraba cuatrocientos días. El vestido le quedaría mucho más suelto a Zuzu, lo cual parecía ideal para Orelia, por aquello del movimiento.

—*Tienes* que ponértelo para la fiesta —continuó Zuzu.

—Pero... no estoy segura de que vaya a ir.

Había tenido suficientes problemas para mantener un perfil bajo en clase, en donde las reglas eran bastante lógicas y consistentes. Sería insensato asistir a una función social no obligatoria y afrontar un nuevo conjunto de peligros. ¿Y si por accidente hacía o decía algo que revelaba que no se había criado en el Sistema Cuatra?

—Claro que irás. Todos tenemos que ir. No podemos dejar que los chicos de Tri piensen que la escuela aún les pertenece —Zuzu dio un paso hacia atrás e inclinó la cabeza para examinar a Orelia con una sonrisa—. Además, sería una pena que nunca usaras ese vestido. Te ves hermosa.

Orelia se sorprendió al sentir que algo en su interior se suavizaba. Nadie nunca la había llamado hermosa. *Seguramente tiene un motivo ulterior*, pensó. Los cuatranos no eran amables con los extraños.

—¿Sabes qué? Si quieres déjate puesto un rato y ve cómo te sientes. Luego puedes decidir qué hacer.

Orelia asintió y salió del cuarto de Zuzu, desesperada por desterrar los inquietantes pensamientos que albergaba en los confines de su mente. No podía dejar que las buenas acciones de unos cuantos cuatranos la hicieran dudar de su misión. Estaba aquí para salvar a los silvanos de su extinción, sin importar el costo.

Capítulo 10

VESPER

Vesper se alisó la falda antes de entrar al comedor. La cena se había convertido en su comida favorita en la academia: como no era obligatorio usar uniforme, era el único momento en que no tenía que ponerse ropa adornada con su famoso apellido o su decepcionante cargo.

También le encantaba cómo lucía el lugar durante la noche, cuando atenuaban las luces circadianas para simular el atardecer. Hacía trescientos años que habían traído el candelabro desde Tri, una reliquia de una era distinta donde los cadetes entrenaban para someter rebeliones en los planetas externos en vez de prepararse para pelear contra los espectros.

Camino a su mesa habitual, ubicada en medio del salón, mientras esquivaba a los asistentes que iban de un lado al otro con charolas de bocadillos, Vesper miró los retratos que decoraban las paredes. Al principio la severidad de sus expresiones le había causado desconcierto: guardaban un extraño parecido con la expresión que había adoptado el rostro de la almirante Haze cuando Vesper le dijo que la habían nombrado piloto en vez de capitana. Pero, después de las prometedoras sesiones de práctica que su escuadrón tuvo esa semana, los rostros pintados en los cuadros le parecían menos rígidos y más representativos de la seriedad que implicaba ser un cadete en la Academia de la Flota Cuatra, de la tradición de excelencia milenaria.

Vesper estaba convencida de que Arran era una especie de genio matemático. Y aunque cruzó pocas palabras con Orelia, claramente era muy inteligente. La opinión que tenía sobre su capitán, Rex, no mejoró mucho después de conocerlo más a fondo. Pero, aunque era arrogante, no era incompetente, y Vesper confiaba cada vez más en sus posibilidades.

Como siempre, sus viejos amigos le guardaron un lugar. Una pequeña parte de sí misma se sentía culpable por siempre sentarse a la mesa con puros tridianos, pero después de un largo día de clases, estudios, acondicionamiento físico y prácticas con su escuadrón, se sentía demasiado cansada como para hacer el esfuerzo de platicar con gente nueva. Además, dudaba mucho que cualquiera de los pobladores quisiera tener a un tridiano en su mesa. Tras el incidente de vandalismo de la semana anterior, el ambiente estaba mucho más tenso que antes. Tal parecía que los devanos, lusianos y chetrianos veían a cualquier tridiano con recelo, algo que ofendía profundamente a los cadetes de Tri. Sin embargo, en cuanto Vesper sentía que estaba a punto de ceder ante una indignación similar,

recordaba las expresiones en los rostros de sus compañeros de escuadrón al ver el grafiti: la ira glacial de Rex, el silencio estoico de Orelia y la mezcla de dolor y confusión de Arran.

—Ahí estás, Vee —dijo Ward, tocándole el brazo con la mano—. Justo hablábamos sobre lo bien que le ha ido a tu escuadrón durante las prácticas. Seguro estás emocionada por enfrentar la primera batalla real la próxima semana.

De reojo, Vesper alcanzó a ver la sonrisa presumida de Brill, pero optó por ignorarla. A pesar de las buenas calificaciones que obtuvieron durante las prácticas, a Brill le parecía graciosa la alineación del escuadrón de Vesper.

—Sin duda hemos mejorado.

—Perdón por llegar tarde—. Vesper volteó para ver a su amigo Dash ocupar el último asiento disponible.

—Buenas noches, Dash —dijo Frey—. Escuché por ahí que tu escuadrón tuvo algunos problemas en la simulnavé hoy. ¿Cuántas veces explotaron?

—Tú mejor que nadie sabes que no siempre es bueno hacerles caso a los rumores —dijo Dash mientras se estiraba para agarrar un panecillo.

Frey levantó una ceja perfectamente arqueada.

—Casi todos los rumores que existen sobre mí son ciertos.

—Creo que ninguno de ustedes tiene derecho a quejarse frente a la pobre de Vee —dijo Brill—. Aún no puedo creer que tengas que lidiar con un capitán devano. ¿Ha sido horrible?

La pizca de simpatía en su voz contradecía la satisfacción que se percibía en su mirada.

Vesper vaciló por un momento. Aún se sentía decepcionada y frustrada por no haber obtenido la capitania, pero quizás existía la posibilidad de que lograra sobresalir de otra manera, como la brillante piloto que condujo al Escuadrón 20 a la victoria.

—Aún estamos trabajando en ello —dijo.

—Pero, ¿qué pasará cuando tengan que hacer recortes al final del año? —insistió Brill—. ¿Crees que lograrás quedarte en la academia?

Ward la miró ferozmente, luego tomó la mano de Vesper y le dio un apretón.

—Si a su escuadrón le va bien en el torneo, no tendrá ningún problema.

—Estoy segura de que tienes razón —dijo Brill con dulzura—. Al fin y al cabo, tu mamá siempre puede utilizar sus palancas para ayudarte, ¿no, Vee?

—Eso no será necesario —respondió Vesper con frialdad mientras Ward le susurraba que mantuviera la calma.

Iba a demostrarle a su madre que se equivocaba. Iba a demostrarle a *todo el mundo* que se equivocaban.

Vesper bajó las escaleras tan rápido como pudo sin tropezarse con su largo vestido. Sus padres organizaron una de sus famosas cenas esa noche y, por primera vez, tenía permiso de unírseles. Los invitados eran miembros distinguidos de la Flota Cuatra e importantes diplomáticos, así que Vesper quería causar una buena impresión y ser un motivo de orgullo para su madre.

Se enderezó el tirante de su vestido de seda morado y entró a la biblioteca. Aunque el otoño apenas empezaba en Tri, hacía un poco de frío, por lo que uno de los asistentes había encendido la chimenea en la habitación. Las llamas crepitantes llenaban la biblioteca de un brillo cálido que hacía que todo se viera más alegre, incluso las cabezas de animales disecados montadas en las paredes. El gato montés con cuernos, el trofeo más preciado de su padre, parecía tener un brillo especial en sus ojos feroces y oscuros.

Pero la biblioteca estaba vacía. A juzgar por los vasos abandonados por toda la habitación, era evidente que sus padres y sus invitados ya se habían terminado sus tragos.

—Llega tarde, señorita Vesper —dijo una voz detrás de ella—. Ya pasaron al comedor.

—¿Qué? —se dio la vuelta para encontrarse con el asistente—. ¡Mierda! ¿Está enojada?

—Hace ya tiempo que no trato de analizar las emociones de su madre —dijo Baz, desplazándose con destreza por la habitación para recoger los vasos vacíos.

Vesper sonrió. Baz había estado con su familia desde antes de que ella naciera y, después de tantos años de convivencia, era más un confidente que un asistente.

—Debo irme. Deséame suerte, Hart.

—No necesita suerte, señorita Vesper. Si los invitados de sus padres no se impresionan con usted, significa que están defectuosos y requieren de un ajuste.

Vesper respiró profundo, pero, antes de que pudiera exhalar, una voz la llamó desde la puerta:

—Abí estás.

Vesper volteó para encontrarse con su madre, quien se veía sumamente elegante en un vestido de seda negro. A diferencia de otros oficiales de carrera, la almirante Svetlara Haze nunca lucía incómoda con su ropa de civil, portaba su vestido de noche con la misma seguridad con que portaba su uniforme.

Vesper contuvo un suspiro. Claro que su madre había venido a buscarla. La almirante Haze nunca dejaba nada al azar, ya fuera liderar una expedición encubierta en el cinturón de asteroides o asegurarse de que su hija llegara a tiempo a la cena.

—Lo siento. Perdí la noción del tiempo durante mi acondicionamiento físico —dijo Vesper, orgullosa.

Su madre siempre se quejaba de los cadetes que llegaban a la academia sin ninguna preparación ante los rigores físicos de la vida militar. Aunque no haría el trámite de ingreso hasta dentro de tres años, Vesper ya comenzaba su entrenamiento.

Muy a su pesar, el rostro de la almirante Haze no mostró ninguna señal de aprobación.

—¿Eso fue antes o después de que recibieras los resultados de tu examen de cálculo multivariable?

Vesper sintió que el estómago se le desplomaba hacia los zapatos plateados que había estado reservando especialmente para esta noche.

—Solo fue el examen parcial. Aún hay tiempo para mejorar mi calificación antes del examen final.

—No tendrás suficiente tiempo si lo ocupas en la pista de gravedad en vez de estudiar —dejó escapar un suspiro profundo y cruzó los brazos frente al abdomen—. Honestamente, Vesper, esperaba mucho más de ti.

Vesper sintió que las mejillas comenzaban a arderle.

—Te prometo que mejoraré.

—Eso espero.

Sin otra palabra, la almirante Haze giró sobre sus talones y salió por la puerta.

Vesper se apresuró detrás de ella, moviéndose tan rápido como podía en sus zapatos nuevos. Pero, antes de alcanzar a su madre, ella la miró por encima del hombro.

—No creo que esta cena sea una buena idea, ¿o sí? Es evidente que necesitas este tiempo para estudiar.

Vesper sintió el efecto de estas palabras como un golpe y se paró en seco. Había esperado esta cena con ansias desde hacía mucho tiempo. Su madre incluso le había prometido que la dejaría sentarse junto al comandante Stepney, el oficial de más alto rango en la Flota Cuatra.

—Okey —dijo en voz baja.

Pero ya era demasiado tarde. Su madre se había ido.

Baz se deslizó hasta donde ella se encontraba.

—Le llevaré algo de comer a su cuarto.

Vesper asintió.

—No deje que su madre la moleste.

—No estoy molesta, Baz —dijo Vesper, dándose media vuelta mientras hablaba.

Después de trece años de almacenar información de reconocimiento facial, él siempre sabía cuando ella mentía.

—Además, Vesper sacará las calificaciones necesarias para entrar a la flota como capitana —dijo Ward, aún sosteniéndole la mano.

Brill asintió mientras le daba un delicado sorbo a su sopa.

—Absolutamente. Es solo que esto te pone mucha *más* presión con los exámenes y todo lo demás. No es que me preocupe, la verdad. Si alguien puede lograrlo eres tú, Vee.

Frey miró a Vesper con compasión y luego se aclaró la garganta con gran faramalla para cambiar de tema.

—Creo que debemos olvidarnos del torneo un momento y concentrarnos en lo que *realmente* importa —dijo y escaneó el comedor con exagerado espectáculo—. ¿Qué delicia extraplanetaria degustaré mañana en el baile? La respuesta obvia es un chetriano, por supuesto. Con todos esos músculos de minero. Aunque, por otro lado, los chicos de Lus pasan mucho tiempo nadando, lo que crea un efecto maravilloso en sus pantorrillas —su voz se volvió un poco soñadora—. Y su abdomen.

Brill le dio un golpe con el codo.

—Fantasear con los pobladores no está permitido en la mesa, Frey. Además, tengo algo más importante que discutir —miró dramáticamente alrededor del salón y luego bajó la voz—. Pensé que sería divertido animar las cosas un poco cuando comiencen las batallas, así que estoy organizando un pequeño grupo de apuestas.

—¿Es en serio, Brill? ¿Otra vez con lo mismo? —dijo Dash.

El año pasado, en su antigua escuela, Brill había hecho algo similar al organizar apuestas entre los alumnos sobre quiénes serían admitidos a la Academia de la Flota Cuatra. Las cosas se habían puesto tensas y habían arruinado algunas amistades.

—Si no te gusta no tienes que participar —Brill se encogió de hombros—. Creo que esto lo hace más emocionante. Además, ya no puedo echarme para atrás. Más de doce personas han hecho sus apuestas para la primera semana. Claro que voy a ajustar las probabilidades cada semana con base en las posiciones de cada escuadrón y las calificaciones de las sesiones de práctica.

—¿Cómo te da tiempo de hacer todo esto? —preguntó Frey, mirando a Brill con una mezcla de escepticismo y diversión.

—Haré que funcione. Aunque ser capitana es agotador... hay tantas cosas de las cuales estar pendiente. En realidad tienes mucha suerte, Vee, de poder concentrarte solo en pilotear.

Vesper ignoró la indirecta. Ya tendría tiempo de poner a Brill en su lugar cuando se enfrentaran dentro de unas semanas.

Brill extendió su brazo hacia Frey con la palma hacia arriba y una mirada implorante.

—Ahora no —dijo él entre dientes.

—Anda —dijo Brill, moviendo sus dedos—. Nadie está viendo.

Con un suspiro, Frey metió la mano en el bolsillo de su traje, extrajo una minúscula píldora morada y la dejó caer sobre la mano de Brill.

—Gracias —dijo con dulzura, como si le hubiera dado un lápiz en vez de una droga peligrosa e ilegal.

—¿Alguien más? —preguntó Frey con cansancio—. ¿Ward? ¿Vee?

Vesper vaciló. La batalla de su escuadrón se aproximaba: se llevaría a cabo el día después del baile, y sería genial garantizar que estaría en la mejor forma. Se preguntaba si acaso se habían exagerado los riesgos del polvo de Vega. Al fin y al cabo, todos parecían consumirlo desde hacía años. No necesitaba mucho; solo lo suficiente para agudizar su concentración y reflejos en la simulnave. Si conducía a su escuadrón a la victoria, tal vez entonces no importaría que no consiguiera la capitania. Buscaría otra manera de demostrarle a su madre y a todos los demás que estaba en el lugar correcto. Al fin extendió su mano y dejó que Frey colocara la píldora en su palma. Ella asintió y luego guardó la pastilla en su bolsillo. Si seguía volando tan bien como lo había hecho hoy, no habría necesidad de consumir el polvo. Pero tenía sentido conservarlo, por si acaso.

Capítulo 11

ARRAN

Arran se puso de pie y examinó su reflejo en el espejo por última vez. No tenía “traje de noche”; de hecho, casi ninguno de los cadetes de los planetas externos tenía ropa formal. Sin embargo, consideró que estaría bien con su mejor camisa y sus pantalones. Solo esperaba no encontrarse a Dash esa noche. Cuando Arran aceptó la posibilidad de que la invitación a cenar había sido una broma, evitó ir al comedor aquel día y logró no mirar a Dash durante la clase al día siguiente. Por suerte, Dash tampoco había intentado hablar con él, lo que significaba que el hijo de Larz Muscatine estaba en busca de una nueva víctima. O, mejor aún, que había decidido dejar a los pobladores en paz.

Como acordaron, Arran pasó por Sula a su cuarto para que fueran juntos al baile. Ella se veía muy bonita con su falda gris y su blusa blanca, pero, aun así, ambos desentonaban entre los cadetes que caminaban por el pasillo portando trajes oscuros y vestidos coloridos.

—No te preocupes —le dijo Sula a Arran en voz baja—. Te ves tan guapo que nadie se dará cuenta de que no traes traje. De hecho, probablemente crearás una nueva tendencia.

—Estoy seguro de que tienes razón. Mañana, cuando me ponga mi uniforme, la insignia dirá: A. Korbet. Icono de la moda. Escuadrón 20.

Sula se rio.

—Entonces, ¿dónde es esta cosa?

—En el salón de baile.

Sula puso los ojos en blanco.

—Ya, en serio.

—No, ¡es en serio! —dijo Arran riendo—. De verdad hay un salón de baile.

—En el nombre de Antares, ¿por qué construirían un *salón de baile* en una estación espacial?

—Supongo que hace cuatrocientos años se consideró una necesidad.

Durante siglos, la Academia de la Flota Cuatra había sido un lugar muy distinto: una especie de patio de recreo para la élite tridiana. Eso fue durante una época de relativa paz en el Sistema Cuatra, después de que Lus, Chetire y Deva fueran poblados, pero antes de que las rebeliones comenzaran y mucho antes de los primeros ataques de los espectros.

Un asistente custodiaba la entrada. Alguien le ajustó una corbata de moño en la parte de su cuerpo que más se asemejaba a un cuello. Cuando Sula y Arran se acercaron, la máquina habló.

—*El evento de esta noche requiere vestimenta formal, señor* —dijo el asistente con sorpresivo desprecio. Arran casi podía divisar una sonrisa burlona en la cara suave y sin rasgos del robot.

Aunque sabía que era absurdo sentirse menospreciado por un robot, Arran se ruborizó. Luego comenzó a moverse incómodamente de lado a lado, pero después se detuvo, preocupado por desgastar los zapatos que había boleado con tanto cuidado antes de la fiesta.

—Eso no es cierto —dijo Sula, dando un paso hacia delante para pararse junto a Arran—. Se nos dijo explícitamente que la vestimenta formal era recomendable mas no necesaria.

Arran asintió. Al parecer, como eran muy pocos los cadetes de los planetas externos que habían llevado ropa formal a la academia, se habían suavizado las reglas.

—*No se han actualizado mis instrucciones* —dijo el asistente—. *Así que los invito a regresar a sus habitaciones para cambiarse.*

Arran se sintió desanimado; sería muy difícil ponerse un traje que no tenía. En el Sector F, nunca había visto que alguien los usara, con excepción del pomposo alcalde.

Luego apareció junto a ellos una chica despampanante que vestía un traje de exquisita confección. Era Vesper, aunque Arran apenas la reconoció con el pelo suelto.

—Ignórenlo —dijo alegremente—. Alguien olvidó actualizar el nuevo código de vestimenta. No se preocupen.

Sin esperar la respuesta del asistente, Vesper asintió en dirección a Arran, luego entró al salón, saludó a un amigo que se encontraba del otro lado de la habitación y desapareció entre la multitud. Sula y Arran se miraron sin hablar, luego siguieron a Vesper hacia el interior del salón.

El salón era largo y ovalado con poca iluminación. Había un enorme candelabro de vidrio que colgaba de un techo alto y focos en forma de velas que parpadeaban en cada mesa. Los asistentes se deslizaban suavemente de un lado al otro, llevando charolas con bebidas de apariencia exótica. Cerca de tres cuartas partes de los cadetes vestían formal; tanto los cadetes tridianos como los de los planetas externos que fueron lo suficientemente inteligentes o ricos para llevar la ropa correcta consigo. El cuarto restante vestía lo que pudo improvisar.

Tres chicos caminaron frente a ellos, riendo y brindando con sus copas sin derramar una sola gota. Todos se veían perfectamente relajados en los trajes que seguro costaban más que el salario anual de la madre de Arran. Trató de imaginar qué se sentiría estar tan cómodo, saber que pertenecías.

Arran se sentía nervioso en presencia de los tridianos desde que descubrió el vandalismo. ¿Quién lo había hecho? ¿Acaso era la chica altanera que se burló de él cuando chocaron en el pasillo? ¿Uno de los chicos que se rio de él en la pista ese día? O, peor aún, ¿uno de los tridianos amigables? ¿El tipo de personas que solo dice cosas malas a puertas cerradas? Se le hizo un nudo en el estómago a medida que una nueva teoría tomó forma. ¿Podría haber sido *Dash*? Aunque era poco probable, sí parecía el tipo de cosa que haría el hijo de Larz Muscatine.

—Tal vez esto fue un error —dijo Sula, mirando a una chica que portaba un vestido de reluciente color morado y plumas verdes.

—Es absurdo —dijo Arran, tratando de sonar alegre y relajado—. Esta también es nuestra escuela. No podemos dejarnos intimidar. Anda —dijo, jalando su manga—, vamos por algo de tomar.

—Okey —Sula dejó escapar un largo suspiro y forzó una sonrisa—. Solo *prométeme* que no me

abandonarás.

—Te lo prometo. Aunque no planeo quedarme mucho tiempo. Mañana tenemos nuestra primera batalla.

—Lo sé —Sula sonrió amable—. No paraste de hablar sobre eso en la comida.

—Perdón —dijo Arran sonrojándose—. Es que estoy emocionado.

Las últimas sesiones de entrenamiento de su escuadrón salieron muy bien y tenía ganas de ver cómo trabajaban juntos bajo presión.

—¿Ves a alguno de los otros chetrianos por ahí? —preguntó Sula.

Arran estudió la habitación.

—No —dijo—. ¿Crees que se hayan echado para atrás?

Una voz sobresalió entre el estruendo.

—¡Sula! —una chica de piel café oscura con un vestido rosa pálido se acercó a ellos—. Qué bueno que llegas. A Weezie se le ocurrió una *gran* idea para nuestra nueva formación de ataque. Tienes que acompañarme.

La chica le sonrió a Arran.

—Disculpa, pero este es un asunto ultrasecreto de nuestro escuadrón, ¿entiendes?

—¿Te importa? —dijo Sula, mirando entre Arran y su compañera de escuadrón—. Sé que te hice prometer que no me abandonarías.

Arran miró alrededor del salón otra vez para ver si encontraba al menos una cara conocida, pero no tuvo suerte. Aunque tampoco quería que Sula se preocupara.

—Está bien, en serio —dijo Arran, tratando de ocultar la ansiedad en su voz.

Por amor a Antares, si se preparaba para pelear contra los espectros, con seguridad podía manejar unos minutos solo en una fiesta.

Sula lo miró agradecida.

—Okey, gracias. Regreso en un momento.

—Diviértete.

Se esforzó por no dejar de sonreír hasta que ella desapareció.

Arran hizo como que revisaba un mensaje en su enlace portátil. Era demasiado incómodo quedarse parado en la entrada, viendo el lugar a la espera de una señal de bienvenida que nunca se materializaría, pero caminar sin rumbo podía ser aún peor.

Quizá podía fingir que había ido al baño, pero no sabía dónde estaba. Un asistente pasó deslizándose frente a él con una charola llena de bebidas.

—Disculpa —dijo Arran —¿dónde está el...?

Pero el asistente pasó de largo sin siquiera mirarlo.

—Ten, apuesto a que necesitas uno de éstos.

Arran volteó y vio a Vesper parada junto a él otra vez, con dos copas llenas de un líquido rosa pálido. Cada una tenía un pedazo de fruta roja que Arran no reconocía y un racimo de hojas verde oscuro.

—Gracias —dijo Arran.

Tomó una de las bebidas con sumo cuidado para no derramar ni una gota.

—Salud.

Vesper chocó su copa contra la de Arran y luego tomó un trago. Arran hizo lo mismo y fue gratamente sorprendido por el torrente de dulzura que inundó sus papilas gustativas. No tenían nada parecido en Chetire. Luego tomó un trago más grande.

—Está rico, ¿no? Pero no te acostumbres. Solo sirven jugo de perlamora en ocasiones especiales —Vesper miró por encima de su hombro y luego bajó la voz—. Mi amigo Frey le agregó un poco de licor de nitro a nuestras bebidas, así que no te la tomes muy rápido.

Arran miró el vaso otra vez, un poco asustado. Nunca había bebido alcohol.

—No te preocupes —dijo Vesper con una sonrisa—. No tiene mucho alcohol. Aunque puedes echarle más si quieres.

Hizo una pausa.

—Todos mis amigos están allá. Ven a convivir con nosotros un rato.

Arran vaciló. Apreciaba el gesto, pero podía escuchar la incertidumbre en la voz de Vesper.

—Gracias, pero estoy bien —dijo Arran, tratando de sonar más seguro y alegre de lo que realmente se sentía.

—Lo digo en serio —Vesper sonrió y lo jaló de la manga—. Es absurdo que ninguno de nosotros pasemos tiempo con gente de otros planetas. Necesitamos cambiar las cosas.

—Tienes razón —Arran asintió—. Esta es una misión diplomática seria. Okey, después de usted, embajadora Haze.

La excusa de unirse a Vesper y a sus amigos un rato le cayó de maravilla, por lo menos hasta que volviera a encontrar a Sula. En el transcurso de la semana, se había dado cuenta de que Vesper le caía mejor cada día. Ella era intensa y directa, pero, a diferencia de otros tridianos, a Vesper no le sorprendía que sus compañeros de escuadrón —los pobladores— tuvieran talentos y habilidades. Tan solo esperaba que Rex y ella no tuvieran ningún enfrentamiento mañana. A veces, esa tensión entre ellos los hacía esforzarse y desempeñarse mejor, pero casi siempre los hacía perder la concentración.

Arran respiró hondo y siguió a Vesper, quien se dirigía hacia un grupo de tridianos que portaban trajes y vestidos de noche. *Todo está bien*, se dijo a sí mismo. *Solo mantén la calma y no te dejes intimidar*.

Estudió al grupo y el corazón se le estrelló contra el pecho.

Dash era uno de ellos.

Vestía un traje oscuro que se ajustaba más que su uniforme a su cuerpo alto y delgado; la ceñida chaqueta resaltaba su abdomen plano y los pantalones negros hacían que sus piernas torneadas se vieran más largas que de costumbre. Aún no veía a Arran y estaba enfrascado en una conversación con un sonriente chico tridiano de hombros anchos a quien reconoció como Ward, el novio de Vesper.

La pena y los nervios hicieron que se le retorciera el estómago, y sintió que la boca se le secaba mientras buscaba una estrategia para enfrentar la situación. ¿Debía saludarlo o ignorarlo por completo?

Cuando llegaron a donde estaba el grupo, Vesper señaló a Arran.

—Chicos, él es Arran, de mi escuadrón. Arran, ellos son Ward, Brill, Dash y Frey.

Todos asintieron o saludaron de lejos con la mano excepto Dash, quien miró a Arran con una expresión que no podía identificar del todo. No era enojo o desprecio, sino algo muy parecido al *dolor*. Arran sintió una punzada de culpa. ¿Y si la invitación de Dash no había sido una broma? ¿Y si esa

noche había ido a la cena en busca de Arran?

Sin decir una palabra, Dash se volteó para reanudar su conversación con Ward, sonriendo con esa irónica satisfacción que era tan natural en los tridianos. Por supuesto que había sido una broma. Había sido un tonto al pensar lo contrario.

—Frey es el que puede mejorar tu trago, si quieres —dijo Vesper, señalando a un chico guapo de piel suave y oscura, pómulos altos y cejas arqueadas.

—Estoy bien, gracias —dijo Arran, deseando saber cómo sonar tan seguro y despreocupado como ellos.

Una chica rubia que vestía un impecable vestido blanco, y a quien Vesper presentó como Brill, inclinó la cabeza para observarlo con curiosidad.

—Pensé que toda la gente de Chetire bebía.

Arran la miró fijamente un momento, sin saber cómo responder.

—Algunos lo hacen, algunos no. Me imagino que igual que en Tri.

Vesper le lanzó una mirada de advertencia, pero Brill la ignoró.

—Pero, ¿qué no se habla mucho de que la gente en Chetire bebe hasta morir? Digo, lo entiendo. El clima es frío y no hay mucho que hacer. Si yo viviera ahí, seguro me la pasaría borracha todo el tiempo.

—Ya párale, Brill —dijo Vesper y luego miró a Arran para disculparse por las acciones de su amiga.

Mientras tanto, Frey negó con la cabeza y dijo entre risas:

—Brill, no podemos llevarte a ningún lado.

Un asistente se deslizó hasta el grupo con una charola de fruta que Arran no reconocía. En Chetire no se podían cosechar frutas y verduras fuera de invernaderos climatizados, por lo que eran productos demasiado caros para la mayoría.

Los demás tomaron un poco de fruta, por lo que Arran hizo lo mismo y se pasó los siguientes minutos masticando algo agrio y espinoso mientras escuchaba a los tridianos chismear sobre gente que no conocía, especulando sobre cómo les iría en el torneo y quién llamaría la atención del comandante Stepney. Un par de veces, Vesper se detuvo para explicarle a Arran de quién hablaban, pero, después de un rato, se clavó demasiado en la conversación y dejó de hacer pausas.

Arran se esforzó por verse relajado e interesado, pero solo podía pensar en que le gruñía el estómago. Estaba muy nervioso por la batalla de mañana, por lo que cenó poco esa noche, así que cuando otro asistente se acercó con más refrigerios, Arran se sintió aliviado al ver algo que reconocía: una especie de panecillo. Tomó uno y le dio una buena mordida.

Un líquido agrio de color negro salió disparado, salpicándole la cara y los ojos, que comenzaron a arderle. Frente a él se escuchó el grito de Brill. Frey inhaló sorprendido, mientras que Vesper y Ward se aguantaron la risa. El corazón de Arran latía con fuerza mientras intentaba limpiarse la cara con su servilleta, pero eso solo empeoró las cosas. De pronto, todo se hizo borroso.

—¿Acaso eres idiota? —dijo Brill enojada.

Arran parpadeó. Por fin volvió a ver el salón, pero sintió un nudo en el estómago cuando notó que Brill, su cabello y su vestido blanco estaban salpicados de color negro.

—Lo siento mucho —dijo Arran, forzando las palabras de su garganta tensa.

—Al parecer en Chetire no tienen octópodos —Frey sonrió tenso—. El cuerpo está lleno de tinta, por eso solo nos comemos las patas.

Señaló su propio plato. El objeto café redondo que Arran confundió con un panecillo estaba de cabeza, revelando ocho patas largas y delgadas que no había visto.

—No pasa *nada* —dijo Vesper mientras le daba su servilleta a Brill.

Brill le ahuyentó la mano.

—Eso no va a servir de nada —refunfuñó.

—Lo siento —dijo Arran otra vez y luego miró a Dash, quien lo veía con otra expresión inescrutable—. ¿Te puedo traer algo? ¿Agua?

Brill lo fulminó con la mirada sin decir una sola palabra.

—Creo que debo ir a limpiarme. Lo siento mucho.

Se dio la vuelta y se alejó a toda prisa, reconfortado por el hecho de que la sangre que le zumbaba en los oídos le impedía escuchar lo que los tridianos decían de él.

Esta vez, el asistente de la entrada no dijo nada cuando lo vio pasar. Arran notó con alivio que el pasillo estaba desierto. No quería ver a nadie en ese momento.

Se recargó sobre la elegante pared de metal, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Fue un tonto al pensar que tendría una oportunidad aquí. Obtener una buena calificación en un examen de matemáticas no tenía nada que ver con lo que realmente sucedía en la academia. Era un error pensar que podían reclutar a unos cuantos chetrianos que salieron bien en un examen, depositarlos en un lugar en el que no eran bienvenidos desde hacía quinientos años y esperar que tuvieran éxito.

—¿Estás bien?

Arran abrió los ojos y vio a Dash, quien lo miraba preocupado.

—Sí, estoy bien —dijo, esquivando la mirada de Dash para que no viera la pena en su rostro.

—¿Quieres irte a limpiar y luego regresar a la fiesta un ratito? —Dash preguntó tentativo.

—Estoy bastante cansado. Creo que mejor me iré a descansar.

—¿Estás seguro de que estás bien? ¿Quieres que te acompañe a tu cuarto?

Dash miraba a Arran con una mezcla de amabilidad y compasión, algo que solo podría fingir un experto manipulador. Claro que Larz Muscatine era famoso justamente por eso.

—No, gracias. Estoy bien.

Una expresión de dolor atravesó el rostro de Dash.

—Perdón, pero, ¿acaso hice algo mal? Yo pensé... —hizo una pausa para respirar—. La otra noche te estuve buscando.

Una parte de Arran quería creerle desesperadamente, pero la otra aún se recuperaba de las risas de los tridianos. No podía permitirse quedar como un idiota otra vez.

—Si necesitas que alguien compruebe la teoría de tu padre sobre que los pobladores son incivilizados, te sugiero que sigas buscando.

Dash se estremeció y cerró los ojos, como si Arran lo hubiera golpeado.

—Tú no sabes nada sobre eso —le dijo suavemente.

—En Chetire también vemos las noticias —dijo Arran, incapaz de mantener el veneno fuera de su voz—. Tu padre dijo que los pobladores suponían una mayor amenaza para la seguridad que los

espectros.

Dash negó con la cabeza.

—No, me refiero a que no sabes nada sobre la relación que tengo con mi padre.

Arran podía ver el dolor en el rostro de Dash, pero esto no fue suficiente para evitar que se le escaparan algunas palabras amargas.

—Ah, ¿entonces qué? ¿Estás de acuerdo o en desacuerdo? ¿Tienen una regla sobre no hablar de política durante la cena?

—Te juro que no me parezco nada a él. Casi no lo veo.

La voz de Dash falseó un poco y, de pronto, la sospecha y el enojo que se habían acumulado en el pecho de Arran comenzaron a evaporarse.

—Lo siento —dijo Arran, y suspiró profundo—. Debí haberte preguntado en lugar de crear toda una historia en mi cabeza.

Para su alivio, Dash sonrió y Arran sintió un ligero cosquilleo en el estómago.

—No sé. La verdad es que me gusta la idea de que pienses en mí. Solo quiero asegurarme de que sean cosas en su mayoría buenas —Dash tomó a Arran de la mano, enviando una descarga eléctrica a través de todo su cuerpo—. Ahora vamos para que te limpies y luego regresamos a la fiesta.

Por un momento, Arran solo pudo enfocarse en la sensación de la mano de Dash sobre la suya, una presión cálida que borraba todos sus pensamientos. Pero cuando Dash comenzó a conducirlo hacia la fiesta, Arran vaciló.

—¿No te da pena que te vean conmigo después de lo que pasó? Tus amigos deben pensar que soy un idiota.

Dash emitió un sonido que era un híbrido de risa y resoplido.

—¿Pena? ¡Eso fue fantástico! Brill ha estado insoportable últimamente y recibió su merecido. Ahora, vamos. Estoy seguro de que cualquiera que haya sacado 233 en ese examen puede lidiar a un par de esnobs de Tri.

Arran sonrió.

—Saqué 223.

—Lo sé, pero he decidido darte diez puntos más.

—¿Por qué?

Dash levantó una ceja y luego sonrió, revelando los hoyuelos que derretían a Arran.

—Por no darte cuenta de lo adorable que eres. Es realmente encantador.

—*Adorable* —repitió Arran a medida que su pecho se inundaba de calor—. No estoy seguro de que un respetable cadete de la Flota Cuatra deba apuntar a ese objetivo.

—Bueno, pues qué suerte que no seas piloto, porque tu puntería es terrible. Distes justo en el blanco de lo adorable y no hay vuelta atrás.

Dash se acercó para darle un breve apretón en la mano.

—Ahora vamos. Tengo un deseo perverso de ver cómo te enfrentas al postre.

Capítulo 12

CORMAK

Esta fiesta no era nada parecida a las que Cormak había asistido; no había gente desmayada en un sillón, no se había armado ninguna pelea entre borrachos y no había una montaña de máscaras de gas junto a la puerta. Sin duda, podía ver el encanto en todo ello. Había noches en las que no se antojaba golpear a un individuo malhumorado en la cara y luego salir a la calle para enfrentarse al aire tóxico al volver a casa.

La fiesta se organizó en un enorme salón con paneles de madera, cuya construcción en una estación espacial seguro había costado una fortuna. Era absurdo en lo que esta gente gastaba su dinero, tan solo el candelabro sería suficiente para costear un año de agua potable en la Torre B. Sin embargo, no podía negar que tenía cierto encanto. Una luz tenue inundaba la habitación y llenaba todo de brillo, desde las copas adornadas en la mesa de bebidas hasta los rostros de los cadetes.

Todo parecía tan elegante y pacífico que resultaba casi imposible creer que, en cualquier momento, los guardias de la Flota Cuatra podrían irrumpir en el salón para aprehenderlo y llevárselo lejos. Apenas había podido conciliar el sueño en los últimos días y un día antes había despertado en tal estado de pánico que incluso bajó a escondidas al puerto de lanzamiento para ver si lograba colarse en una de las naves de carga que transportaban suministros desde Tri. Por desgracia, una de las guardias lo detuvo casi de inmediato y le aclaró que solo aceptaría la excusa de su supuesta “desorientación” una vez.

—¿Qué sucede?

Esto lo hizo sobresaltarse y le aceleró el corazón.

—¡Perdón! No era mi intención asustarte.

Cormak volteó para encontrarse con una chica bonita de piel morena oscura y grandes ojos que lo miraba con preocupación. Por su postura relajada y su vestido largo y elegante, era evidente que era de Tri.

Él respiró hondo y trató de recuperar la compostura.

—No, lo siento. Estaba... pensando en otra cosa.

Ella sonrió.

—Sí, me di cuenta. Supongo que esta fiesta te resulta un poco rara.

—¿Qué parte? ¿Esto?

Cormak miró con desconcierto el contenido de su copa, que estaba llena de un extraño líquido rosa y hojas de apariencia inusual.

—Sí, en Deva, no hacemos que el *agua* se arregle para ir a las fiestas.

—No es agua, es jugo de perlamora. Y si quieres... —ella miró alrededor del salón con un brillo travieso en los ojos— ...puedo conseguirte un poco de licor de nitro para darle más sabor.

Cormak levantó una ceja.

—Esto *sí* que es extraño. En el lugar del que vengo, las chicas bonitas no aparecen de la nada y ofrecen emborracharte.

Ella rio, pero antes de que pudiera responderle, otra chica apareció al lado de Cormak.

—Buen intento, Lu —dijo Vesper, levantando una ceja mientras evaluaba a la otra chica—. Pero emborrachar a mi capitán no garantizará tu victoria mañana.

—¿*Eso* era lo que hacías? —preguntó Cormak con una sonrisa socarrona—. Muy astuta.

La chica llamada Lu le sonrió avergonzada.

—Voy a estar de aquel lado, por si cambias de opinión —dijo, señalando con la cabeza hacia un grupo de chicas risueñas que estaban cerca.

Cuando se fue, Cormak se dirigió a Vesper.

—Me gustó que me llamaras tu capitán. Eso demuestra cuánto has crecido, Vesper. Estoy orgulloso de ti.

Cormak esperaba la mirada fulminante de Vesper, pero, en vez de eso, ella esbozó una sonrisa que mostraba más diversión que molestia. La cosa iba mejorando.

—Espero que pienses irte a dormir pronto. Mañana es un gran día y todos debemos estar al cien.

—Mientras me hagas caso, le partiremos el trasero al Escuadrón 4.

Un asistente se deslizó hacia ellos con una charola de dulces en espiral de distintos colores.

—Gracias —dijo Vesper, después de tomar un caramelo de color azul.

Cormak dejó que su mano se pasara por encima de la selección de dulces unos diez segundos y luego tomó cinco de distintos colores. Mordió un dulce que resultó ser chocolate de lavanda y su enlace portátil emitió un pitido.

—*Se han detectado altos niveles de azúcar en la sangre. Para mayor información sobre una nutrición óptima, di nutrición.*

—Descartar —dijo Cormak en voz baja antes de comerse otro bocado.

Si algo tenía que reconocerles a los tridianos es que, aunque estaban monumentalmente desconectados de la realidad, sabían cómo hacer postres.

—*Los escaneos más recientes detectan un poco de fatiga. Se recomiendan 8.25 horas de sueño para tener un desempeño óptimo con base en sus actividades para mañana.*

—Descartar —dijo Cormak otra vez.

Vesper lo miró con curiosidad mientras se sentaba en una de las endeble sillas de madera que rodeaban las pequeñas mesas distribuidas alrededor del salón.

—No creo que entiendas cuán importantes son estas batallas.

Él se sentó en la silla junto a ella. Era mucho más incómoda de lo que se veía.

—Creo que lo entiendo bastante. Es lo único de lo que hablan aquí.

Cuando se enteraron de los excelentes resultados que había tenido su escuadrón durante las sesiones de práctica, completos desconocidos comenzaron a asediarlo y bombardearlo con preguntas sobre sus técnicas de entrenamiento.

—Es casi lo único en lo que he pensado durante toda mi vida. Lo único que he hecho. Todos los tutores y el entrenamiento que he recibido han sido de cara a este momento —Vesper bajaba su voz cada vez más y hablaba sin mirarlo—. Todos siempre me han visto como la hija mediocre de la almirante, como alguien de segunda clase. Pensé que si lograba entrar a la academia y ganar el torneo... como capitana... podía hacerlos cambiar de opinión.

En ese momento, Cormak borró los comentarios mordaces que almacenaba en su cabeza. Sí, ella era una chica rica y consentida de Tri que, de cierta manera, había tenido una vida fácil. Pero él sabía lo que era que la gente dudara de ti, que te convenciera de que nunca llegarías a ser nada.

—Me imagino que ser la hija de la almirante debe generarte mucha presión —dijo con cuidado.

—A veces —dijo y volteó a verlo con mirada inquisitiva, como si dudara de si la conducía directo a una trampa—. Pero no solo quería ser capitana para complacer a mi madre, también lo quería para mí misma. Los capitanes de escuadrón tienen mayor probabilidad de quedarse en la academia para el segundo año y entrar a la flota como oficiales. Puedes marcar la diferencia desde el principio, ser alguien de *importancia*.

Su expresión era la misma que le había visto en la simulnave, pero, esta vez, había un indicio de algo más: anhelo.

Cormak asintió. Él entendía el miedo a perder un futuro que imaginabas para ti mismo. Por primera vez en años, soñaba con una vida lejos de la desesperanza que cubría a Deva más que su aire tóxico. Pero ese sueño rápidamente se convertía en un callejón sin salida.

—Lo entiendo —dijo despacio—. Esto también es importante para mí. No voy a defraudar a nadie.

—Me alegra escucharlo —dijo Vesper, apretando los labios para contener una sonrisa.

—¡Aquí estás! —dijo un chico de cabello café claro al acercarse a ellos.

Vestía un traje que incluso Cormak notaba era caro, aunque lo portaba con naturalidad.

—Ward —dijo Vesper al levantarse—. ¿Qué haces? Pensé que habías dicho que te ibas a acostar.

Ignorando la pregunta, Ward dio un paso al frente y extendió su brazo.

—Ward Shipley. Encantado de conocerte.

Cormak también se puso de pie.

—Rex Phobos.

Tras una semana de pronunciar el nombre de su hermano, cada vez le resultaba más fácil.

—Ah, el capitán. Todos tienen *mucha* curiosidad de ver cómo les va mañana. Brill ha calculado que la probabilidad de que ganen es de cinco a uno.

—¿De verdad? —Vesper se alegró—. Apuesto que la próxima semana será de diez a uno.

Ward sonrió y jaló a Vesper hacia él.

—Mírala —dijo cariñoso, acariciándole el brazo—. Es tan competitiva, me encanta. Aunque debo admitir que no me gusta toda esta plática sobre apostar, abarata el torneo.

Le sonrió a Cormak como esperando que le diera la razón, pero él tenía la cabeza en otra parte.

5 a 1, pensó Cormak. Sus labios dibujaron una sonrisa a medida que comenzó a esbozar un plan.

Sin duda, era una locura de plan, pero un plan así lo había metido en este embrollo e iba a necesitar uno más descabellado para salir de él.

—Me voy a dormir —dijo Cormak de repente—. Mucho gusto, Warp.

—Se llama Ward —lo corrigió Vesper.

—Ah, sí, claro. Nos vemos mañana.

Salió a toda prisa, ignorando sus expresiones de desconcierto.

El pasillo estaba casi desierto, aunque encontró a una pareja besándose afuera de la sala común y a una chica que tarareaba para sí misma, tambaleándose un poco mientras caminaba descalza sosteniendo sus zapatos.

Cormak escaneó la palma de su mano para entrar en su suite, saludó a Basil, su compañero de cuarto, quien se encontraba desplomado en el sillón, y caminó directo a su habitación. Era más o menos del mismo tamaño que su cuarto en la Torre B, pero esa era la única similitud. Aunque le costaba admitirlo, la habitación de la academia tenía un vestidor de madera y un escritorio genial, con patas curvadas y manijas de plata en los cajones. Aún no comprendía por qué alguien querría gastar su tiempo y dinero en decorar una *escuela en el espacio* con antigüedades tridianas. Pero no por eso iba a quejarse.

Sin molestarse en quitarse la ropa, Cormak se dejó caer sobre la cama, sonriendo a medida que se hundía en el suave e impecable edredón blanco de plumas. Nunca había visto algo tan limpio y reluciente en Deva, donde todo siempre tenía una capa de polvo rojo, desde las uñas y la comida hasta los calcetines. Era mucho más fácil mantener las cosas limpias en el espacio, donde no había tierra y los robots hacían todo el trabajo de lavandería.

Con probabilidades de cinco a uno, cualquiera que apostara contra su escuadrón mañana podría hacer su agosto... si perdieran. Y como capitán, Cormak estaba especialmente capacitado para garantizar que eso sucediera.

Sacó el enlace portátil emitido por la academia y marcó el código de llamada que había memorizado hacía mucho tiempo.

—¿Quién demonios habla? —ladró una voz familiar minutos después.

—Sol, soy Cormak —dijo, sonriendo mientras se imaginaba qué cara pondría Sol si supiera de dónde le llamaba.

—Cormak puto Phobos. Qué huevos tienes, muchacho. ¿Desapareces de la faz del planeta y luego me llamas a la mitad de la puta noche? ¿Tienes idea de la hora que es, cabrón?

—En realidad, no —dijo Cormak amablemente—. Por el momento no estoy en Deva.

—¿Y qué demonios significa *número encriptado*? Nunca he visto un cifrado que funcione en mi enlace portátil. ¿Estás en la cárcel? Más te vale que me estés llamando desde el tambo, porque de otra forma te voy a encontrar y te voy a matar. ¿Sabes cuánto dinero me has costado en entregas perdidas? ¿Cómo te atreves a...?

—Escúchame, Sol —Cormak lo interrumpió—. No voy a regresar a Deva.

Esa parte era cierta. O bien haría carrera en la Flota Cuatra o pasaría el resto de su vida pudriéndose en una cárcel chetriana. De cualquier manera, Sol tendría que buscarse a un nuevo repartidor.

—Entonces, ¿qué demonios quieres?

—Necesito un favor.

Sol resopló.

—¿De verdad piensas que te voy a hacer un *favor* después de cómo me jodiste?

—Lo harás cuando te diga cuánto te voy a pagar por ello.

Capítulo 13

ORELIA

Tras recorrer el salón de baile con la mirada, Orelia sintió que el corazón se le aceleraba. *Esto fue un error*, pensó. ¿Por qué dejó que Zuzu la convenciera de asistir? Ir al baile implicaba desperdiciar tiempo precioso. Los mensajes que le enviaban de Silván eran cada día más inquietantes y, aunque en la semana había llevado un registro de la ubicación de varias estrellas, necesitaba mucha más información para hacer sus cálculos. Y luego tenía que encontrar la manera de transmitir las coordenadas.

En la academia había un centro de comando que se conectaba directamente con la sede corporativa de la Flota Cuatra en una de las dos lunas de Tri. Si pudiera colarse y acceder al sistema, quizá lograría transmitir un mensaje cifrado a Silván. Pero el centro de comando estaba protegido por varios filtros de seguridad y la única manera de entrar era hacerse pasar por un instructor de alto mando con los permisos adecuados. Mientras tanto, Orelia estaba atrapada en un salón lleno de cuatranos que reían, bebían y conversaban, y quienes no dudarían en matarla si supieran *qué era*.

Con tan solo mirar un poco alrededor del salón, era evidente por qué los cuatranos habían acabado con sus recursos en tan poco tiempo y por qué estaban tan dispuestos a saquear los de otros. Adondequiera que mirara, había muestras de la excesiva decadencia del enemigo: alimento importado de los confines del sistema solar en vez de nutrientes liofilizados y bebidas tan llenas de azúcar que no podían ser hidratantes, todo bajo la luz de un enorme y brillante artefacto de cristal que ni siquiera iluminaba bien el salón.

—¿No es maravilloso? —dijo Zuzu absorbiéndolo todo, asombrada.

Tras por fin convencer a Orelia de que la acompañara a la fiesta, se había cambiado de vestimenta cinco veces para acabar por elegir el primer vestido que se había probado.

—Está oscuro.

—Un ambiente ideal para escabullirse con ciertos compañeros de escuadrón.

Zuzu estaba convencida de que Rex, el capitán del escuadrón de Orelia, era el chico más apuesto de la academia, además de su “incómodamente atractivo” instructor de contraespionaje.

—¿Ves a Rex? ¿Puedes presentármelo?

Orelia inspeccionó a la multitud.

—No lo veo —dijo, aliviada de no tener que enfrentarse a la fatigosa tarea de presentar a nadie.

A pesar de toda su preparación y todas las observaciones que había realizado desde que llegó a la academia, durante las interacciones sociales siempre parecía escapársele algún detalle.

Zuzu se disculpó para ir a investigar las bebidas y prometió regresar pronto. Pero a Orelia no le importaba, había pasado casi toda su vida por su cuenta. Estudió el concurrido salón de baile: los grupos de cadetes que reían a carcajadas, las parejas inmersas en una conversación seria, los instructores que observaban la acción con diversión desinteresada. Todos se veían tan *felices*... pues ignoraban que los entrenaban para matar a gente inocente de Silván.

—¿Te estás divirtiendo?

Sorprendida, volteó para ver que Zafir se encontraba de pie junto a ella con su uniforme de gala de la Flota Cuatra: pantalones muy arrugados y una chamarra con dos filas de botones brillantes. Aunque él sonreía, había algo en su mirada que sugería que nunca se relajaba del todo, que siempre estaba alerta.

—Sí, es una gran fiesta —dijo Orelia.

—Me da gusto escucharlo. Es que te veías un poco perpleja. Aunque no te culpo. Cuando era cadete, estos bailes formales siempre me parecieron algo desconcertantes —sonrió un poco—. Parece que hubiera sucedido hace mucho tiempo.

—¿Cuándo te graduaste? —dijo Orelia, preguntándose desde cuándo Zafir era un oficial de contraespionaje.

¿Sabía él sobre los ataques secretos a Silván o acaso esa información era conocida solo por los rangos superiores de la flota?

—Hace tres años —dijo— aunque se supone que no debo hablar al respecto. La almirante Haze no quiere que mis estudiantes sepan que nos llevamos pocos años de diferencia.

Entonces Zafir tendría unos veintiún años, solo un año más que Orelia.

—¿Por qué te parecían desconcertantes estas fiestas?

Sabía que era insensato alargar la conversación más de lo necesario, pero le ganó la curiosidad.

—La idea de ponerse ropa elegante para convivir con la misma gente con la que pasamos todo el día me resultaba extraña —negó con la cabeza y dejó escapar una risa parca—. Claramente, soy un éxito en las fiestas.

Parecía distinto fuera del salón de clases. Se le veía un poco menos seguro. Y había algo en su voz, un tono de autodesprecio que, para sorpresa de Orelia, la hacía querer tranquilizarlo.

—Seguro eres mucho mejor que yo. Yo nunca había ido a una fiesta.

Él levantó una ceja.

—¿En serio?

Idiota, se regañó a sí misma. ¿Por qué habría de darle pistas al experto en contraespionaje sobre su crianza inusual? Pero, por fortuna, esta revelación le pareció más entretenida que sospechosa.

—Bueno, pues estás debutando con éxito. Ese es un gran vestido.

Antes de que pudiera responder, Zuzu apareció junto a Orelia con un plato de entradas de apariencia extraña.

—Las dejo para que disfruten de la fiesta —dijo Zafir asintiendo una vez con la cabeza—. Diviértanse.

—Antares, pero qué guapo es —dijo Zuzu, sonrojándose al verlo alejarse de ellas—. ¿Quieres algo de esto? —dijo y señaló su plato.

Orelia negó con la cabeza mientras escaneaba el salón. Aún no registraba las posiciones de las estrellas desde esta sección de la academia y necesitaba aprovechar la oportunidad.

—Disculpame, pero necesito encontrar el baño.

—Claro —dijo Zuzu, un tanto desconcertada por la brusquedad de Orelia.

—Trataré de encontrar a Rex para presentarlos —dijo Orelia con lo que esperaba fuera una sonrisa cálida.

Zuzu le sonrió de vuelta y se alisó la falda.

—Suená bien.

Orelia se deslizó entre la multitud risueña y parlanchina y se dirigió hacia el ventanal al otro lado de la habitación. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie la miraba y luego activó la cámara de su enlace portátil.

Checó una vez más para confirmar que nadie le ponía atención y tomó algunas fotos a toda velocidad, sintiendo que el nudo en el estómago se le soltaba un poco. Si mantenía este ritmo, pronto tendría suficiente información para analizar.

—¡Orelia! ¡Estás aquí!

Arran la llamó mientras corría hacia ella con una expresión que nunca le había visto. Una amplia sonrisa enmarcaba su cara y, a pesar de las extrañas manchas negras que tenía en su camisa, los ojos le brillaban. En lugar de su habitual postura encorvada, que a Orelia le recordaba a una criatura marina que se retiraba a su concha, Arran se movía con seguridad y confianza.

—Te ves hermosa —le dijo, sonriendo aún más.

Ella intentó contener la emoción que estas palabras le generaban. No se convertiría en una de ellas —superficial, banal y materialista—; simplemente, no lo permitiría. Se rehusaba a ser corrompida antes de regresar a Silván. Además, la *hermosura* no era algo que se utilizara para describir a otras personas, sino que debía reservarse para los árboles resilientes que sobrevivían el largo y caluroso verano en Silván.

—¿En dónde conseguiste eso? —preguntó Orelia con curiosidad, señalando la bebida rosa en su mano.

—Los asistentes están recorriendo el salón con charolas de bebidas y ¡puedes tomar una! ¡Las que quieras! No tienes que pagar nada.

Orelia inclinó la cabeza y lo examinó con la mirada.

—Exactamente, ¿cuántas de éstas te has tomado?

—No tienen alcohol —negó solemne con la cabeza—. Pero... —miró a su alrededor otra vez y susurró— puedes agregarle licor de nitro. Te enseñaré.

Arran tomó a Orelia de la mano y la jaló para que lo siguiera, derramando un poco de su bebida por el borde de la copa.

Orelia se apartó.

—Estoy bien. Al rato tomo una.

Necesitaba sacar unas cuantas fotos más y así podía regresar a su cuarto para analizar la información.

Antes de que pudiera escaparse, un chico alto de cabello oscuro apareció junto a Arran.

—Aquí estás —dijo, sonriéndole a Arran con una expresión que la hizo sentir feliz y solitaria al mismo tiempo.

—Él es Dash —dijo Arran, señalando al chico de cabello oscuro—. Dash, ella es Orelia.

—Mucho gusto, Orelia —dijo Dash—. Arran justo me decía que su oficial de inteligencia era un genio. Debes estar emocionada por lo de mañana.

Emocionada no era exactamente la palabra correcta, ya que para Orelia ganar el torneo no significaba nada. Aunque tenía que admitir que su desempeño durante las sesiones de práctica había sido muy bueno. Cuando Vesper y Rex no perdían el tiempo con sus inútiles muestras de dominancia, el escuadrón se concentraba y era eficiente. Orelia nunca había formado parte de un equipo y, para su sorpresa, por momentos casi lo había disfrutado.

—Estaríamos perdidos sin ti, Orelia —dijo Arran, con una sonrisa radiante—. Nunca he visto a alguien analizar información tan rápido como ella.

—Creo que todo ese trabajo arduo se merece un pequeño gusto —dijo Dash—. Ven con nosotros.

—No, estoy bien —dijo Orelia—. No pienso quedarme mucho tiempo.

—*Orelia* —dijo Arran, mirándola con tanta seriedad que casi la hizo reír—. Tienes que venir con nosotros.

Orelia vaciló. Miró en dirección a la puerta de entrada, luego apartó la mirada al ver que Zafir estaba parado muy cerca de ahí. ¿Le parecería extraño que ella se fuera tan temprano de la fiesta? Ya había revelado demasiado, no podía arriesgarse a llamar más la atención. Sin saber qué hacer, dejó que Dash y Arran la condujeran hacia la mesa de las bebidas donde le consiguieron un extraño trago de lavanda al cual, gracias a la insistencia de Arran, Dash le agregó un líquido transparente de una ánfora que traía en su bolsillo.

Ambos chicos levantaron sus copas, por lo que Orelia hizo lo mismo.

—¡Unidad y prosperidad! —dijo Dash, recitando el brindis tradicional de la Flota Cuatra.

—¡Unidad y prosperidad! —repitió Arran, chocando su copa contra la de Dash antes de hacer lo mismo con la de Orelia.

Ella probó su trago con cautela. El líquido lavanda era dulce y espumoso, pero cuando lo tragó, también detectó algo agradablemente herbal.

—Está rico —dijo ella.

Arran y Dash se rieron.

—¿Qué? ¿Qué dije?

—Nada —dijo Dash con una sonrisa—. Es que sonaste tan *sorprendida*. Solo no te lo bebas muy rápido. Y tal vez come algo también.

—Ay, *sí* —Arran jaló la manga de Dash—. Vamos por algo de comer. Pero nada de octópodos —dijo serio, volteando a ver a Orelia—. En erio *no* quieres comerte uno de éstos.

Ella los siguió a través de la multitud a una mesa atiborrada de una variedad de bocadillos, ninguno de los cuales reconocía.

—Ten cuidado —Arran le susurró en voz alta—. Algunos atacan.

Escogió algunos alimentos al azar, luego los tres encontraron un conjunto de sillas y se sentaron a

comer con los platos sobre sus regazos.

—¿Sabes por qué Orelia es tan buena como oficial de inteligencia? —Arran dijo pensativo mientras mordisqueaba un pedazo de queso—. Es *síper callada*. O sea, casi te olvidas de que está ahí y luego ¡*bum!*!, nos da un dato que cambia todo.

—Creo que necesito verte en acción —dijo Dash.

—Supongo que si soy tan buena, nunca me verás en acción —dijo ella, sonriendo a pesar de sí misma.

Le dio otro trago a su bebida, disfrutando el calor que se extendía a través de su pecho.

—Lo verás de primera mano cuando acabemos con tu escuadrón —dijo Arran.

Dash levantó una ceja.

—Yo no me haría ilusiones.

Mientras escuchaba las bromas juguetonas de Arran y Dash, sintió que la ansiedad provocada por el estrés de su misión desaparecía. Dash se disculpó y, poco tiempo después, regresó con otra bebida de lavanda para Orelia que ella aceptó sin protestar.

—Así que, Orelia —dijo Arran en confianza mientras inclinaba su cabeza hacia la de ella—. ¿A quién le pedimos que se nos una? ¿Hay alguien a quien le hayas echado el ojo?

Tengo puesto el ojo en todos ustedes, pensó Orelia antes de entender a lo que Arran se refería.

—No, nadie —dijo a pesar de la imagen extraña e inesperada que se formaba en su mente: Zafir en su uniforme de gala.

—No te creo nada —Dash bromeó—. Te sonrojaste.

—¿Quién es? —preguntó Arran, tomándola de la mano—. ¿Rex? ¿Vesper?

—Nadie —repitió.

Arran le hizo puchero y ella sonrió.

Esto es divertido, pensó Orelia. Estos chicos le caían bien, incluso aunque fueran cuatranos. No obstante, segundos más tarde la golpeó una oleada de náusea y el dolor sordo que se había estado formado cerca de sus sienes comenzó a esparcirse por toda su cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó Arran pasando de la risa a la preocupación.

—Sí, estoy bien. Creo que solo necesito irme a acostar.

Se puso de pie y, para su confusión, sintió que el salón le daba vueltas.

—Ay, no —dijo mientras se tambaleaba para un lado.

—Con cuidado.

Dash se paró de un brinco para tomarla de un brazo y Arran del otro.

—Te acompañamos a tu cuarto.

—No, estoy bien.

Trató de soltarse, pero acabó por tambalearse hacia un lado otra vez. Era como si de pronto alguien hubiera cambiado la configuración de la gravedad para afectar su equilibrio.

Arran le susurró algo a Dash y luego la tomó de la mano.

—Vamos —dijo, tirando levemente de ella—. Todo está bien.

La condujo a través del concurrido salón de baile, que ahora no era más que un remolino vertiginoso de color, risas y luz. Otra ola de náusea la golpeó y empezó a sentir retortijones en el estómago.

—Creo... creo que comí algo que estaba echado a perder —dijo con voz ronca mientras Arran la conducía hacia el pasillo.

—Creo que tomaste un poquito más de la cuenta. No te preocupes. Sólo bebe mucha agua antes de dormir y te sentirás mucho mejor por la mañana. ¿En qué piso está tu cuarto?

Cuando llegaron a su suite, Orelia se alegró de que no hubiera nadie en la sala común. No quería que Zuzu, y mucho menos alguno de sus otros compañeros de cuarto, la vieran en esa condición tan poco digna.

—Gracias —dijo Orelia, sujetando el borde del sillón para estabilizarse—. Estaré bien. Puedes regresar con Dash.

—Me iré en un minuto —dijo.

Él le ordenó que se cambiara y se metiera a la cama. Se sentía demasiado cansada y mareada como para oponer resistencia, por lo que siguió sus instrucciones y, unos minutos después, él entró a su cuarto con un vaso grande de agua.

—Bebe esto.

Le dio el vaso y se sentó en la orilla de su cama, observando su cuarto.

—No eres mucho de decorar, ¿verdad?

En comparación con el cuarto de Zuzu, que estaba tapizado de fotos, ropa y chucherías, el cuarto de Orelia carecía de objetos personales excepto por los dos juegos de ropa que había traído desde Silván.

—No, no mucho.

—Es minimalista. Me gusta.

Pero, a medida que Arran inspeccionaba el cuarto, se sintió un poco triste.

—¿Qué no trajiste nada que te recordara a tu hogar?

Ella negó con la cabeza y luego hizo una mueca cuando le regresó el dolor.

—Es más fácil así.

Aunque en realidad no tenía nada que traer. Su cuarto en el complejo militar de Silván estaba mucho más vacío que éste.

Arran la miró con curiosidad, luego sonrió y se puso de pie.

—Duerme bien, Orelia. Nos vemos mañana.

La náusea disminuyó un poco mientras bebía el agua, luego sintió una extraña mezcla de gratitud y confusión.

—¿Por qué me están ayudando? —preguntó.

Arran inclinó la cabeza hacia un lado, como si no entendiera la pregunta.

—Eres mi compañera de escuadrón. Y mi amiga.

—Gracias —dijo Orelia, luego cerró los ojos y sintió que la náusea regresaba, acompañada de algo mucho peor: culpa.

Capítulo 14

VESPER

Vesper se despertó emocionada. Hoy era su primera batalla y tenía muchas ganas de emerger victoriosa de la simulnave. Durante las sesiones de práctica su escuadrón había recibido puntajes altos, pero la única cifra que realmente importaba era su posición en la tabla.

Caminó a toda velocidad por el ala residencial, sonriendo y saludando a la gente que le hacía señas o la llamaba, pero sin detenerse para conversar. Era momento de concentrarse y prepararse con el resto de su escuadrón. Cuando llegó, se sorprendió y se molestó al ver que solo Orelia y Arran estaban dentro de la simulnave.

—¿Dónde está Rex? —preguntó Vesper, dejando a un lado la cortesía.

—Seguramente viene en camino —Arran volteó a ver el reloj de cuenta regresiva que aparecía en la pantalla de la simulnave—. Todavía faltan cinco minutos.

—Bueno... —Vesper comenzó a caminar de un lado al otro—. Okey, creo que lo más probable es que nos enfrentemos a una misión de rescate, por lo que nuestra estrategia será muy sencilla: tenemos que ser más rápidos que el otro escuadrón. Eso es bueno, porque la velocidad nunca ha sido un problema para nosotros.

Arran asintió cortésmente, aunque Vesper notó que más bien lo hizo para seguirle la corriente. Orelia ya estaba sentada en su asiento y se veía más ausente e incluso más callada que de costumbre.

La puerta se abrió con un silbido y Rex entró. Tenía el uniforme arrugado y sus ojos se veían hinchados por falta de sueño.

—¿Estás bien? —le preguntó Vesper, entrecerrando los ojos al ver su semblante ligeramente grisáceo.

—Estoy de maravilla. Qué linda eres por preguntar.

Hablaba más lento que de costumbre y, en lugar de brincar hacia la silla del capitán y hacer uno de sus molestos giros, caminó con dificultad y se sentó con sumo cuidado.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Vesper en un tono más acusatorio del que quería.

Rex hizo círculos con los hombros unas cuantas veces, luego se tronó los nudillos.

—Nunca he estado mejor. Solo me preparo para patear traseros.

—Qué bueno —dijo Vesper, eligiendo darle el beneficio de la duda.

Rex conocía la importancia de esta primera batalla. Él estaría a la altura de las circunstancias, incluso si no se sentía muy bien.

—Ahora, recuerda que su capitana es Pru Kamal. La he visto en acción en la simulnave de mi antigua escuela y es muy hábil para desorientar al enemigo. Así que si esta termina por ser una misión de combate, no te confíes solo porque parece que está usando una formación estándar de ataque. Siempre tiene un plan alternativo.

—Sí, lo sé —dijo Rex, haciendo una mueca de dolor—. Me lo dijiste como unas doce veces esta semana.

—También te dije que llegaras *a tiempo*, pero claramente eso te entró por un oído y te salió por el otro.

—Sí *llegué* a tiempo.

—Llegar tres minutos antes de que empiece la misión no es llegar *a tiempo*.

Vesper sabía que su actitud no mejoraría la situación, pero era incapaz de controlar la frustración que bullía en su interior. La noche anterior habían hablado sobre lo mucho que esto significaba para ella. ¿Por qué actuaba como si nada de ello importara?

Él hizo otra mueca de dolor.

—¿Podrías bajar la voz, por favor?

Vesper lo miró fijamente, luego un pavor helado le recorrió la espalda.

—¿Estás *crudo*?

Rex giró su silla para no darle la cara.

—Tal vez. ¿Y eso qué? Hubo una fiesta ayer en la noche. Eso es lo que sucede. Tú también bebiste.

El miedo rápidamente se convirtió en ira. Vesper giró la silla de Rex con fuerza.

—Eso *no* es lo que sucede —dijo perdiendo la compostura, sin importarle lo que Arran y Orelia pensarán de ella. Rex también sabotaba su futuro—. Te garantizo que los demás competidores no están crudos.

—Okey, Vesper, ya fue suficiente —Arran la reprendió con la mirada—. Todos nos desvelamos mucho anoche. No hay motivo para atacar a Rex.

—No lo estoy *atacando* —dijo, un poco desconcertada por la expresión inusualmente fría de Arran.

—Sí, eso hacías. Pero molestarlo no va a hacer que nos vaya mejor y definitivamente no te hará la capitana, así que relájate, ¿okey?

Las palabras de Arran aterrizaron como un golpe en el pecho.

—Yo no... No estaba... —Vesper tartamudeó, queriendo encontrar las palabras correctas para explicarle a Arran su razonamiento.

Ella solo quería ganar. Es lo que todos querían y lo que los beneficiaría por igual.

Las luces se atenuaron y se escuchó una voz a través de las bocinas:

—*Su batalla comenzará en treinta segundos. Por favor, tomen sus asientos.*

Con un suspiro, Vesper se acomodó en su asiento y trató de ahuyentar la culpa que la carcomía. En este momento no podía preocuparse por haber herido sentimientos. Ahora lo único que importaba era ganar.

Miró su tablero, dejando que las luces brillantes la tranquilizaran. Ella pertenecía aquí, aunque no estuviera en la silla del capitán.

—Bienvenidos, *Escuadrón 4 y Escuadrón 20. La batalla de hoy será una misión de rescate. Ambos equipos recibirán escenarios idénticos y competirán para ver quién completa la operación primero. Esta es su tarea. Una nave comercial aterrizó de emergencia en Gaspar, una de las lunas de Chetire, y su sistema de soporte vital se agota muy rápido. Su objetivo: salir de Deva, volar a Gaspar, evacuar a los sobrevivientes y llevarlos sanos y salvos a Chetire. Sus misiones comienzan... ahora.*

—Bien, una misión de rescate, tal y como les dije —reafirmó Vesper, aunque se dio cuenta de que se hablaba más a sí misma que a los demás. La pantalla se cubrió de una neblina rosa—. Pero, ¿qué demonios? ¿En dónde estamos?

—Hogar, dulce hogar —dijo Rex con sequedad—. Arran, ¿cuál es la atracción gravitatoria de Gaspar?

De reojo, Vesper vio que Arran deslizaba sus manos sobre la pantalla muy rápido.

—Cerca de 74 por ciento de gravedad tridiana.

—Orelia, ¿existe alguna complicación?

—Hay una tormenta en la mesósfera de Deva justo encima de nosotros. Tenemos tres opciones. Podemos esperar a que pase, podemos tratar de darle la vuelta o podemos atravesarla.

—¿Qué sugieres?

—Sugiero darle la vuelta. De esa manera, reduciremos el daño que experimentará nuestra nave sin perder mucho tiempo.

—Hagámoslo. Adelante, Vesper.

Le aliviaba escuchar la firmeza en su voz; al menos se sentía mejor. Vesper activó los propulsores, sintió cómo la emoción y los nervios le aceleraban el corazón. Sonrió al ver que la nave se elevaba a través del espeso aire rosa. Para evitar la tormenta, permaneció en la estratósfera más tiempo de lo normal, volando en un ángulo menos profundo. Una vez que Orelia le dio luz verde, enderezó la nave y aumentó la velocidad hasta que la densidad de la atmósfera de Deva disminuyó, y terminó por dar paso a la termósfera.

—¿Alguien sabe qué hace el Escuadrón 4? —preguntó Rex.

Orelia se acercó a la pantalla de radar para examinar su posición a detalle.

—Están delante de nosotros, a unos 50,000 mitones de distancia.

—¿Qué? —Vesper volteó a ver a Orelia y a Rex—. ¿Cómo diablos sucedió eso?

—Seguro atravesaron la tormenta —dijo Orelia con una calma exasperante—. Tal vez sufrieron daños considerables.

—Mierda.

Vesper golpeó el tablero con la mano. Si no los alcanzaban, estarían fritos.

—¿Hay algo que podamos hacer para ganar tiempo? —preguntó Rex.

—Hago lo que puedo —dijo Vesper escuetamente mientras activaba los propulsores de respaldo.

Implicaba un gran gasto de combustible, pero valía la pena el riesgo.

—Es altamente riesgoso —dijo Orelia—. Pero podemos utilizar la gravedad de Deva para aumentar nuestra velocidad camino a Gaspar.

—¿Te refieres a que usemos la gravedad como resortera? —preguntó Rex con curiosidad.

—De ninguna manera —dijo Vesper sin voltear a verlos.

La asistencia gravitatoria era una de las maniobras de pilotaje más avanzadas. Los pilotos de la flota entrenaban en las simulnaves durante años antes de siquiera intentarla.

—No lo sé... —dijo Rex, otra vez con una pizca de cansancio en su voz—. Quizá valga la pena intentarlo.

—Esta maniobra no se *intenta* —dijo Vesper, fulminándolo con la mirada por encima de su hombro—. Si nos equivocamos, y eso es justamente lo que haremos, en vez de rodear Deva nos quemaremos en su atmósfera.

Luego miró a Orelia.

—¿Podemos alcanzar al otro escuadrón si mantenemos nuestra trayectoria actual?

—Solo si aterrizamos y rescatamos a los pasajeros varados más rápido que ellos.

—Bien —dijo Vesper, recuperando la emoción—. Arran, ¿puedes hacer un análisis de los minerales que se hallan en la superficie de Gaspar? Necesitamos encontrar un lugar suave para aterrizar.

—Vamos a hacer la asistencia gravitatoria —dijo Rex.

—¿Qué? —Vesper volteó a verlo otra vez—. De ninguna manera.

—Vesper, es una orden.

Esta vez no bromeaba, lo que decía iba en serio.

—¿Por qué haces esto? Es una misión suicida.

Vesper miró a Orelia y luego a Arran, en espera de que alguno de ellos la apoyara, pero ambos esquivaron su mirada.

—No es una misión suicida. Un buen piloto podría hacerlo sin problemas. Ahora, por favor, sigue las indicaciones.

—Esto es una tontería —murmuró Vesper en voz baja mientras regresaba la vista a su pantalla.

Rex no tenía ningún derecho a ser capitán. No sabía nada sobre cómo volar una nave, mucho menos de liderazgo. Ganar le daba lo mismo; lo único que le importaba era ponerla en su lugar.

Arran leyó en voz alta las nuevas coordenadas, aquellas que supuestamente le permitirían acercarse a Deva en el ángulo perfecto y aprovechar su atracción gravitatoria para volar alrededor del planeta a una velocidad vertiginosa.

—Tú puedes —Vesper se dijo a sí misma en voz baja cuando Deva apareció a la distancia.

El truco estaba en acercarse a la superficie lo suficiente como para sentir la atracción gravitatoria, pero no tan cerca como para que rebotaran de la atmósfera y se convirtieran en una inmensa bola de fuego. A esta velocidad, no había margen de error.

El nebuloso planeta rosa creció en la pantalla.

—Okey —dijo Vesper, en un intento por sonar más segura de lo que se sentía—. Hagámoslo.

Arran hizo un cálculo basado en la velocidad de su nave, la masa de Deva y su atracción gravitatoria. Hasta el momento, nunca había cometido un error matemático, y Vesper estaba segura de que la trayectoria que había sugerido era la correcta. Ahora le tocaba a ella seguir ese camino para acercarse a Deva justo en el ángulo correcto.

Respiró hondo para estabilizar sus manos temblorosas e inició su acercamiento. La simulnave se sacudió y de repente ganaron velocidad. *Está funcionando*, pensó Vesper. *En verdad lo estoy haciendo.*

Luego vino una sacudida más fuerte y la simulnave comenzó a retumbar.

—*Advertencia. La temperatura está alcanzando niveles peligrosos. Advertencia. La temperatura está alcanzando niveles peligrosos.*

—Estoy en ello —dijo Arran—. Iniciando enfriamiento de emergencia del motor.

De reojo, Vesper vio cómo las manos de Arran volaban de un lado al otro de la pantalla.

—Mierda —dijo Arran en voz baja.

Todas las pantallas de la simulnave se cubrieron de llamas.

—¡No! —Vesper golpeó el tablero otra vez—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Las pantallas se apagaron.

—*Misión fallida. Su nave fue incinerada en la atmósfera de Deva. No hubo ningún sobreviviente.*

Vesper se dio la vuelta y saltó de su silla.

—¿Qué carajos fue eso, Rex? Te dije lo que sucedería.

—¿Me estás culpando a *mi* por esto? —dijo Rex con una expresión de desprecio que lo volvió casi irreconocible—. Primero llegas aquí y piensas que nos puedes dar órdenes, porque, *claro*, una tridiana sabe más que unos pobres e ignorantes residentes externos, cuando resulta que apenas puedes pilotear.

Vesper sintió que la piel casi le ardía y una marea de furia se alzó en su interior.

—¿Que apenas puedo pilotear? Puedo hacer maniobras que nunca antes has *visto*.

—Sí, pero no cuando cuenta. Cediste ante la presión.

—Okey, ya fue suficiente —dijo Arran, mirando fijamente a Rex—. Todos hicimos nuestro mejor esfuerzo. Eso es lo que cuenta.

—No, eso no es lo que cuenta —respondió Vesper mientras comenzaba a temblar—. Lo que importa es ganar.

Sin decir otra palabra, se dirigió con paso inseguro hacia la puerta. A medida que caminaba su ira desaparecía, pero daba paso a algo mucho peor: la horrible comprensión de que Rex tenía razón. Sí, había tomado una decisión estúpida, pero, a final de cuentas, ella había cedido ante la presión. Una vez más, cuando realmente importaba, se había decepcionado a sí misma.

Capítulo 15

CORMAK

Brill le había dicho a Cormak que fuera a la biblioteca a las 32:30 para recoger sus ganancias. Esta era la primera vez que Cormak iba a la biblioteca, por lo que equivocó el camino varias veces antes de llegar a un pasillo amplio y silencioso. Tenía que ser una de las alas externas de la academia, ya que en una de las paredes había una ventana panorámica que revelaba agrupaciones de estrellas y los bordes escarpados del asteroide más cercano. Incluso para Cormak, que se había criado en un planeta eternamente cubierto de nubes, era un poco desconcertante ver las estrellas durante lo que para su cuerpo era un horario matutino.

Cuando por fin encontró la biblioteca, reparó en el hecho de que nunca había visto algo igual. Para Cormak, la palabra evocaba la imagen de una habitación pequeña y sin ventanas en el ayuntamiento del Sector 23, donde un oxidado asistente consultaba la información que solicitabas. Sin embargo, este cuarto estaba repleto de *libros*, miles de ellos. Cormak se maravilló ante lo que tenía a su alrededor, tanto que casi logró disipar la culpa que le había corroído el estómago todo el día. Pero sabía que este respiro duraría poco. Cada vez que pensaba en la expresión de angustia en el rostro de Vesper, lo envolvía una nueva nube de culpa.

Se acercó al librero más cercano, que se extendía desde el piso hasta el techo, y dejó que su mano flotara por encima de uno de los lomos. Tenía un grabado de letras doradas en un idioma que Cormak no reconocía.

—Sí sabes que puedes tocar los libros, ¿no?

Cormak dejó caer su mano a un costado y se dio la vuelta. Brill, la chica de Tri que había organizado el grupo de apuestas, estaba sentada en un sillón de piel observándolo con diversión. Tenía los ojos maquillados con una sombra dorada brillante que a Cormak le hacía pensar en el libro dorado que acababa de mirar, y el peinado tan perfecto de sus rubios rizos solo era posible con tiempo, dinero y muchos regaderazos.

—Lo sé —dijo Cormak tomando el libro del estante.

Hizo como que lo hojeaba casualmente, reacio a mostrar la emoción que le ocasionaba.

—¿Sabes leer ungái?

—¿Qué?

Ella señaló con la cabeza el libro que Cormak tenía entre sus manos.

—Está escrito en alto ungai. El mío no es muy bueno, solo lo estudié unos años.

Cormak devolvió el libro al estante.

—Es una pena —dijo— el ungai es un idioma muy bello.

Esperaba que fuera verdad.

Brill se levantó con gracia del sillón y estiró los brazos por encima de su cabeza. Había algo en el movimiento que sugería que era más en beneficio de Cormak que de sus músculos adoloridos. Ella ya se había cambiado el uniforme para la cena y, cuando levantó los brazos, su corto vestido negro se le subió por los muslos.

Cormak miró todo esto impasible. Conocía a muchas chicas como ella y prestarles la atención que tanto anhelaban nunca acababa bien. Notó que Brill lo buscaba con la mirada para ver si encontraba algo de admiración en ella y, cuando no fue así, su expresión se endureció un poco.

—Hiciste un gran trabajo esta mañana —dijo Brill—. Vesper se compró el cuento de que estabas demasiado crudo como para concentrarte. Eres muy buen actor.

—Gracias —dijo con una ligera mueca de dolor.

Apostar en contra de su propio escuadrón lo había hecho acreedor a una gran suma de dinero, lo suficiente como para pagarle a Sol para que hackeara la clínica de salud de Deva e intercambiara el expediente de Cormak por el de su hermano antes de que el documento fuera reenviado a la academia. Era la única manera de evitar ser expulsado y arrestado por traición. Pero eso no hacía más soportable el recuerdo de la expresión de angustia en el rostro de Vesper.

—Veamos... ¿cuánto ganaste? ¿400 cieloros? —Brill abrió una delicada bolsa dorada y empezó a hurgar en su interior—. No traigo tanto dinero en la bolsa. ¿Puedo transferirte esa cantidad a tu cuenta? ¿Cuál es tu número de identificación?

Cuatrocientos cieloros. Era más de lo que había tenido en toda su vida.

—No me lo sé de memoria.

Tenía un vago recuerdo de que su padre le había abierto una cuenta bancaria cuando era niño, pero desde entonces no sabía nada al respecto.

—¿No te lo sabes? —Brill repitió incrédula—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo superas el día a día?

—Pues no voy mucho de compras —dijo Cormak a secas.

Los ojos de Brill se abrieron como platos.

—No, claro que no lo haces.

La falsa simpatía en su empalagosa voz le revolvió el estómago.

Respiró profundo, renuente a alterarse enfrente de Brill.

—Te conseguiré un número de cuenta para la transferencia. Pero, mientras tanto, ¿te puedo pedir un favor? ¿Puedes mantener este arreglo entre nosotros?

Trató de sonar relajado y casual, pues mientras más desesperado lo viera Brill, más probable era que utilizara esta información en su contra.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo con dulzura.

Se dio la vuelta y se alejó despacio, como esperando que Cormak la observara. Pero él la ignoró, luego buscó el rincón más aislado de la biblioteca y le marcó a Sol desde su enlace portátil.

—¿Tienes el dinero?

—También me da gusto escuchar tu voz, Sol. Estoy bien, muchas gracias por preguntar.

Cormak se sentó en un sillón y estiró las piernas.

—No tengo tiempo para esto, Phobos.

—Relájate. Tengo tu dinero. Solo pásame un número de cuenta y haré la transferencia hoy mismo.

Sol emitió un sonido que era un híbrido de risa y gruñido.

—¿Tienes dónde apuntar? ¿Vas a escribir lo que te digo?

—Por supuesto. Adelante.

Cormak sonrió, disfrutando el hecho de que Sol ya no tenía el poder de regañarlo por usar la cabeza en vez de una pluma.

—¿Me avisarás en cuanto subas la nueva información?

—En cuanto reciba el dinero. Aunque debo decir, muchacho, que incluso a mí esto me suena muy sospechoso. ¿Dónde diablos estás?

—Tengo que irme, Sol. Gracias por todo.

Cormak finalizó la llamada y luego giró sobre el sillón para dejar que sus piernas colgaran por uno de los descansabrazos. Lo logró. Sol intercambiaría el expediente médico de Rex con el suyo y entonces todo estaría bien. El nudo de ansiedad que se le había formado en el estómago en la semana al fin comenzó a soltarse y Cormak suspiró profundo. Iba a tener la oportunidad de quedarse en la academia. Lo que es más, probablemente se iba a graduar de ella.

Solo deseaba poder olvidar la expresión en el rostro de Vesper cuando la defraudó.

Capítulo 16

ARRAN

—¿Cómo va todo, 223?

El sargento Pond acababa de dar por terminada la clase de ingeniería y, mientras Arran recogía sus cosas, de pronto volteó para encontrarse con la cara sonriente de Dash.

Habían pasado tres días desde el baile, sin duda una de las mejores noches en la vida de Arran. Después de acostar a Orelia regresó al salón de baile, donde él y Dash coquetearon toda la noche. Arran perdió la cuenta del número de veces que Dash le tocó el brazo o le rozó la pierna con la rodilla. Estaba tan seguro de que Dash lo besaría en algún punto que, después de que se despidiera amablemente y se fuera, tuvieron que pasar horas para que el dolor en su pecho desapareciera. Arran sabía que, en teoría, él podía haber besado a Dash, pero la idea de tomar la iniciativa le provocaba más náuseas que viajar en transbordador. No podía arriesgarse a sentir el dolor y la vergüenza del rechazo, no otra vez.

—Nada mal —dijo Arran, en un esfuerzo por sonar amigable aunque no muy interesado.

—Oye —Dash bajó la voz para hablar con complicidad—. ¿Estás libre para cenar? Se me ocurrió la *mejor* forma de jugarle una broma a Brill.

Arran no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Creo que estoy libre —Arran dijo vagamente—. ¿Quién más viene?

—Creo que tú y yo podemos con el trabajo de esta noche. ¿Tè late?

Tú y yo.

—Me late.

—Cadete Korbet —dijo una voz por encima del estruendo de los pasos y las conversaciones.

Arran volteó para ver que el sargento Pond asentía en su dirección.

—Ve a mi oficina antes de la cena. Quiero hablar contigo.

Arran asintió.

—Sí, señor —dijo, esforzándose por sonar despreocupado a pesar de la brizna de ansiedad que se enredaba en su estómago. ¿Acaso Pond notó que Arran no había puesto atención en clase?

Pond se despidió de él, y Arran y Dash salieron juntos del salón.

—¿Qué quería? —preguntó Dash.

Arran se encogió de hombros, en un intento por mantener la ansiedad bajo control.

—Ni idea.

Dash le dio un leve codazo en el hombro.

—Yo no me preocuparía mucho al respecto, 223.

Arran sonrió, sorprendido de ver cómo una cosa tan simple como caminar de una clase a otra de pronto podía convertirse en la mejor parte del día.

Unas horas más tarde, Arran se encontraba en el ala administrativa en busca de la oficina de Pond. En el transcurso de la tarde, su ansiedad aumentó mientras intentaba descifrar el motivo de la reunión.

—¿Dónde está la oficina del sargento Pond? —le susurró a su monitor.

—*El sargento Pond es tu instructor de ingeniería. Si necesitas ayuda con una tarea de ingeniería, un asistente de investigación con gusto te apoyará. Para obtener direcciones hacia la biblioteca, di biblioteca.*

—Necesito encontrar su oficina —dijo Arran, tratando de no sonar molesto.

En este momento, lo último que necesitaba era que un miembro de la facultad lo sorprendiera gritándole a su monitor.

—*Sigue derecho por el pasillo unos seis centimitones. Has llegado a tu destino.*

Arran se detuvo un momento frente a la entrada de la oficina de Pond para recomponerse, luego respiró hondo y tocó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó una voz.

La puerta se abrió con un silbido y Arran entró. La oficina era mucho más pequeña que los salones de clase, pero estaba llena de tantos objetos intrigantes que no sabía a dónde voltear primero. En la pared del fondo había una imagen holográfica en la que aparecía una versión más joven de Pond de pie junto a Ayo Hobart, el expresidente de la Federación Cuatra. Junto a Arran se hallaban algunos mapas topográficos, incluyendo uno de la cadena montañosa de D'arcy en Chetire. Pero lo que más llamaba la atención era una enorme pieza de maquinaria suspendida del techo. Se asemejaba al pedazo de una nave de ataque, hecha de una especie de metal negro que Arran no reconocía. A medida que observaba más detalles su curiosidad se transformó en malestar, y entonces emergieron oscuros recuerdos desde las profundidades de su mente. Dos años atrás, los boletines de prensa habían estado plagados de fotografías de estas naves; una especie de enjambre de las mismas oscureció el cielo antes del devastador ataque en Hángard. Fue la forma en que los espectros consiguieron matar a tantos chetrianos en tan poco tiempo.

—Supongo que sabes lo que es —dijo Pond con brusquedad mientras se levantaba de su escritorio.

—Es un pedazo de una nave espectral —dijo Arran.

Sin quererlo bajó la voz, como si temiera perturbar algo escondido dentro de ella. Aunque Arran sabía que no había nada oculto dentro del pedazo de nave, no lograba deshacerse del leve cosquilleo que sentía en la nuca.

—Me han dicho que no sirve para nada —continuó Pond casi con cariño—. Por eso han

permitido que me la lleve.

—¿Cómo que no sirve para nada? —preguntó Arran, echándole un último vistazo al fragmento de nave.

—Cada vez que recuperamos una pieza de tecnología espectral, sin importar que hayamos visto muestras similares, siempre la enviamos al laboratorio de contraespionaje para su análisis. Nunca sabes lo que podrías aprender sobre los bastardos a partir de una pieza de equipo aparentemente inocua. Después del ataque más reciente, encontramos una bomba sin detonar que resultó ser un verdadero tesoro. Estaba llena de ADN espectral. Por supuesto, esa información es confidencial, pero ahora que eres un cadete de la Flota Cuatra tienes la acreditación de seguridad para saberlo.

Acreditación de seguridad. Al escuchar esas palabras, Arran sintió que el pecho se le hinchaba de orgullo. No podía esperar a contárselo a su madre. Por supuesto, no de lo que se había enterado con respecto a la nave espectral. No obstante, incluso el hecho de que hubiera cosas que no le podía contar la haría muy feliz. Podía imaginarla en su ceremonia de graduación en Tri. Cómo sonreiría al ver a Arran en su uniforme, tal vez en una tarima, recibiendo algún tipo de premio.

—Toma asiento, Arran —Pond señaló una silla, luego regresó a la suya, que se encontraba detrás de su escritorio—. Quería saber cómo iba todo. Sé que la transición no ha sido fácil para los pobladores.

No sonaba tan brusco como de costumbre y había una pizca de preocupación en su voz.

—Todo va bien —dijo Arran.

—Qué bueno, qué bueno. Me da gusto escucharlo. Y puedes estar seguro de que en la academia no toleraremos ninguna expresión de odio.

Hubo una pausa prolongada y Arran comenzó a moverse incómodo en su asiento, preguntándose qué era lo que Pond esperaba que dijera. Al fin, Pond se aclaró la garganta y continuó:

—He notado que te has hecho muy amigo del cadete Muscatine.

Arran se enderezó en su asiento y trató de ocultar su confusión, al tiempo que su mente se aceleraba para descifrar por qué esto sería de la incumbencia de Pond.

—Creo que debes cuidarte cuando estés con él. Supongo que sabes quién es su padre.

Por un momento, Arran estaba demasiado sorprendido como para hablar.

—Lo sé —dijo con cautela, deseando saber a lo que quería llegar Pond—. Pero no veo qué tiene que ver eso con nuestra... amistad.

Pond suspiró y luego sonrió en lo que creía era una señal de apoyo.

—Discúlpame, pero me cuesta trabajo creer que el hijo de Larz Muscatine se haría amigo de un chetriano.

—Él no es como su padre —dijo Arran con más brusquedad de la que pretendía.

—Mira —dijo Pond levantando ambas manos en son de paz—: el chico Muscatine me cae bien y me encantaría que al final tuvieras razón. Sin embargo, creo que debes tener cuidado. Asegúrate de conocer a otros cadetes para que, en caso de que algo salga mal con Muscatine, no te sientas solo.

—¿Por qué algo habría de salir mal?

En cuanto las palabras salieron de su boca, todo su cuerpo se tensó. Como si acabara de dar un mal puñetazo y se preparara para recibir el impacto del puño de un oponente mucho más capaz. Nunca antes le había hablado así a un maestro.

Sin embargo, Pond parecía impávido ante el tono de Arran.

—Estas cosas son mucho más complicadas de lo que crees. Solo cuídate, Korbet. Eso es todo lo que pido.

—Lo tomaré en consideración, señor. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Arran se levantó de su silla y salió de la oficina esforzándose por mantener a raya su creciente ira. Pond no tenía ningún derecho a interferir en su vida personal de esta manera. ¿Acaso pensaba que, por el simple hecho de ser chetriano, Arran era demasiado ignorante como para entender lo que sucedía? Arran *sabía* quién era el padre de Dash y, después de pensarlo y considerarlo mucho, había tomado una decisión consciente de conocer a Dash el individuo, no a Dash el hijo distanciado de Larz Muscatine.

—*Se ha detectado una elevación en el ritmo cardiaco.*

—Sí, lo sé —resopló Arran.

¿Por qué todos los seres —vivos o inanimados— en la academia actuaban como si él no pudiera cuidar de sí mismo?

—*Nuevo mensaje de Dash Muscatine...* Hola, soy yo... Dash. Solo quería saber cómo te fue en tu junta con Pond. Llámame, o si no, nos vemos en la cena.

Arran sonrió al escuchar la voz de Dash, un sonido que ahuyentó toda la frustración que se acumulaba en su pecho. Dash era el primer chico que veía a Arran como algo más que un tímido, torpe e inmemorable don nadie. El primer chico que pensaba que su inteligencia era atractiva, que lo hacía *sentir* atractivo. No iba a dejar que nadie echara eso a perder.

Capítulo 17

ORELIA

Orelia sintió que el corazón le latía con fuerza mientras caminaba hacia el ala administrativa. Este era el momento para el que tanto se había preparado. Al fin había recopilado suficiente información celestial como para determinar las coordenadas de la academia y ahora lo único que faltaba era transmitir las a Silván, aunque era más fácil decirlo que hacerlo.

Se asomó por el pasillo y vio que al final había una puerta sin ningún tipo de distintivo que conducía al centro de comando, así como guardias de seguridad que patrullaban afuera. Lo único que tenía que hacer era esperar.

De pronto, la alarma que Orelia había activado al final del pasillo se activó. Los guardias corrieron a toda prisa rumbo a la alarma y ella corrió al centro de comando. Muy pronto los guardias se darían cuenta de que no existía ninguna violación de seguridad, así que no podía darse el lujo de perder tiempo. Se detuvo frente a la puerta y sacó la identificación del capitán Russo. Su profesor de bioingeniería era una de las pocas personas que tenía acreditación de seguridad para el centro de comando. Colocó la identificación cerca del escáner y exhaló varias veces hasta que la luz se puso color verde y la puerta se abrió con un silbido.

Orelia avanzó hasta que llegó a una habitación pequeña, oscura y redonda llena de monitores y luces parpadeantes que le recordaba el interior de la simulnave, excepto que el ventanal salpicado de estrellas brillantes no era una pantalla: era real. En el centro de la habitación se encontraba la consola de comando.

Tras algunos minutos de operar el sistema desconocido, redactó un mensaje encriptado con las coordenadas solares de la estación a la base militar en Silván. Sintió una oleada de emoción y, por un momento, no pudo más que sonreír al pensar en la sonrisa fugaz que se dibujaría en el rostro normalmente severo de su oficial al mando, el general Greet, cuando recibiera la transmisión.

Antes de presionar el botón de “enviar”, no obstante, sintió un miedo que le heló la sangre. Pensó en Zuzu, dormida en su suite, quien desde el principio había sido amable con ella. Pensó en Arran y en la forma en que la había cuidado después del baile. ¿De verdad merecían morir?

Detente, Orelia se dijo a sí misma. No le correspondía a ella decidir quién vivía o quién moría. Los cuatranos habían sellado su destino hacía mucho tiempo cuando sus líderes decidieron atacar Silván.

Millones de personas confiaban en ella. No tenía otra opción.

Orelia inhaló profundo, oprimió el botón de “enviar”, luego contuvo la respiración hasta que las palabras “transmisión exitosa” aparecieron en la pantalla. Cerró los ojos y se recargó sobre la pared con un suspiro. Ahora lo único que debía hacer era mantener oculta su identidad hasta que las naves silvanas llegaran a la academia, una de las cuales la extraería antes del ataque.

Se apresuró a salir del centro de comando, dobló la esquina y se paralizó. Había dos personas que se dirigían hacia ella. *Mantén la calma*, se dijo. *No hay ninguna regla que prohíba pasear a mitad de la noche.*

Sin embargo, a medida que el eco de las pisadas se hizo más fuerte, su corazón comenzó a latir desesperadamente en señal de alerta. Dos guardias, un hombre fornido de baja estatura y una mujer alta con expresión adusta, caminaban por el pasillo en uniformes de seguridad de la Flota Cuatra. *Saben lo que he hecho*. Orelia respiró profundo y trató de reprimir el pánico que crecía en su interior. *Ya has completado tu misión. No importa si no regresas a casa. No hay nada que ellos puedan hacer para cambiar esa realidad. Si mueres, morirás como una heroína.*

—¿Todo bien? —preguntó la mujer bruscamente.

—Sí, todo bien —dijo Orelia, orgullosa de que su voz no temblaba a pesar de su pulso acelerado —. No podía dormir, así que salí a dar un paseo.

—No tienes autorización para estar en esta parte de la estación —dijo el hombre.

—Me perdí un poco. Es posible que haya deambulado por ahí —dijo Orelia, esforzándose por sonar como una cadete indefensa y confundida de primer año en vez de una operativa altamente capacitada que no había más que estudiado mapas desde su llegada a la academia.

El hombre presionó algo en su enlace portátil, luego frunció el ceño mientras escuchaba una notificación que Orelia no podía oír.

—No traes puesto tu enlace portátil.

—Siempre me lo quito antes de dormir.

Sintió una tensión en el pecho mientras evaluaba cada paso que había tomado esa noche, rezando porque no hubiera dejado ninguna pista. Si la descubrían, no habría ningún juicio, ninguna oportunidad de abogar por su vida. La Flota Cuatra no podía dejar que nadie supiera que un espectro había logrado infiltrarse en la academia. La ejecutarían en secreto y destruirían la evidencia. Sería como si nunca hubiera existido.

Los guardias intercambiaron miradas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

—¿Qué sucede aquí? —Orelia volteó para ver a Zafir acercándose a ella.

Traía puesta una playera con pantalones holgados que colgaban de sus caderas, dejando al descubierto un pedacito de abdomen tonificado, y sus oscuros rizos estaban mojados.

El hombre miró fijamente a Zafir.

—Todo está bajo control. Por favor, avanza —dijo.

Claramente confundió a Zafir con un cadete.

Zafir le lanzó una mirada ilegible y el hombre se encogió un poco en su lugar.

—Soy instructor aquí y me gustaría saber qué hacen con mi estudiante.

Parecía tranquilo, pero había una pizca de frialdad en su voz que hacía que Orelia quisiera darse la vuelta.

—Tu estudiante circulaba por un área restringida a la mitad de la noche. Necesitamos hacerle algunas preguntas —dijo la mujer.

El momento había llegado, pensó Orelia. Miró a Zafir, esperando ver una expresión dura y llena de sospecha mientras la examinaba. Pero, para su sorpresa, Zafir fulminó a los guardias con la mirada y cruzó los brazos sobre su pecho, revelando músculos que Orelia no había notado.

—Yo me encargaré de esto. Pueden reanudar su patrullaje.

De pronto, la mujer reconoció al instructor que tenía enfrente y le lanzó una mirada de advertencia a su compañero antes de voltear a ver a Zafir.

—Perdón, no lo reconocimos —dijo, mirándolo fijamente—. Mil disculpas, teniente Prateek.

El hombre se sobresaltó al escuchar el nombre de Zafir y Orelia recordó lo que el chico de la clase de contraespionaje le había dicho: “supuestamente es aterrador”. Por lo general, no se sentía intimidada por Zafir, pero en este momento agradecía que su helada sonrisa no estuviera dirigida a ella.

Los guardias hicieron un saludo y continuaron su camino por el pasillo. Orelia suspiró por dentro, aunque hizo lo que pudo para ocultar su alivio.

—Perdón por todo este embrollo. No... No podía dormir.

Trató de mantener su voz ligera, pero era difícil imaginar que alguien no pudiera percibir la culpa que despedía su cuerpo y que enfriaba el aire como bruma.

—No estás en problemas —dijo él, su voz mucho más suave de lo que fue con los guardias—. ¿Estás bien? Ven, siéntate.

Señaló una banca que se encontraba frente a la pared e hizo un gesto para indicarle que lo acompañara mientras se sentaba.

—Es que no esperaba que los guardias fueran tan intensos —dijo Orelia.

Esa era otra mentira. Si los guardias silvanos hubieran descubierto a una persona no autorizada en una zona restringida, le hubieran disparado sin más.

—No te preocupes por ellos. Si te vuelven a molestar, avísame y me encargaré del asunto.

Asintió otra vez y tragó saliva. Cuánto deseaba *dejar* que Zafir se encargara de ello. Cuánto deseaba que su problema —la culpa que sentía por transmitir las coordenadas de la academia— fuera algo que él pudiera resolver con la misma brusquedad que había empleado para despedir a los guardias.

—¿Qué pasa? —dijo suavemente.

Dudó un momento, luego colocó su mano sobre el hombro de Orelia. Esta sensación desconocida la hizo ponerse rígida y él quitó la mano de inmediato. Pero la expresión comprensiva en su rostro no cambió.

—Extraño un poco mi casa —dijo Orelia.

Zafir sonrió.

—Eres de Lus, ¿verdad? Seguro extrañas el mar.

Orelia pensó en el bosque inundado al que iba para su acondicionamiento físico; cada mañana durante los veranos, entrenaba natación en ese lugar, inhalando el aroma de la sal y los pinos mientras tocaba los troncos de los árboles decorados con incrustaciones de conchas marinas.

Orelia asintió agradecida de que, al menos en esta ocasión, decía una verdad a medias.

—Me encanta nadar.

Extrañaba mucho la forma en que el agua sostenía su cuerpo y la hacía sentir a la deriva y protegida al mismo tiempo.

—A mí también. ¿Has visto el tanque oceánico? Está lleno de agua salada para que puedas flotar de muertito y mirar las estrellas. Es el único momento en que puedes olvidar que estás en el espacio.

—No lo he visto. ¿Está abierto para los estudiantes?

Justo ahora le encantaría zambullirse, para dejar que el agua le limpiara la culpa y la preocupación.

—Solo durante las sesiones oficiales de entrenamiento monitoreado. Pero si te presentaras una tarde en la que estoy ahí, prometo que me haré de la vista gorda. Tengo una debilidad por los lusianos. Trabajé con algunos de ellos durante mi último periodo de servicio.

—¿Extrañas estar en el campo de batalla? —preguntó Orelia, recordando lo que su compañero de clase le había dicho con respecto a que Zafir había renunciado a una carrera prometedora para dar clases.

—Sí lo extraño —dijo con un dejo de sonrisa, como si la pregunta le resultara algo cómica—. Me gusta dar clases, pero el contraespionaje puede ser difícil. No todos piensan de esa manera.

Su sonrisa se amplió.

—Aunque tú sí parece hacerlo. Tienes una habilidad extraordinaria para meterte en la mente del enemigo.

Su corazón comenzó a latir frenético, alertándola para que cambiara de tema, pero Orelia lo ignoró.

—¿Por qué crees que nos estén atacando? —preguntó.

Tenía que averiguar cuánto sabía Zafir. ¿En verdad creía que los silvanos habían atacado primero? ¿O acaso enseñaba esto a sabiendas de que eran puras mentiras?

—Aún no lo sabemos con exactitud, pero creo que la teoría predominante tiene sentido: que han agotado los recursos de su planeta volátil y buscan saquear el nuestro.

Su tono era ligero, pero había una pequeña sombra de miedo en sus ojos.

No conoce la verdad, pensó Orelia. ¿O acaso perpetúa *esa mentira*?

—Entonces, ¿por qué te retiraste del servicio activo? Parece que la flota te necesita más que nunca —dijo Orelia.

—No me retiré oficialmente, pedí licencia para ausentarme. La guerra contra los espectros va a depender tanto de la inteligencia como de las armas y la estrategia, así que quiero asegurarme de que la próxima generación de oficiales de inteligencia reciba el mejor entrenamiento posible.

Ella agradecía su franqueza. No había ningún alardeo, ni falsa modestia. Él sabía que era talentoso, pero en vez de buscar reconocimiento, había decidido acudir adonde podía ayudar más.

—¿Crees que es una tontería? —preguntó Zafir.

—No, creo que es noble. Lo que quieres no es tan importante como lo que los demás necesitan.

Orelia había aprendido esta lección a la mala, pero aun así la agradecía.

Zafir la observó con curiosidad durante un buen rato antes de hablar.

—Estoy de acuerdo —dijo quedamente.

Hubo otro silencio prolongado, pero no fue nada incómodo. Era un alivio saber que alguien más aquí veía las cosas como ella, aunque ambos estuvieran en caminos completamente distintos.

Zafir bostezó y estiró los brazos por encima de su cabeza.

—Creo que me voy a dormir —dijo, y luego le dio una palmadita en la rodilla.

Esta vez, Orelia no se alejó y, en cambio, se relajó debajo del reconfortante peso de la mano de Zafir.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, estaré bien —dijo Orelia, sintiendo un extraño chispazo de calor en el pecho.

Había algo en el rostro de Zafir que no había percibido en el de Arran aquella noche, cuando le preguntó a Orelia que si estaba bien. Algo más allá de la preocupación o la ternura.

—Qué bueno.

Se puso de pie y luego le dio la mano. Sin pensarlo, Orelia dejó que Zafir la ayudara a pararse, estremeciéndose un poco a medida que el calor de su mano se extendió por todo su cuerpo. Él le soltó la mano y, mientras caminaban por el pasillo, su piel no dejó de sentir un hormigueo.

Capítulo 18

VESPER

Ya no puedo hacer esto. Las palabras le palpitaban en la cabeza como un frenético pájaro enjaulado. *No puedo hacer esto.* Vesper sintió que el miedo y el pánico le congelaban el cuerpo, haciéndola cada vez más pesada al grado en que ya no podía moverse. Estaba parada en medio del pasillo, petrificada, a unas cinco puertas de distancia de la simulnave donde su escuadrón se congregaba para su segunda batalla. Hoy competirían contra el equipo de Brill y Vesper no podía soportar la idea de enfrentarse a ella tras una pérdida.

Después de su primera batalla, en la que no había logrado la asistencia gravitatoria, su desempeño había empeorado: cometía errores tontos y de principiante en cada sesión de práctica. Había estropeado un aterrizaje sencillo por entrar en el ángulo equivocado. Al día siguiente, no había ejecutado una maniobra de evasión básica lo suficientemente rápido, dejando que el enemigo destruyera su nave después de tan solo cuatro minutos de haber empezado el ejercicio.

Solo había una terrible explicación para ello: no tenía lo necesario para ganar.

Si su escuadrón volvía a perder, todo habría terminado. Su madre se lo había advertido: si su escuadrón no tenía un excelente desempeño en el torneo, sería casi imposible para Vesper permanecer en la academia.

Escuchó el eco de voces al final del pasillo detrás de ella y reconoció el retintín de la risa de Brill. Presa del pánico, Vesper sintió que se le cortaba la respiración y que su corazón se aceleraba. *No puedo respirar*, pensó. Trató de inhalar, pero algo le bloqueaba las vías respiratorias. Lo intentó otra vez, pero el oxígeno no alcanzaba sus pulmones.

Las voces detrás de ella se hacían cada vez más fuertes. *No puedo permitir que me vean así*, pensó a medida que el mundo le daba vueltas. Respirando con dificultad, llegó tambaleándose hasta el baño de mujeres y recargó la espalda sobre la pared, dejando escapar un largo suspiro mientras el silencio y la quietud la envolvían como un abrazo.

Su ritmo cardíaco disminuyó un poco, pero aún sentía comezón y calor en la piel. Respiró hondo una vez más, caminó hacia uno de los lavabos que se encontraban a lo largo de la pared y colocó sus manos debajo del grifo. El sensor detectó su temperatura corporal elevada e hizo un ajuste para contrarrestarla, enviando agua fría que Vesper salpicó sobre su cara con agradecimiento. A medida

que el pánico disminuyó, la acometió un temor helado que se extendió hasta lo más profundo de sus huesos, algo que el sensor nunca detectaría. Y en todo el sistema solar no existía un tipo de agua lo suficientemente caliente como para enjuagarlo.

Miró el reloj: cuatro minutos antes de que la batalla empezara. No podía hacerlo. No podía entrar ahí. Era mejor que su escuadrón perdiera porque su piloto no se había presentado que porque era un peso muerto que succionaba todo el oxígeno de la habitación.

El espejo reflejaba un rostro que apenas reconocía: ojos rojos, semblante grisáceo y expresión temerosa. Incluso si se saltaba esta misión, no podía regresar a la simulnave viéndose así. Buscó en sus bolsillos para ver si de casualidad traía su corrector facial; Vesper casi nunca se maquillaba para ir a la escuela, pero no podía enfrentarse a sus compañeros de clase con esa cara tan cansada y derrotada. Metió la mano más dentro en uno de sus bolsillos y sus dedos rozaron algo pequeño y macizo. Era la píldora que Frey le había dado, el polvo de Vega. *Te dará un empujoncito cuando necesites concentrarte*, le dijo.

Cerró los ojos e imaginó qué sentiría al tener la droga corriendo por sus venas, deshaciéndose de todas sus dudas y ansiedades. Sintió un hormigueo en los dedos cuando pensó en tomar los controles de la simulnave, en cómo su cerebro y sus músculos se moverían al unísono mientras conducía su nave a la victoria. Se imaginaba caminando por el pasillo con la cabeza en alto tras haber comprobado, de una vez por todas, que se merecía un lugar aquí.

No tengo nada que perder, pensó, acercando la píldora a sus labios. Todo lo que había escuchado sobre el polvo de Vega, todos los terribles efectos secundarios, no podían ser peores que este sentimiento de pánico constante, la sensación de que lentamente desaparecía.

—¿Qué demonios haces?

Vesper se dio la vuelta para encontrarse con Rex, apenas lo reconoció sin su sonrisa pretenciosa y arrogante. Él la miró confundido antes de que sus ojos se posaran sobre la píldora morada y su desconcierto se transformó en ira.

—Tírala —le ordenó.

La indignación se apoderó de ella. Si bien era cierto que él le había ganado el cargo de capitán, eso no le daba ningún derecho a decirle qué hacer fuera de la simulnave.

—¿Qué haces aquí?

—Estábamos *preocupados* por ti. Nuestra batalla comienza en menos de cinco minutos. Orelia y Arran me pidieron que viniera a buscarte. Vieron que te metiste aquí.

—¿Te lo pidieron a ti? ¿Que *tú* me buscaras en el baño de mujeres? —Vesper dijo incrédula mientras ambos caminaban hacia la puerta—. ¿Por qué no vino Orelia?

—Sabían que yo era el único que podía lidiar contigo.

—¿*Lidiar* conmigo? —Vesper escupió estas palabras.

No era alguien con quien tuvieran que *lidiar*, mucho menos un engréido devano. Alzó la mano a la altura de sus labios y abrió la boca, preguntándose qué deseaba más: la emoción de sentir los químicos en su sistema o la satisfacción de ver la expresión de sorpresa en el rostro de Rex.

—No seas ridícula.

Con unos pasos, él acortó la distancia entre ellos y la tomó de la muñeca.

—Suéltame —dijo Vesper, tratando de liberar su mano.

Él le sostuvo el brazo suavemente, pero con firmeza.

—No hasta que me des lo que traes en la mano.

Algo se desinfló dentro de ella y luego la invadió un cansancio abrumador.

—Está bien —dijo Vesper, abriendo su puño—. Al fin que no importa. Hubiera dado igual.

Rex tomó la píldora de su palma y la examinó.

—¿Polvo de Vega? ¿Es en serio, Vesper? ¿En qué pensabas?

Su voz había perdido el tono acusatorio.

—No... no puedo hacerlo.

No podía creer que estuviera diciendo esto en voz alta, en especial frente a Rex. Hasta hacía dos minutos, hubiera preferido desnudarse enfrente de toda la academia que admitir su fracaso.

—¿Hacer qué?

—Volar. Competir. Todo eso —Vesper sacudió la cabeza—. Les irá mejor sin mí. Fracagé durante la asistencia gravitatoria y no he hecho más que empeorar. Tenías razón. Sí llegué aquí pensando que sabía más que todos ustedes. Pero no era más que pura palabrería. No tengo lo necesario.

Rex se estremeció un poco y se dibujó en su rostro una expresión de dolor.

—Nunca debí haberte dicho eso. Lo siento.

—Pero es verdad.

—No lo es —afirmó Rex con una seriedad que Vesper nunca hubiera creído posible—. Solo lo dije porque estaba enojado conmigo mismo. Tomé la decisión equivocada. Fue mi culpa, no la tuya.

Respiró profundo y recuperó el conocido brillo travieso de su mirada.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero la verdad es que en tu peor día eres como diez veces mejor que la mayoría de la gente en un día normal. Volar contigo es como ver a un genio malvado en acción. Tu estrategia, tu concentración, tu capacidad de mantenerte cuatro pasos adelante de tu competencia... es impresionante. Y si soy honesto, algo aterrador.

A pesar de sí misma, Vesper sonrió.

—No pareces aterrado.

—¿Sabes qué sí me aterró? Verte con esa píldora. No sabes lo que te puede hacer. No sabes cuántas vidas he visto arruinadas por eso; vidas con mucho menos potencial que la tuya —sacudió la cabeza solemne—. Ahora, ¿ya podemos irnos, por favor? Orelia y Arran me matarán si no regreso contigo a tiempo.

Vesper levantó una ceja y lo fulminó con la mirada.

—¿Ves? Aterrador. Ahora, vamos. No puedo permitir que toda esa energía de genio malvado se desperdicie antes de la misión.

Rex colocó su mano sobre el brazo de Vesper y la guio hacia la salida. Para su sorpresa, se esperó hasta cinco segundos antes de quitarle la mano.

Capítulo 19

CORMAK

Cormak corrió por el pasillo motivado por una sensación de alegría que nunca antes había experimentado. Todavía no podía creer que hubieran *ganado*. Vesper y él se habían acomodado en sus sillas justo cuando las palabras “iniciar misión” habían aparecido en la pantalla y, a partir de ese momento, fue como si observara a otra chica. O más bien, como si observara a la chica que lo había impresionado durante su primera sesión de práctica. Su forma de volar fue intrépida y segura y, cada vez que volteaba a verla, sus ojos brillaban con una determinación feroz.

Se sentía más ligero de lo que se había sentido en semanas. Había transferido el dinero a la cuenta de Sol, quien más adelante le había confirmado que había reemplazado el expediente médico de Rex por el suyo antes de que los archivos se enviaran a la academia. Todo iba a salir bien. Por primera vez se permitió imaginar un futuro propio en este lugar. Como capitán de un escuadrón vencedor. Si mantenían el ritmo, Cormak podría convertirse en un *oficial* de la Flota Cuatra; el primero en la historia de Deva.

Para celebrar el primer triunfo del Escuadrón 20, la almirante Haze invitó a sus cuatro miembros a cenar esa noche. Era una cena formal en su comedor privado. Cormak planeaba ponerse su uniforme, ya que la única ropa que tenía además de eso eran algunas playeras andrajosas y un par de pantalones desgastados. Pero cuando Arran se enteró de su plan, le dijo a Cormak que podía pedirle prestado algo a Dash, como él lo había hecho. Por eso ahora iba camino a cenar con la almirante de la Flota Cuatra con el esmoquin del novio de Arran. Pensaba que usar traje lo haría sentir como un idiota, o lo que era todavía peor, como un fraude. Pero cuando evaluó su reflejo en el espejo por última vez, se sintió gratamente sorprendido. Se veía como un cadete prometedor, como alguien que merecía cenar con la almirante... Claro que no tan prometedor como para no perderse de camino a la cena. Cormak asumió erróneamente que el comedor de la almirante estaba cerca de su oficina, cuando en realidad se encontraba en un ala totalmente distinta de la academia.

—Dije que quiero ir al comedor de la almirante Haze —Cormak le murmuró a su monitor.

—*Los estudiantes no tienen permitida la entrada al comedor privado. Para obtener direcciones hacia el comedor, di comedor.*

—Descartar —dijo Cormak con un suspiro.

Para cuando llegó a la entrada, algo sudado y sin aliento, tenía diez minutos de retraso. Por suerte, solo dos personas esperaban en la habitación con paneles de madera: Orelia y Arran.

—El Escuadrón 20 se ve muy elegante esta noche —dijo Cormak, sonriendo mientras se acercaba a ellos.

Al igual que Cormak, Arran vestía un traje oscuro, y Orelia traía puesto un lindo vestido que hacía que sus ojos verdes se vieran casi color turquesa.

—¿Dónde está Vesper? ¿No ha pasado las últimas ocho horas burlándose de Brill, o sí?

—No estoy seguro, pero no será yo quien le diga que pare —Arran sonrió—. Todos estuvieron increíbles hoy. Bien hecho, capitán.

Cormak fingió demencia ante el cumplido, pero en el fondo también estaba muy orgulloso de su desempeño en la simulnav. Estaba aprendiendo cuándo tomar decisiones rápidas y cuándo dejarlas en manos de otros, cuándo empujarlos a que se esforzaran más y cuándo permitirles descansar.

Cormak miró alrededor del salón: reparó en los muebles con tallados complejos, en las lámparas de vidrio del color de las gemas y en los mapas antiguos del sistema solar. Todo en estos objetos se sentía exagerado y ridículo, pero aun así aceptó una bebida de un asistente que pasaba por ahí, y luego tomó de otro asistente un aperitivo que olía delicioso. Tenía que admitir que prefería estar en el salón más quisquilloso de la academia que en Deva.

La puerta se abrió con un silbido y Cormak se enderezó el saco, esta era su oportunidad de causar una buena impresión en la almirante. Sin embargo, en lugar de la almirante Haze, Vesper entró sola. Traía puesto un largo y brillante vestido azul oscuro, el color que Cormak asociaba con el cielo nocturno en aquellos planetas en donde realmente podías ver las estrellas. No sabía qué diablos era esa tela, pero se ceñía a su cuerpo alto y musculoso de una manera que enfatizaba las curvas que normalmente se ocultaban debajo de su uniforme, aunque para Cormak eso no importaba. Cuando crecías en un planeta donde solo podías salir al exterior con overoles, te volvías un experto en identificar a las chicas de buen cuerpo en ropa informe. Pero había algo en Vesper. Cuando estaba en la simulnav, con la mirada encendida y las manos moviéndose a la velocidad de un rayo por encima de los controles, te olvidabas de sus otros atributos.

Cormak tomó otra copa de la charola del asistente y se la llevó a Vesper.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, ofreciéndole la bebida.

—Mejor. Bien —asintió—. En realidad, muy bien.

Miró hacia el sillón donde conversaban Arran y Orelia y bajó la voz.

—Gracias por ayudarme antes de la misión. No sé en qué diablos pensaba.

—No te preocupes. Todos perdemos la cabeza de vez en cuando... Aunque debo admitir que fue *mucho* más divertido ver cómo sacabas a Brill de sus casillas.

La batalla de hoy había sido una misión de combate cuyo objetivo era destruir la base del enemigo sin descuidar la propia. Vesper había hecho que Brill cayera en varias trampas al comenzar, al parecer un patrón estándar de ataque para luego cambiarlo por completo en el último minuto. Pero lo mejor de todo era que Vesper parecía haberle leído la mente a Cormak en todo momento: cuando éste daba una instrucción que consideraba brillante e inspiradora, se daba cuenta de que ella ya la estaba ejecutando. En todo momento, ella estaba dos pasos delante de él. Para Cormak, ser más inteligente que todos era una cuestión de supervivencia y, por suerte, no había conocido a mucha

gente que le siguiera el paso. Era extrañamente satisfactorio, aunque un poco molesto, sentir que alguien estaba tan conectado con sus pensamientos. Era como un baile, ¡sí! Siempre y cuando tu pareja estuviera armada hasta los dientes con catorce mitones de explosivos.

Se preparó para recibir su comentario mordaz, para que le dijera que sacarlo de sus casillas era mucho más divertido. Pero, en vez de eso, Vesper sonrió; una verdadera sonrisa que nunca le había visto.

Quiero que me mire así todo el tiempo, pensó Cormak un poco sorprendido por esta inesperada sensación. Nunca había tenido mucho tiempo para salir con chicas, pero las que frecuentaba en Deva casi siempre eran chicas relajadas, de trato fácil, que no exigían más energía o atención de la que les podía dar. Sin embargo, aunque Vesper no era de trato fácil, su intensidad no era agotadora. Había algo eléctrico en ella que hacía que todo fuera más emocionante.

—Una disculpa por hacerlos esperar.

Cormak se dio la vuelta para ver cómo la almirante Haze entraba con gracia a la habitación en un vestido de gasa negro que la hacía ver mucho más intimidante que de costumbre.

—Muchas gracias a todos por acompañarme esta noche. ¡Y felicidades por su gran triunfo!

Cormak miró a Vesper por encima de su hombro. Se le borró la sonrisa que acababa de ver y adquirió una expresión más rígida y cautelosa.

—Madre, ¿puedo presentarte a mis compañeros de escuadrón? Ella es Orelia, inteligencia, Arran, tecnología, y nuestro capitán, Rex.

—Es un placer conocerlos a todos —dijo la almirante Haze, sonriéndole a cada uno de ellos hasta posar su mirada en Cormak—. Me da gusto que estés aquí, cadete Phobos. Por lo que he escuchado, estuviste a punto de quedarte en Deva.

—Sí, me retrasé inesperadamente.

Cormak le sonrió con timidez, como solía hacerlo cuando quería pagar la renta unos días después de la fecha límite o convencer a un hastiado piloto de carga de que extrajera un poco de combustible para ponerlo en su tanque.

Pero esto no pareció tener el mismo efecto en la almirante.

—Rex necesita mejorar sus primeras impresiones —dijo Vesper para ayudarlo.

Vesper contuvo una sonrisa, pero no fue capaz de extinguir la chispa de diversión en sus ojos.

—Mejora después de tratarlo un poco más.

—Estoy segura de que es cierto —dijo la almirante con una sonrisa propia, pero en un tono que Cormak no podía descifrar—. Ahora, por favor, síganme: me han informado que la cena está lista.

Sin volver a mirar a Cormak, se dio la media vuelta y salió de la sala de espera acompañada por su largo vestido, que fluía tras de ella.

El comedor de la almirante era considerablemente más pequeño que el salón donde comían los cadetes, pero mucho más decorado. Había un enorme candelabro que colgaba del techo cuyos cristales resplandecientes se asemejaban a las acicaladas chicas de Tri en sus vestidos elegantes. Cuando tomó asiento, Cormak casi esperaba que el candelabro le susurrara algo sobre los mugrientos pobladores.

Dos asistentes recorrieron la mesa a la velocidad de un rayo para llenar sus copas de un líquido gaseoso que Cormak no podía identificar.

—Unidad y prosperidad —dijo la almirante Haze, alzando su copa mientras pronunciaba el brindis tradicional de la Flota Cuatra.

—Unidad y prosperidad —respondieron los cadetes.

Todos chocaron sus copas; Cormak lo hizo con tanto entusiasmo que acabó por derramar un poco de líquido en la manga de su traje prestado.

—Perdón —le dijo Cormak a Arran mientras usaba su servilleta para limpiarse.

Mientras comían el primer tiempo, una sopa de color azul inesperadamente dulce pero extrañamente apetitosa, la almirante Haze les hizo preguntas sobre sus antecedentes, su trabajo escolar y sus planes para el futuro. Con cortesía, le preguntó a Orelia sobre su crianza en Lus y pareció impresionarse cuando Arran mencionó que aprendía el dialecto cirilia de forma autodidacta.

—¿Y qué hay de ti, Rex? —preguntó la almirante Haze, colocando su cuchara sobre la mesa y mirándolo con expectación—. Me imagino que te alegró mucho conseguir la posición de capitán. ¿Siempre te consideraste un líder?

Cormak por poco se atragantó con su sopa azul. Tragó saliva y luego tartamudeó:

—No... no exactamente.

A menos que para ella la palabra “líder” significara “repartidor para uno de los criminales más buscados en el sistema solar”.

—Obtuviste la posición de capitán por encima de Vesper, así que debiste demostrar algunos talentos especiales en el examen de aptitud y tengo mucha curiosidad de saber cuáles son.

Hizo una pausa en la que permaneció pensativa mientras que, de reojo, Cormak vio que Vesper se tensaba.

—¿Eras capitán de algún equipo deportivo en Deva?

—No —dijo con una sonrisa.

—¿Fuiste presidente de alguna sociedad en la escuela?

—Mi escuela en realidad no tenía *sociedades* —dijo mientras Arran y Orelia se miraban con nerviosismo.

—Es una pena, aunque seguro aprovechaste todo el tiempo libre que tenías para estudiar. ¿Obtuviste algún premio especial?

Por un momento Cormak consideró apropiarse de los premios de Rex, pero decidió que era mejor no hacerlo para que no descubrieran que mentía.

—No. Admito que no hice mucho para distinguirme hasta que presenté el examen de ingreso a la academia.

La almirante Haze le ofreció una sonrisa tensa.

—Eso hace que tu nombramiento como capitán sea mucho más extraordinario, ¿no crees?

Cormak se movió un poco en su silla incómoda. Siempre le había enorgullecido saber qué decir en situaciones tensas, pero, en el pasado, eso casi siempre había involucrado a una fastidiosa familia rica, a negligentes traficantes de agua y a polis apáticos. La almirante Haze estaba en otra categoría.

Pero antes de que pudiera responder, Vesper se manifestó.

—Rex es un capitán increíble. Nunca he conocido a alguien con tan buenos instintos.

Arran y Orelia acompañaron a Vesper con alabanzas similares.

Cormak apenas tuvo tiempo de absorber las amables palabras de sus compañeros de equipo

cuando la almirante Haze continuó:

—¿Ah, sí? —levantó una ceja en dirección a Cormak—. Dime, entonces, ¿por qué crees que te nombraron capitán?

Cormak había tenido suficiente.

—Perdón, pero, ¿acaso estoy siendo enjuiciado? —preguntó, incapaz de controlar el tono de su voz.

—Calma, cadete Phobos —dijo la almirante Haze.

—Es un poco difícil mantener la calma cuando está cuestionando todo acerca de mí —dijo Cormak.

La almirante Haze lo miró con dureza.

—Solo intento conocerte un poco mejor.

Eso es lo que afirmaba la almirante Haze, pero Cormak sabía la verdad. No podía creer que un *devano* le hubiera ganado el puesto de capitán a su hija. Sintió una mezcla de ira e indignación en el pecho. Haze no tenía ni idea de lo que era ser un devano. No sabía cuánto se habían esforzado él y Rex para sobrevivir después de la muerte de sus padres. Cómo los turnos de treinta y seis horas de Rex y las infinitas entregas de Cormak a lo largo del desierto no siempre eran suficientes para mantener el hambre persistente bajo control.

No podía hacerlo. Se rehusaba a quedarse ahí sentado y escuchar toda esa mierda, al carajo con la almirante. Dobló su servilleta con cuidado, la colocó sobre la mesa, empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Tendrán que disculparme. De pronto no me siento muy bien. Buenas noches, almirante —dijo con rigidez.

Sin esperar una respuesta, se dio media vuelta y salió del salón, ignorando las miradas horrorizadas de Arran y Orelia, y la expresión de dolor de Vesper.

Capítulo 20

ARRAN

—Creo que deberíamos irnos —gritó Arran mientras su voz rebotaba en la oscura y cavernosa cámara de gravedad cero—. ¡Vamos a llegar tarde a la cena!

Dash y él habían estado estudiando en la biblioteca, pero Dash se había impacientado e insistido en que necesitaban flotar en la gravedad cero para “aumentar el flujo sanguíneo a sus cerebros”.

Aunque Arran tenía que entregar un importante trabajo de historia al día siguiente, no se había resistido mucho. Desde su conversación con Pond le costaba trabajo relajarse cuando estaba con Dash y la biblioteca comenzaba a sentirse mal ventilada. Sabía que la advertencia de Pond era ridícula, sin embargo, Arran no podía deshacerse de la semilla de incertidumbre que se enraizaba en su mente. Quizás, a pesar de que Dash afirmaba sentirse horrorizado por las creencias de su padre, desechar sus enseñanzas resultaba más difícil de lo que imaginaba. Eso explicaría por qué, a pesar de todo el tiempo que pasaban juntos y su innegable química, Dash aún no daba el primer paso.

—¡Cinco minutos más! —gritó Dash en respuesta.

Arran soltó una mano de la agarradera para flexionar sus dedos entumidos. Comenzaba a desplazarse a lo largo de la pared hacia la salida, pero al parecer Dash aún flotaba en alguna parte del oscuro salón.

—Ya casi perfeccioné el arte del cuádruple salto mortal.

En el transcurso de una hora habían practicado diferentes movimientos, riendo cada vez que chocaban o cuando golpeaban la pared acolchada, pero ahora Arran tenía hambre y estaba listo para irse.

—Ándale. Si llegamos tarde, nos perderemos las entradas.

Aún no entendía por qué los asistentes estaban programados para *tirar* comida en lugar de servírsela a quienes llegaban tarde.

Dash dejó escapar un grito de alegría y, en la luz tenue, Arran podía verlo girar en el aire. Se escuchó un ruido sordo cuando Dash golpeó la pared junto a Arran. Entre risas trató de sujetarse a alguna de las agarraderas, luego rozó el brazo de Arran mientras buscaba de dónde sujetarse.

—Sabes, hay cosas mucho más importantes que la comida.

Normalmente, cuando Dash decía cualquier cosa en ese tono sugerente, Arran sentía que todo su

cuerpo temblaba, pero esta vez se apartó un poco a medida que una imagen apareció en su mente. Su madre, pálida y demacrada, forzando una sonrisa mientras lo alentaba a que se comiera una porción de su cena.

—No tengo mucha hambre, mi dulce copo de nieve, tómala.

Al percibir que algo no andaba bien, Dash colocó su mano libre sobre el brazo de Arran.

—¿Qué tienes? ¿Qué hice?

—No es nada —Arran sacudió la cabeza—. Es solo que... quisiera que no te burlaras de mí por no querer perderme la cena.

Aun en la oscuridad pudo notar el cambio en la expresión de Dash.

—Perdóname. Soy un idiota —dijo Dash, dándole un ligero apretón en el brazo—. Tienes razón. Deberíamos ir a cenar.

—No eres ningún idiota —dijo Arran y se estremeció por el contacto con Dash—. Un idiota no podría perfeccionar un *cuádruple salto mortal*, ¿o sí?

Pero su intento por aligerar el ambiente no sirvió de mucho.

—¿Sabes algo? Nunca has hablado sobre tu vida en Chetire —dijo Dash en voz baja.

—No, porque era aburrida —Arran forzó una sonrisa—. Hacía frío. Estudiaba mucho. Éramos bastante pobres, al igual que la mayoría de la gente. Y ahora, las cosas son distintas. Aunque pasarán al menos tres años para que empiece a ganar un sueldo de la Flota Cuatra, la tienda de ultramarinos ya le ha aumentado la línea de crédito a mi mamá. Por primera vez, también va a tener suficiente comida para alimentarse bien.

Esperaba que Dash sonriera ante esta buena noticia, pero su expresión se volvió más grave.

—Lo siento mucho, Arran. No tenía ni idea.

—No es tu culpa —dijo.

Pero en cuanto dejó escapar esas palabras, un silencio pesado llenó el espacio entre ellos. Sabía que ambos pensaban en lo mismo. Si dependiera de Larz Muscatine, Arran *nunca* habría sido aceptado en la academia. Habría pasado el resto de su vida en Chetire, rompiéndose el lomo en el trabajo mientras su madre se marchitaba poco a poco.

—¿Qué hay de tu padre? —preguntó Dash con dulzura.

—Murió en un accidente minero cuando yo era muy pequeño. El túnel en que se encontraba colapsó y... —Arran calló por un momento. Hacía tanto tiempo que no hablaba sobre su padre, que era difícil reunir las palabras—. Él y su equipo se encontraban a gran profundidad. Nadie ni siquiera trató de rescatarlos. Los abandonaron a su suerte y murieron.

Dash guardó silencio un buen rato.

—Eso es horrible —dijo, y le dio otro apretón en el brazo—. En verdad, lo siento muchísimo.

—Eso sucede mucho en Chetire. Casi la mitad de los chicos en mi escuela habían perdido a uno de sus padres.

—Eso es terrible —Dash sacudió la cabeza—. No puedo creer que nunca hablemos sobre cosas así en Tri. Siempre es algo como: “escriban un ensayo sobre la importancia de las exportaciones chetrianas”, en vez de “discutan todas las maneras en que los tridianos le hacen la vida miserable al resto del sistema solar”.

—¿Ves lo que hiciste? —dijo Arran, dándole un golpecito en el brazo—. Me obligaste a hablar

sobre mi niñez y ahora ya arruiné el ambiente.

Dash negó con la cabeza.

—Eres incapaz de arruinar algo, 223.

—¿Sabes una cosa? Tú tampoco hablas sobre tu infancia.

—Porque la mía también fue bastante aburrida. Era rico. El clima era agradable. Mi papá era un pendejo. Y básicamente, eso es todo.

Era la primera vez que Dash mencionaba a su padre desde que Arran lo había confrontado la noche del baile.

—Dijiste que ya no hablas con él. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace unos meses. Mi papá quería que empezara a dar discursos en sus mítines, que fuera “la voz de mi generación” o una mierda así. Y le dije que no podía. Ni siquiera que no quería, sino que era físicamente incapaz de pararme en un escenario a escupir mentiras llenas de odio. Como te podrás imaginar, eso no le cayó muy bien que digamos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Arran en un tono dulce pero firme, a pesar de que el corazón le latía a mil por hora.

—Me dijo que era un traidor, que me lavaron el cerebro y que no podía siquiera mirarme.

Dash habló con naturalidad, pero había algo en su expresión que hizo que a Arran le doliera el pecho. Trató de imaginar a su madre diciéndole algo así, pero no pudo. Simplemente, era imposible.

—¿Te corrió de la casa?

—Ya me habían aceptado en la academia, por lo que básicamente nos ignoramos hasta que me fui. Me dijo que si me iba nunca me volvería a hablar.

—¿No estaba orgulloso de que te hubieran aceptado? —preguntó Arran, confundido. Por lo que veía, la mayoría de los chicos de Tri se preparaban durante toda su vida para presentar los exámenes de admisión a la academia.

—Estaba orgulloso hasta que se enteró de la integración de la academia. No quería que su hijo formara parte de un “delirante experimento social”. Esas fueron sus palabras, no las mías.

La pregunta que Arran había intentado ignorar por varias semanas al fin salió a la luz.

—¿Qué diría si se enterara de que te juntas conmigo?

Una sonrisa traviesa cruzó el rostro de Dash.

—Estaría furioso.

—¿Y eso no te molesta?

Sabía que Dash estaba totalmente en desacuerdo con la política de su padre, pero aun así, era su padre.

—No, no me molesta —dijo Dash, retomando su tono serio de antes.

—¿Por qué?

Dash soltó la agarradera y flotó hacia Arran hasta que sus cabezas prácticamente se tocaron.

—Porque...

Dash guardó silencio un segundo, su respiración le hacía cosquillas al rostro de Arran. Después se acercó más y sus labios tocaron los de Arran.

Aunque Arran había imaginado este momento miles de veces, fue tanta su sorpresa que su cerebro casi hizo corto circuito y, por unos segundos, apenas pudo moverse. Una corriente eléctrica le

recorrió todo el cuerpo, eclipsando todo pensamiento excepto por la sensación de los labios de Dash sobre los suyos. Arran se sujetó a la agarradera de la pared con una mano, abrazó a Dash con su otro brazo y lo besó. Cada vez que sus labios rozaban los de Dash, una nueva corriente le atravesaba el cuerpo. Nunca había experimentado algo parecido. Distráido, sintió que empezaba a flotar lejos de la pared y se sujetó con más fuerza a la agarradera y a la cintura de Dash, sus dedos tocaban la piel expuesta entre la parte superior de sus pantalones y el dobladillo de su playera. Dash inhaló con fuerza, de nuevo haciéndole cosquillas al rostro de Arran.

Un momento después flotaban en el aire, aún besándose y sujetándose el uno al otro. Solo dos pensamientos permanecían en la mente de Arran: el sargento Pond no tenía ni idea de lo que hablaba y este era el mejor momento de su vida.

Capítulo 21

ORELIA

Zuzu bostezó y miró el reloj.

—Oh, Antares. No sabía que era tan tarde. ¿Por qué me dejaste hablar tanto?

—Perdón, ¿qué dijiste? —preguntó Orelia.

Orelia había pasado el día como en un sueño, consumida por una mezcla de emociones encontradas. Aunque había completado su misión con éxito, sentía que el miedo lentamente se apoderaba de ella.

Todo empeoraba en el silencio de su habitación, así que al regresar de la cena optó por sentarse en el sillón con Zuzu mientras su compañera de cuarto describía, con lujo de detalles, su más reciente interacción con Rex. Zuzu había conversado con él durante diez minutos en la sala común ese mismo día, un acontecimiento que al parecer requería de tres horas de análisis. Normalmente, a Orelia esta recapitulación le habría parecido una pérdida monumental de tiempo, pero ahora agradecía la distracción. Prefería escuchar el inocente parloteo de Zuzu que el refrán que hacía eco en su cabeza cuando se encontraba a solas. *Todos los que están aquí morirán por tu culpa.*

—La historia era interesante —dijo Orelia, mintiendo a medias.

Las preocupaciones que le habían parecido tan triviales al llegar a la academia —qué ponerse, quién le gustaba a quién, ahora comenzaban a intrigarla. Así era la vida para aquellas personas que podían tener amigos, enamorarse, sufrir una ruptura amorosa. Todas las cosas que a Orelia le fueron negadas para asegurárselas a miles de otros silvanos. Porque en algún lugar, a años luz de distancia, una chica silvana le abría el corazón a *su* amiga, contándole sus sueños de un futuro que nunca se concretaría si los silvanos no evitaban que los cuatranos destruyeran su hogar.

—Eres pésima mintiendo —le dijo Zuzu con una sonrisa.

No tienes ni idea, pensó Orelia.

Zuzu bostezó otra vez, luego se puso de pie y estiró los brazos por encima de su cabeza.

—Me voy a ir a acostar. ¿Vas a estudiar un rato?

Orelia asintió. Al menos, iba a fingir que estudiaba. Haría cualquier cosa por evitar irse a la cama y quedarse sola con sus pensamientos. Después de que Zuzu se despidiera y entrara en su habitación, Orelia abrió el archivo que contenía su tarea de cálculo, pero tras unos minutos de observar las

ecuaciones fijamente, el corazón comenzó a latirle con fuerza. No podía quedarse ahí sentada, rodeada de los cuatranos que dormían plácidamente y a quienes había sentenciado a muerte.

Recordó lo que Zafir le había dicho sobre el tanque oceánico, en donde podías flotar de muertito y mirar las estrellas, para olvidarte de que estabas en el espacio. Eso era justamente lo que necesitaba ahora. Los cadetes tenían prohibida la entrada fuera del horario de clases, pero, dado que ya cometía espionaje, resultaba absurdo preocuparse por infracciones tan triviales.

No tuvo problemas para encontrar el tanque oceánico que se ubicaba cerca de la alberca donde habían tenido una sesión de entrenamiento acuático la semana anterior. Tras varias semanas de merodear por la academia de noche, conocía muy bien cada rincón del lugar.

Desde el momento en que entró, Orelia supo que había tomado la decisión correcta. El único sonido que se escuchaba era el suave chapoteo de agua, el choque de pequeñas olas. Respiró hondo y sonrió a medida que su nariz se llenaba del reconfortante aroma de la sal en vez del cloro.

Se quitó el uniforme y lo dejó en un montoncito sobre el suelo, revelando el traje de baño provisto por la academia que llevaba puesto debajo. A medida que sus ojos se ajustaron a la oscuridad se acercó a la orilla de la alberca, se detuvo en el borde sin saber con certeza si era profunda como para echarse un clavado.

Luego, otro sonido alcanzó sus oídos: el chapoteo silencioso de un nadador experimentado que se movía en el agua. Sorprendida se asomó a la alberca, pero el tanque estaba demasiado oscuro como para ver algo con claridad.

—¿Hola? —gritó alguien.

La voz era grave y silenciosa, y por un momento Orelia no pudo descifrar de dónde venía. El eco de las palabras y el agua se mezclaban, rodeándola por todos lados.

—¿Zafir? —el nombre se le escapó antes de que tuviera tiempo de detenerse—. Digo, ¿teniente?

—Sabes que me puedes decir Zafir —respondió con un asomo de sonrisa en la voz.

Apenas podía ver el contorno del instructor que nadaba hacia ella.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó Orelia mientras jalaba los tirantes de su traje de baño, pues no le cubrían el pecho como ella hubiera querido.

—Fue una corazonada —sonaba más entretenido que sorprendido de encontrarla ahí—. Deberías meterte.

Orelia vaciló. Sin duda, el experto en contraespionaje detectaría la nube de vergüenza que flotaba encima de ella. Y, sin embargo, tenía tantas ganas de echarse al agua... de satisfacer esa necesidad que experimentaba casi como un dolor físico.

—Okey —dijo Orelia, poniéndose de pie.

—Espera. Déjame apagar las olas. Pueden ser un poco intensas al principio.

A pesar de la ansiedad que le revolvió el estómago, Orelia sonrió al preguntarse qué pensaría Zafir si alguna vez la viera nadar en Silván, donde tenía que esquivar las olas de más de seis metros que golpeaban el malecón durante la primavera.

Apenas pudo distinguir su figura ensombrecida cuando salió de la alberca, se ató algo a la pierna y se alejó. Unos momentos después, el sonido de las olas disminuyó y Zafir regresó. La única luz en la habitación provenía de las estrellas que brillaban débilmente en lo alto. A medida que los ojos de Orelia se ajustaron más a la oscuridad, comenzó a fijarse en los detalles. El brillo de las estrellas en la

pierna de titanio de Zafir mientras se acercaba a la alberca. La firmeza de sus músculos. La expresión apacible en su rostro, muy lejos de la intensa mirada que tantos cadetes temían.

Recargado sobre su pierna derecha, Zafir se quitó la prótesis. Esto no pareció afectar en nada su equilibrio porque, sin vacilar, levantó los brazos sobre su cabeza, se agachó por un momento y luego saltó por los aires, su cuerpo creó un elegante arco antes de entrar en la alberca casi sin salpicar. Unos segundos después, salió a la superficie y se quitó el cabello mojado de los ojos.

—Okey —dijo, manteniéndose a flote—. Todo listo.

Orelia contempló echarse un clavado, pero optó por sentarse en la orilla y meterse al agua poco a poco. Ella dejó escapar un suspiro apagado a medida que el agua la iba envolviendo en un cálido abrazo, luego se sumergió y dio unas vueltas. Emergió momentos después y sonrió, disfrutando de la sensación de ingravidez que, para su decepción, no era una parte normal de vivir en el espacio.

Zafir flotaba de muertito, tal y como le dijo que le gustaba hacerlo. El agua tenía tanta sal que apenas necesitaba moverse para mantenerse a flote. Sus extremidades casi inmóviles brillaban y los ojos de Orelia se posaron sobre su pierna izquierda, la cual acababa debajo de su rodilla.

—¿Cómo perdiste la pierna? —preguntó con curiosidad.

Zafir la miró sorprendido y Orelia se percató de su error.

—Perdóname, eso fue un poco grosero de mi parte.

Se alivió al verlo sonreír.

—No te preocupes. En realidad, tu pregunta es una bocanada de aire fresco. Casi todos tienen miedo de hacerla. Me encontraba en una base militar cerca de Hángard durante el último ataque.

Su tono casual no era diferente al que usaba en clase cuando comparaba distintas técnicas para descifrar códigos. Sin embargo, sus palabras estremecieron a Orelia. Durante años, había escuchado hablar sobre los exitosos ataques contra los cuatranos, pero en todo ese tiempo nunca pensó en los objetivos destruidos ni en *quién* estaría dentro de ellos. Había venido a la academia para ayudar a su gente a destruir a los cuatranos, pero, entre más se acercaba a su meta, más se cuestionaba si en realidad hacía lo correcto.

—Debió haber sido una experiencia aterradora —dijo Orelia.

Aunque el rostro de Zafir era apacible, ella sintió que el fantasma del miedo y el dolor lo rondaban cuando resurgían los recuerdos.

Algo en su expresión cambió.

—Lo fue —dijo en voz baja—. No hablo mucho al respecto, pero... —se interrumpió a sí mismo, sonriendo mientras sacudía la cabeza—. Perdón, estoy siendo un poco ridículo.

—No creo que seas ridículo.

Si a esas iban, la ridícula era *ella*, nadando a medianoche con uno de los oficiales de contrainteligencia más famosos de la Flota Cuatra, un hombre que dedicaba su vida a proteger al sistema solar de los silvanos. De gente como ella. Sin embargo, por alguna razón, ella se sentía más cómoda cuando platicaba con él que con Zuzu o con cualquiera de sus compañeros de escuadrón. Aunque sus motivos eran diametralmente opuestos, ambos sabían lo que era dedicar tu vida a aquello en lo que creías.

—Creo que eres valiente.

Estuvo callado durante tanto tiempo que Orelia se preguntó si la habría escuchado, pero por fin

rompió el silencio.

—Nunca le creo a la gente cuando me dice eso. Siempre suena como si leyera algo salido de un guion.

—Perdón —dijo ella rápido—. No era mi intención...

Orelia guardó silencio por un momento.

Con un par de poderosas brazadas, él acortó la distancia entre ellos.

—No —negó con la cabeza—. Me refiero a que esas palabras suenan distintas viniendo de ti. Sigo pensando en lo que dijiste en el pasillo aquella noche: “lo que quieres no es tan importante como lo que los demás necesitan”. Estoy de acuerdo contigo. Hacía mucho tiempo que no hablaba con alguien que entendiera lo que es el verdadero...

Zafir dejó de hablar mientras fijaba su vista en algo en la oscuridad.

Orelia nadó para acercarse más a él, atraída como un imán.

—Sacrificio —susurró ella.

Él respiró profundo, luego cambió su mirada para verla a los ojos.

—Sí.

Su rostro estaba tan cerca, que Orelia podía sentir su aliento sobre la cara.

—Aunque, en este momento, daría lo que fuera por no haberme convertido en maestro.

—¿Por qué? —preguntó ella mientras su corazón se aceleraba.

Él sacudió la cabeza, lanzando gotas de agua al aire.

—No me hagas caso. Me estoy comportando como un idiota. Esto fue un error.

—Perdón —dijo ella, dando unas cuantas brazadas de dorso—. Te dejaré solo.

Él se estiró para tomarla de la muñeca, jalándola hacia él con suavidad.

—No, Orelia —su rostro estaba tan cerca al de ella que podía sentir su respiración en la piel—. Solo me refería a que...

Zafir colocó su otra mano a un lado del rostro de Orelia, levantándole el mentón. Antes de que Orelia tuviera tiempo para preguntarse qué hacía, su boca tocó la de ella. En un principio, sus labios rozaron los de ella con ligereza, más como un susurro que como un beso. Hasta podía creer que se lo había imaginado, excepto por la electricidad que le recorría el cuerpo. Pero luego volvió a besarla y, esta vez, no había forma de imaginarlo. Sus labios se entreabrieron y sintió un escalofrío a medida que su mano se deslizó por su espalda, acercándola más a él. Sentía como si se diluyera en él, como si no hubiera nada que le impidiera derretirse en el agua excepto por la presión de su mano sobre su espalda, y el calor de sus labios.

—¿Estás bien? —le preguntó, separándose solo lo necesario para susurrarle al oído.

El corazón de Orelia latía tan rápido que apenas podía hablar.

—Sí —dijo, con la respiración entrecortada.

Y por primera vez desde su llegada a la academia, era cierto.

Capítulo 22

VESPER

—Un disparo más y estarán fritos —dijo Vesper sonriendo en dirección a la pantalla de la simulnave que mostraba una nave espectral con severos daños.

—¿Fritos? —repitió Arran sin quitar la vista de su panel de control, donde se ocupaba de calcular cuánto combustible necesitarían para regresar a la base.

—¿No sabes lo que es estar *frito*? —dijo Vesper incrédula mientras hacía que la nave de ataque cayera en picada para esquivar una última ronda de fuego cruzado—. Es algo que antes estaba en buenas condiciones y ahora está... frito.

Se encogió al notar su torpeza y se preparó para escuchar la respuesta burlona de Rex. En el transcurso de las últimas semanas, las bromas se habían convertido en un patrón establecido durante las prácticas de su escuadrón, algo que, aunque nunca lo admitiría, ahora era una de sus partes favoritas de las prácticas.

—Sé lo que es estar frito —dijo Arran tras poner los ojos en blanco—. Es solo que no tenemos esa expresión en Chetire.

—*Es algo que antes estaba en buenas condiciones y ahora está frito* —gritó Rex a sus espaldas, tal y como lo esperaba—. Es un placer ver cómo funciona ese famoso intelecto tridiano. Verdaderamente deslumbrante.

Vesper sonrió y agradeció que Rex no podía verla.

—¿En qué prefieres que me concentre? ¿En describir lo que implica estar frito? ¿O en destruir la nave espectral y ganar esta batalla?

Incluso sin mirarlo, Vesper podía imaginar que Rex fingía tomar en cuenta su pregunta, frunciendo el ceño con seriedad.

—Creo que es importante que un piloto pueda hacer varias cosas a la vez.

—Estoy segura de que puedo volar y quitarte esa sonrisa con una bofetada al mismo tiempo. ¿Lo intento?

—¿Cómo sabes que sonríe? —preguntó Rex—. Podría estar a punto de llorar y tú ni enterada. Acabas de hacer una amenaza muy seria.

Porque conozco tus expresiones tan bien como el motor de esta nave.

—Porque eres aburrido y predecible —le gritó en respuesta.

—A ver, ustedes dos —dijo Arran con más afecto que molestia—. Aún no hemos ganado esta batalla. Todos debemos concentrarnos. Vesper, tenemos que lanzar ese último misil en los próximos dos minutos o se nos va a acabar el combustible antes de que regresemos a la base.

—Entendido y anotado —dijo Rex en su entretenida e irritante voz de “capitán”—. Orelia, ¿hay alguna otra nave enemiga en la zona? —hizo una pausa—. ¿Orelia?

Vesper miró por encima del hombro a su oficial de inteligencia, quien veía la pantalla con una expresión distante. Por fin, Orelia sintió la mirada de Vesper y parpadeó.

—Perdón —dijo, y volteó la mirada hacia su panel de control—. No... no hay nadie más en la zona.

—Okey. Vesper, acaba con ellos.

Un minuto después, la pantalla de la simulnave se cubrió de llamas provenientes de la nave espectral. Vesper alzó los brazos en señal de victoria y se dio la vuelta para mirar a sus compañeros de escuadrón.

Orelia permaneció sentada pero ambos chicos brincaron de sus sillas. Arran gritó de emoción y trató de felicitar a Orelia, mientras que Rex le sonrió a Vesper.

—Bien hecho, piloto.

Luego Rex la abrazó y Vesper sintió que una corriente de electricidad le recorría todo el cuerpo. Sorprendida, se apartó un poco.

—Perdón —le dijo Rex y dio un paso atrás.

—No, está bien —dijo ella rápido, arrepentida de la expresión de vergüenza que adquirió el rostro de Rex—. Es que estoy... sudada.

—Lo sé —dijo a medida que recuperaba su sonrisa—. Me muero del asco, pero aun así no he perdido el apetito, gracias a Antares. ¿Quién quiere ir a la cafetería por algo de comer?

Volteó a ver al resto de sus compañeros, pero Orelia ya se había ido de la simulnave.

—Perdón, quedé con Dash para estudiar —dijo Arran, luego miró la hora en el reloj y emitió un quejido—. No me di cuenta de que era tan tarde. ¡Nos vemos en la cena! —gritó mientras se apresuraba a salir, dejando a Vesper y a Rex solos por primera vez desde la desastrosa cena con su madre.

Vesper había empezado a escribir un mensaje para Rex disculpándose por el comportamiento de su madre. Pero, ¿qué se suponía que debía decir? ¿Siento mucho que mi madre te insultara a ti y a todo tu planeta? No podía creer cuán calmado y digno había permanecido Rex a lo largo de toda la debacle. Había sido un ejemplo de compostura con su salida súbita, aunque Vesper percibió el gran esfuerzo que requirió para contener la furia que había visto en sus ojos.

—¿Tienes ganas de recargar las pilas? —preguntó Rex, un poco menos seguro que antes.

Al considerar su propuesta, Vesper sintió una inesperada ola de calor. Se imaginaba a ambos sentados en una silenciosa mesa en la cafetería, sus burlas dando pie a una conversación más seria sobre su vida en Deva. Quería decirle que sí, pero iba a ver a Ward pronto y necesitaba arreglarse.

—No puedo. Es que... Tengo que reunirme con mi instructor de historia.

¿Por qué mentía?

—Buena suerte —dijo Rex con entusiasmo—. Será para la otra.

Vesper asintió y deseó que él no pudiera leer la expresión en su rostro tan bien como ella la de él.

—¿Cómo conseguiste permiso para hacer esto? —Vesper le preguntó como por enésima vez desde que Ward había aparecido frente a su cuarto vestido de traje y anunció que tenía una sorpresa para ella.

—Te dije que no te preocuparas. Todo está bajo control —dijo Ward con una sonrisa.

No traía puesta la corbata y su camisa blanca estaba abierta a la altura del cuello, revelando aquel pedazo de piel suave y bronceada que antes le había parecido irresistible. Sin embargo, en ese momento estaba más interesada en saber por qué estaban en el puerto de lanzamiento —una zona altamente restringida de la academia— que en trazar la clavícula de Ward con sus labios. Ward asintió cuando dos guardias les cedieron el paso del pasillo al interior del amplio hangar que guardaba la flota de naves de ataque de la academia.

Un hombre joven que portaba el uniforme de la flota se les acercó.

—Cadete Shipley, cadete Haze, síganme, por favor.

—¿La sorpresa es que nos someterán a juicio en la corte militar? —preguntó Vesper con una risa nerviosa.

Ward apenas sonrió y la tomó de la mano. Mientras seguían al joven oficial por la fila de naves de ataque, la preocupación de Vesper se convirtió en asombro. Las naves aerodinámicas eran francamente hermosas y casi podía imaginar lo impresionantes que se verían volando en formación. Al final del año el escuadrón mejor clasificado tendría la oportunidad de realizar una misión en una verdadera nave de ataque y la idea de sentarse en el asiento del piloto mientras los guiaba fuera del puerto de lanzamiento le ponía la piel chinita. Casi podía escuchar a Rex diciéndole:

—Bien hecho, piloto —en ese tono de voz que mezclaba la admiración y el afecto que sentía por ella, su tono favorito.

Después de caminar por todos los rincones de la academia —o al menos así lo sintió Vesper—, el oficial que los escoltaba se detuvo frente a una enorme nave que ella nunca había visto en persona, pero que reconoció al instante. Era una Pulsar, una de las naves de guerra más grandes y mejor equipadas de la flota, capaz de viajar a los confines del sistema solar.

—Esto es increíble —susurró Vesper, echando la cabeza hacia atrás para ver mejor antes de mirar a Ward con una sonrisa—. Esta es la sorpresa perfecta. ¿Cómo sabías que estaba estacionada aquí?

—Ah, esto es solo el comienzo —dijo Ward mientras el oficial presionaba su mano contra un panel cerca de la entrada.

—Tienen una hora —dijo el oficial cuando la puerta se abrió con un silbido.

Vesper miró incrédula la nave, a Ward y al oficial.

—¿Podemos *entrar*?

—Solo una hora —repitió el oficial.

—Vamos, Vee —dijo Ward con entusiasmo tomándola de la mano.

Entraron en la nave y caminaron hacia una angosta escalera circular. Vesper sentía que el corazón se le aceleraba con cada paso que daba. Los miembros de la Flota Cuatra trabajaban durante *años*

antes de conseguir un puesto en la tripulación de una nave Pulsar, y aquí estaba ella, explorando una por su cuenta.

En la parte superior de las escaleras se hallaba la cubierta de comando, un piso amplio y abierto cerca de veinte veces más grande que la simulnave. Por el momento, las enormes ventanas solo daban al interior del puerto de lanzamiento, pero Vesper podía imaginar la impresionante vista cuando la nave se movía a 50,000 mitones por hora por el borde del sistema solar. Varios controles alineaban el perímetro con asientos para el piloto, el oficial de tecnología, el oficial de inteligencia y, por supuesto, el capitán.

—Adelante —dijo Ward mientras señalaba la silla del capitán con una sonrisa—. Ve cómo se siente.

—¿Qué? Estás loco —dijo Vesper y retrocedió un poco.

Tan solo pensar en sentarse en la silla del capitán de una nave Pulsar se sentía como alta traición.

—Vamos —dijo Ward, jalándola hacia la silla—. Te prometo que está bien.

Con cautela, Vesper se sentó en el asiento del capitán y esperó a que alguna alarma se disparara. Cuando no sucedió nada, recargó sus manos sobre los descansabrazos y sonrió.

Ward dio unos pasos atrás, inclinó su cabeza y evaluó a Vesper con una sonrisa.

—Muy bien. Parece que perteneces a este lugar.

—¿Cómo organizaste todo esto? —preguntó Vesper aún un poco aturdida mientras miraba alrededor de la cubierta de comando.

—Aproveché algunas de mis palancas —dijo Ward con una amplia sonrisa que reveló sus dientes blancos y perfectos—. Salir con la hija de la almirante tiene sus ventajas.

—¿Eso qué significa? ¿Con quién hablaste? —dijo Vesper y se puso de pie, sintiendo que su confusión rápidamente se convertía en ansiedad.

Se esforzaba tanto por alejarse de la nube de nepotismo que minimizaba todos sus logros que lo último que necesitaba era que la gente descubriera que recibía algún tratamiento especial.

Ward sacudió la cabeza con supuesta incredulidad.

—¿En serio, Vee? ¿Acaso eres tan controladora que no puedes relajarte ni cinco minutos? Te dije que todo está bajo control.

—Tienes razón —dijo, luego cerró los ojos con exageración y respiró profundo—. Esto es increíble. Gracias.

Se recordó a sí misma que nada se le comparaba a esto. Era la chica más afortunada del sistema solar por tener un novio a quien le importara tanto, que era lo suficientemente considerado como para planear una sorpresa tan extraordinaria.

—Aún no terminamos, así que vamos —dijo Ward mientras la tomaba de la mano y la conducía escaleras arriba—. Creo que aquí es adonde me dijeron que fuera... —comentó mientras caminaban por un pasillo que parecía estar rodeado de dormitorios antes de detenerse junto a una puerta abierta—. Excelente, aquí vamos.

Vesper se asomó al interior, luego volteó a ver a Ward con incredulidad.

—Este es el comedor del capitán —dijo ella.

—Sí que lo es. Después de ti, Vee —dijo, y le hizo un gesto con la mano para que entrara primero.

Esta vez, Vesper sabía que era mejor no protestar y, con una sonrisa, entró a la habitación. El comedor le recordaba la biblioteca de su familia, aunque en lugar de cabezas de animales disecados, las paredes estaban adornadas con mapas de Cuatra y los sistemas solares circundantes. La luz de las lámparas ofrecía un suave brillo y, cuando Vesper se acercó a una de ellas para ver los detalles, se dio cuenta de que era una antigüedad tridiana que había sido retroadaptada para atornillarla a la pared de la nave.

—Es bastante ostentoso para una nave militar —dijo impresionada.

—La nave Pulsar está diseñada para viajes que duran cinco o más años, así que supongo que quieren que los oficiales se sientan cómodos —Ward abrazó la cintura de Vesper con un brazo—. Aunque, con que tú estuvieras aquí, a mí no me importaría cuánto tiempo pasáramos lejos de casa.

Ella levantó una ceja y sonrió.

—¿Qué diría la gente si descubriera que el capitán sale con un miembro de su tripulación?

—Ni idea. Me preocupa más lo que diría la gente sobre que el capitán salga con su piloto.

Vesper se imaginó a sí misma unos años más grande, intercambiando una mirada de complicidad con un apuesto oficial en la cubierta de su nave de ataque, disfrutando de su secreto compartido. Excepto que el primer rostro que vio no fue el de Ward, sino el de Rex. *Has pasado demasiado tiempo con él durante las sesiones de práctica*, se dijo a sí misma. *Es normal sentirse confundida*.

—Pero *justo* dijiste que me veo muy bien en el asiento del capitán —aclaró Vesper, golpeando a Dash en las costillas.

—Te ves muy bien. Pero no hace falta decir que me vería mucho mejor yo—se hizo a un lado y se rio cuando Vesper le lanzó otro golpe—. Hmm... asaltar a tu oficial al mando. Quizá tenga que servirte la cena en el calabozo.

—¿Cena? —repitió Vesper.

Miró el comedor y, por primera vez, se dio cuenta de que la mesa hasta el final de la habitación estaba cubierta de platos plateados.

—Espera un momento. ¿Todo eso es para *nosotros*?

—Sí que lo es. Y al parecer tenemos... —le dio un golpecito a su enlace portátil—exactamente cuarenta y ocho minutos para cenar y salir de aquí antes de que nuestro amigo allá abajo nos abra la escotilla.

—Ward... —Vesper murmuró mientras se sentaban—. Esto es increíble. *Tú* eres increíble.

Un asistente apareció para llenar sus copas de agua.

—Te merecías una sorpresa —dijo Ward—. Has manejado la pérdida del puesto de capitana con mucha gracia, pero no quería que te olvidaras del futuro que siempre has soñado. El futuro que te mereces.

Levantó su copa.

—Gracias —dijo ella.

—Unidad y prosperidad —dijo Ward al chocar su copa contra la de Vesper mientras ella repetía el brindis—. Te ves hermosa. Me gusta verte tan relajada.

Vesper sonrió e intentó no pensar en lo que Rex le había dicho aquel día en el baño: *tu estrategia, tu concentración, tu capacidad de mantenerte cuatro pasos adelante de tu competencia... es impresionante*. Su expresión estaba llena de admiración. Pero, ¿eso qué importaba? Ward podía apreciar otras cosas de

ella.

—Y por tu segunda victoria —dijo Ward, levantando su copa otra vez—. ¿Sabes? La gente comienza a pensar que tu escuadrón tiene una verdadera oportunidad de ganar todo. Y creo que todos saben quién es la responsable.

Vesper tomó un sorbo de la sopa que el asistente le acababa de servir en su plato.

—¿A qué te refieres?

Ward la miró con complicidad.

—Me refiero a que todos saben que el capitán devano no es responsable de sus triunfos.

Vesper bajó su cuchara y la colocó en el borde del plato hondo, luego miró a Ward con sorpresa.

—Rex está haciendo un gran trabajo. Es inexperto, pero tiene muy buenos instintos. Lo he dicho antes.

—Vamos, Vee —le dijo Ward entre risas—. Te prometo que Stepney no ha puesto micrófonos en este lugar. No tienes que actuar todo el tiempo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella, incapaz de que su voz expresara un toque de frialdad.

—Que no tienes que fingir que no estás cargando con todo el peso muerto de tu equipo. Una cosa es que los pobladores sean tus oficiales de tecnología e inteligencia, pero, ¿tu capitán? Sabes que la única razón por la que la academia hizo eso fue para que nadie se quejara.

Una parte de ella quería estar de acuerdo con él. Era tentador ceder ante la certeza de Ward, estar de acuerdo en que sí, *seguramente* ella había obtenido una mejor calificación que Rex en el examen de aptitud. Que solo por motivos políticos no se había quedado con la capitanía, porque se veía mal que la hija de la almirante estuviera al mando de un equipo de puros pobladores. Sin embargo, sabía que eso era una mentira.

—No finjo nada —respondió con cautela, nerviosa por arruinar la sorpresa que Ward había planeado para ella—. Rex merece ser capitán. Con eso no quiero decir que yo *no* me lo merecía, pero no ha recibido ningún tratamiento especial.

Ward se pasó la mano por el cabello, un gesto que solía suavizar a Vesper durante sus peleas, pero que esta vez no tuvo el mismo efecto.

—*Claro* que han recibido tratamiento especial. ¿Desde cuándo te volviste tan ingenua? ¿Acaso no te has preguntado por qué tu escuadrón siempre obtiene puntuaciones tan altas?

—¿Qué es lo que sugieres? —le dijo Vesper.

Trató de mantener un tono ligero y juguetón en su voz, como si fuera una de sus discusiones comunes y corrientes. Pero no podía ignorar la sospecha que se le acumulaba en el pecho.

—Vamos —dijo al recargarse en su silla—. No me obligues a decirlo. No quiero sonar como un pendejo.

—Creo que es un poco tarde para eso —dijo ella con una sonrisa forzada.

Ward cerró los ojos y respiró hondo, como si tratara de reunir reservas de paciencia.

—Han volado muy bien, nadie lo cuestiona. Pero las puntuaciones de tu escuadrón no tienen sentido. El mío nunca ha rebasado los 70 puntos y ustedes siempre sacan poco más de 80.

—¿Y nunca se te ocurrió que tal vez seamos *mejores* que ustedes?

—Con el tiempo, sí. Pero, ¿cómo es que tres pobladores que nunca habían puesto un pie en una simulnave hasta hace unas semanas de pronto tengan un mejor desempeño que los chicos que han

entrenado durante toda su vida? Tienes que admitir que es muy sospechoso.

Él vio la frustración en su rostro y su voz se suavizó.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Lo siento, Vee.

Se estiró sobre la mesa para tomarla de la mano.

—¿Me perdonas? Es que estoy estresado y cansado. Por favor, no dejes que esto arruine nuestra noche. Te amo.

Por lo general, estas palabras se le clavaban en el pecho y se envolvían alrededor de su corazón como un abrazo, pero esta vez apenas rozaron su piel como gotas de lluvia. Aun así, Vesper sonrió y dijo:

—Yo también te amo.

Luego de tantos años de práctica, Vesper siempre sabía decir la frase correcta en el momento adecuado.

Capítulo 23

CORMAK

—Hiciste un gran trabajo hoy —dijo la teniente Rigüero, su instructora de física.

Cormak agradeció que el salón estuviera vacío para que nadie lo viera sonrojarse. No recordaba la última vez que un maestro le había hecho un cumplido. Cuando era más chico, a sus instructores siempre pareció molestarles su flujo constante de preguntas; asumían que con ello trataba de cuestionar su autoridad y no que lo hacía por mera curiosidad. Cuando creció un poco más, dejó de hacer preguntas.

Pero la situación era diferente en la academia. En lugar de exasperarse cuando opinaba, sus instructores se alegraban, entusiasmados por discutir más al respecto. Hoy, la teniente Rigüero y él habían debatido durante diez minutos sobre la materia oscura y al final de la clase incluso le *había sonreído*. La última vez que había intentado debatir con una maestra, ésta le había dicho que era un sabelotodo que nunca llegaría a ser nada. En aquel momento eso no le había molestado: siempre supo que era un sabelotodo que nunca llegaría a ser nada. La única persona que parecía no compartir esta opinión era Rex, pero Cormak pensaba que su hermano mayor, el del gran corazón, se engañaba a sí mismo. *Eres mucho más inteligente que yo y puedes hacer lo que se te antoje*. Cuando Cormak había leído esa frase en el mensaje de Rex, había sentido una punzada agri dulce en medio del aplastante dolor. Y aunque Cormak todavía pensaba que Rex se equivocaba, era un alivio saber que su hermano nunca había dejado de tener su fe, ni siquiera al final.

Sin embargo, las últimas semanas en la academia salieron lo suficientemente bien como para que Cormak se preguntara si, tal vez, Rex no se equivocaba del todo. Entregaba sus trabajos a tiempo e impresionaba a sus instructores. Lo que era aún mejor, su escuadrón constantemente escalaba en la tabla de posiciones y parecía tener una oportunidad real de ganar el torneo.

—Buena suerte con lo que queda del torneo —dijo la teniente Rigüero, como si le leyera la mente—. Todos esperamos grandes cosas de ti, Rex.

Una extraña sensación lo invadió, una combinación de orgullo y tristeza. Por fin tenía la oportunidad de hacer algo con su vida y la única persona a quien le importaba lo suficiente como para sentirse orgullosa de él se había ido. *Ido pero no olvidado*, pensó Cormak. Le alegraba asistir a la academia bajo el nombre de su hermano. Le gustaba la idea de que a Rex le correspondiera gran parte

de cualquier reconocimiento que obtuviera.

—*Por favor, repórtate al centro médico* —vibró su enlace portátil.

—¿Qué? —dijo Cormak en voz alta—. ¿Por qué?

—*Has sido convocado al centro médico. Por favor, repórtate de inmediato.*

—¿Todo bien? —le preguntó la teniente Rigüero amablemente.

—Sí, todo bien. ¡La veré mañana!

Hizo un gran esfuerzo por sonar alegre y despreocupado, a pesar del miedo que le corroía los órganos. Caminó por el pasillo, perdido en sus pensamientos. ¿Por qué lo buscaban en el centro médico? Sol le dijo que había hackeado la clínica del Sector 23 a tiempo. ¿Acaso algo había salido mal?

—¡Rex!

Cormak volteó para ver que Brill caminaba hacia él. Aunque era obvio que trataba de alcanzarlo, ella nunca haría algo tan poco digno como trotar.

—Ey —dijo Cormak cuando lo alcanzó, un poco corto de aliento—. Tengo un poco de prisa.

—¿A dónde vas con tanta prisa? ¿Acaso me estás evitando? —le dijo en un tono juguetón.

—¿Evitándote? —repitió Cormak, confundido.

Brill no había cruzado su mente desde que le había dado el número de cuenta para hacer la transferencia.

—Oye, unos amigos y yo vamos a ver una película en la sala de proyección más tarde, por si quieres venir.

Se sacudió los rubios rizados por encima del hombro y lo miró expectante.

—Sí, tal vez —dijo, aunque por dentro no estaba seguro de si más tarde estaría vivo.

Cormak se detuvo en cuanto llegaron al final del pasillo.

—¿El centro médico está a la izquierda o a la derecha?

—Es para allá —dijo Brill, señalando a su lado izquierdo—. ¿Estás bien? Estás todo sudado. ¿Te van a sacar sangre o algo así? ¿Te dan miedo las agujas?

—Sí, terror —dijo un tanto distraído mientras se asomaba al final del pasillo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

Su respuesta fue más brusca de lo que pretendía y, de reojo, vio que Brill se erizaba.

—Pero tal vez te vea hoy en la noche —dijo, con la esperanza de que eso bastara para enmendar su error—. ¿Sabes si Vesper va a ir?

—¿Qué no pasas suficiente tiempo con ella? —la voz dulce y empalagosa de Brill se tornó un tanto ácida—. Además, últimamente no ha sido muy divertida. Si por casualidad llega a ir, se pasará toda la noche hablando con Ward. Supongo que los demás no somos dignos de su tiempo.

Cormak recordó la expresión en el rostro de Vesper tras su última victoria, la forma en que su risa le había agitado el pecho.

—Creo que se sabe divertir cuando está de humor.

El rostro de Brill se endureció, aunque no dejó de sonreír.

—Claro. Digo, quién no estaría de humor para tener una cita romántica con un novio de ensueño.

—¿De qué hablas? —preguntó Cormak.

—¿No lo sabías? Ward consiguió permiso para cenar en la nave Pulsar que está estacionada en la academia. Y estoy segura de que es solo un rumor —bajó la voz en tono conspirador—, pero escuché que hicieron un recorrido privado de una de las cabinas cuando nadie los veía.

Cormak sabía que Brill quería sacarlo de sus casillas, pero eso no impidió que se le volteara el estómago al pensar en Vesper con el presumido tridiano.

—Debo irme. Te veo después.

—¡Hoy en la noche! —trinó Brill.

Cinco minutos después, Cormak estaba sentado en una mesa de exploración con la frente cubierta de sudor mientras la doctora le explicaba el por qué de su llamado.

—Recibimos tu expediente médico de Deva, pero necesito tomar otra muestra de ADN para asegurarme de que concuerda con la información en tu archivo.

—¿Por qué? —dijo Cormak con aspereza mientras el corazón se le aceleraba todavía más.

—Por cuestiones de protocolo de la Flota Cuatra. No tomará más que un minuto. ¿Puedes estirar tu brazo, por favor?

Este es el momento de la verdad, pensó Cormak mientras se arremangaba la camisa. Si Sol había logrado intercambiar la información médica de Rex por la suya, todo coincidiría. De no ser así, la doctora sabría que Cormak era un impostor. Aquí no era como en Deva. No había dónde esconderse, mucho menos a dónde huir. En cuestión de minutos, estaría bajo custodia de la Flota Cuatra.

—Vas a sentir un piquetito —le dijo la doctora mientras le frotaba alcohol en el brazo—. ¿Estás bien? Te ves un poco nervioso.

—Estoy bien.

—¿No tienes nada en mente?

Solo la amenaza inminente de ir a la cárcel o morir ejecutado.

—Solo la batalla final —dijo Cormak.

En realidad esa no era una mentira. En sus momentos de mayor optimismo, se permitía fantasear acerca del futuro. Se veía graduado de la academia —con honores, por supuesto— y luego entrando a la Flota Cuatra como un oficial. Era verdaderamente ridículo. Ese no era el tipo de cosas que les sucedían a los chicos de Deva, sobre todo a los huérfanos mugrosos que habían dedicado la mitad de su vida traficando H₂O en el mercado negro. La única persona capaz de vencer las dificultades era Rex y ni siquiera había logrado salir del planeta. Y, sin embargo, gracias a una extraña coincidencia de la suerte, el momento adecuado y la característica imprudencia de Rex, había estado *muy cerca* de tener una vida real.

—Okey, no te muevas.

Este era el momento de la verdad. Respiró profundo y exhaló poco a poco. Ahora todo estaba fuera de su control. Si su idea descabellada había funcionado, lo sabría en un minuto. Pero la probabilidad de que eso sucediera era minúscula. Sol pudo quedarse con el dinero para después largarse. Pudo haber hecho el intento por intercambiar los expedientes para de inmediato darse por vencido. Era el momento de aceptar lo inevitable. Estaba perdido.

Sintió un piquete en el brazo y cerró los ojos mientras la sangre fluía fuera de él, llevándose consigo su visión de un mejor futuro. Lo más curioso era que Vesper estaba presente en cada uno de los escenarios que imaginaba. Se visualizaba junto a ella durante la graduación, celebrando sus altos

hombres en una fiesta elegante donde la gente lo observaría con envidia en vez de desdén, o entrando a la base ultrasecreta de la Flota Cuatra como nuevos oficiales.

—Ahora voy a comparar esta muestra de sangre con la otra en la computadora. Solo tomará unos cuantos segundos.

Cormak no pudo sino asentir. Las imágenes en donde se veía junto a Vesper no eran más que una ilusión. Era momento de aceptar la verdad. Vesper se convertiría en piloto y pasaría el resto de su vida entre misiones emocionantes y vacaciones glamorosas con el lambiscón de su novio, mientras que Cormak sería un cadáver.

—Ya puedes irte, Rex. Gracias por tu paciencia.

Quizás no había escuchado correctamente. Cormak sacudió la cabeza en un intento por calmar sus caóticos pensamientos.

—Perdón, ¿qué dijo?

—Todo está bien. Acabo de escanear tu sangre y tu expediente está correcto. Mucha suerte en tu última batalla.

Ella sonrió y luego salió de la habitación, dejando a Cormak petrificado en la mesa de exploración. *Todo está bien*. Funcionó. Sol había hecho lo imposible. Al fin era libre.

Despacio, Cormak se deslizó de la mesa con las piernas temblorosas. Era como si alguien le hubiera quitado una obstrucción del pecho y drenado toda la ansiedad, pero también todo lo demás. *Está bien*, pensó. *Vas a estar bien*. Se rio y se dio la vuelta, por poco tirando una mesa llena de herramientas quirúrgicas esterilizadas. Pero no importaba, nada de eso importaba.

Se vistió con cierta dificultad, pues sus manos aún temblaban. Para cuando salió del centro médico, las mejillas le dolían de tanto sonreír.

Capítulo 24

ARRAN

—¿Has visto a Vesper o a Rex? —dijo Arran casi sin aliento mientras él y Orelia daban su cuarta vuelta a la pista.

Habían empezado a correr juntos un par de noches a la semana y, aunque por lo general trotaban en silencio, Arran estaba tan nervioso por la última batalla que le resultaba casi imposible permanecer callado. Aunque sabía que sus calificaciones eran lo suficientemente buenas como para quedarse en la academia, la forma más segura de pasar al segundo año era ganando el torneo.

—Me pregunto cómo se sentirán.

—Estoy segura de que ambos están bien —dijo Orelia, al parecer imperturbable tanto por la batalla que se avecinaba como por la gruesa capa de arena que cubría el suelo. En ese momento, la pista multiambiente estaba en modo desértico y el aire era caliente y delgado, como si no circulara lo suficiente. Todos los que corrían alrededor de la pista respiraban con dificultad.

—¿Dash se enojó porque le ganamos el otro día?

Arran sonrió al recordar a Dash sudado dándole la mano a Rex y felicitando al resto del Escuadrón 20 en un esfuerzo por ser amable, pero incapaz de ocultar su desconcierto.

—Sí se enojó un poquito, pero ya lo superó. Estoy casi seguro de que quiere que ganemos mañana.

—¿Casi seguro? —repitió Orelia con una sonrisa—. Claro que quiere que ganemos mañana. Es evidente que le importas.

La expresión de Orelia cambió un poco, tal y como sucedía siempre que hablaba sobre las emociones, como si las palabras no le resultaran familiares.

—Tal vez —dijo Arran, tratando de sonar despreocupado a pesar del aleteo que sentía en el corazón.

Desde que se besaron en la cámara de gravedad cero, Arran no había podido pensar en Dash sin que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro. Nunca había consumido polvo de Vega o algo similar, pero no podía imaginar una droga que produjera ese tipo de euforia.

De pronto, el aire se volvió húmedo y frío.

—Ah, gracias a Antares —dijo Arran.

La arena desapareció a una velocidad sorprendente y la reemplazó un lodo espeso que se filtraba por las orillas de la pista.

—Olvidalo. Creo que este ambiente tampoco me gusta mucho.

Arran luchaba contra el lodo que producía un sonido de succión cada vez que levantaba los pies.

—El único ambiente que te gusta es la tormenta de nieve —dijo Orelia, quien aún respiraba con normalidad.

—Sí, bueno, espera a que me visites en Chetire y verás por qué.

Arran se sorprendió al ver que Orelia se sonrojó.

—Lo digo en serio —continuó Arran, tratando de respirar sin dificultad—. Es frío y aburrido, pero creo que aun así te divertirías.

Orelia era reservada y compartía poco sobre su vida en Lus, pero a Arran le parecía que había sido solitaria y tenía muchas ganas de que su madre hiciera todo un alboroto al conocerla.

—Eso me gustaría —dijo ella.

Su voz se volvió silenciosa aunque, a diferencia de Arran, no a causa del cansancio.

—¿Crees que algún día invitarás a Dash?

Arran se ruborizó, pero como su rostro ya estaba enrojecido por tanto correr, dudó que Orelia lo notara. Constantemente pensaba en lo que sería invitar a Dash a Chetire, pero una parte suya temía la opinión que tendría el hijo de Larz Muscatine sobre el pequeño y triste hogar donde había nacido. En la academia era fácil para Dash olvidar que Arran era un poblador. Pero en Chetire no habría forma de evadir el hecho de que Arran provenía de un lugar que a Dash le habían enseñado a menospreciar.

—Tal vez en algún momento.

Arran pensó que había logrado mantener su voz ligera, pero no lo suficiente como para evitar que Orelia lo mirara con preocupación.

—¿Qué pasa?

—¡Nada! —insistió Arran— solo estoy nervioso por lo de mañana.

—Claro que no. Hay algo más.

Por un momento, Arran deseó que el próximo modo de la pista multiambiente fuera el de gas tóxico para que tuvieran que ponerse máscaras de gas y correr en silencio. Aún no le contaba a nadie sobre su extraña conversación con el sargento Pond y no deseaba revivirla. Pero al parecer las palabras se le escaparon por voluntad propia. Le contó a Orelia sobre la advertencia de Pond, cómo le dijo que no creía que fuera una buena idea que se acercara mucho a Dash.

—Eso es absurdo —dijo Orelia con más intensidad de la que Arran la creía capaz—. Cualquiera que los haya visto juntos sabe que Dash te adora.

Arran sintió cómo su acelerado corazón se hinchaba de gratitud.

—Pues creo que es mucho más complicado —dijo con la respiración entrecortada—. Espera, necesito recuperar el aliento.

Se tropezó un poco hasta detenerse y se agachó, reposando las manos sobre sus rodillas.

—¿Cómo es que no te has cansado?

Jadeó y miró a Orelia, quien apenas había sudado.

Ella se encogió de hombros.

—Hice mucho entrenamiento de resistencia en Lus. Pero, ¿qué es mucho más complicado?

Arran se hizo a un lado para dejar pasar a tres chicas enlodadas cuyas expresiones mostraban varios grados de dolor.

—Sé que le gusto a Dash. Pero has escuchado hablar sobre su padre, él es quien encabeza la lucha para que nos corran de la academia.

—Pero eso no es lo que Dash quiere.

—No, claro que no. Pero eso no nos facilita las cosas. El padre de Dash es increíblemente poderoso y si se entera de que su hijo sale con alguien como yo nos podría complicar la vida a ambos. Creo que quizás esto nos rebasa.

El lodo desapareció y dejó en su lugar tierra firme.

—Vamos —gritó Orelia, reanudando su paso—. Se acabó el receso.

Arran caminó con dificultad hacia ella, haciendo una mueca de dolor a cada paso.

—De todos modos no importa —dijo con un quejido—. Lo más probable es que muera en esta pista antes de que cualquiera de esas cosas se vuelva realidad.

Con una sonrisa, Orelia se dio la vuelta y comenzó a correr de espaldas.

—¿Crees que así puedas seguirme el paso?

—¿Sabes? A veces me pregunto si eres la persona más amable o la más malvada que conozco. Es difícil distinguirlo con claridad.

Orelia se puso seria y se detuvo de repente.

—Orelia, era una broma —dijo Arran suavemente.

Tenía que acordarse de pensar dos veces antes de molestarla, ya que nunca se sabía qué podía desencadenar uno de sus extraños e indescifrables estados de ánimo.

—Lo sé —dijo ella, aunque había una pizca de alivio en su voz—. Aun así, creo que debes confiar en Dash. Él sabe en lo que se está metiendo.

—No desconfío de él. Solo digo que, a veces, tenemos que aceptar que ciertas cosas están fuera de nuestro control. Todos somos producto de nuestro pasado, ¿no?

—Y *yo* solo digo que la gente puede sorprenderte.

Hizo una pausa y dirigió su vista al frente mientras corrían.

—El pasado nos moldea, pero no nos define. Todos podemos tomar decisiones.

Arran dejó que las palabras surtieran efecto. Quizás Orelia tenía razón. Después de todo, Arran era tanto un producto de su pasado como una excepción al mismo. Un orgulloso chetriano que, contra todos los pronósticos, ahora pertenecía a uno de los escuadrones más prometedores en la Academia de la Flota Cuatra. Y aunque Dash se había criado en circunstancias muy distintas, también se había negado a seguir el camino que otros habían dispuesto para él. Era lo suficientemente fuerte como para tomar sus propias decisiones y seguiría haciéndolo. Sobre todo ahora que tenía a alguien que lo apoyaba.

—Tienes razón —jadeó Arran.

Los pulmones le ardían y estaba casi seguro de que sus músculos isquiotibiales estaban a punto de desintegrarse, pero se sentía más tranquilo de lo que se había sentido en días.

—He notado que por lo general la tengo.

Arran sonrió.

—¿Y por qué *tú* sí puedes bromear y yo no?

—¿Quién dice que bromeo? —dijo sonriendo y luego empezó a correr a toda velocidad.

A pesar de sus adoloridos músculos, Arran corrió detrás de ella.

—¿Cómo esperas ganar mañana si matas a tu oficial de tecnología? —gritó y luego sonrió.

El Escuadrón 7 no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Para cuando entraron en la simulnave al día siguiente, Arran se sentía un poco menos seguro. Ambos escuadrones tenían historiales casi perfectos, pero uno de ellos terminaría hoy.

Rex ya estaba sentado en el asiento del capitán, un poco distraído mientras respondía de forma poco entusiasta a la plática de Vesper, que parecía más maniaca que de costumbre. Orelia estaba sentada en silencio en el lugar del oficial de inteligencia, pero de alguna manera se veía más retraída que de costumbre.

—¿Están todos bien? —preguntó Arran, mirando alrededor de la simulnave.

—Mejor que nunca —dijo Vesper con una sonrisa un tanto tensa.

—*Su misión comenzará en dos minutos.*

Vesper aplaudió una sola vez.

—Esta batalla es nuestra.

Sonaba enérgica y alegre, pero no lo suficiente como para ocultar su impaciencia.

—*El día de hoy realizarán una misión de rescate. Recibimos una señal de auxilio de un grupo de científicos que se encuentra en una estación de investigación arriba de Nevo, un gigante de gas en el sistema deshabitado de Hextra. Su objetivo: viajar a Nevo, evacuar la estación y regresar a la base con todos sanos y salvos. Su puntuación será determinada con base en su velocidad, consumo de combustible, así como la condición de sus pasajeros y su nave.*

Arran se acomodó en el asiento del oficial de tecnología, se tronó los dedos y volteó a ver a Vesper con una sonrisa.

—No te preocupes. Esto va a ser... pan comido. Así se dice, ¿no?

Esta vez, Vesper dejó escapar una risa genuina.

—Okey, sabelotodo. Conserva toda esa capacidad intelectual para la misión —Vesper volteó a ver a los otros—. Por lo que sé acerca del Escuadrón 7, tienden a ser demasiado cautelosos, así que la mayoría de sus puntos provienen de su precisión y no de su rapidez. Si podemos ser rápidos y precisos, creo que podremos ganarles sin mayor dificultad.

Arran miró a Rex, esperando a que dijera que él era el capitán y no Vesper. Pero, para su sorpresa, Rex se veía serio y no hizo más que asentir. Arran sintió que se le formaban más nudos de preocupación en el estómago. Todos contaban con ganar esta batalla y el torneo completo.

—*Comenzar misión.*

—Arran, ¿cómo se ven los motores? —era Rex, de pronto alerta.

Arran revisó los indicadores de combustible y temperatura en sus monitores. A veces el sistema intentaba sabotear una misión al hacer que el escuadrón empezara con una nave defectuosa, pero esta vez todo parecía estar en orden.

—Todos los sistemas funcionan correctamente.

—Bien. Orelia, ¿algún obstáculo?

Sus dedos se deslizaron por su pantalla de radar hasta que apareció una imagen del sistema Hextra.

—Hay una enorme tormenta de metano en la atmósfera de Nevo. Seguramente por eso enviaron una señal de socorro. Pero no tenemos que preocuparnos por la tormenta hasta que estemos más cerca.

—Okey. En ese caso, Vesper, la nave es toda tuya.

Vesper asintió en respuesta y despegó hábilmente del puerto de lanzamiento. Unos momentos después, dejaron la base atrás.

Nadie habló mucho durante el trayecto al sistema Hextra que, de acuerdo con los cálculos de Arran, tomaría doce minutos a hipervelocidad. Mientras revisaba los motores, las armas y los sistemas de soporte vital periódicamente, Arran se permitió pensar en Dash. ¿Acaso su padre estaría más abierto a que saliera con un poblador si el escuadrón de Arran ganaba el torneo? ¿O se enfurecería al averiguar que Dash había perdido contra un escuadrón en su mayoría conformado por pobladores?

—Estamos a menos de un pársec de distancia —dijo Orelia sin desviar la mirada de su pantalla.

En respuesta a esto, Vesper desactivó la hipervelocidad y el entorno se esclareció.

—Al parecer, la estación de investigación está flotando en la capa más alta de la atmósfera de Nevo —continuó Orelia.

—Eso significa que el daño sería más grave en una tormenta —dijo Rex—. Si su sistema de soporte vital falla, se sofocarán.

Arran contuvo un escalofrío al pensar en su padre y los otros cuatro mineros que habían tenido una muerte lenta y dolorosa muchos metros bajo tierra.

—¿Sabemos cuánta gente hay en el interior? —preguntó Vesper.

Arran ajustó la frecuencia en el transpondedor.

—Veré si hay manera de comunicarnos con ellos.

Tras unos segundos de estática, una voz se escuchó por las bocinas.

—Auxilio... auxilio... esta es la estación Alfa de Nevo... ¿nos copian?

Rex oprimió un botón en el panel de control de su asiento.

—Este es el Escuadrón 20. Hemos venido para llevarlos a casa.

—Gracias a Antares —dijo la voz, un poco temblorosa.

Arran miró la bocina fijamente, sorprendido por cuán real sonaba todo, y se preguntó si sería una voz pregrabada o si en ese momento alguien en la academia fingía ser un científico varado.

—Somos doce personas a bordo y no nos queda mucho oxígeno.

—Nos acercamos a Nevo —dijo Vesper, y señaló una pequeña esfera azul verdosa a la distancia.

—Arran, ¿crees que podamos atracar? —preguntó Rex.

Arran proyectó los planos de la estación de investigación en la pantalla.

—No... nuestra nave de ataque es demasiado grande para atracar. No nos queda otra opción más que enviar la estación móvil. Pero solo tiene espacio para cuatro personas, así que tendremos que hacer varios viajes.

Vesper maldijo en voz baja.

—Eso va a tomar demasiado tiempo.

—Sí, bueno... a veces salvar vidas toma tiempo —Arran respondió enojado y de inmediato se arrepintió.

Todos sentían la presión ahora, pero vengarse con los demás era lo peor que podían hacer. Arran inhaló profundo y luego exhaló.

—Además, el Escuadrón 7 también tendrá que hacer varios viajes. Aún tenemos tiempo.

A medida que se acercaron a Nevo, el planeta se hizo más grande hasta que lo único que podían ver era el gas azul verdoso.

—Vaya... esa tormenta es un monstruo —dijo Rex, señalando el violento espiral que le daba al planeta la apariencia de un océano turbio.

—¡Ahí está la estación de investigación! —gritó Vesper—. Me acercaré lo más que pueda antes de enviar la estación móvil, pero no podemos arriesgarnos a estar muy cerca a la tormenta.

Apenas pronunció estas palabras cuando la simulnave comenzó a sacudirse.

—Okey... supongo que esperaremos aquí.

Arran envió la estación móvil, que programó para atracar en la estación de investigación. La vieron aparecer en la pantalla y luego hacerse más pequeña a medida que descendía hacia el planeta.

Rex le dio instrucciones al jefe de la estación de investigación y, unos minutos después, la estación móvil apareció con sus cuatro pasajeros virtuales. La simulnave se sacudió otra vez, pero con más violencia.

—La tormenta se dirige hacia nosotros —dijo Orelia—. Si no partimos ahora, nos arriesgamos a que nuestra nave sufra graves daños.

—No podemos irnos ahora. Solo hemos rescatado a cuatro personas —insistió Arran, un poco falto de aliento mientras se imaginaba lo que sería sofocarse hasta morir en una estación de investigación a la deriva que lentamente era engullida por un gigante de gas—. Esta será una misión fallida si abandonamos a los demás.

—También será fallida si *todos* morimos —dijo Vesper con los dedos cada vez más blancos por sujetar los controles con fuerza.

La simulnave se sacudió otra vez y Arran sintió que el arnés se le encajaba en la piel.

—Vesper tiene razón —dijo Rex con seriedad—. Esto es lo mejor que podemos hacer. Es hora de regresar.

Arran miró a Rex por encima del hombro.

—¿No crees que rescatar a más personas *aumentaría* nuestra puntuación? Quizás es parte de la misión. Podría ser una especie de prueba ética.

—Si es una prueba ética, entonces *definitivamente* no deberíamos tratar de rescatar al resto de los científicos —dijo Orelia con frialdad—. ¿Y si toda la gente en la estación muere porque no tuvimos la fortaleza como para abandonar a algunos? Salvar cuatro vidas siempre es mejor que perder dieciséis.

—No tenemos tiempo —gritó Vesper—. Si el Escuadrón 7 termina la misión primero, ganará.

—Esperen —dijo Arran tras ocurrírsele un plan—. ¿Y si anclamos la estación de investigación a nuestra nave de ataque y la remolcamos a la base? Así no tendríamos que abandonar a nadie.

—¿Qué tan fuerte está la tormenta? —preguntó Rex—. ¿Podremos llegar a la estación y luego salir de la atmósfera a tiempo?

Orelia se inclinó hacia delante para ver el radar.

—Es posible. Nuestra nave puede soportar mayores daños que la estación móvil.

Por un momento Rex miró fijamente a la distancia, luego asintió.

—Okey, hagámoslo. Vesper, establece una ruta para la estación de investigación.

Sin responder, Vesper condujo la nave en una caída pronunciada. La vibración se hizo cada vez más intensa y las luces de la simulnave comenzaron a parpadear. La estación de investigación apareció frente a ellos. Había perdido su electricidad y flotaba hacia el ojo de la tormenta.

—¡Arran, inicia el anclaje! —gritó Rex por encima del estruendo.

La nave se inclinó hacia un lado y Arran hizo una mueca de dolor a medida que su arnés se le incrustaba más en la piel.

—No estoy segura de que esto vaya a funcionar —dijo Vesper, apretando los dientes—. No puedo estabilizar la nave lo suficiente como para hacer el anclaje.

—Claro que puedes —dijo Rex—. Comparado con lo que te he visto hacer, esto no es nada.

Arran se alivió al ver que las palabras de aliento habían surtido efecto y, un momento después, la estación de investigación estaba atada a su nave. Un mensaje apareció en la pantalla de Arran, preguntando si quería tomar el control de los sistemas de la estación. Oprimió el botón de *sí* y luego ajustó el sistema de soporte vital para asegurarse de que circulara suficiente oxígeno a través del mecanismo de anclaje.

—Todo listo —le dijo a Vesper—. Salgamos de aquí.

La nave arrancó de nuevo y se sacudió con tal fuerza que Arran casi sintió que se le desarticulaban los huesos. Luego todo permaneció quieto y en silencio.

—Adelante, Vesper —dijo Rex—. No te preocupes por ahorrar combustible. Solo recuperemos el tiempo perdido.

—Vamos, vamos —susurró Vesper mientras llevaba la nave a la velocidad máxima.

Nadie más habló hasta que la imagen virtual de la academia apareció en la distancia. Parecía como si nadie respirara. La puerta de la bahía se abrió y Vesper condujo la nave hacia el puerto.

Las palabras “misión cumplida” aparecieron en la pantalla. Pero, aun así, nadie habló. Si el Escuadrón 7 también había logrado rescatar a los científicos y regresado antes, ganaría el torneo.

—*Felicidades, Escuadrón 20. Han recibido la puntuación más alta para esta misión.*

El grito de alegría de Vesper llenó la simulnave en cuanto se paró de su asiento.

—¡Lo logramos! —gritó, abrazando a Arran, después a Orelia y, por último, a Rex.

—Buen trabajo —dijo Rex con una sonrisa mientras le daba una palmadita en el hombro a Arran.

Capítulo 25

VESPER

A Vesper no le importaba chocar contra la gente o las paredes mientras alternaba entre caminar o correr por el pasillo hacia el ala residencial. Simplemente, no podía dejar de ver la nueva insignia que tenía en el pecho de su uniforme.

Vesper Haze

Piloto

Escuadrón 20

Primer lugar

Lo habían logrado. Habían *ganado* el torneo y ahora los cuatro tenían garantizado un lugar en la academia.

—¡Felicidades, Vesper! —dijo un cadete mayor que ella cuando la vio pasar.

—¡Gracias! —respondió Vesper, casi sin poder alzar la mirada.

—¡Buen trabajo! —gritó alguien más, una chica que Vesper conocía de su antigua escuela.

—¡Gracias! —dijo Vesper, apartando la mirada solo lo suficiente como para sonreírle a la chica.

Se apresuró a paso veloz, pero sin echar una carrera. Se estaba corriendo la voz muy rápido y quería ser ella quien le diera las buenas noticias a Ward. Pensó en mandarle un mensaje, pero estaba ansiosa por ver el orgullo y la emoción en su rostro. A pesar de la ligera tensión que habían experimentado durante su cena de la otra noche, sabía que estaría emocionado por ella.

Cuando entró en el ala residencial, Vesper se obligó a apretar el paso y caminar con normalidad; con la mayor dignidad y modestia posible. Sabía que algunas personas atribuirían su victoria al nepotismo y no podía arriesgarse a darles más armas para hacerlo. Pero al rodear la curva que daba a la suite de Ward, la emoción se apoderó de ella y empezó a correr otra vez.

Sin aliento, presionó el panel junto a la puerta y, como treinta segundos después, la puerta se abrió con un silbido.

—¡Lo logramos! —gritó mientras abrazaba a Ward—. ¡Ganamos!

—Qué increíble, Vee.

Ward le dio una palmadita en la espalda y luego se separó de ella para recargarse sobre la pared.

—¿Vamos a tu cuarto? —le preguntó—. Quiero contarte todo con lujo de detalles.

—¿Sabes? Ahora no es un buen momento. Creo que algunos de mis compañeros de cuarto están dormidos y necesito terminar el ensayo de historia antes de la cena.

Ward debió notar la expresión de dolor y confusión en el rostro de Vesper, porque sonrió y le dijo:

—Vamos, no me mires así. Sabes que quiero escuchar todos los detalles. ¿Podemos hablar después?

Sonrió otra vez, un poco más tenso que antes.

—¿Qué tienes? Sé que algo anda mal —dijo Vesper.

Ward suspiró y se frotó las sienes, un gesto que lo hizo ver más grande y cansado.

—No es nada. Es solo que trato de alegrarme por ti, en verdad lo intento, pero también tienes que entender que mientras te paseas por ahí como la princesa de la academia, yo debo lidiar con el hecho de que estoy totalmente jodido.

—¿De qué hablas?

Ella le puso la mano en el brazo, pero él se la quitó.

—Mi escuadrón llegó en *octavo* lugar —dijo con exagerada paciencia—. No hay mucho que hacer como capitán cuando la mitad de tu equipo apenas sabe leer.

Vesper retrocedió al sentir que una mezcla de sorpresa y repugnancia se le revolvía en el estómago.

—¿Qué demonios te pasa, Ward? ¿Te das cuenta de lo ridículo que sueñas?

—No, no me doy cuenta. Estoy harto de esta mierda. Estoy cansado de fingir que todos somos iguales. Solo porque la administración fue amedrentada a cambiar de política no significa que los bordeadores sean más inteligentes de lo que eran antes. No pertenecen aquí y todos lo sabemos. ¿Por qué les da tanto miedo admitir la verdad?

—No —dijo Vesper despacio a medida que su repugnancia se transformaba en ira—. No se hicieron más inteligentes de la noche a la mañana. *Siempre* han sido igual de inteligentes que nosotros. Es solo que fuimos demasiado tontos como para darnos cuenta de ello. Claro que pertenecen aquí, Ward.

—¿Desde cuándo te volviste un peón a quien le lavaron el cerebro para repetir órdenes? Quizá seas demasiado cobarde como para decirlo, pero yo no lo soy.

Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro, transformando la cara que Vesper conocía tan bien en una que apenas reconocía.

—Los bordeadores necesitan irse a casa.

Vesper lo miró fijamente y, de pronto, entendió algo que convirtió su enojo en terror.

—Fuiste tú, ¿verdad? *Tú* escribiste ese mensaje.

La parte más ingenua y optimista de Vesper esperaba que Ward lo negara todo, que se sintiera tan herido por la acusación que entonces la obligara a admitir que había cometido un grave error. Pero, en lugar de eso, sacudió la cabeza y rio con amargura.

—¿Y eso qué más da? No es como que haya marcado la diferencia. Los bordeadores siguen aquí, ¿no?

—Eres un asco.

Vesper se dio la vuelta y salió de ahí, caminando con la mayor seguridad posible considerando la

conmoción y la furia que la golpeaban en todas direcciones. ¿Cómo podía haber hecho algo así? *Ward*. El chico que le enviaba dulces mensajes antes de dormir, que había pasado innumerables horas en su casa y a quien sus padres adoraban, que le ponía apodosos tontos, le daba masajes en la espalda y amaba besarla incluso cuando tenía muy mal aliento por la mañana. Se preparó para sentir un dolor agudo en el pecho, pero éste nunca llegó. Se sentía herida y asqueada por su traición, pero no con el corazón roto como hubiera esperado.

No puede salirse con la suya, pensó, algo que de inmediato fortaleció su determinación y empoderó a su cuerpo tembloroso. Sabía lo que tenía que hacer.

—¿Vesper?

La almirante Haze se levantó de su silla e inspeccionó a su hija con una mezcla de confusión y placer. Vesper nunca se paraba por la oficina de su madre sin previo aviso.

—Acabo de enterarme de las buenas noticias. Felicidades, piloto —dijo mientras rodeaba su escritorio para sentarse en la orilla—. ¿Todo bien?

—Ward fue quien vandalizó la simulnave —dijo Vesper, yendo directo al grano.

—¿Ward hizo *qué*? —dijo su madre, más sorprendida de lo que Vesper la había visto en su vida.

Svetlara Haze era famosa por su fría compostura: todos los chicos en el sistema solar habían visto su icónica foto en una de las lunas rocosas de Chetire, en donde aparecía hablando con calma por su enlace portátil mientras una explosión masiva en el fondo volaba su estación móvil por los aires.

—Ward fue el idiota que escribió *Lárguense a casa, bordeadores*. Aunque tal vez la idiota soy yo por pensar que lo amaba.

Vesper se dejó caer en una de las incómodas sillas junto al escritorio, desafiando a su madre a que le dijera que se sentara derecha.

—¿Qué te hace sospechar de Ward?

Vesper miró incrédula a su madre.

—¿Acaso bromeas? *Me confesó que él lo hizo*.

Esperó a que su madre entrara en acción y llamara a Ward a su oficina u organizara una reunión de emergencia con el comité disciplinario. Pero, en vez de eso, se limitó a suspirar y a frotarse las sienes.

—Esa no fue la jugada más inteligente.

—Fue *asquerosa* —dijo Vesper con creciente frustración—. Y obviamente violó una docena de reglas de la academia en el proceso. Vas a expulsarlo, ¿verdad?

—¿Expulsarlo? —repetió su madre con los ojos como platos—. ¿En verdad quieres que expulse a tu novio?

—Obviamente ya no es mi novio —dijo Vesper, entrecerrando los ojos—. Y no puede quedarse aquí.

—Escucha, Vesper...

La almirante Haze se puso de pie con cansancio y rodeó su escritorio para sentarse en el borde.

—Sé que esto es muy molesto, pero no creo que expulsar a Ward sea la respuesta. Todos están

empezando a superar el incidente y no quisiera causar tensión otra vez. Por supuesto, hablaré con Ward y me aseguraré de que entienda que su comportamiento es inaceptable. Pero usarlo como ejemplo solo empeorará las cosas.

Vesper giró la cabeza para mirar a su madre con desconcierto.

—¿Lo... lo vas a dejar pasar? Escribió *Lárguense a casa, bordeadores* en propiedad de la academia. ¿Qué tipo de mensaje es ése?

En lo alto, una de las lunas en el mapa holográfico del sistema solar se volvió de color rojo. La almirante Haze la miró un segundo y su expresión se endureció.

—Sé que para los cadetes la academia puede parecer lo más importante en el mundo, todo su mundo, de hecho, pero no es más que una pequeña parte de un panorama más amplio. Estamos en medio de una guerra y mi trabajo es cultivar talento y entrenar a la próxima generación de oficiales de la Flota Cuatra que sean capaces de proteger a nuestra especie. Ward es un cadete talentoso y no podemos darnos el lujo de deshacernos de él porque cometió un error estúpido. Esa es la razón por la que todos ustedes están aquí, para *aprender*.

Vesper se puso de pie temblando de ira, pero cuando habló su voz era firme.

—Si esta es la manera en que nos tratamos entre nosotros, entonces, en algún punto, tal vez tengamos que preguntarnos si realmente merecemos ser salvados.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, ignorando la solicitud de su madre para que regresara.

Esta es pura mierda, pensó Vesper a medida que caminaba por el pasillo, haciendo caso omiso a todos los que la saludaban o trataban de establecer contacto visual con ella. Todo lo que le habían contado sobre la academia era mentira. No existía ningún código de honor. Nadie buscaba “cadetes con carácter”. Y a su madre no podía haberle importado menos la mediocridad de Ward como capitán. Lo único que le importaba era mantenerse en buenos términos con todos en Tri y no molestar a ciudadanos influyentes como los padres de Ward.

Solo había una persona a la que soportaría ver en este momento. Una persona que nunca le había mentado ni hecho la barba. Una persona que entendería la furia y la confusión que se disputaban dentro de ella.

Y, por suerte, sabía exactamente dónde encontrarlo.

Capítulo 26

CORMAK

—Quisiera proponer un brindis —dijo Dash, alzando su voz por encima del estruendo.

Cormak, Arran, Orelia, Zuzu, Sula y Frey, el amigo de Vesper, estaban reunidos en la sala común para celebrar la victoria del Escuadrón 20 y alguien, Cormak no sabía bien quién, había convencido a un asistente de traerles bebidas elegantes. Dash levantó una copa de jugo de espinamora color carmesí.

—Unidad y prosperidad.

—¡Unidad y prosperidad! —respondieron todos.

—Y, por supuesto, al Escuadrón 20.

Dash le sonrió a Arran, quien se sonrojó un poco.

—¡Al Escuadrón 20! —repitieron Cormak y los demás con alegría. Bueno, casi todos. La sonrisa de Frey le pareció un poco forzada, pero era evidente que trataba de comportarse como un buen perdedor. Él quería felicitar a Vesper, pero nadie la había visto desde que había salido de la simulnave.

Era cerca de una hora antes de la cena y las luces circadianas comenzaban a difuminarse, creando un efecto parecido a la medianoche en la sala común. Las copas abandonadas sobre las pequeñas mesas brillaban en la cálida luz de las lámparas, dándole a la habitación una atmósfera acogedora que Cormak nunca hubiera creído posible en el espacio. Es más, hasta ese momento ni siquiera sabía que *conocía* la palabra “acogedora”. Al parecer, este vocablo había permanecido latente en algún lugar recóndito de su cerebro, esperando el momento exacto para salir a la superficie.

—Me gustaría proponer otro brindis —dijo Arran desde el sillón en donde se encontraba sentado con el brazo de Dash a su alrededor.

Levantó su copa:

—A Rex, por su liderazgo, pensamiento rápido y compostura bajo presión.

—¡A Rex! —respondieron los demás.

Cormak esperaba que la tenue luz ocultara que se había sonrojado. *A Rex le hubiera encantado esto*, pensó.

—Y a Arran —dijo Orelia, alzando su copa.

Estaba sentada en el piso, con la espalda recargada sobre el sillón, más relajada de lo que Cormak la había visto desde que la conocía.

—Por dar con una solución ingeniosa.

Todos chocaron sus copas otra vez y Arran se agachó para darle a Orelia un apretón en el hombro.

—¿Qué pasó después? —preguntó Zuzu, mirando a Orelia y después a Cormak—. Apuesto a que Rex salvó el día.

Zuzu le sonrió a Cormak y una parte remota de su cerebro registró que ella era muy bonita. Pero era como escuchar música en una habitación lejana, una melodía que era rápidamente dominada por otra más fuerte y sobresaliente cuando pensó en la persona que en verdad había salvado el día.

Cuando trataban desesperadamente de escaparse de la tormenta de metano, Cormak pareció olvidar que todo el asunto no era más que una simulación. Todos parecían haberlo olvidado. La única que no había parecido confundida había sido Vesper. Incluso cuando el motor fallaba y la nave retumbaba, Vesper logró conducirla a un lugar seguro, moviendo las manos en los controles con tanta rapidez que ni siquiera le dio tiempo de limpiarse el sudor que le escurría por el rostro. Incluso en medio del caos, Cormak se dio cuenta de que nunca se había visto más hermosa.

—¿Sabes en dónde está Vesper? —le preguntó a Frey.

Aunque intentó mantener un tono casual en su voz, la sonrisa del tridiano indicó lo contrario.

—No lo sé. Pero estoy seguro de que tu piloto regresará a tu lado pronto. No hay nada de qué preocuparse, capitán.

Dash le lanzó una mirada de advertencia a Frey y Cormak sintió que se sonrojaba más. ¿Acaso era una broma para los tridianos? ¿El pobre y delirante devano que tontamente pensaba que tenía una oportunidad con la hija de la almirante? Quería decirles que se equivocaban. Pero, sin importar cuánto lo intentara, no podía borrar la imagen de Vesper en la simulación.

—¿Cuándo les van a decir sobre la misión real? —preguntó Sula entre celosa y preocupada.

—No estoy seguro —dijo Arran—. No lo entiendo. ¿Nos dejan sacar una *verdadera* nave de ataque? ¿Acaso es una buena idea?

—No es para *tanto* —dijo Frey con un gesto desdeñoso—. Saldrán en la nave durante veinte minutos, recogerán algún objeto que sea fácil de encontrar y luego volarán de regreso. Lo más difícil será atracar, aunque supongo que esa es responsabilidad de Vesper... Ah, miren, ¡es la chica de la que todos hablan!

Cormak volteó y vio que Vesper caminaba hacia ellos. Traía puesto su uniforme y su cabello largo y oscuro aún estaba húmedo por el sudor, aunque Cormak solo se enfocó en su rostro. Sus mejillas estaban coloradas y sus ojos brillaban con determinación y algo más, una expresión que se había vuelto menos familiar para él en el transcurso de las últimas semanas: furia.

—¿Estás bien? —le dijo al ponerse de pie.

—Necesito hablar contigo.

Antes de que tuviera tiempo de responder, lo tomó de la mano y lo llevó hacia la puerta sin importarles las miradas confundidas y los susurros que dejaban a su paso.

—¿Qué sucede? —le preguntó Cormak cuando la puerta de la sala común se cerró detrás de ellos.

El pasillo estaba desierto, ya que la mayoría de los cadetes estaba por cambiarse de ropa para la

cena. Pero a Vesper nada de esto parecía importarle mucho. Cormak reconoció su expresión y sabía que cuando estaba en este estado, lo único que le importaba era completar su misión.

Lo miró con tanta intensidad que, por un momento, pensó que su ira estaba dirigida a él.

—Me acabo de enterar que Ward es un pendejo —dijo Vesper con voz firme a pesar del brillo ligeramente maniaco en sus ojos—. Y mi mamá es todavía más pendeja.

—¿Apenas te diste cuenta de eso? —le preguntó Cormak, haciendo una mueca de dolor mientras recordaba los insultos condescendientes de la almirante Haze.

—Todos aquí son un fraude —su voz se hizo más silenciosa a medida que se acercó a él—. Todos menos tú.

—¿De qué hablas? ¿Estás bien?

—Ward fue el que vandalizó la simulnave y mi madre se rehúsa a hacer algo al respecto.

—¿~~Ward~~? —repitió Cormak.

A decir verdad, le sorprendía que el tipo siquiera supiera deletrear la palabra “bordeador” sin que alguien le dijera cómo hacerlo.

—¿Tu novio?

—Ya no es mi novio.

Vesper se estremeció y parte de la furia desapareció de su rostro. Por primera vez, se la veía casi frágil.

—No puedo creer que haya sido tan estúpida.

Sin pensarlo, Cormak la tomó de la mano.

—Eres muchas cosas, Vesper Haze, pero estúpida no es una de ellas. ¿Cómo podías saber que haría algo así?

Ella miró sus manos entrelazadas, y para su sorpresa, no se soltó.

—Porque nunca lo pensé. Era tan evidente que él era el chico con quien *debía* salir que nunca me tomé el tiempo de pensar en quién era en el fondo.

Cerró los ojos y se estremeció.

—Quería hacer todo bien. Quería ser impresionante.

—Créeme, eres mucho más impresionante sin ese pendejo —dijo Cormak, en un intento por hacerla sonreír.

Pero no funcionó. Se veía tan triste y herida que optó por utilizar una estrategia distinta: la honestidad.

—Mira, Vesper, no debes preocuparte por impresionar a la gente. Todo lo que haces es extraordinario, lo sepas o no.

Vesper lo miró a los ojos un buen rato hasta que algo cambió en su expresión.

Luego, con su característica seguridad, lo besó.

Fue tal su sorpresa que, al principio, Cormak apenas pudo moverse. Pero, a medida que Vesper presionaba los labios contra los suyos, el instinto se apoderó de él. Se recargó sobre la pared para mantener el equilibrio, le rodeó la cintura con el brazo y la besó. Ella se sumergió en él y él la sujetó con más fuerza para estabilizarla. Había besado a unas cuantas chicas antes, pero nunca había experimentado algo así. No existían movimientos torpes, ni cuestionamientos sobre qué hacer después. Era como si sus labios ya hubieran memorizado la forma de su boca y no podía evitar que

éstos buscaran sus lugares favoritos. Todo en ella se sentía familiar y eléctricamente nuevo al mismo tiempo.

Cormak inclinó su cabeza y besó a Vesper en la mejilla antes de continuar por su cuello.

Ella dejó escapar una exhalación que acarició el rostro de Cormak mientras se sujetaba de él. Cormak no pudo soportarlo más y, sin pensarlo, la abrazó con su otro brazo, cediendo ante la desesperación de su cuerpo por estar lo más cerca posible de ella.

—*Se ha detectado un ritmo cardíaco y una presión sanguínea erráticos* —le dijo la voz monótona de su enlace portátil.

—Descartar —susurró Cormak.

—¿Quieres que paremos? —le preguntó Vesper, separándose un poco con una sonrisa.

—Definitivamente no.

Cormak colocó su mano bajo el mentón de Vesper, luego inclinó su cabeza hacia abajo para besarla otra vez.

—Si tu enlace portátil te dice que descanses, tal vez sea bueno que te tomes un respiro.

—No me obligues a darte una orden, piloto.

Cormak colocó su mano sobre la cadera de Vesper y suavemente la jaló hacia él.

Capítulo 27

ORELIA

—¿Estás nerviosa? —susurró Arran mientras él y el resto del Escuadrón 20 seguían a la almirante Haze por el puerto de lanzamiento hacia la nave de ataque que utilizarían para su misión.

—Algo —dijo Orelia, aunque el miedo y la ansiedad que le carcomían el estómago no tenían nada que ver con su viaje exprés fuera de la academia. Hacía varias semanas que había enviado las coordenadas y, con cada día que pasaba, su culpa se volvía más abrumadora. A su llegada a la academia, todo le había parecido tan sencillo: experimentaba la emoción y el alivio de haberse infiltrado con éxito en la institución cuatrana. Vivía entre el enemigo, la próxima generación de asesinos entrenados para atacar a su gente y colonizar su planeta. No importaba que los gobernantes les mintieran a los cadetes, que los engañaran al decirles que los espectros habían atacado su sistema solar sin la menor provocación. Sus motivos eran irrelevantes; entrenaban a su gente para matar a los silvanos y tenían que detenerlos.

Sin embargo, la certeza de que en ese instante una nave silvana se dirigía a la academia para destruirla —y a todos en su interior— la mantenía en un estado de ansiedad constante. Cientos de cadetes, incluyendo a sus amigos, morirían por su culpa.

Y luego estaba Zafir. Ese momento que habían compartido en el tanque oceánico había sido el más feliz desde su partida de Silván. Orelia había reproducido ese beso cientos de veces en su cabeza, y nunca dejaba de llenar su cuerpo de calor. Pero luego recordaba que, de todas las personas en la academia, él era el más capacitado para descubrir la verdad sobre ella. Si quería sobrevivir hasta que los silvanos la extrajeran, tenía que mantener su distancia.

—¡No te pongas nerviosa! Esto va a estar *poca madre*.

Rex prácticamente brincaba de arriba abajo en contraste con Arran, quien se mostraba serio y callado mientras asentía a todo lo que decía la almirante Haze. Orelia esperaba que Vesper tomara la iniciativa y empezara a dar consejos, pero parecía extrañamente sometida, sonriente pero más reservada que de costumbre.

Quizá, como era de esperarse, el interior de la nave de ataque era idéntico al de la simulnave, excepto que las ventanas ya no mostraban estrellas simuladas sino la vista real, que en ese momento debían ser las paredes del puerto de lanzamiento. A medida que tomaron sus asientos Arran cerró los

ojos y respiró hondo, mientras que Vesper y Rex se sonrieron con emoción.

—Todos se ven cómodos —dijo la almirante Haze, inspeccionándolos con aprobación—. Ahora, esta operación va a ser muy sencilla, sobre todo comparada con las batallas que han completado en la simulnave. Hace algunas horas, pusimos un satélite en órbita. Lo único que necesitan hacer es localizar el satélite en su radar, establecer una ruta para recuperarlo y luego regresar a la academia. Todo el proceso debería tomar menos de una hora. Sus instructores monitorearán su progreso desde el centro de comando y hay ayuda en espera en caso de que algo salga mal.

A pesar de los nervios, Orelia sintió mariposas en el estómago al imaginarse a Zafir en el centro de comando junto con sus otros instructores, sonriendo con una mezcla de diversión y orgullo mientras la veían aventurarse en su misión.

—¿Alguna pregunta?

—Lo tenemos bajo control —dijo Rex, sonriéndoles a sus compañeros de escuadrón.

—Dejo todo en tus manos, capitán —dijo la almirante Haze—. Buena suerte.

Posó su mano sobre el hombro de Vesper y luego salió de la nave.

—Escuadrón 20, aquí la sala de control —una voz crepitó a través de las bocinas—. Tienen luz verde para despegar en cuanto estén listos.

—¿Todos listos? —preguntó Vesper.

Se tronó los dedos y luego hizo círculos con los hombros.

—Listo —dijo Arran desde su asiento.

El temblor en su voz desapareció y era pura concentración.

—¡Lista! —gritó Orelia.

Aunque no le importaba mucho impresionar a los instructores, excepto a Zafir, esta salida le serviría de distracción. Entre más ocupada estuviera, menos tiempo tendría de preguntarse cuándo llegarían los silvanos a destruir la academia.

—¿Todo listo, capitán? —Vesper le gritó a Rex.

—Todo listo.

Orelia esperó a que Rex dijera algo informal, pero ese comentario nunca llegó. Lo miró por encima de su hombro, lo vio tragar saliva y golpear los brazos de su asiento con los dedos mientras miraba al horizonte.

Cuando la cuenta regresiva llegó a cero, el ya conocido mensaje de “comenzar misión” apareció en la pantalla. Solo que esta vez las ventanas no se llenaron automáticamente de estrellas simuladas. Primero, tuvieron que esperar a que las vías automatizadas guiaran la nave a la orilla del puerto.

—Desactivar modo de autopiloto —dijo Vesper.

—*Modo de autopiloto desactivado.*

De reojo, Orelia vio a Vesper jalar el acelerador y, de pronto, ya estaban en el aire.

Arran dejó escapar un grito de emoción a medida que la academia se hacía más pequeña detrás de ellos y las estrellas se hacían más brillantes.

—¡En serio estamos haciendo esto!

—Antares nos ayude, es cierto —dijo Vesper.

Orelia no podía ver su rostro, pero podía escuchar la sonrisa en su voz. *Bien*, pensó. Quería que sus amigos se divirtieran lo más posible antes de que... no pudo completar este mórbido

pensamiento.

—Arran, ¿estamos listos para movernos a toda velocidad? —preguntó Rex.

—Todos los sistemas están listos.

—Orelia, ¿hay algún obstáculo en el camino?

Volvió a revisar su radar, solo para estar segura.

—Todo listo.

—Adelante, Vesper.

Sus asientos comenzaron a sacudirse un poco cuando Vesper activó los propulsores.

—¡Esto es increíble! —gritó Rex.

Sin siquiera mirarlo, Orelia podía escuchar la sonrisa en su voz.

Después de unos minutos se acoplaron a su ritmo habitual, hablando en la notación abreviada que crearon tras convivir casi cien horas en la simulnave. La cabina se llenó de los sonidos que ahora eran tan familiares para Orelia como el de su propia respiración: la conversación de Arran consigo mismo, el tronido de la mandíbula de Vesper cuando apretaba los dientes para concentrarse y el golpe del pie de Rex mientras daba instrucciones.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Rex.

Orelia se acercó a la pantalla de radar.

—El satélite está a menos de tres mil mitones de distancia. A esta velocidad, lo alcanzaremos en unos veinte minutos.

Resultaba un poco decepcionante que la misión hubiera sido tan corta. No tenía ningún interés en regresar a la academia para enfrentarse a la insoportable decisión que la esperaba.

—Excelente.

A sus espaldas, escuchó a Rex tronarse los dedos.

—Esto es más fácil que un pastel de polvo.

—¿Más fácil que un *pastel de polvo*? —repitió Vesper—. ¿Qué significa eso?

—¿Nunca has escuchado esa expresión? —dijo Rex, incrédulo.

—Se dice “es más fácil que un pastel de azúcar”.

—Sí, bueno, en Deva no tenemos mucha azúcar. Ni pastel, ahora que lo pienso. Lo único que es fácil de conseguir es el polvo. De ahí la frase.

A pesar de su ansiedad, Orelia sonrió. En algún punto a lo largo de las últimas semanas, sus bromas se volvieron casi reconfortantes.

Ubicaron el satélite con facilidad y Arran utilizó los códigos proporcionados por el personal de la academia para acceder a los propulsores de maniobra del satélite y así guiarlo hacia su dominio.

—Muy bien, piloto —dijo Rex con una sonrisa—. Llévanos a casa.

Cuando Vesper volteaba la nave de ataque para regresar a la academia, Orelia detectó en el radar algo que se dirigía hacia ellos. Lo miró de cerca un momento y de inmediato sintió que un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—No —susurró mientras activaba el escáner, enfocando el rayo láser que les permitía medir el tamaño y la forma de posibles obstáculos.

—¿Todo bien, Orelia? —gritó Vesper, mirándola por encima del hombro.

Orelia tenía la mirada fija en la pantalla, pero no podía hablar. Lo único que podía hacer era mirar

fijamente la silueta familiar que aparecía en su pantalla. *No*, pensó. *Es demasiado pronto.*

—¿Qué sucede, Orelia? —preguntó Rex con un dejo de preocupación en la voz.

Arran giró su asiento y se inclinó sobre ella.

—¿Qué demonios es *eso*? —espetó Vesper.

Orelia apartó la mirada del radar para seguir el dedo que Vesper apuntaba hacia fuera de la ventana. La misma figura que observó en la pantalla aparecía a la distancia, creciendo a cada segundo.

—No puede ser... —dijo Rex con voz ronca.

Orelia podía imaginarse la expresión en su rostro sin voltear a verlo. La expresión de alguien que veía cómo su pesadilla de la infancia se hacía realidad: aunque para Orelia la gigantesca nave que se precipitaba hacia ellos era perfectamente normal, para Rex y los demás era una imagen que evocaba el más puro terror.

Una enorme nave de guerra espectral.

—Es imposible —dijo Arran, como si pudiera hacer que la nave desapareciera por pura lógica—. Esta es una zona segura. La Flota Cuatra vigila el perímetro. No hay forma de que los espectros la penetren.

—Todos relájense. Tiene que ser una especie de truco, como el fuego en nuestra última batalla.

La voz de Rex era firme y segura, pero Orelia podía detectar una pizca de miedo.

—Eso era en la simulnave. No pueden crear un truco en el *espacio* —dijo Vesper sin apartar su vista de la nave.

Estaba tan cerca que ahora abarcaba casi toda la ventana. Vesper presionó un botón rojo en el tablero.

—Sala de control, ¿nos copian?

No había más que estática.

—¡Auxilio!, ¡auxilio!, ¡sala de control! ¿Nos copian?

La estática se hizo más fuerte. Vesper azotó su mano contra el tablero.

—Mierda. No está funcionando.

Han interferido el sistema de comunicación, Orelia notó a medida que el pánico se le abultaba en el pecho. Por instinto, tomó el transpondedor que tenía en el bolsillo de su uniforme. No estaba conectado a la red de la nave, así que tal vez sí funcionaría.

—¿Sabes a dónde se dirige, Orelia? —preguntó Rex con más preocupación que antes.

Orelia no tenía que revisar la pantalla de radar para contestar; sabía exactamente a dónde se dirigía.

—A la academia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vesper, sus ojos como platos mientras miraba entre un compañero de escuadrón y otro.

—Tenemos que prevenir al centro de comando —ordenó Arran—. Vesper, inténtalo otra vez.

Vesper apretó el botón rojo otra vez.

—Adelante, sala de control... sala de control, adelante...

Su voz se quebró un poco, pero lo único que llenaba el silencio en la cabina era la estática.

Arran se paró de su asiento de un brinco y pasó por encima de Vesper para presionar el botón él mismo.

—Los espectros se dirigen hacia ustedes. ¡Tienen que hacer algo! —gritó—. ¡Vamos!

Bufando, se dio la vuelta y se dejó caer en su silla.

—Van a acabar con todos —dijo, enterrando su rostro en sus manos.

Justo en ese momento, Orelia vio que la nave cambiaba su curso en la pantalla de radar. Se dirigía hacia ellos.

—Nos han visto —dijo ella, el miedo circulaba por todo su cuerpo.

—*Advertencia... advertencia... Se ha detectado un proyectil entrante. Prepárense para el impacto en 15... 14... 13...*

—Nos están disparando —dijo Arran, más para sí mismo que para los otros.

Estaba pálido y miraba fijamente hacia el frente, petrificado.

—Nos están disparando y vamos a morir.

Tenía razón. La nave de ataque, con su pequeña carga útil de misiles, no era ningún rival para la enorme nave de guerra silvana. Los destruiría y retomaría su curso hacia la academia. Para cuando la almirante Haze y los demás oficiales se dieran cuenta de lo que sucedía y armaran la flota de la escuela hasta los dientes, ya sería demasiado tarde; la academia sería destruida.

Orelia metió la mano en su bolsillo para tomar el transpondedor. Nunca pensó que se arriesgaría a que alguien más lo viera, pero sus compañeros de escuadrón estaban demasiado ocupados con la nave silvana como para darse cuenta.

Cancelen la ofensiva. Estoy en la nave de ataque, escribió.

—Por supuesto que no —murmuró Rex—. Vesper, sácanos de aquí.

—En eso estoy. Sujétense bien —gritó mientras conducía la nave en un descenso invertido y en picada que apenas los sacó de la trayectoria del misil.

Orelia sintió que el estómago le subía hasta la garganta y cerró los ojos. Cuando el mareo cedió, volvió a mirar su transpondedor.

La nave ha recibido órdenes de no dispararte otra vez. Mantén una distancia segura de la academia y la tripulación te recogerá una vez que el objetivo haya sido eliminado.

—Necesitamos contraatacarlos —dijo Rex, su voz cada vez más firme—. Es nuestra única oportunidad. Arran, alista los misiles. Vesper, prepárate para disparar.

—*No* —Orelia pronunció esta palabra antes de poder detenerla.

—¿De qué demonios hablas? —ladró Rex—. La orden se mantiene.

Arran movía los dedos con agilidad por los controles mientras examinaba una serie de símbolos por completo indescifrables para Orelia.

—Misiles activados —dijo en un tono extrañamente calmado, como si se hubiera convencido a sí mismo de que estaba de vuelta en la simulnave.

—Okey, Vesper, dispara a discreción.

—Esperen —gritó Orelia—. No necesitamos dispararles... se han dado la vuelta.

Vesper se inclinó hacia delante para ver mejor.

—Creo que otra vez se dirigen hacia la academia.

Mientras todos miraban la nave silvana fijamente, Orelia tomó su transpondedor otra vez.

No soy el piloto, escribió Orelia con desesperación. No puedo hacer que mantengan una distancia segura.

Un momento después, apareció una respuesta. *Has sido entrenada para enfrentar esta situación. Toma el*

control de la nave.

Orelia sabía exactamente lo que significaba; conocía diversas técnicas para dejar a un oponente inconsciente.

—Tenemos que detenerlos —dijo Arran con aspereza en la voz.

Estaba pálido y miraba horrorizado hacia fuera de la ventana. Mientras tanto, Orelia observó que Vesper apretaba la mandíbula y sujetaba los controles con más fuerza, tal y como lo había hecho en múltiples ocasiones.

—Lo haremos —dijo Rex—. Vesper, *dispara*.

Orelia contuvo la respiración cuando el misil atravesó la oscuridad hacia la nave silvana.

—Les dimos —dijo Rex, más para sí mismo que para los demás—. Tenemos que haberlo hecho.

Pero Orelia sabía que no era así. El sistema de protección de los silvanos era demasiado avanzado para este tipo de misiles. Esa era la razón por la que los ataques al Sistema Cuatra habían sido tan mortales; la Flota Cuatra simplemente no tenía el armamento necesario para derribar una nave silvana.

Todos observaron cuando el misil hizo contacto, para después cuartearse y romperse en miles de pedazos inútiles.

—Inténtalo otra vez —ordenó Rex—. Quizás ocasionamos algún daño en su sistema de protección. Esta vez podría funcionar. Tenemos que seguir intentándolo.

—Pero cada vez se acercan más a la academia —dijo Vesper con un pánico que le desgastaba la voz—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Orelia tragó saliva.

—Dependiendo del tipo de arma que utilicen, estarán en posición para disparar en unos seis minutos.

Pero ella sabía exactamente el tipo de arma que los silvanos utilizarían y si el escuadrón no encontraba la manera de detenerlos en menos de dos minutos, todas y cada una de las personas en la academia morirían.

—Okey, intentémoslo de nuevo.

Vesper tiró del acelerador y la nave de ataque se impulsó hacia delante.

—No puedes dispararles a tan poca distancia —Rex advirtió.

Sujetaba su asiento con tanta fuerza que sus nudillos se hicieron blancos.

—Explotaremos junto con ellos.

—No te preocupes, lo tengo bajo control —dijo Vesper.

Disparó el misil y luego hizo que la nave de ataque cayera en picada otra vez. No fue necesario evitar ninguna explosión tampoco, pues una vez más el misil fue detenido por el sistema de protección.

Incapacita al piloto. Es una orden.

Orelia cerró los ojos mientras visualizaba lo que implicaría arrebatarle los controles a Vesper. Tendría que romperle el cuello o estrangularla hasta que perdiera la conciencia, todo esto mientras mantenía a Arran y a Rex a raya. A pesar de su entrenamiento, la idea de ahorcar a Vesper la horrorizaba. No podía hacerlo.

Estoy con tres cuatranos, escribió en su transpondedor. No me dejarán incapacitar a la piloto.

—Todos van a morir —dijo Arran en un susurro angustiado y Orelia sintió una punzada de dolor en el pecho.

Sigue adelante. Es una orden.

Un terror helado la atravesó y la dejó sin aliento. El momento había llegado: iba a morir. Solo existían dos posibles desenlaces: o la nave de ataque de su escuadrón era destruida en la explosión o los silvanos la ejecutarían por desobedecer órdenes.

—Necesitamos un arma más poderosa —gritó Vesper, como si pronunciar estas palabras fuera suficiente para que el arma se materializara frente a ellos.

—Solo hay que seguir intentándolo. ¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Rex.

—Alrededor de cuatro minutos —susurró Orelia, incapaz de ocultar el creciente horror de su voz. Si continuaban disparándole a la nave silvana, ellos terminarían por destruirlos. Pero, si no hacían nada, estarían a unos cuantos minutos de ver morir a todos en la academia.

—No va a funcionar —espetó Arran—. Tenemos que intentar otra cosa.

Rex golpeó su puño contra el descansabrazos de su silla.

—No *tenemos* otra cosa.

—Espera... sí tenemos algo —dijo Arran—. Podemos usar el satélite.

—¿Cómo funcionaría eso? —preguntó Vesper por encima de su hombro mientras Rex se enderezaba en su asiento.

—Es un satélite de comunicación, por lo que, si lo ajustamos a la frecuencia de la nave espectral, quizá podamos freír su sistema de comunicación. Perderían el control de navegación y no podrían dispararnos ni a nosotros ni a la academia.

—¿En verdad podemos hacer eso? —preguntó Vesper mientras miraba frenéticamente entre Arran y la oscura nave espectral desprovista de ventanas—. El satélite aún está en el área de carga.

Arran asintió.

—Aún deberíamos tener entrada total a los sistemas del satélite de cuando accedimos a los propulsores.

El tono esperanzado de su voz atravesó a Orelia como un cuchillo. Los silvanos utilizaban una tecnología avanzada de amplio espectro, por lo que no existía una sola frecuencia capaz de ser intervenida.

—Lo intentaremos —dijo Rex rápidamente—. No tenemos nada que perder. Arran, abre las puertas del área de carga y ventila la atmósfera. Eso hará que el satélite salga disparado.

—Okey... abriendo puertas.

Se escuchó un chirrido y a través de la ventanilla Orelia vio caer el satélite, que estaba cubierto de brillantes carámbanos.

—Espera...

Una vez más Arran movió sus dedos ágilmente por los controles y encendió los propulsores de maniobra del satélite, orientándolo lentamente en la dirección correcta.

—Okey... Voy a empezar a probar distintas frecuencias. Dime si pasa algo.

Hubo un largo y tenso silencio.

—Creo que no está funcionando —dijo Vesper finalmente, con los ojos fijos en la nave silvana—. Aún se dirige hacia la academia.

Diles, pensó Orelia. *Tienes que decirles que no va a funcionar para que puedan salirse del radio de alcance de la explosión a tiempo.*

Arran maldijo en voz baja.

—No se me ocurren otras opciones —dijo—. Una de estas frecuencias debió haber funcionado.

—Sigue intentándolo.

Vesper apretó la mandíbula y sujetó los controles con más fuerza, tal y como Orelia la había visto hacerlo en numerosas ocasiones.

—Me aseguraré de que estemos en posición para disparar.

—Creo que deberíamos darnos la vuelta —dijo Orelia—. Podrían dispararnos en cualquier momento. No es...

—No —Rex la interrumpió bruscamente—. No vamos a darnos la vuelta.

—¡Se nos acaba el tiempo! —gritó Vesper—. Parece que se preparan para disparar.

No, por favor, Orelia pidió en silencio. No podía hacerlo. No podía ver morir a toda la gente de la academia. Pero la única manera de detener a los silvanos sería decirles a sus compañeros de escuadrón sobre la frecuencia, algo que ningún cuatrano podría saber. Si funcionaba, deshabilitaría el sistema de protección de la nave de guerra y estropearía su poder de navegación. Su escuadrón podría destruir la nave sin problemas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Arran con la voz quebrada.

Orelia trató de imaginarse a los silvanos en la nave. ¿Acaso era una tripulación que conocía de la base? Sintió que se le revolvía el estómago al pensar en los jóvenes soldados que se aventuraban en su primera misión, que llevaban a cabo una operación que ayudaría a salvar a su gente de la desgracia. ¿Realmente podía arriesgar sus vidas a cambio de salvar a los cuatranos? Pero luego imaginó los gritos de angustia de Vesper al darse cuenta de que su madre y todos sus amigos perecieron. Se estremeció al pensar en el corazón roto de Arran al perder a Dash. Pensó en Zafir, Zuzu y en todos los demás que solo fueron amables con ella, y entonces su determinación se endureció.

—Tal vez utilicen una tecnología avanzada de amplio espectro —dijo Orelia en voz baja—. Quizá tengamos que usar un pulso energético dirigido capaz de saturar cualquier frecuencia.

—¡Eso es! —dijo Rex con entusiasmo—. Arran, ¿puedes...?

—Estoy en ello —respondió Arran.

El satélite terminó de rotar y ahora apuntaba directamente a la nave silvana. No hubo una descarga brillante de luz o un lanzamiento de misiles. Solo una confirmación silenciosa en sus pantallas de que la señal estaba siendo transmitida a toda potencia.

—Por el amor de Antares, vamos —respiró Arran.

—Han dejado de maniobrar —dijo Vesper—. Creo que funcionó.

Todo había terminado. Orelia había firmado su sentencia de muerte; ya sea que los cuatranos la ejecutaran por espionaje o su propia gente por traición a la patria. Trató de respirar profundamente, pero el aire no le llegaba a los pulmones.

Rex estiró el cuello para mirar la pantalla de radar de Orelia.

—No pueden maniobrar, pero aún se dirigen hacia la estación. Dentro de unos minutos estarán en posición para destruir la academia. Es momento de lanzarles todo lo que tenemos. Vesper, *dispara*.

La nave de ataque se sacudió mientras descargaban los últimos misiles que ardían silenciosamente

hacia la nave silvana.

Un momento después, la nave de ataque retumbó y las ventanas se cubrieron con la terrible imagen de las llamas devorando la nave silvana. *Lo siento tanto*, articuló Orelia a medida que los ojos se le llenaban de lágrimas; tres palabras que no servirían de mucho para reconfortar a los silvanos que acababan de perder la vida.

La nave de ataque retumbó violentamente y luego se paralizó y, por un momento, nadie habló. Incluso parecía que nadie *respiraba*. Y luego la cabina se llenó de gritos de alegría y suspiros de alivio.

—¡Lo hicimos! —dijo Rex, levantando su puño en el aire.

Mientras tanto, Arran se decía a sí mismo:

—Está bien... estamos bien...

Rex tomó a Orelia del hombro.

—¡Eres una maldita genio!

Orelia miraba hacia el frente. No podía obligarse a sonreír. Ni siquiera podía ver a sus compañeros de escuadrón. Se rehusaba a mirarlos mientras celebraban la masacre, aunque hubieran actuado en defensa propia. Su único consuelo era que no tendría que cargar con esta culpa por mucho tiempo. Alguien se preguntaría cómo sabía sobre las frecuencias múltiples. A esto le seguirían más preguntas. Era solo cuestión de tiempo antes de que alguien descubriera su secreto y entonces recibiría el castigo que se merecía.

Sería ejecutada.

Capítulo 28

ARRAN

—Escuadrón 20, este es el centro de comando. ¿Nos copian? —crepitó una voz frenética a través del sistema de comunicación.

Era la almirante Haze.

—Escuadrón 20, adelante.

Arran dejó escapar un largo suspiro y posó su cabeza sobre el panel de control. Los espectros lograron intervenir sus comunicaciones, pero en cuanto la nave fue destruida los sistemas regresaron a la normalidad. Todo iba a estar bien. Lo lograron y ahora los adultos podían encargarse del resto. Inhaló profundo y exhaló poco a poco, pero esto no fue suficiente para hacer que su cuerpo dejara de temblar.

—Los copiamos, centro de comando —dijo Rex con voz temblorosa.

—Oh, gracias a Antares —dijo Haze, haciendo a un lado el protocolo.

En el fondo, Arran escuchó el ruido de una conversación silenciosa. Trató de imaginar quién estaría ahí con la almirante, cuántas personas fueron alertadas sobre el ataque. Seguramente, el sargento Pond y todos los decanos. ¿En qué momento contactarían a las familias de los cadetes? ¿Le habrían llamado a su madre o acaso ignoraba que Arran estuvo a punto de volar en pedazos a manos de los espectros?

—¿Están bien? —preguntó la almirante Haze.

—Estamos bien. Solo avisenos la próxima vez que nos envíen a destruir una nave espectral. Es un método de entrenamiento poco convencional, ¿no creen?

El tono de Rex era juguetón, pero su rostro aún estaba desencajado a causa de su reciente prueba.

Haze dejó escapar una risa estrangulada.

—Quédense donde están. Les enviaremos una escolta para traerlos de regreso a la academia.

La transmisión terminó y, por un momento, nadie habló. Finalmente, Rex rompió el silencio:

—Eso fue una locura.

—No puedo creerlo —dijo Arran con una ligera ronquera y hablando en voz alta por primera vez.

Se acababan de enfrentar a los *espectros*. Y no solo sobrevivieron, sino que también salvaron a

todos en la academia. Unos segundos después hubiera sido demasiado tarde.

—Iban a matar a todos.

—Pero los detuvimos —dijo Rex con una sonrisa—. ¡Nadie puede vencer al Escuadrón 20!

Vesper vitoreó y Arran se rio al sentir que un ligero alivio comenzaba a extenderse por todo su cuerpo. Miró a Orelia, quien permanecía callada y sin moverse con la vista fija al frente. Le pareció que no hablaba desde que activaron el pulso. Probablemente estaba conmocionada. Todos lo estaban.

Minutos después regresaban a la academia, rodeados por tres naves de ataque de vuelo cercano de la Flota Cuatra.

—Creo que siempre debería llegar así a la academia —dijo Rex.

—Quizá solo por una vez podrías evitar hacer una entrada triunfal —Vesper le contestó con una sonrisa.

Por lo general, las bromas que Vesper le hacía a Rex solían ser más incisivas que cariñosas.

—No importa cómo analices la situación, pero no me puedes culpar por ella —dijo Rex.

—No es tu culpa —dijo Orelia con voz queda sin mirar a ninguno de sus compañeros—.

Ninguno de ustedes tiene la culpa.

—Sí, lo sabemos —dijo Rex con una sonrisa, pero Vesper miró a Orelia con extrañeza.

Arran se estiró para colocar una mano sobre el hombro de Orelia.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero no hizo ningún intento por quitar su mano.

Cuando se acercaban a la academia, un muelle se abrió. Vesper disminuyó la velocidad y dirigió la nave a través de la brecha sin ningún problema, tal y como Arran la había visto hacerlo cientos de veces en la simulnave. Pero, después de todo lo que vivieron, le impresionaban sus nervios de acero. Su cerebro zumbaba al tratar de procesar la enormidad de lo sucedido. ¿De dónde salieron los espectros? ¿Cómo penetraron el perímetro de la academia? Empezó a compilar una lista de preguntas que hacerle a la almirante Haze durante su inevitable interrogatorio, pero, en cuanto la escotilla se abrió, se hizo evidente que tendría que esperar.

La plataforma de lanzamiento estaba llena de gente, incluyendo un grupo de médicos en primera fila.

—Llévenlos al centro médico —ordenó una voz, aunque Arran no sabía de dónde provenía.

—Estamos *bien* —insistió Vesper, esquivando a un doctor que intentaba tomarle sus signos vitales.

—Denles espacio —ordenó otra voz que Arran sí reconoció.

Era la almirante Haze. Abrazó a Vesper con fuerza y luego se dirigió a los demás:

—¿Están bien?

—Estamos bien, solo un poco alterados —dijo Vesper.

—Habla por ti misma, yo me siento fantástico —dijo Rex, casi brincando en su lugar.

Claramente su conmoción desaparecía —o quizás en ese preciso instante se transformaba en energía maniaca.

La almirante Haze le lanzó una mirada algo desdeñosa, pero Vesper le sonrió con indulgencia.

—¿Por qué no continuamos esta conversación en mi oficina? —dijo Haze, haciendo un gesto para que los cadetes la siguieran.

A medida que caminaban hacia el ala administrativa, Arran escaneó los pasillos en busca de Dash pero no lo encontró. Nada de esto se sentiría totalmente real hasta que se lo contara a Dash.

En cualquier otra situación, Arran hubiera encontrado la oficina de la almirante Haze algo intimidante. Un escritorio largo y ornamentado de madera ocupaba la mitad de la habitación y, encima de él, un brillante holomapa del Sistema Cuatra flotaba en el aire. Las paredes estaban llenas de cuadros de antiguos directores de la academia y los estantes estaban llenos de libros con títulos como *La belleza de la guerra* y *El enemigo vencido*. Pero su encuentro con los espectros cambió radicalmente su paradigma sobre lo que era “intimidante”.

Haze se recargó en su escritorio y con un gesto les indicó que se sentaran. No había suficientes sillas para todos, por lo que Vesper se quedó parada junto con el sargento Pond y Zafir.

—Explíquenme paso a paso lo que sucedió —dijo la almirante Haze sin mayor preámbulo.

Los cadetes se miraron entre ellos. Arran esperaba que Vesper empezara a dar explicaciones, pero ella le indicó a Rex con un gesto que arrancara.

—Bueno... —comenzó, un poco nervioso.

Una parte de su valentía se desvaneció de camino a la oficina de Haze.

—Acabábamos de recoger el satélite y veníamos de regreso a la academia cuando de pronto apareció la nave espectral. Parecía haber salido de la nada.

—¿No detectaste nada en el radar? —preguntó Haze mientras miraba a Orelia.

Orelia negó con la cabeza.

—No hasta que ya estaban en posición.

Zafir miró a Orelia fijamente con la misma expresión inescrutable que a veces utilizaba en clase y ella se movió incómodamente en su asiento.

—Nos percatamos de que se dirigían a la academia —continuó Rex—. Cuando no pudimos establecer contacto con ustedes, sabíamos que teníamos que intentar destruirlos por nuestra cuenta.

Incapaz de guardar silencio por más tiempo, Vesper agregó.

—Nuestros misiles no podían penetrar el sistema de protección de los espectros, entonces a Arran se le ocurrió un plan genial de usar el satélite para freír su sistema de comunicación.

—¿En serio? —dijo Pond—. Eso es fascinante. ¿Cómo sabías qué frecuencia era la correcta?

—No lo sabíamos —explicó Arran—. Orelia adivinó que quizás utilizaban una tecnología que se extendía a través de múltiples frecuencias.

—Una suposición muy impresionante —dijo Haze, inspeccionando a Orelia con una mirada que Arran no podía leer.

Pero luego su expresión se suavizó.

—Estoy muy orgullosa de todos ustedes —dijo Haze antes de sonreírle a Vesper—. Muy orgullosa.

Pond miró a Zafir y luego a la almirante Haze:

—¿Cómo nos encontraron los espectros? —preguntó con una voz ronca que no hacía mucho por ocultar su preocupación.

—Tendremos que investigar eso más adelante —dijo la almirante Haze en un tono que sugería que no quería discutir esto frente a los cadetes—. Ustedes cuatro pueden irse. Solo traten de mantener lo que sucedió hoy entre ustedes. No queremos alarmar a nadie hasta que entendamos

mejor la situación.

Los cadetes asintieron y salieron hacia el pasillo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Rex un tanto desconcertado—. ¿Comemos?

—¿Tienes *hambre*? —dijo Vesper, sacudiendo la cabeza con una mezcla de exasperación y diversión.

—Resulta que matar espectros te despierta el apetito —dijo con entusiasmo.

Orelia cerró los ojos y su rostro se retorció de dolor.

—¿Qué tienes? —preguntó Arran, dándole un ligero apretón en el brazo.

—Nada.

Se hizo a un lado, liberándose de su mano.

—Solo estoy cansada. Creo que debería irme a acostar.

—¿Estás segura de que no quieres comer algo primero? —preguntó Rex, mirándola con preocupación.

—No, estoy bien. Solo quiero descansar.

Vesper extendió su brazo hacia Orelia, pero luego recapacitó y dejó caer su brazo a un costado suyo.

—Te acompaño a tu cuarto.

—Eso no es necesario —dijo con rigidez, sonando más como la antigua Orelia—. Los veo al rato.

Sin mirarlos a los ojos, se alejó con inestabilidad. Claramente caminaba lo más rápido posible, aunque las piernas le temblaban.

—¿Debería acompañarla? —susurró Vesper—. ¿Solo para asegurarme de que llegue bien?

Arran negó con la cabeza.

—Creo que quiere estar sola.

De pronto, a Arran lo invadió una ola de cansancio y trató de calcular cuántos pasos más tendría que dar para echarse en su propia cama.

—Creo que yo también debería descansar.

—Okey, nosotros te veremos después —dijo Vesper, parándose de puntitas para darle un abrazo.

Arran sonrió al escucharla decir la palabra *nosotros*. No sabía exactamente qué sucedía entre Vesper y Rex, pero le gustaba y lo forzaba a añorar aún más la compañía de Dash. Lo haría guardar el secreto, pero *tenía* que contarle lo sucedido.

Arran se apresuró para llegar al cuarto de Dash. Afortunadamente, Dash estaba ahí, aunque cuando abrió la puerta se veía extrañamente pálido.

—¿Estás bien? —preguntó Arran antes de darse cuenta de cuán ridículo sonaría eso dentro de un minuto, una vez que Dash se enterara de su reciente roce con la muerte.

—Sí, estoy bien. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo les fue?

Dash llevó a Arran a la sala de estar, en donde Arran le contó la versión corta mientras lo veía palidecer más con cada palabra.

—No puedo creerlo —dijo Dash enronquecido antes de abrazar a Arran.

—Sí, fue...

Arran buscó las palabras adecuadas para hacerle justicia al extraño espiral de intensas emociones

que experimentó desde que destruyeron la nave espectral.

—Fueron los minutos más aterradores y emocionantes de toda mi vida.

Recargó su cabeza sobre el hombro de Dash y sintió que otra ola de fatiga lo golpeaba.

—Necesito irme a acostar. ¿Me acompañas a mi cuarto?

Quería posar su cabeza sobre el pecho de Dash y escuchar el latido de su corazón mientras se quedaba dormido.

—Creo que debería dejarte descansar —dijo Dash.

Su tono fue amable, pero sus palabras hirieron a Arran un poco.

—¿Qué? —preguntó Arran, alzando la mirada—. No, quiero que te quedes conmigo.

—Lo sé, pero sufriste un tremendo choque. Quizás es mejor que te quedes solo.

Arran lo miró incrédulo, buscando en el rostro de Dash una pista que explicara su extraño comportamiento.

—Pensé en ti todo el tiempo —dijo Arran—. Y me preguntaba si te volvería a ver. No quiero estar solo. Quiero estar contigo.

Una expresión pasajera de dolor se reflejó en el rostro de Dash, pero fue tan rápida que Arran podía habérsela imaginado.

—Te sentirás mejor cuando descanses.

Dash se puso de pie.

—Vamos. Te acompañaré a tu cuarto.

Luego tomó a Arran de la mano, un gesto que normalmente lo llenaba de calor. Pero incluso la presión de la mano de Dash era insuficiente para alejar el escalofrío que se colaba dentro de Arran a medida que caminaban por el pasillo en silencio.

Capítulo 29

VESPER

Al final de cada año escolar, la academia organizaba una fiesta para el escuadrón ganador, pero Vesper sospechaba que no todos los eventos eran como éste. Habían pasado tres días desde la misión del Escuadrón 20 y, a pesar de los esfuerzos de su madre, el ataque de los espectros era el único tema de conversación.

La fiesta se realizaba en el salón de baile y parecía mucho más lujosa que el baile de bienvenida al inicio del año escolar. La única luz provenía de los cientos de veladoras desperdigadas por la gran habitación y de las estrellas lejanas que brillaban a través de las ventanas. El sonido de la música y las risas se arremolinaba en torno a la elegante multitud que incluía no solo a toda la facultad sino a varios oficiales de la Flota Cuatra. Incluso el comandante Stepney hizo el viaje y lucía más dignificado que de costumbre en su uniforme de gala.

—¿Dónde está el resto de tu escuadrón? —le preguntó su madre mientras se deslizaba hacia Vesper, su vestido negro fluyendo tras ella—. El comandante Stepney quiere felicitarlos a todos.

Vesper se estremeció del gusto al escuchar esto, luego se paró de puntitas para escanear a la multitud.

—Orelia y Arran están allá —dijo.

Estaban cerca de la mesa de bebidas, rodeados de gente que claramente los bombardeaba con preguntas sobre el ataque.

—Voy a buscar a Rex y luego los reuniré a todos para llevarlos contigo.

Su madre asintió.

—Tráelos en diez minutos.

Mientras Vesper esquivaba a la multitud de cadetes y maestros en sus trajes de gala, casi todos volteaban a verla. Si en algún momento existió la duda de si se merecía un lugar en la academia, su victoria contra los espectros la disipó rotundamente. Nadie se merecía estar aquí más que ella.

En ese momento, de cualquier forma, no tenía ningún interés en regodearse en su victoria. Lo único que quería era encontrar a Rex. Aún no hablaban sobre su beso. Vesper asumió que uno de ellos lo mencionaría en algún punto, pero estuvieron demasiado ocupados con la última batalla y todo el asunto contra los espectros. Todo era tan surreal. Aquí se encontraba ella, consumida por un

deseo desesperado de conocer los sentimientos de Rex, cuando hacía menos de tres días estaba casi segura de que moriría.

El volumen de la música ahora era más alto y algunas personas bailaban; unos en grupo, otros en pareja. Vesper se aseguró de caminar por la orilla de la pista para evitar ser arrastrada por la gente que bailaba. La simple idea de bailar en público le provocaba náuseas. Por alguna razón, la coordinación que le permitía correr alrededor de la pista multiambiente o realizar maniobras complejas en la sala de gravedad cero la traicionaba cuando se trataba de mecerse al ritmo de la música. Además, si se mantenía cerca de la pared, podría evitar a Ward con mayor facilidad. Había logrado evadirlo desde su ruptura y, aunque sabía que tendría que enfrentarlo en algún punto, tenía demasiadas cosas en la cabeza esta noche.

—¿No estás interesada en sacarle brillo a la pista?

Vesper volteó y vio que Rex la miraba con una sonrisa entretenida que le provocó un aleteo en el estómago.

Preferiría prenderme fuego que bailar frente a ti, pensó.

—No quisiera intimidar a la gente con la maestría de mis pasos. Sería algo grosero de mi parte. Además, a nadie le gustan los presumidos.

Rex levantó una ceja y sonrió.

—¿Ah, sí?

Vesper asintió con seriedad.

—Sí. He querido hablar de eso contigo. Creo que deberías bajarle dos rayitas a tu alardeo.

—Lo tomaré en consideración de ahora en adelante. Pero esta noche es para nosotros y planeo aprovecharla al máximo.

Rex le extendió su mano y Vesper la miró con aprehensión.

—¿Qué haces?

—Vamos. Enséñame esos pasos legendarios.

—No lo creo —dijo, manteniendo su voz ligera a pesar del nudo que se le formaba en el estómago.

—Vamos. ¿Acaso a la señorita “puedo destruir una nave espectral sin sudar” le da miedo *bailar*?

—Definitivamente no lo hice sin sudar.

Rex se acercó a ella y le susurró al oído:

—Lo sé. Nunca te ves más hermosa que cuando estás toda sudada en el asiento del piloto.

Vesper se rio y le dio un golpecito juguetón; luego tuvo que controlarse para no besarla otra vez ahí mismo, frente a cientos de personas que los miraban con curiosidad alrededor del salón. En vez de eso, tomó su mano y dejó que la condujera a la pista.

—¿Acaso ésta es tu venganza por hacerte la vida de cuadritos durante tanto tiempo?

Sus labios se crisparon con diversión.

—Estamos a punto de descubrirlo.

Rex colocó su mano en la cintura de Vesper y luego guió la mano de ella a su hombro.

Rex se movía con facilidad de un lado a otro al ritmo de la música, guiando a Vesper hacia delante y hacia atrás al girar. *Debo verme como una idiota,* pensó, encogiéndose mientras evitaba la mirada de Rex. Pero cuando por fin se atrevió a mirarlo, vio que sonreía.

Ella le sonrió de vuelta y él le sujetó la cintura con más fuerza, acelerando el paso al ritmo de la música. Sin importar hacia dónde diera un paso, la movía sin problemas con él. Rex levantó su brazo y, sin pensarlo, ella giró debajo de él, riendo. Él también se rio y le dio otra vuelta, esta vez más rápido. Era como cuando volaban juntos en la simulnave, cuando sus pensamientos se sincronizaban a la perfección. *Excepto que era mucho mejor*, pensó mientras la mano de Rex se deslizaba desde su cintura hasta su espalda baja, poniéndole la piel de gallina. *Muchísimo mejor*.

—Mi mamá quiere que vayamos a hablar con Stepney —susurró, temiendo que si hablaba demasiado fuerte, Rex la soltara.

—¿Ahorita?

La música se volvió más lenta y Rex la abrazó, inclinando su cabeza hacia la de ella.

—En unos minutos.

Vesper lo miró y dejó escapar una risita.

—Aunque tal vez primero quieras lidiar con esa mancha.

Rex bajó la mirada y notó una pequeña mancha de mostaza rosa en su camisa, luego sonrió.

—Buena idea, ahora vuelvo —le susurró al oído antes de soltarla.

Tan solo sentir el aliento de Rex sobre su piel hacía que todo su cuerpo temblara.

—Te veo allá —le dijo Vesper, señalando el lugar donde su madre conversaba con Stepney—. Solo voy por Orelia y Arran.

Una vez más, Vesper se abrió camino entre la multitud, tratando de respirar profundo para dejar de temblar. Pero antes de que alcanzara a sus compañeros de escuadrón, escuchó una voz familiar.

—Felicidades, Vee. Escuché que dieron un gran espectáculo el otro día.

Como siempre, Ward estaba impecablemente vestido, sin embargo, esta noche su apariencia no transmitía elegancia. Todo se veía demasiado planchado y almidonado, al igual que la tensa sonrisa en su rostro.

—No fue exactamente un *espectáculo* —dijo Vesper—. Impedimos un ataque espectral.

Sabía que Ward aún estaba furioso por su ruptura, pero ciertamente escuchar que tu exnovia te había salvado la vida inspiraría un poco de gratitud.

—Oh, lo sé. Debió haber sido aterrador —dijo, su voz súbitamente llena de una preocupación que no encajaba con su mirada—. Qué suerte que Rex decidiera que esta misión no era la indicada para ser sabotada.

—¿De qué hablas?

Ward levantó una ceja y señaló con la cabeza en dirección a Rex, quien estaba parado cerca de la mesa de bebidas, metiendo una servilleta en un vaso de agua.

—Me sorprende que lo hayas perdonado. ¿Acaso te dio la mitad de las ganancias?

Una chispa de irritación comenzó a arderle en el pecho y estaba a punto de decirle a Ward que no la hiciera perder el tiempo cuando él continuó:

—Apostó en *contra* de tu escuadrón para la primera misión. Por eso fingió estar enfermo. Aunque seguramente estaba bastante crudo; esos bordeadores no tienen nada de aguante. Ganó como cuatrocientos cieloros, según Brill.

Vesper entrecerró los ojos.

—Esto es bastante patético, incluso para ti.

—¿Crees que lo inventé? —Ward se rio con disimulo—. Ve y pregúntale tú misma.

Vesper vaciló sin saber qué molestaría más a Ward: si desestimar la ridícula acusación y quedarse donde estaba o ir con Rex para que humillara a Ward al negar todo. La segunda opción ofrecía la ventaja de alejarse de Ward, por lo que le lanzó una sonrisa falsa y dijo:

—Lo haré ahora mismo.

Aunque Rex le daba la espalda, debió haberla visto de reojo, porque cuando se acercó, la tomó de la mano y la jaló hacia él. Vesper sonrió al presionarse contra él y sentir cómo la tensión desaparecía.

—¿Qué quería Ward? —preguntó Rex en voz baja mientras él y Vesper caminaban entre la multitud.

—Solo se comportaba como un idiota —dijo Vesper, contenta al ver que su madre encontró a Orelia y a Arran—. Me contó una historia ridícula sobre ti, que perdiste nuestra primera batalla a propósito.

Rex le dio unas palmaditas a la mancha en su camisa con una servilleta y Vesper creyó haber visto que sus hombros se tensaban un poco.

—Lo inventó, ¿verdad? —dijo con calma, ignorando la leve irritación que sentía en el estómago.

—No del todo, no.

Rex le sonrió a modo de disculpa.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Perdiste la batalla *a propósito*?

Sabía que no debía enojarse demasiado —de todos modos terminaron por ganar el torneo—, pero esa pérdida la hizo caer en espiral. Cada mañana se levantaba con un peso sobre el pecho que no hacía más que crecer a lo largo del día. Se sentía tan deprimida y desesperada: estuvo a nada de consumir *polvo de Vega*, por amor a Antares.

Respiró profundo en un intento por calmar la ira que empezaba a bullir en su interior. Si Rex perdió a propósito, probablemente fue por una buena razón. *Muéstrale que lo entiendes*, se dijo a sí misma. Esta era su oportunidad de demostrar que no era otra adinerada chica tridiana sin contacto con la realidad.

—¿Por qué?

—Necesitaba el dinero —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Vesper.

Rex desvió la mirada.

—No puedo decírtelo.

—Qué conveniente —dijo ella, incapaz de mantener la amargura fuera de su voz.

Él la miró por un momento.

—No sé por qué te molestas tanto —dijo, su tono de voz un poco menos neutral—. Ganamos el torneo. Eso ya no tiene importancia.

—A *mí* sí me importa —dijo Vesper con la voz quebrada.

Rex tuvo la osadía de entrar al baño de mujeres e inventarse un discurso de mierda acerca de que *creía* en ella, cuando su derrota fue culpa de él.

—Debiste haberme dicho la verdad. Quizá me hubiera enojado en un principio, pero si hubiera sabido que necesitabas el dinero, lo hubiera entendido. En cambio, me hiciste creer que no era lo suficientemente buena. Sabías lo insegura que me sentía y lo usaste en mi contra.

El rostro de Rex se endureció.

—No puedes culparme por todos tus problemas, Vesper. No es mi culpa que te desmorones cuando las cosas no son perfectas.

La furia que sentía en el estómago irradiaba calor por todo su cuerpo.

—Sí, tienes razón. No es tu culpa. Debí haber sabido que no podía confiar en ti.

Sin otra palabra, Vesper se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo.

Capítulo 30

ARRAN

Con el ceño fruncido, Arran miró alrededor del comedor. Dash no estaba en su mesa habitual con sus amigos tridianos y tampoco estaba sentado con su escuadrón. Bajó la mirada para revisar si tenía algún mensaje en su enlace portátil. Era como la enésima vez en el día que lo veía. Dash no solo faltó a su clase de ingeniería, sino que tampoco respondía a los mensajes de Arran.

Ignorando las protestas de su estómago, Arran salió rápidamente del comedor, asintiendo en dirección a las docenas de personas que lo saludaban o le sonreían al pasar. A partir del ataque, fue catapultado de los márgenes de la vida académica al centro de la misma, pero por alguna razón, se sentía más solo que antes. No importaba cuántos nuevos amigos hiciera si Dash no estaba a su lado. Arran no podía explicar el extraño comportamiento de Dash, pero estaba decidido a esclarecerlo todo esta noche.

—¿Estás bien?

Se dio la vuelta para encontrarse con Vesper, quien también salía del comedor.

—No te quedaste a la cena.

—Sí, estoy bien —dijo Arran rápidamente—. Solo me di cuenta de que en realidad no tenía mucha hambre. ¿Tú estás bien?

No se percató de ello dentro del comedor, pero en el iluminado pasillo era evidente que Vesper no era la chica radiante de ojos brillantes que vio en la fiesta de la noche anterior. Por la palidez de su rostro y las bolsas en sus ojos, no le sorprendería saber que pasó la noche en vela.

—Estoy bien —dijo, desviando la mirada.

—¿Has visto a Dash? —le preguntó Arran, cambiando de tema—. No he podido encontrarlo en todo el día.

—¿Ya buscaste en la sala de proyección? Teníamos una en nuestra antigua escuela y a Dash siempre le gustaba usarla cuando estaba vacía, como a la hora de la cena.

Sintió un dolor extraño y agri dulce en el pecho al pensar en los pequeños detalles como este que aún no conocía de Dash.

—Voy a buscarlo ahí. Muchas gracias, Vee.

Ella sonrió y le dio un ligero apretón en el brazo.

—Nos vemos después. Buena suerte.

Arran frunció el ceño y estaba a punto de preguntarle por qué necesitaría suerte, pero Vesper ya se había ido.

Aunque encontró la sala de proyección sin mayor dificultad, no le sorprendía que no la hubiera visto antes. En toda su vida solo había visto un puñado de holohistorias, pues no eran un pasatiempo muy popular en el territorio F.

Arran colocó su pulsera sobre el escáner y la puerta se abrió con un silbido. Entró en la habitación, iluminada por una tenue luz parpadeante. Se topó con tres filas de las sillas más cómodas que Arran hubiera visto en su vida, todas orientadas hacia una pantalla en la que un grupo de animales danzarines parecían disfrutar de una fiesta.

A medida que los ojos de Arran se acostumbraban a la oscuridad, se dio cuenta de que la sala no estaba totalmente vacía. Alguien estaba sentado en primera fila, en la orilla junto a la pared. Arran avanzó lentamente para encontrarse con Dash, quien estaba acurrucado en una de las enormes sillas con la cabeza recargada sobre uno de los descansabrazos y sus largas piernas colgando sobre el otro. Bajo el brazo tenía una caja de monedas agrias, su dulce favorito. Algo en el pecho de Arran se quebró, liberando una ola de afecto.

—¿Eso vas a cenar? —Arran le preguntó con una sonrisita a medida que se sentaba en el asiento junto a él.

—¿De qué hablas? —dijo Dash con falsa indignación—. ¡Mira la amplia gama de nutrientes! Hay colorante verde, amarillo... un verdadero festín.

A pesar de su tono juguetón, había algo tenso en su expresión.

—¿Dónde has estado? Te he estado buscando —dijo Arran suavemente.

—No tenía hambre, así que vine aquí.

Arran esperaba que le dijera: *pero estaba a punto de mandarte un mensaje. O pero iba a despedirme antes de dormir*. Sin embargo, en vez de eso, Dash volvió su atención a la pantalla.

—¿Qué ves? —Arran le preguntó después de una larga pausa.

—¿Nunca has visto *Escuadrón de exploradores*? —dijo Dash sin mirar a Arran.

—Creo que nunca llegó a Chetire.

En la tenue luz, Arran vio a Dash estremecerse.

—Perdón. No sé por qué siempre cometo errores de ese tipo.

—Yo no lo llamaría un *error*.

Arran tomó a Dash de la mano y le dio un apretón.

—Aún nos estamos conociendo.

Dash le apretó la mano en respuesta, luego lo miró con una mezcla de dolor y compasión, provocándole un severo ardor en el estómago, como si este estuviera lleno de firón.

—¿Qué sucede? ¿Por qué actúas así?

Dash cerró los ojos.

—Perdóname —susurró.

—¿Perdonarte por qué cosa? —le preguntó Arran en una voz estrangulada que no sonaba nada como la suya.

Dash soltó la mano de Arran y, cuando abrió los ojos, éstos le brillaban a causa de las lágrimas.

—Te juro que lo intenté, pero esto no va a funcionar.

—¿Qué no va a funcionar? ¿De qué demonios hablas?

—Alguien le contó a mi papá sobre nosotros. No sé quién fue, pero está furioso.

Arran trató de posar su mano sobre el brazo de Dash, pero él se alejó de su alcance.

—Lo siento —dijo Arran al sentir que un miedo helado se le enroscaba en el estómago—. Pero supongo que esto iba a suceder tarde o temprano, ¿no?

Dash negó con la cabeza.

—Pero no así.

Dash inhaló profundamente, como si tratara de respirar a pesar de sentir un dolor intenso.

—Me dijo que me sacaría de la academia a menos que... a menos que cortemos.

Arran miró fijamente a Dash y de pronto sintió que su cerebro funcionaba ineficazmente, como una máquina sobrecargada.

—No lo entiendo. No puede hacer eso.

Dash dejó escapar una risa amarga.

—No lo conoces.

—Pero no es como si él pagara por que estuvieras aquí.

Una vez que un cadete era admitido a la academia, la Federación Cuatra se encargaba de cubrir todos sus gastos.

—No puede simplemente sacarte de la escuela.

—Sé que no entiendes lo que significa ser un general en la Flota Cuatra —dijo Dash con una mezcla de cansancio e irritación—. Una llamada al comandante Stepney y estoy fuera.

—¿Por qué pones todas estas excusas? —susurró Arran.

Antes de que Dash pudiera responder, los rincones más crueles del cerebro de Arran sacaron sus propias conclusiones.

Porque realmente nunca le gustaste tanto.

Porque encontró a alguien más.

—No son excusas —dijo Dash con un poco de enojo y tristeza—. ¿Crees que quiero hacerlo? Esto me está matando.

—Entonces dile que rompimos. Nadie va a decir nada aquí.

—Eso no va a funcionar —dijo Dash en voz baja—. Todos le temen a mi padre. No tengo ninguna oportunidad.

Las lágrimas que se le acumulaban en los ojos empezaron a derramarse por sus mejillas.

—No tenemos ninguna oportunidad.

Dash apenas hablaba por encima de un susurro, pero sus palabras hirieron a Arran como un cuchillo ardiente, cortándole la piel y quemándole todo al interior.

—Arran, perdóname...

Dash quiso tomar a Arran de la mano, pero eso solo empeoró su dolor. *Esta es la última vez que me tomará de la mano*, pensó Arran. Una ola de soledad lo inundó y lo dejó más helado que cualquier cosa

en Chetire. Aunque Dash estaba sentado a unos quince centímetros de él, era como si un abismo se hubiera abierto entre ellos.

Una parte de Arran entendía la posición de Dash. Después de todo, Arran tuvo que pelear a muerte para entrar en la academia y crear una mejor vida para sí mismo. Hasta cierto punto, entendía el deseo de Dash de quedarse en la academia para asegurar un futuro por el cual también luchó. Pero para Arran eso no importaba mucho, pues sentía que le rompían el corazón en mil pedazos.

—Tengo que irme —dijo Arran, temblando un poco al ponerse de pie.

—Arran, espera —Dash le suplicó—. Esto es igual de duro para mí que para ti.

Arran no volteó a verlo cuando salió de la habitación sin decir una sola palabra.

Capítulo 31

CORMAK

—¿Sabes de qué se trata todo esto? —preguntó Orelia mientras ella y Cormak se dirigían hacia el auditorio.

Cormak negó con la cabeza. No le importaba mucho saber el porqué de la cancelación de las clases para realizar una asamblea. Desde el baile, carecía de la energía suficiente como para hacer que algo le importara. Sabía que su comportamiento era ridículo; a lo largo de los últimos días, su escuadrón ganó el torneo *y* salvó la vida de todos en la academia. Debería sentirse tan ligero como cuando flotaba en la sala de gravedad cero. Sin embargo, solo podía pensar en la expresión en el rostro de Vesper cuando se alejó de él.

Cormak y Orelia dieron la vuelta para llegar al pasillo central y se encontraron con un mar de cadetes que se dirigían hacia el auditorio. La multitud estaba más callada que de costumbre, algo que en un principio no le pareció particularmente extraño a Cormak; el ataque espectral dejó a los cadetes en un estado de nerviosismo y pasividad. Pero luego descubrió el motivo de la falta de conversación: los guardias de la Flota Cuatra, con sus caras de piedra y sus cascos, se encontraban a lo largo de la pared del fondo. Al parecer eran más de doce y portaban armas sobre sus hombros mientras observaban a los cadetes.

Orelia inhaló bruscamente y se petrificó, provocando que el chico de atrás chocara contra ella. Cormak la tomó del brazo para estabilizarla.

—¿Estás bien? —le preguntó, un poco alarmado al ver que la integrante más imperturbable de su escuadrón se veía tan nerviosa.

—Estoy bien —dijo rápidamente—. Es solo que los guardias me tomaron por sorpresa.

—A mí también —dijo mientras asentía.

Si aún esperara que su expediente médico coincidiera con el de la academia, ver a los guardias le habría causado un ataque al corazón.

Él y Orelia pasaron el resto de la caminata en silencio, luego siguieron a la multitud hacia el auditorio.

—Santo Antares —murmuró Cormak y a su lado Orelia se puso rígida al mirar hacia la ventana panorámica que envolvía la enorme habitación.

Las estrellas que lo cautivaron durante la actividad de orientación apenas se veían; lo único en lo que se pudo enfocar fue en las enormes naves de guerra de la Flota Cuatra que rodeaban la academia.

—Sentémonos allá —dijo Orelia y él asintió sin voltearla a ver, dejando que lo dirigiera mientras él mantenía la mirada fija en las amenazadoras naves.

No fue sino hasta que se salió del pasillo y se metió en la cuarta fila que Cormak se dio cuenta de que se dirigía hacia los dos asientos vacíos junto a Vesper y Arran. Hizo una pausa esperando que no fuera demasiado tarde para regresar, pero Arran ya los había visto y les hacía señas para que se fueran a sentar.

Vesper aún no los veía. Estaba sentada en la segunda fila con la mirada fija en el escenario vacío, ajena e indiferente a las conversaciones nerviosas a su alrededor. Se veía ansiosa e intensa, pero no menos hermosa.

Para su sorpresa, Orelia le hizo a Cormak una señal para que pasara primero e, incapaz de darle una razón para rehusarse, tomó el asiento vacío junto a Vesper. Ella se puso rígida, pero no apartó la vista del escenario.

Bueno, pensó Cormak. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? Esta era la clase de mierda que hacía que te mataran en Deva —dejar que una chica hermosa te hiciera escuchar a tu corazón en vez de a tu intuición. Debió haber sabido que Vesper nunca lo vería como algo más que basura espacial. Volteó a ver a Arran y estaba a punto de hacer un gran espectáculo de ignorar a Vesper, cuando la almirante Haze caminó hacia el escenario, seguida de Zafir y el sargento Pond, y los murmullos de la multitud se apagaron. Como siempre, Haze fue directo al grano.

—Como todos ustedes saben, hace algunos días una nave espectral logró penetrar el perímetro estrictamente vigilado que rodea la academia. La investigación sobre la falla de seguridad continúa, pero mientras tanto la Flota Cuatra ha triplicado la seguridad alrededor de la academia. *Nada* penetrará el nuevo perímetro. Todos están a salvo aquí... por el momento. Sin embargo, sobra decir que la ubicación de la academia ha sido comprometida. Y no hay duda de que otro ataque es inminente.

Un silencio pesado cubrió el auditorio mientras los cadetes intercambiaban miradas nerviosas. *Otro ataque es inminente*. Cormak se estremeció a medida que las palabras lo impregnaron como el helado rocío de descontaminación que utilizaban en Deva. Recordó la mezcla de terror y asombro que sintió cuando la nave de guerra espectral apareció por primera vez y luego trató de imaginarse una flota completa de ellas aproximándose a la academia.

Percibió que Vesper temblaba un poco y casi la tomó de la mano, pero se detuvo justo a tiempo.

—En el curso de las próximas semanas, vamos a evacuar la academia y reiniciar operaciones en la base de Viol —continuó la almirante Haze, desatando una ola de murmullos y susurros.

Viol, la luna más pequeña de Tri, era donde se ubicaba la sede corporativa de la Flota Cuatra.

—Actualmente, la flota planea una campaña de defensa masiva y es esencial que tengamos suficientes oficiales para llevarla a cabo.

De reojo, Cormak creyó haber visto que Vesper lo miraba, pero mantuvo la vista al frente.

—Sé que esta información es difícil de procesar, pero también sé que todos y cada uno de ustedes demostrarán el compromiso y la valentía que definen a la Flota Cuatra. Están aquí porque sintieron un llamado especial: el deber de proteger a su familia, a sus comunidades, a su sistema solar y a su

especie. Y ahora, tendrán la oportunidad de honrar ese llamado.

Alrededor de Cormak, los cadetes enderezaban cada vez más su postura. La almirante Haze no era una de sus personas favoritas en el Sistema Cuatra, pero eso no impidió que sus palabras removieran algo dentro de él. Miró a Arran, quien asentía con seriedad, pero cuando hizo contacto visual con Cormak, sonrió.

—Suenan como un trabajo para el Escuadrón 20 —susurró Arran.

—¿Realmente crees que nos asignarán a la misma tripulación? —Cormak preguntó en voz baja.

—Sería tonto separar al equipo ganador.

Arran dio unos cuantos golpecitos a la mano de Orelia y ella le sonrió distraída. Después se inclinó por encima de Cormak para susurrarle a Vesper:

—¿No lo crees, Vee?

Ella sonrió con calidez y, por un breve momento, Cormak deseó que esa sonrisa estuviera dirigida a él.

—No querría volar con nadie más.

Su mirada se desvió hacia Cormak.

—Se necesita un capitán muy especial para soportar mis arrebatos.

Él levantó las cejas.

—Y se necesita un piloto muy especial para perdonar a su capitán por ser un completo imbécil de vez en cuando.

Vesper apretó los labios, esbozando el indicio de una sonrisa. *Por algo se empieza*, pensó Cormak.

De vuelta en el escenario, la almirante Haze se detuvo para mirar a todo el auditorio.

—Hace tan solo algunos meses, les di la bienvenida a la academia como cadetes. Hoy, veo el futuro de la Flota Cuatra a mi alrededor. Nunca nos hemos rendido sin pelear y ciertamente no empezaremos ahora. Enfrentaremos este reto con valentía y convicción.

Su voz se hizo un poco más fuerte.

—Por la unidad y la prosperidad.

—¡Unidad y prosperidad! —respondieron los cadetes.

Capítulo 32

ORELIA

Al dar la vuelta por el pasillo que conducía a la oficina de Zafir, Orelia sintió que el corazón se le aceleraba todavía más. Tenía los nervios de punta desde que recibió el mensaje de Zafir en donde le pedía que fuera a su oficina al final del día. En un principio, ver el nombre de Zafir en su enlace portátil le llenó el cuerpo de calor. Sería la primera vez que estarían juntos después de su nado de medianoche, y sintió un hormigueo en los labios al recordar la sensación de su boca sobre la de ella. Pero, un momento después, su emoción fue remplazada por un miedo helado. No sabía si quien la llamaba era el chico que la besó en el tanque oceánico o uno de los oficiales de inteligencia más condecorados en la Flota Cuatra.

Orelia se limpió las palmas sudorosas en sus pantalones a medida que las preguntas que tanto la asediaban alcanzaron un nuevo nivel de locura. ¿Quería hablar sobre el beso o el ataque? ¿O algo totalmente diferente? Trató de idear un plan para cada escenario, pero para cuando llegó a la puerta de su oficina, su corazón latía a tal velocidad que apenas podía respirar, mucho menos pensar.

Se obligó a respirar profundo y luego tocó a la puerta, rezando por que no contestara para que ella pudiera escabullirse y dejar la conversación para otra ocasión. O que, por lo que averiguó durante la asamblea, de pronto estuviera demasiado ocupado como para interrogarla.

—¡Adelante! —gritó Zafir.

Orelia alzó su brazo tembloroso al escáner y la puerta deslizante se abrió.

Solo había visto algunas de las oficinas de sus instructores, pero hasta el momento la de Zafir era la única que tenía una ventana. La vista, sin embargo, no era la característica más llamativa: adondequiera que mirara, había cajones llenos de frascos y contenedores herméticos con todo tipo de sustancias, desde fragmentos de naves silvanas, residuos de sus bombas, muestras de combustible y lo que parecía ser un pedazo de piel flotando dentro de un líquido.

—Orelia, toma asiento, por favor —dijo Zafir detrás de su escritorio, señalando con su mano la silla que se encontraba frente a él.

No podía leer su tono y la expresión en su rostro era igualmente inescrutable.

Ella se sentó cautelosamente en la orilla del asiento, sin quitar la mirada del frasco lleno de líquido que se encontraba a sus espaldas.

—Si quieres puedes verlo más de cerca —dijo Zafir—. Es realmente extraordinario. Los

xenobiólogos analizaban un fragmento de la nave espectral que ustedes destruyeron y descubrieron que algunas de las células eran orgánicas. Pudieron crear una muestra de piel utilizando el ADN de los espectros. Hasta ahora, es lo más cerca que hemos estado de ellos.

Orelia contuvo un escalofrío mientras la culpa y el asco se le revolvían en el estómago. Esas células epiteliales le pertenecieron a una persona; a un silvano a quien *ella* asesinó.

—Gracias, estoy bien —dijo débilmente, esperando que esto no la hiciera sonar poco curiosa.

Estaba demasiado nerviosa como para ponerse de pie. Incluso con todos sus años de entrenamiento, no podía leer la expresión de Zafir. No había señal de que la viera de forma distinta respecto a la manera en que veía a otros estudiantes; tampoco ningún rastro de afecto o incluso incomodidad. Se le veía completamente imperturbable.

—Escucha —hizo una pausa para aclararse la garganta—. Quiero disculparme por mi comportamiento en el tanque oceánico la otra noche. Fue increíblemente inapropiado y siento mucho haberte puesto en esa posición. Te prometo que no sucederá otra vez.

Las palabras de Zafir se envolvieron alrededor de su caja torácica y empujaron el aire fuera de sus pulmones. A nivel racional, Orelia sabía que era una ventaja que el experto en contraespionaje quisiera mantener su distancia, pero eso no ayudó a templar el dolor que le atravesaba el pecho. Era difícil creer que el hombre con el uniforme lleno de medallas era el mismo que la abrazó en el agua, quien la hizo sentir que no estaba completamente sola.

—No tienes que disculparte —dijo ella, agradecida de que parte de su entrenamiento aún sirviera de algo ya que podía mantener su voz firme.

—Sí tengo que hacerlo.

Se enderezó el cuello del uniforme, como si estuviera ansioso por confirmar que esta vez estaba vestido apropiadamente.

—Soy tu profesor y parte de mi trabajo es crear un entorno seguro para el aprendizaje. Quiero que sientas que puedes hablar conmigo, que confíes en mí sin dejar que... —hizo una pausa, viéndose extrañamente nervioso— ...errores como ése se interpongan en nuestro camino.

Orelia lo miró fijamente, sin saber qué responder. Nadar en el tanque oceánico con Zafir fue la ocasión en que más segura se sintió tras su llegada a la academia. Además, él era el cuatrano con quien más cómoda se sentía.

—Lo entiendo —dijo en voz baja.

—Okey, qué bueno. En este momento, todos estamos lidiando con muchas cosas y lo último que necesitamos es una complicación extra.

Su expresión cambió a medida que algo de la incomodidad desapareció de su rostro.

—¿Cómo estás? —le preguntó, asumiendo el tono directo y seguro que utilizaba en clase.

—Estoy bien —dijo ella, aunque nada podía estar más lejos de la realidad.

No podía pasar más de unos cuantos minutos sin preguntarse si conocía a alguno de los silvanos en la nave destruida. Pensaba sin cesar en cuántas familias estarían de luto en este momento. ¿Cuántas madres se levantarían hoy apenas respirando bajo el peso de su aplastante dolor? ¿Cuántos hermanos pensarían en un chiste que enviarle a su familiar, tan solo para acordarse de que nunca más podrían leerlo ni nada más?

—Demostraste un pensamiento excepcionalmente rápido cuando te diste cuenta de que

necesitabas enviar ese pulso energético a lo largo de múltiples frecuencias.

—Gracias —dijo ella, sintiendo una inquietante mezcla de orgullo y horror.

—¿Cómo descifraste eso?

—¿Descifrar qué? —preguntó Orelia, ganando tiempo mientras su cerebro buscaba enloquecidamente una respuesta que desviara cualquier sospecha.

—La frecuencia del sistema de protección de la nave espectral.

—Creo que alguna vez leí algo sobre frecuencias de amplio espectro —dijo vagamente.

—Fue una suposición muy afortunada.

Zafir sonreía, pero no era la sonrisa a la cual estaba acostumbrada, aquella que lo hacía ver más joven y amigable. Por primera vez, algo en sus ojos brillaba con más prominencia que la compasión o el entendimiento: algo frío.

—No cabe duda de que has leído mucho al respecto. Mucho más de lo que imaginaba.

Zafir se recargó sobre su silla.

—¿Te importaría contestar algunas otras preguntas? Sería de gran utilidad.

Por un momento, Orelia no pudo más que mirarlo fijamente mientras su corazón se arrojaba contra su caja torácica. Escaneó el rostro de Zafir para detectar un rastro del chico que la besó en el tanque oceánico, pero apenas reconocía a la persona que tenía enfrente. *Salte de aquí*, le dijo una voz desde las profundidades de su mente, al tiempo que cada uno de sus músculos se tensaron, listos para entrar en acción.

—Claro —dijo con voz ronca.

De vuelta en Silván, soportó innumerables horas de resistencia a los interrogatorios, pero ninguno de los brutales ejercicios la prepararon para este miedo helado, este pánico desesperado.

—¿Puede ser mañana? No sé de qué tanta utilidad pueda ser ahora. Estoy bastante cansada.

—Me temo que no podemos esperar tanto —dijo, negando con la cabeza.

Presionó algo en su escritorio y la puerta de su oficina se abrió con un silbido, revelando a cuatro guardias de la Flota Cuatra, sus rostros ocultos tras sus cascos, pistolas en mano y apuntadas a Orelia.

Cuando volteó a ver a Zafir, un terror helado le recorrió las venas.

—Nos vemos muy pronto, Orelia.

TRAS RECUPERARSE DEL ÚLTIMO ATAQUE DE UN MISTERIOSO ENEMIGO, LA ACADEMIA DE FLOTILLAS QUATRA FINALMENTE ADMITE A ESTUDIANTES DE TODOS LOS PLANETAS DEL SISTEMA SOLAR, DESPUÉS DE SIGLOS DE EXCLUSIVIDAD.



La experta piloto **VESPER**, una ambiciosa ciudadana de Tridian, sueña con convertirse en capitana, pero cuando pierde su lugar ante un chico brillante y travieso que proviene del lado equivocado del cinturón de asteroides, empieza a cuestionarse todo lo que creía saber.

Tras haber crecido en el tóxico planeta Deva, **CORMAK** se siente atrapado y aprovechará cualquier oportunidad que se le presente para escapar de su vida sin futuro y unirse a la Academia Quatra, incluso si tiene que robar la identidad de alguien para llegar hasta ahí.

ARRAN siempre fue considerado un extraño en la zona helada de Chetire, y se la pasa soñando con algo más que una vida de trabajo en las minas. Ahora es un cadete novato, Arran está buscando un lugar al cual pertenecer, sólo que nunca pensó que ese lugar sería en los brazos de un chico tridiano, el más sexy de la galaxia.

Y **ORELIA** esconde un oscuro secreto: se ha infiltrado en la academia para completar una misión, una que amenaza la seguridad de todos alrededor. Pero si alguien descubre quién es realmente, su vida estará en juego.

Los diversos mundos de estos cuatro cadetes se impactan entre sí. Trabajar hombro a hombro no es tarea fácil, pero deben sobrevivir ante un astuto enemigo. Sólo que... ¿cómo le haces para confiar precisamente en aquellos a quienes has pasado toda una vida aprendiendo a odiar?



Kass Morgan es la autora de la serie Los 100, que fue llevada a la pantalla de televisión en The CW. Se graduó en la Universidad de Brown y obtuvo un grado de maestría en la Universidad de Oxford. En la actualidad trabaja como editora y vive en Brooklyn, Nueva York

Kass domina el ritmo narrativo y es ágil para hacer interactuar a personajes diversos, en un solo combo, con metas y móviles disímiles. Juega con pericia en entornos extremos, sociedades clasistas y espacios tóxicos para crear épicas batallas por la sobrevivencia.

Años luz

Academia intergaláctica

Título original: *Light Years*

Primera edición digital: abril, 2019

D. R. © 2018, Kass Morgan

Producido por Alloy Entertainment, LLC

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Bldv. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,

Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © 2018, Wendolín Perla, por la traducción

D. R. © Sasha Illingworth y Angela Taldone, por el diseño de cubierta

D. R. ©AJR_Photo/Shutterstock.com; ISTOCK.COM/PAFFY69; ISTOCK.COM/LAMBADA;

ISTROCK.COM/YURI_ARCURS, por la ilustración de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-771-9

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Años luz

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos